ALMA SAMPEDRO

Nunca es tarde para aprender a bailar



Lectulandia

Ya no cabe la esperanza en la decepcionante vida de Sofía. A punto de cumplir cuarenta años e inmersa en una nueva crisis existencial, Sofía recibirá un inesperado wasap que pondrá su vida patas arriba.

> *«Estás a punto de iniciar un gran viaje, Sofía, un viaje para recuperar tu felicidad. Las reglas son tan sencillas como estrictas. Si te saltas una sola regla, el viaje se acaba. Séneca»*

De la mano de un completo desconocido, Sofía decidirá finalmente embarcarse en la mayor aventura de toda su vida: la búsqueda de la felicidad. Acompañada de sorprendentes personajes y guiada por el misterioso Séneca, la protagonista de esta novela se verá inmersa en una vorágine de confusas y caóticas aventuras. Sofía iniciará una impetuosa travesía que le hará despertar de su triste letargo, abandonando de una vez por todas, su desdichada vida.

Un viaje que le hará sentir unas enormes ganas por vivir, experimentando emociones ya olvidadas como el amor, la pasión y la alegría. Cuando decides subirte al tren de la vida, ya no hay marcha atrás.

Lectulandia

Alma Sampedro

Nunca es tarde para aprender a bailar

Sofía Aldana - 2

ePub r1.0
Titivillus 03.04.2018

Título original: *Nunca es tarde para aprender a bailar*
Alma Sampedro, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

La mayor rémora de la vida es la espera del mañana y la pérdida del día de hoy.

SÉNECA

C A P Í T U L O 1

Que me lleve el tren

El otoño se había emplazado a sus anchas en Barcelona y el calor de los días estivales no era más que un vago recuerdo en la memoria de Sofía. Aquel último verano distaba mucho de los vividos años atrás, cuando todavía se sentía viva. Y es que Sofía había perdido ya cualquier atisbo de esperanza por una vida mejor.

Anhelaba aquellos años en los que todo era energía, vitalidad e ilusión, aquellos años en los que aún tenía un resorte que le hacía brincar de la cama cada mañana. Ahora ya no era así. Pero ella no era distinta al resto de la humanidad, solo había una diferencia: ella no se engañaba a sí misma. O al menos eso creía Sofía. Sus compañeros y amigos hacían esfuerzos sobrehumanos para aparentar vidas llenas de fosforescencia y no se percataban de que cualquier persona mínimamente avispada podía entrever la desdicha y el hastío en sus miradas.

«Son 39 años, Sofía. ¿Y qué has hecho con tu vida?», se preguntó. Pero ¿acaso había algo que hacer? Sofía cavilaba acerca de su triste existencia, mientras el tren que había tomado en Sitges, dirección a Barcelona, comenzaba a llenarse de gente «gris», como ella solía llamarles. Todas aquellas personas seguían, a ojos de Sofía, un mismo patrón. Madrugaban para tomar el tren y acudir a trabajar en algo que a casi todos les disgustaba, tal y como ella había escuchado en más de una conversación. Y todo para poder ganar un dinero que les permitiera presumir delante de personas a las que a buen seguro despreciaban. Tal era el pesimismo de Sofía cuando comenzó a pensar en su propio trabajo. La pesadumbre se hizo aún menos llevadera. De niña había soñado con muchas profesiones. Soñaba con ser actriz, fantaseaba con ser cantante, e incluso hubo una época en la que quiso ser astronauta. Pero nunca jamás soñó con ser auditora.

Un veintiséis de octubre nublado, un día melancólico y triste, cambiaría para siempre la vida de Sofía. Bebía su café con leche sin apenas saborearlo, mientras se desolaba al pensar que todavía era lunes. Ella misma se había convertido en una persona marchita, pensó. Y estaba a punto de cumplir cuarenta años, apenas un año y la temida cifra se instalaría en su penoso calendario. ¿Y qué había hecho en esos casi

cuarenta años? No había triunfado en nada de lo que se había propuesto.

Y para colmo, justo ahora, a punto de cumplir cuarenta años, a Sofía le sobrevenía una inoportuna crisis de identidad de aquellas que uno no puede compartir con nadie, so pena de ser considerado un auténtico lunático. Ella lo sabía muy bien, ya lo había intentado con Adolfo, su pareja desde hacía siete años. Él era un hombre apuesto y engatusador, pero aparte de ser un gran amante —en tiempos remotos—, la relación no le había aportado nada a Sofía. Tampoco a Adolfo.

Hacía mucho tiempo, probablemente años, que Sofía y Adolfo no eran una verdadera pareja. Solían serlo solamente en sociedad, y ya ni siquiera eso, puesto que poco a poco se habían aislado de amigos y conocidos. Ambos se habían arrinconado en sus tristes mundos, consumiéndose lentamente y cerrando cualquier puerta a la felicidad. Consciente de ello, Sofía había tratado de conversar con Adolfo acerca de su relación, de lo que significaba para ambos, de a dónde se dirigía y sobre todo, de la felicidad de la que antaño solían disfrutar y que ahora ya daban por perdida. Bastó con que Adolfo insinuara fugazmente el posible estado de enloquecimiento de Sofía, para que ella desistiera en su intento.

Quizá podría conversar con sus amigas acerca de su lamentable estado anímico, pensó Sofía. El vacío que sentía le estaba taladrando su cerebro. Pero ¿qué amigas?, ¿a quién quería engañar? No tenía a nadie a quien acudir, ni pareja, ni amigas ni amigos. Sus padres vivían lejos y apenas mantenía el contacto con ellos. No tenía más familia cercana, ni siquiera hijos. Solo tenía una prima a quien adoraba, pero con la que hacía tiempo que no trataba.

¿Dónde habían quedado todas sus aspiraciones? ¿Y sus sueños e ilusiones? Su grandeza se había marchitado y se había transformado en un punzante e invariable desánimo. Toda ella se había convertido en un ser banal, insulso y totalmente inexpresivo.

¿Dónde estaba ahora aquella Sofía soñadora, que rebosaba energía y vitalidad? Ella siempre había disfrutado de la música, del baile, de la pintura, de la compañía de amigos y de no amigos. Sofía era capaz de sentirse feliz mirando el mar. Pero aquello quedaba ya muy lejos.

Seguía siendo una mujer extraordinariamente atractiva y era consciente de ello. Pero su belleza se estaba evaporando a marchas forzadas. No era su físico el que se deterioraba, sino el brillo en su mirada. Sofía no era especialmente alta, más bien al contrario, pero solía despertar el deseo sin el más mínimo esfuerzo. Su larga y rizada melena pelirroja aún gozaba de su desparpajo característico. Había adelgazado bastante durante los últimos meses, pero su cuerpo seguía resultando hechizador para la mayoría de los hombres. Su blanca tez y sus peculiares rasgos infantiles, resultaban encandiladores. Eran sus ojos los que no habían logrado superar el hastío. Sus grandes y oscuros ojos habían dejado ya de chispear y su singular atractivo se había esfumado.

Sentada en aquel vagón de tren repleto de gente anodina, bebiendo su café con

leche y leyendo las noticias del periódico sin mostrar el más mínimo interés, Sofía dejaba volar su mente una vez más. ¿Y qué obtenía con ello?, se preguntó. Nada positivo. Y ella lo sabía, pero ¿qué podía hacer? Era incapaz de controlar su mente. ¿Acaso tenía elección? «Rotundamente no», se dijo a sí misma. Sofía había tirado la toalla, pero ¿por qué lo había hecho?

¿Qué más podía pedirle ella a la vida? Tenía trabajo, tenía dinero, tenía salud y tenía amor —al menos en apariencia—. Eso debería bastarle para ser feliz. Pero no le bastaba.

Faltaban unos veinte minutos para llegar a su destino: la estación de Sants. Fue entonces cuando Sofía notó una vibración un tanto insólita en el móvil. Le resultó extraño, puesto que a aquellas horas su móvil siempre estaba en modo silencio y sin vibración. Lo sacó del bolso y se sorprendió al comprobar que, efectivamente, estaba en vibración. «Qué raro», pensó. Mucho más extraño le resultó el comprobar que el origen de aquella vibración era un wasap de un número desconocido.

Buenos días Sofía. Has abandonado a tu felicidad. Si quieres recuperarla, simplemente permanece a la espera. No comentes este mensaje con nadie. Séneca

«Un loco más», se dijo Sofía. Una broma de wasap, de esas que seguramente circulan por todo el mundo. Un chiste sin gracia de alguien aburrido. Pero ¿cómo sabían su nombre? Y sobre todo, ¿cómo sabían que Sofía no era feliz? Quizá aquello último debía ser lo más evidente, pensó ella. Sea como fuere, aquel wasap despertó algo en Sofía, no tanto por el contenido del mismo sino por lo misterioso del mensaje y del mensajero. Probablemente toda la magia de aquel singular acontecimiento se habría desvanecido en unos instantes, cuando el gracioso bromista confesara su fechoría. Sin embargo, en su fuero más interno Sofía estaba agradecida e ilusionada con aquel mensaje.

¿Y si ella respondía al mensaje? «No, de ninguna manera», se dijo. Si lo hacía sería como reconocer que le había dado credibilidad a aquella broma. Y estaba claro que solo era eso, una broma. Sin embargo, ¿qué podía perder? ¿Y qué, si era un broma? Ella también podía bromear, ¿o no? Lo cierto es que Sofía había perdido hacía mucho tiempo su capacidad para bromear. Finalmente, tomó la salomónica decisión de no contestar por el momento y hacerlo en unas horas. De esa manera, si —como ella sospechaba— aquello no era más que una estúpida burla, le daría tiempo al autor de confesar su travesura. Aunque también era posible que el autor de aquella burla no tuviera intención de desvelar su identidad. Sofía se lo imaginó, a quien quiera que fuera, riéndose a su costa. Pero ¿qué más le daba a ella? Lo cierto es que aquel misterioso mensaje le había permitido escapar durante unos minutos de su constante tortura. Si ya había tirado la toalla, ¿qué podía importarle a ella si respondiendo no hacía otra cosa que seguirle el juego a un bromista? Sí, definitivamente respondería.

El futuro tiene muchos nombres. Para los débiles es lo inalcanzable. Para los temerosos, lo desconocido. Para los valientes es la oportunidad.

VICTOR HUGO

CAPÍTULO 2

Te vengo a buscar

Llegaba tarde a la oficina, pero eso a Sofía le daba igual. De hecho, ya prácticamente todo le era indiferente. Todo, excepto aquel mensaje que, por lo pronto, le había dotado de una vitalidad que hacía años que no sentía. Era consciente de estar depositando en aquel misterioso Séneca demasiadas esperanzas, pero le resultaba inevitable el pensar que quizá él la había venido a rescatar de su penosa existencia.

Se preguntó quién sería Séneca y cómo podía saber su nombre y su teléfono. Parecía evidente que solo podía ser alguien que la conociera. Pero ¿quién? Sofía no mantenía ninguna relación de amistad y apenas trataba con nadie, pues se limitaba a vagabundear por su triste mundo. Repasó mentalmente su escueto listado de amigos, conocidos y familiares. Tras unos instantes de deliberación, concluyó finalmente que ninguna de aquellas personas podía ser Séneca.

Entró en la oficina y se dirigió directamente a su despacho. Sofía entró con paso firme y decidido, no porque se sintiera así, sino porque no quería pararse a hablar con nadie. Aquellas personas tenían una «tonalidad de gris» todavía más insípida que la de Sofía. Por si eso fuera poco, la mayoría de sus compañeros eran aves rapiñas, sanguijuelas chupópteras, con las que solo cinco minutos de charla solían costarle a Sofía toda una mañana de desazón y tormento.

Un café más, esta vez de la máquina de la oficina. El ir a por aquel café sin que nadie le abordara por el camino exigía una destreza descomunal. Y es que en el trayecto entre su despacho y la cocina, Sofía podía encontrarse con alguno de sus compañeros y ella no estaba de humor. Ya no. A menudo se preguntaba por qué continuaba trabajando allí. Todo le resultaba tan complicado que ni siquiera se planteaba el tomar las riendas de su vida y dejar atrás todo aquello que le producía malestar. Continuar así no tenía ningún sentido y ella lo sabía, pero ¿qué podía hacer? Ella ya era una persona «gris», era ya demasiado tarde.

Había una única persona en su oficina a la que ella apreciaba de verdad, pero dos semanas atrás la habían despedido, lo que colaboró en sumir a Sofía en un mar de

desaliento todavía más profundo. Claudia, que así se llamaba su compañera y casi amiga, no había cometido más delito que el hacer frente con valentía a las tiránicas exigencias de su superior. Su pecado capital, haberlo hecho delante de sus compañeros. No podía tolerarse el que alguien le hablara a un jefe de igual a igual, a ellos se les debía pleitesía y esa era una norma aceptada por todos. El despido de Claudia era crónica de una muerte anunciada en el momento en el que osó cuestionar a su superior. «Mano dura», dijo el director de la oficina, los empleados debían ser conscientes de que aquel tipo de comportamiento tendría consecuencias. Era ahí donde trabajaba Sofía. Pero sabía que la situación no era mucho peor que en cualquier otra empresa. Ella había perdido ya la esperanza en el ser humano.

El café de la oficina era de los peores que jamás había probado, pero era soportable y hasta necesario durante el transcurso de la mañana. Sofía pensó en lo asombrosamente fácil que le resultaba acostumbrarse a todo, por malo y perjudicial que fuera, integrándolo en su vida con resignación. Consiguió volver a su despacho sin tropezar con nadie. Todo un logro.

Encendió el ordenador y pensó, con gran abatimiento, en todos los informes que debía acabar durante el día. En aquel instante cayó en la cuenta de lo absurdo que era el haber tirado la toalla y, aun así, continuar preocupada por su trabajo. Eran casi las nueve y Sofía sabía que era cuestión de minutos que las presiones, los gritos y el estrés hicieran acto de presencia en la oficina. El pistoletazo de salida solía darlo Lorenzo, el responsable último del despacho y, por desgracia para ella, su exnovio. En cuanto él atravesara la puerta, el ambiente tranquilo y apaciguado se tornaría crispado e irritado. Nadie soportaba a Lorenzo, todos le criticaban en su ausencia, pero todos, a excepción de Sofía, se mostraban encantadores con él cuando este estaba presente.

Sofía y Lorenzo habían mantenido una fugaz relación hacía ya muchos años. Al cabo de poco más de cinco meses, ella había tomado la decisión de alejarse de él y de su enorme ego. Lorenzo había iniciado una nueva relación pasados unos meses que acabó en matrimonio. Sin embargo, todavía seguía enamorado de Sofía, si bien es cierto que era totalmente consciente de la repugnancia que ella sentía por él.

La mañana transcurrió tranquila y sin sobresaltos. Nada hacía presagiar los sorprendentes acontecimientos que tendrían lugar durante los próximos días. A las diez en punto, Clara, una compañera por la que Sofía no sentía especial simpatía, entró en el despacho de Sofía.

—¡Buenos días! —exclamó Clara. Sofía respondió con un murmullo apenas apreciable—. ¿Vienes a desayunar con las chicas?

Dos años llevaba aquella mujer entrando cada mañana en el despacho de Sofía con su simulada sonrisa, invitándole a desayunar con ella y el resto de sus compañeras arpías. Exactamente el mismo tiempo que llevaba Sofía agradeciendo el ofrecimiento y excusándose por no poder desayunar con ellas, poniendo el trabajo como pretexto. Ambas lo sabían y ambas continuaban con aquella absurda comedia.

—No será posible, Clara. Todavía tengo pendiente entregar un par de informes de la semana pasada.

¿Se atrevería en algún momento a ser sincera?, se preguntó Sofía. ¿Por qué no? No tenía nada que perder, ella ya daba la batalla de su vida por perdida, así que, ¿por qué fingir más? «Mañana le diré la verdad. Le diré que el problema no es que no pueda, sino que no quiero», se dijo a sí misma. No había por qué herir los sentimientos de nadie, por lo que no sería especialmente dura en su respuesta, pero desde luego no tenía sentido continuar actuando bajo aquella estúpida máscara que ella tanto aborrecía. Mañana sin falta.

Y entonces el móvil vibró de nuevo. Sofía lo miró de reojo, estaba sobre la mesa de su despacho. Se moría de ganas de cogerlo, pero Clara todavía estaba allí, como una imagen congelada. Y es que su guion matutino no había finalizado. Sofía debía darle más detalles sobre por qué no podía bajar con ella a desayunar y Clara debía responder con la misma frase de los últimos dos años: «Sofía, trabajas demasiado. Así, ¿cómo vas a formar una familia?».

Y ahí continuaba Clara, esperando a que Sofía cumpliera con su parte del guion pero, por inverosímil que pudiera parecer, Sofía había olvidado momentáneamente las palabras que llevaba dos años repitiendo cada día a las diez de la mañana.

—¿Cómo dices, Sofía? —preguntó Clara, a pesar de que Sofía no había pronunciado ni una sola palabra, pues estaba enmudecida—. ¿Te encuentras bien? Me estabas hablando del trabajo pendiente… —Sofía seguía sin reaccionar, trataba de pensar en cómo deshacerse de Clara sin pasar por los diez minutos siguientes, soportando el mismo discurso de todas las mañanas. Pero sus aptitudes mentales estaban adormecidas—. Te lo he dicho mil veces Sofía, trabajas demasiado.

«Ya comienza de nuevo», pensó Sofía. Tenía que pararla. Lo había aguantado durante mucho tiempo, pero aquel día no podía soportarlo ni un segundo más.

—Te están llamando. —Aquello fue todo lo que a Sofía se le ocurrió decir en ese instante.

—¿Cómo? ¿Que me están llamando?, ¿quién me llama? Yo no he oído nada —dijo Clara entre atónita y ofendida por la osadía de Sofía al saltarse el guion matutino.

—Es Lorenzo. ¡Corre!

Y Clara desapareció. En el mismo instante en que Sofía acabó de pronunciar sus últimas palabras, Clara ya había abandonado su despacho. Ya pensaría luego cómo explicarle a su compañera que nadie le estaba llamando, se dijo Sofía. Se apresuró a coger su móvil. Un nuevo wasap. «¡Qué emoción, qué nervios!», exclamó. Aquel misterioso hombre había vuelto a contactar con ella. Pero esta vez, el mensaje provenía de un nuevo número de teléfono. Ilusamente, Sofía había guardado el anterior en su agenda telefónica, bajo el nombre de Séneca.

Estás a punto de iniciar un gran viaje, Sofía, un viaje para recuperar tu felicidad. Las reglas son tan sencillas como estrictas. Si te saltas una sola regla, el viaje se acaba. Séneca

La vida no se ha hecho para comprenderla, sino para vivirla.

GEORGE SANTAYANA

C A P Í T U L O 3

Échame a mí la culpa

Un nuevo día dio comienzo en la desgraciada vida de Sofía. No había vuelto a recibir más mensajes de Séneca, lo cual le inquietaba aún más. Tenía multitud de preguntas, pero se mantenía alerta pues todavía no tenía la certeza de estar frente a una propuesta auténtica. Nada había cambiado realmente, por lo que la opción de que todo fuera una broma seguía siendo tan válida como cualquier otra. Aun así, su situación era tan desconsolada que Sofía se aferraba a aquellos mensajes con la desesperación de quien se agarra a un clavo ardiendo. No había comentado el asunto con nadie, ni siquiera con Adolfo. Al fin y al cabo, de hacerlo seguro que este pensaría que Sofía no era más que una boba y, lo que es peor, se lo diría sin escatimar en detalles.

Cuando Sofía llegó a casa el día anterior, Adolfo se sorprendió de que hubiera llegado tan pronto. Ella solía llegar a casa alrededor de las ocho y media de la noche. Sin embargo, en un arranque de valentía y sentido común, Sofía había llegado a la conclusión de que si efectivamente había tirado la toalla, la iba a tirar en todos los aspectos, incluido el laboral. ¿Qué sentido tenía esforzarse en trabajar tan duro si su trabajo ya no le importaba lo más mínimo? Hacía muchos años que Sofía esperaba un ascenso y, como sumida en un profundo hechizo, caía año tras año, en la engatusadora trampa de la ficticia zanahoria. Cada año iba a ser su año de promoción, le decía su jefe. Pero ese año nunca llegaba y a Sofía se le había evaporado la ilusión por perseguir a toda costa una carrera profesional. Así pues, decidió limitarse a trabajar lo estrictamente necesario. Bien es cierto que, con su estado de desilusión aplastante, no tenía tampoco el más mínimo interés por estar en ningún otro lugar. Pero dada su indiferencia, prefería vegetar en su casa, y a ser posible, en soledad.

Y ahí estaba Adolfo, extrañado y molesto porque Sofía hubiera llegado tan pronto a casa aquel día. Ninguno de los dos tenía ganas de estar en compañía del otro. Él inventó una excusa para salir de casa. Una excusa que, de haber tenido Adolfo más tiempo para pensar, seguramente habría sido más elaborada y verosímil. Pero no hubo tiempo, Sofía apareció en casa antes de lo previsto y una vez se intercambiaron las

cuatro frases reglamentarias del día, Adolfo se ausentó con el pretexto de tener una cena de trabajo. «Qué absurdo», pensó Sofía. Adolfo nunca tenía cenas de trabajo, no había tenido ni una sola en siete años. Seguramente tenía pensado excusarse diciendo que tenía una cena con algún amigo, pero al haber llegado ella antes de lo previsto, Adolfo no supo reaccionar con destreza. Daba igual.

A ella no le importaba, fuera donde fuera Adolfo, lo importante era que él no estaría en casa. A menudo Sofía se preguntaba por qué no abandonaba a Adolfo, o por qué él no la abandonaba a ella. Ya no se querían, ya no se deseaban y, lo que es peor, ni siquiera se soportaban. Disfrutaban de la ausencia del otro. Sofía conocía muy bien la respuesta. Era pura cobardía. Ambos fueron valientes en su día, ambos derrochaban energía, entusiasmo, ilusión por la vida. Y ambos se habían marchitado. Se habían convertido en personas sin arrojo y sin la valentía necesaria para tomar la sencilla decisión de vivir. Una ruptura exigía mucho esfuerzo y sacrificio.

Cuando Adolfo llegó a casa aquella noche, Sofía ya dormía. Lo cierto era que ella le había oído llegar, pero aparentó estar dormida, no sin antes echar un fugaz vistazo al reloj de su mesilla. Marcaba las dos y media. Se dijo a sí misma que eso le debía resultar irrelevante. Y de alguna forma, así era. No sentía celos, no estaba enojada con Adolfo, ni siquiera le molestaban ya sus mentiras. Sofía durmió plácidamente pidiendo un último deseo, como el prisionero que está a las puertas de la horca. Deseaba con todas sus fuerzas un mensaje más de Séneca. Solo uno más. Y es que Sofía, muy en contra de lo que ella creía, todavía no había muerto en vida.

La mañana siguiente amaneció más cálida de lo normal. Sofía continuaba cargando sobre sus hombros la desolación de una vida vacía. El no haber recibido noticias de Séneca le desilusionó, sin embargo sus esperanzas seguían nutriéndose del misterio de los mensajes recibidos.

Por primera vez en mucho tiempo, había conseguido descansar plácidamente. Era curioso, pero la noche anterior había olvidado tomarse las pastillas para dormir. Adolfo ya no estaba en la cama cuando ella despertó y tampoco parecía estar en el piso. Sofía decidió desayunar tranquilamente en la terraza. Se prepararía un café y hasta se animaría a comer un cruasán rancio que seguramente debía llevar en la cocina más de una semana.

Diez minutos de un ilusorio placer dedicados a ella misma. Diez minutos en su terraza, sintiendo la suave brisa matinal, disfrutando del café, del cruasán caduco que apenas probó, y del cigarrillo. Apreciando el azul del mar, un azul que ayer veía gris. Algo había cambiado en ella. ¿O acaso era el mundo el que había cambiado? No quería hacerse ilusiones. Después de todo, ya había pasado antes por instantes de vitalidad ficticia que al final quedaban en nada. De nuevo llegaría tarde al trabajo, pero hoy merecía la pena, estaba disfrutando de su soledad.

Ya en el tren y con una media sonrisa que dejaba entrever una extraña dicha en su rostro, Sofía sostuvo su móvil sin apartar la mirada de él. Pero para desilusión de Sofía, no hubo ningún mensaje. Era tal el nivel de su desesperación, que había

entendido aquellos dos mensajes como su única salvación. Era absurdo y lo sabía.

Llegó a la oficina con más desánimo que de costumbre. Llevaba consigo un café del Starbucks, así que se evitó tener que ir a la cocina y correr el riesgo de encontrarse con alguien. Dejó el bolso y la gabardina en el perchero. Se sentó y fue entonces cuando vio un papel doblado en medio de su mesa. Su secretaria nunca le dejaba notas en papel, toda comunicación era, desde hacía tiempo, electrónica. Abrió la nota con ansiedad:

Acostúmbrate a no esperar de la vida lo que tú no estás dispuesta a ofrecer. El viaje tendrá dos únicas reglas: 1) deberás reflexionar sobre cada uno de los mensajes que yo te transmita y 2) deberás seguir todas mis indicaciones. Si en algún momento tengo la impresión de que incumples cualquiera de las dos reglas anteriores, daré por finalizado el viaje. Séneca

Lo sintió en la boca del estómago. Una mezcla de fantasía, nerviosismo y enojo. Sí, Sofía se había sentido herida por la primera frase de aquel mensaje. ¿Quién se creía que era ese personaje para hablarle de aquel modo?, se preguntó con cierto enojo. Pero en el fondo, sabía que lo que aquel misterioso hombre decía era cierto, sabía que ella ya no ofrecía nada. Ni a los demás, ni al mundo ni a sí misma. Quizá el viaje que Séneca le proponía supusiera una oportunidad para evitar que fuera así.

Recapacitó sobre la situación y de pronto cayó en la cuenta de que aquel hombre no solo sabía cómo se llamaba y cuál era su número de teléfono. Séneca también sabía dónde trabajaba.

¿Y si era un compañero de trabajo el que estaba detrás de todo esto? Le parecía improbable pero, dadas las circunstancias, no era descartable. Si era una broma de alguno de los cretinos de la oficina, ya se lo haría pagar, pensó. Pero fuera quien fuera el autor de aquellos mensajes, ella debía reconocer que todo aquello le había devuelto una energía que ansiaba desde hacía años. Asumiría el riesgo de caer en una burla orquestada por sus compañeros. Merecía la pena, concluyó.

Sin embargo, había otro punto de vista que por el momento estaba obviando. Séneca podía ser un loco, alguien del pasado, alguien que quisiera hacerle daño. Sofía se estremeció al pensar que quizá estuviera en peligro. Decidió extremar las precauciones, pero no valoró la posibilidad de abandonar el viaje que estaba a punto de iniciar, una travesía que acabaría siendo la aventura más sorprendente de su vida.

Ella sabía perfectamente que se moría de ganas de emprender el camino, independientemente de cual fuera el destino. Y estaba claro que la persona que se encontraba detrás de aquello sabía perfectamente que ella haría todo cuanto pudiera por iniciar, continuar y finalizar aquel viaje. El móvil vibró en aquel instante:

Primera enseñanza: Tu actual vida es miserable. Sé sincera contigo misma y admítelo. Séneca

Algún día en cualquier parte, en cualquier lugar indefectiblemente te encontrarás a ti mismo, y esa, solo esa, puede ser la más feliz o la más amarga de tus horas.

PABLO NERUDA

CAPÍTULO 4

Como quien pierde una estrella

Sofía sabía de sobra que su vida era miserable. Un trabajo que detestaba, con compañeros a los que no podía ni ver, emparejada con alguien cuya sola presencia le molestaba y sin haber cumplido ni uno solo de los sueños que siempre ansió alcanzar. De hecho, ella misma se sentía miserable. Pero una cosa era que ella lo supiera e incluso se recriminara por su patética existencia, y otra cosa muy distinta era que un tercero, a quien no conocía de nada, le dijera aquellas duras palabras sin el más mínimo miramiento. Y lo peor de todo era que debía reflexionar sobre ello y seguir las indicaciones del mensaje.

Reflexionar sobre su mísera vida, reflexionar aún más de lo que ya lo había hecho. Y seguir las indicaciones de la primera lección de ese tal Séneca: «Admítelo». Pero ¿frente a quién debía admitirlo? No tenía problema alguno en reflexionar sobre ello, al fin y al cabo era lo que hacía cada día y cada noche desde hacía mucho tiempo. Tampoco veía el más mínimo inconveniente en admitirlo, aunque no sabía ante quién. ¿Ante Séneca?, ¿ante ella misma?, ¿ante el mundo entero? Tanto le daba, no tenía intención de aparentar ser lo que no era.

Las diez de la mañana. Se abrió la puerta y una brisa sombría se coló en el despacho de Sofía.

—¡Buenos días! —La sonrisa de Clara parecía más falsa que nunca.

—No quiero ir a tomar nada con vosotras.

¿Quién había dicho eso?, se preguntó una aterrada Sofía. Si le hubiera sido posible, habría retrocedido atrás en el tiempo para evitar que aquellas palabras salieran de su boca. Pero no podía hacerlo, así que lo mejor sería enfrentarse a la situación con valentía. El problema era que Sofía ya no era valiente o, peor aún, no creía serlo.

—¿Cómo dices? —preguntó Clara con evidente malestar y desconcierto.

—Quiero decir que… —Las palabras se amontonaban en su cabeza, pero ninguna osaba a ser pronunciada—. Yo no, no…

—¿No qué? —Un severo tono inquisitorio se apreciaba en la pregunta de Clara.

—Que no quiero ir a desayunar con vosotras. —Punto y final. Esas fueron sus últimas palabras, como quien culmina una ceremonia con absoluta solemnidad. Como quien es consciente de estar haciendo lo correcto, con esa tranquilidad y serenidad que se siente al osar finalmente hacerle caso a tu voz interior.

La cólera se apoderó de Clara en cuyas mejillas apareció, como por arte de magia, el rojo fuego de la indignación. Aquello era demasiado. «¿Qué demonios se cree esta bruja endiablada?», se preguntó Clara, quien cada instante que pasaba se sentía más enfurecida. Ella nunca había disfrutado de su compañía, cada mañana se acercaba a su despacho y le invitaba a desayunar con «las chicas» por pena, pero los dos últimos días habían acabado por colmar el vaso de su paciencia.

—Nunca jamás… Fíjate en lo que te digo: nunca jamás… —comenzó a decir Clara. Su voz temblorosa presa de la rabia no atinaba a completar la frase—. Nunca jamás volveré a invitarte a desayunar con las chicas. —Y es que Clara verdaderamente se sentía ofendida. Tanto tiempo haciendo el esfuerzo por ser amable con la solitaria de Sofía y ella se lo pagaba de aquel modo tan cruel.

—Pues que así sea.

«De perdidos al río», pensó Sofía. No sabía de dónde estaba sacando aquella valentía repentina y espontánea que le permitía decir aquello que realmente quería decir. Solo habían sido dos frases. No parecía un logro desorbitado ni un esfuerzo sobrehumano, sin embargo para Sofía sí lo era y, a decir verdad, lo había sido durante mucho tiempo. De hecho, ella no se sentía única en aquel sentido, sabía que la mayoría de la gente callaba lo que verdaderamente deseaba decir.

Clara marchó dando un portazo. De pronto Sofía se percató de lo sorprendentemente sencillo que le había resultado librarse de un aspecto cotidiano que le absorbía tanta energía y bienestar. Una opresión que llevaba consumiéndola durante años. Y todo por no haber sido nunca capaz de decir «no». Tantos libros de desarrollo personal, tantos consejos sobre cómo tratar al prójimo, sobre cómo abordar situaciones conflictivas, lecciones y recomendaciones para relacionarse con personas tóxicas… Y al final había resultado que la respuesta, la única respuesta, la tenía ella. Solo había tenido que decir lo que verdaderamente deseaba y, para su asombro, lo había hecho con sosiego y entereza.

Por primera vez en mucho tiempo, se sintió tenuemente orgullosa de sí misma. Pero aquella agradable sensación se desvaneció en cuanto recordó el contenido del último mensaje de Séneca. Su salvador —o torturador, todavía no lo tenía claro— había sido, a su juicio, extremadamente cruel. Sí, era cierto, Séneca había sido muy duro. Pero también había sido certero, pensó. Sofía decidió acabar un informe urgente que debía entregarle a Lorenzo y tomarse el resto del día libre. Tenía que pensar en su «miserable vida».

Pasadas cuatro horas de trabajo intenso, Sofía logró por fin poner punto y final al dichoso informe y dar por finalizada su jornada laboral. Tenía vacaciones pendientes

por disfrutar, así que marcharía sin más. Al fin y al cabo, en el trabajo ya no le podían amenazar ni engatusar con nada. Dejó el informe en la mesa de Lorenzo quien, por fortuna para ella, no se encontraba en su despacho. Fue a la estación y tomó el primer tren dirección Sitges. Apenas sin darse cuenta había llegado al pueblo y una vez ahí, se dedicó a recorrerlo una y otra vez. Pasó dos largas horas caminando por el paseo marítimo. Finalmente se acercó a la playa, se sentó en la arena y observó. Por fin Sofía estaba «en el aquí y en el ahora» del que tanto le habían hablado en todos los cursos de desarrollo y superación personal a los que había asistido. Observaba el azul del mar, especialmente vivo y resplandeciente. Seguía sintiéndose vacía y continuaba con la cargante compañía de la desazón, pero ahora albergaba esperanzas. Unas gaviotas se posaron a su lado y ella, imperturbable, se limitó a observarlas. Así lo hizo con la gente a su alrededor, con las aves que sobrevolaban el mar, con los perros que correteaban por la playa, con el cielo, la arena, las piedras, con todo cuanto le rodeaba.

Sofía se limitó a observar desde la distancia, con tranquilidad y serenidad. Se percató de la suave brisa que rozaba su cuerpo y provocaba un gracioso baile en su rizada y larga melena. Advirtió el intenso olor a mar y se sorprendió al no recordar la última ocasión en la que había reparado en aquel agradable aroma, aun a pesar de vivir en un pueblo costero. El silencio de su ser desapareció cuando el estómago de Sofía rugió exigiendo alimento.

Escogió un acogedor y pequeño restaurante próximo al mar y pidió algo para comer. Sofía supo que había llegado el momento de enfrentarse al mensaje de Séneca. Su vida era miserable y debía reflexionar sobre ello si verdaderamente quería continuar el viaje que su misterioso guía le había propuesto. Pero ¿de verdad su vida era miserable? Y de ser así, ¿por qué era miserable?

Comenzó a pensar en su triste existencia viajando al pasado. Recordó la felicidad de su niñez. Dicen que la memoria es selectiva, Sofía lo sabía bien. El año anterior había asistido a un seminario de neuropsicología. El tratar de eliminar con empeño un recuerdo, hacía mucho más difícil recuperarlo en un futuro. Era más que probable que Sofía hubiera eliminado recuerdos dolorosos de su pasado. Por ejemplo, apenas recordaba ningún detalle del día en que falleció su hermano y eso que en aquel entonces, ella ya tenía doce años. Por más que lo intentaba no era capaz de reproducir ningún recuerdo de aquel día, lo poco que conseguía recordar era fruto de lo que *a posteriori* sus padres le habían relatado. Es decir, eran recuerdos artificiales, formados a través de los recuerdos de otras personas.

Y aquel no era el único capítulo de su vida del que prácticamente no recordaba ningún detalle. No era capaz de evocar ni un solo instante del día en que estuvo perdida en la montaña durante más de veinticuatro horas. Suponía, conociéndose, que habría estado muerta de miedo, pero más allá de cuatro vagas pinceladas, Sofía no era capaz de aportar ningún detalle de aquel episodio.

Sofía había borrado de su memoria otros recuerdos de su vida adulta, como

aquella ocasión en la que descubrió a su novio acostándose con su mejor amiga. Podía recordar la escena, pero aquel era un recuerdo que no duraba más de dos segundos. El antes, el después y sobre todo el desvanecimiento que a todas luces debió sentir, lo había eliminado por completo de su memoria. Pero a Sofía no le molestaba aquella faceta de su memoria. Después de todo, ¿para qué querría alguien almacenar recuerdos dolorosos en su memoria?

Sus pensamientos se vieron de pronto interrumpidos por la extraña presencia de un hombre vestido de negro. Llevaba gafas de sol, aun a pesar de estar dentro del restaurante. Aquel hombre se sentó junto a Sofía, en su mesa y a una distancia lo suficientemente corta como para que ella se sintiera terriblemente incómoda.

—¿Le puedo ayudar en algo? —preguntó finalmente Sofía, quien con la mirada estudiaba la situación con cierta preocupación. Estaba en el interior de un pequeño restaurante de la playa de San Sebastián, en Sitges. El encargado, un hombre de pequeña estatura, permanecía tras la barra del bar limpiando unas jarras de cerveza. No había nadie más en aquel lugar, a excepción de una mujer de unos setenta años que a Sofía no le sería de gran utilidad, en caso de necesidad.

—No —contestó el hombre con seriedad. Sofía no podía verle los ojos, pues el hombre continuaba con sus gafas de sol, pero intuía una mirada dura e implacable.

—Oiga, verá… no sé qué quiere ni qué le sucede, pero le agradecería que se marchara a otra mesa. El restaurante está vacío, tiene donde elegir…

—Atrévete a ser sincera contigo misma. —El hombre pronunció aquellas palabras con una asombrosa frialdad. Se levantó y se marchó. Sofía, atónita, le siguió con la mirada. Quiso correr tras él, quiso preguntarle a qué venían aquellas palabras, quiso saber si aquel hombre guardaba alguna relación con Séneca. Sin embargo, permaneció sentada en aquel restaurante medio vacío, inmóvil por la confusión.

¿Y si aquel hombre era Séneca? ¿Cómo podía haberle dejado marchar? Se maldijo unas cuantas veces e incluso valoró la posibilidad de salir tras él. Sabía que era inútil, habrían pasado ya al menos diez minutos desde que aquel hombre se había marchado. ¿Y si no era más que una broma? «Demasiada casualidad», pensó.

Cuanto más pensaba en ello, más segura estaba de la relación entre aquel último extraño suceso y Séneca. Desconocía si el hombre con gafas de sol sería o no Séneca, pero ya no le cabía ninguna duda de que su presencia no había sido fortuita. Aquello la perturbó durante unos minutos más, en los que se sintió aturdida y sin saber muy bien cómo afrontar lo que le estaba sucediendo.

Finalmente decidió retomar la tarea encomendada por Séneca, teniendo en todo momento presente la frase del misterioso hombre de negro, debía atreverse a ser sincera consigo misma. Recordó entonces que la memoria no solo eliminaba recuerdos sino que también los distorsionaba, algo en lo que Sofía tenía sobrada experiencia. Aquella discordancia en la memoria solía ocurrir, según le habían explicado a Sofía en el seminario de neuropsicología, cuando las personas tenían enfoques o creencias enfrentadas en relación con un mismo suceso o realidad.

Relacionó aquel pensamiento con Adolfo.

Poco después de haber cumplido el primer año de relación, Sofía decidió dejar a Adolfo. Quería ver mundo y sentir la llama de la vida. Algo que por aquel momento, ella sabía que no podría hacer si permanecía junto a él. Le había costado mucho tomar la decisión, pero estaba convencida de ella. No sabía cómo hacerlo, pero debía enfrentarse a Adolfo, a quién por nada del mundo hubiera querido herir, y explicarle sus sentimientos. Quedaron una calurosa tarde de julio en una terraza del centro de Barcelona. Como si él intuyera las intenciones de Sofía, comenzó a mostrarse inusualmente encantador. Le susurró al oído cuánto la amaba, con palabras sorprendentemente sensuales. En aquel instante ella comenzó a flaquear, su decisión inquebrantable comenzó a tambalearse. Y entonces Adolfo le dejó en jaque.

—Sofía, te quiero tanto que no sé qué haría sin ti.

Y la verdad es que aquello no era cierto. Adolfo hubiera sobrevivido sin Sofía. Es más, hubiera acabado siendo infinitamente más feliz. Pero no quería pasar por un abandono, no en aquel momento. En aquellos instantes él quería estabilidad emocional, tener a alguien en casa esperándole cuando llegara de trabajar, quería poder dormir abrazado a alguien.

Sofía decidió posponer su decisión unos días. Debía reconsiderar cómo comunicárselo a Adolfo. Fueron pasando los días y el ímpetu de Sofía se desvaneció. Durante los primeros días tuvo una lucha interior entre sus dos yoes. Uno de ellos le animaba a vivir su sueño, su objetivo era uno: ser feliz. La vida que llevaba no le hacía feliz, así que la decisión parecía incuestionable. Debía introducir cambios en su vida. Debía marcharse. Adolfo era un daño colateral inevitable. Sofía no quería lastimarle en modo alguno, pero ella y su bienestar debían estar por encima de cualquier cosa. Y entonces hizo presencia el yo de la culpabilidad, de los remordimientos, de la inseguridad, de los miedos, de las dudas y de las turbaciones. Y aquel yo no tardó más de dos días en ganar la batalla al yo de la valentía y del desapego.

Finalmente, Sofía tomó la decisión de cancelar su viaje y también, por qué no, de continuar la relación con Adolfo. Al fin y al cabo, se habían acostumbrado a estar juntos. Era cierto que ya no sentía una gran pasión por él, pero eso era algo en una relación, que tarde o temprano, siempre se acababa perdiendo.

Y dio comienzo la ardua tarea de justificar lo injustificable, de darle sentido a lo que, a todas luces, no lo tenía. Razonó y argumentó con todas sus fuerzas la decisión tomada. Sofía se convenció a sí misma de que permanecer junto a Adolfo era lo mejor que podía hacer y lo que más le convenía. Y así permaneció en su recuerdo. Y ahora, reflexionando sobre ello, seis años después, se percató de la distorsión de aquellos recuerdos.

Qué miserable se sentía en aquel instante por no haber vivido su vida, por no haber escuchado a aquella voz que le animaba a ir tras sus sueños. Miserable por haber cedido frente al miedo, frente al sentimiento de culpabilidad y, sobre todo,

miserable por haberlo justificado durante tantos años.

Recordó entonces cuánto le gustaba el arte cuando era pequeña. Sofía había decidido estudiar la carrera de Bellas Artes, pero sus padres hicieron enormes esfuerzos por convencerle de que aquello no tenía futuro. Desesperados por la cabezonería de su hija, decidieron apelar a la supuesta falta de habilidad de Sofía. «No tienes mucho arte, Sofía», le dijeron. «No se te da muy bien. Es posible que te guste, pero cualquier persona pinta mejor que tú», «No tienes mucha gracia… Sin embargo, los números se te dan tan bien», le dijeron sus padres. Y ella acabo por doblegarse. Y no solo eso, acabó justificando la decisión, justificando a sus padres y reconociendo que ella no tenía ningún talento artístico.

Sofía finalmente admitió ser una inepta para la pintura y aceptó que su fuerte eran los números. Estudió economía y acabó en la empresa para la que trabajaba en la actualidad. Una compañía repleta de buitres sanguinarios y personajes grises y amargados, un lugar en el que Sofía no tenía el más mínimo futuro precisamente por no ser como ellos. Se entristeció al pensar que esa era la historia de su vida, el acabar haciendo lo que la gente esperaba de ella con un broche de oro: el justificar las decisiones de los demás cuando estas eran contrarias a su propia voluntad. Le habían cortado las alas, pensó. Peor aún, ella había colaborado a cortarse sus propias alas. Ahora lo veía claro. Ahora. A sus treinta y nueve años.

¿Por qué buscáis la felicidad, oh, mortales, fuera de vosotros mismos?

BOECIO

C A P Í T U L O 5

La Gloria eres tú

Cuando Sofía volvió a casa, alrededor de las seis de la tarde, se sentía fatigada. Se encontró a Adolfo tumbado en el sofá, con una cerveza en la mano y haciendo ver que ojeaba una revista. Él también había perdido cualquier atisbo de brillo en su mirada. Sofía le propuso conversar unos minutos y él, pese a la sorpresa de la propuesta, aceptó sin más. Y es que Adolfo ya no discutía, no tenía fuerzas de llevar la contraria, simplemente coexistía con el mundo sin enfrentarse a nada.

—¿Eres feliz conmigo, Adolfo?

Sofía se había propuesto mantener una conversación sin rodeos, sin tapujos ni tabúes. No pretendía herirle, pero tampoco era su intención el prolongar ni un minuto más una farsa tan dañina como era su relación.

—¿Y quién es feliz, Sofía?

—Por favor, Adolfo. Hablo en serio. Hace ya mucho tiempo que no somos felices juntos…

—¿Y qué sabrás tú? Habla por ti, pero no te atrevas a decir si yo soy feliz o no.

Aquello no marchaba bien, pensó Sofía. Se arrepintió de haber sido tan brusca, pero verdaderamente no sabía de qué otra forma abordar el tema. Sabía perfectamente que ahora Adolfo se sentía herido, le había asestado una bofetada a su orgullo al insinuar que ella no era feliz con él. Pero la verdad era que ninguno de los dos era feliz estando juntos. Por duro que resultase, había algo mucho más importante en juego que el amor propio de Adolfo. Aquella no era la primera vez que él tenía una reacción similar, aun a pesar del cuidado con el que Sofía le solía hablar.

—Perdona, no quería ofenderte… no hablaré de ti. Hablaré de mí —dijo ella con cierto temor.

—¿A qué viene esto ahora, Sofía? ¿Otra crisis existencial?

—Por favor… solo quiero hablar y expresarte lo que siento.

Sofía, presa de un incipiente malestar, comenzó a acariciar con nerviosismo su amuleto, media luna de plata que colgaba de una pulsera de la que nunca se desprendía.

—¿Y si yo no quiero oírlo? —sentenció él con dureza y frialdad. Adolfo se estaba cerrando en banda y Sofía lo sabía. Ella quería tratar el tema con delicadeza pero, por encima de todo, quería zanjar aquel asunto. Iba a intentarlo una vez más, se dijo a sí misma, pero si no veía ninguna puerta abierta, lo solventaría por las malas. Se marcharía, sin más. Tenía todo el derecho del mundo, a él no le debía nada más allá del respeto, pensó.

—Te lo pido yo. Quiero hablar de nuestra relación. Necesito hablar de ello. No estoy bien y creo que la solución no es continuar como hasta ahora.

Permaneció calmada y serena, a pesar de tener la convicción de que aquella batalla estaba perdida. Adolfo ya le había dado la espalda, no atendía a razones, lo evidenciaban inclusos sus gestos. Él se mostró esquivo y a la defensiva. Reclinó su cuerpo hacia atrás, cruzó los brazos, enarcó las cejas y la expresión de su rostro decía a gritos: «No me importa lo más mínimo lo que tengas que decirme». A ella le pareció poder leer en sus ojos: «Soy un desgraciado, Sofía, y la culpa es tuya».

—¿Qué pasa?, ¿es tu jefe otra vez? El Lorenzo ese… ¡menudo gilipollas! Pero te diré una cosa, está bien que no te atrevas a decirle que es un imbécil, a él y cualquiera de los idiotas con los que trabajas, pero no me hagas pagar a mí tu cobardía.

Definitivamente Adolfo había pasado al ataque. Su orgullo estaba herido de muerte y él había optado por una actitud de despotismo frente a la ofensa de Sofía. No había nada más por hacer y Sofía lo sabía. Sentía un gran dolor. Cualquier discusión le dolía, sí. Pero aquella parecía ser la discusión final. De pronto sintió un profundo mareo y cerca estuvo de desfallecer. Sufrió el vértigo de quien está a punto de poner punto y final a la comodidad de lo cotidiano, punto y final a una realidad que, por dañina que fuera, ella había aceptado siempre como su única opción.

Sofía comenzó a divagar pensando en cuanto estaba sucediendo y en las diferentes opciones que se le planteaban. ¿Qué pasaría si de verdad se atrevía a dejar a Adolfo? ¿Encontraría a alguien después?

¿Se quedaría sola toda su vida? ¿Y si no encontraba nunca a nadie, y si nadie jamás la soportase? ¿Y si acabara sola mendigando por las calles? Las peores previsiones golpearon a Sofía con una dureza tal que a punto estuvo de disculparse y hacer ver que aquella conversación no había tenido lugar. A punto estuvo hasta que, inesperadamente, Adolfo pronunció unas duras palabras que acabaron siendo la liberación de Sofía.

—Más te vale dejar el tema donde está, no sea que el que se canse sea yo y acabe por abandonarte. ¡Mírate bien! ¿Quién te va a querer a ti? Nadie te tratará tan bien como yo, así que, tú misma… No puedes aspirar a nada mejor que yo. Acéptalo y sigue adelante.

Lejos de lo que cualquiera pudiera pensar, aquellas palabras no le produjeron dolor a Sofía, sino más bien alivio. Con absoluta tranquilidad, Sofía se levantó, dirigió una última mirada a Adolfo y se fue.

Una vez en la calle los nervios se apoderaron de ella, aun a pesar de no dudar de

la decisión que acababa de tomar. «Siete años», pensó. «Siete años tirados a la basura». Toda una vida en común. Los amigos, la familia, los gastos, las vacaciones que ya habían contratado para diciembre. Sus padres, los padres de Adolfo, los vecinos, los compañeros del trabajo. ¿Dónde viviría ahora?, se preguntó. Aquella vorágine de pensamientos mareaba, no cabía duda. Pero Sofía no iba a dejar que el miedo a lo desconocido, la turbación del qué dirán y el temor por enfrentarse a la gente, le hicieran dudar de la primera decisión que, por primera vez en años, acababa de tomar. Era firme.

Deambulaba por la calle sin rumbo fijo, los pensamientos se amontonaban en su cabeza, pero no era capaz de darles forma. Anochecía y comenzaba a hacer frío, algo que colaboró en que Sofía comenzara a dudar acerca de su decisión. Ella sabía que era demasiado tarde para arrepentirse, pero lo cierto era que no había pensado mucho en lo que acababa de hacer. ¿Se habría precipitado?

¿Tan mal estaba con Adolfo? ¿Sería mejor lo que vendría después? Cavilaba Sofía sumida de nuevo en sus dudas cuando un muchacho en bicicleta se aproximó bruscamente a ella, obligándole a abandonar violentamente sus profundas reflexiones. Le entregó un papel doblado y se largó fugazmente, como si nunca hubiera estado ahí. Era inútil salir tras de él. Todo era tan confuso que, por un momento, Sofía barajó la posibilidad de que cuanto acababa de acontecer fuera producto de su imaginación.

Desdobló el papel sabiendo quién sería el autor. Se sintió reconfortada al pensar que, quizá en aquella ocasión, el mensaje fuera una felicitación por haber tomado la decisión correcta. Quizá su misterioso amigo, el gurú de la felicidad, se sintiera orgulloso de que Sofía hubiera tomado las riendas de su vida, aun cuando ello hubiera significado el sacrificar una relación sentimental de tantos años.

Segunda enseñanza: El árbol de tu ego te impide ver el bosque de la vida. Esta lección no se aprende reflexionando en la playa durante una tarde. Séneca

Buscamos la felicidad, pero sin saber dónde, como los borrachos buscan su casa, sabiendo que tienen una.

VOLTAIRE

C A P Í T U L O 6

Entre copa y copa

Sentada en la terraza de una solitaria cafetería, Sofía se preguntó si en algún momento recibiría algún comentario positivo por parte de Séneca. Visto desde la distancia, como equivocadamente trataba de hacer, parecía un caso perdido. Es cierto que hacía ya mucho tiempo que no le encontraba el más mínimo sentido a su vida, pero se alentaba pensando que parte de su sufrimiento y malestar era debido a su distanciamiento de la bajeza humana.

Llevaba demasiado tiempo sintiéndose cansada de vivir. Un cansancio que en más de una ocasión se convertía en dolor. Pero ello nunca significó que ella no quisiera vivir. Sofía estaba cansada de su vida, no de la vida. Su principal obstáculo fue siempre el poder vencer la barrera del temor y la falsa seguridad de su rutinaria y perniciosa zona de confort.

Ahora resultaba que ella tenía ego. «¡Ella! Pero ¿qué demonios se ha creído este tipo?», exclamó para sus adentros. Siempre se había tenido por una persona entregada a los demás. De hecho, Sofía estaba plenamente convencida de que el anteponer los deseos de los demás a los suyos había sido el origen de gran parte de su malestar. Se había olvidado de sí misma y había caído en desgracia. Sí, eso debía ser, no le cabía la menor duda. Eso explicaría la situación en la que se encontraba en aquel momento, pensó. Debía vivir su vida y relegar a los demás a un segundo plano. Pero ahora, alguien a quien no conocía le acusaba precisamente de todo lo contrario. Le atribuía un ego tal que le impedía ser feliz.

¿Qué querría decir aquel hombre?, se preguntó. ¿Acaso estaba insinuando que su infelicidad era decisión suya? ¿Estaría sugiriendo que era ella la única responsable de su desgracia? ¿Qué culpa podía tener ella de que su última pareja hubiera acabado siendo un auténtico imbécil, de que en el trabajo estuviera rodeada de pirañas, de que sus padres la hubieran encaminado a una carrera profesional que detestaba y, por encima de todo, qué culpa podía tener ella de la muerte de su hermano? La osadía de semejante engreído y falso maestro espiritual le estaba resultando ahora especialmente importuna.

Lo cierto es que Sofía esperaba que el contenido del último mensaje hubiera sido muy diferente. Ansiaba palabras bonitas, de ánimo y empuje. Al fin y al cabo, ella había sido muy valiente al dejar a Adolfo… ¿O no? Las dudas y el temor de haber tomado una decisión equivocada recorrieron el cuerpo y la mente de Sofía. Sintió un escalofrío acompañado de una desagradable sensación de pánico. ¿Y si el dejar a Adolfo no había sido un acto de valentía, sino más bien todo lo contrario? ¿Y por qué necesitaba palabras reconfortantes que reforzaran su decisión? ¿Acaso no estaba segura de lo que acababa de hacer? No lo estaba. De hecho, ella ya no estaba segura de nada. Un camarero se acercó a ella.

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntó el camarero con una voz dulce y tierna.

—Nooo… —contestó Sofía con cierta tristeza.

—¿Puedo hacer algo por usted?

—Nooo… —Se sentía un tanto ridícula por no poder pronunciar nada más que un agónico no.

—Oiga, no quiero meterme donde no me llaman, pero deje que le diga una cosa… Seguro que su problema, sea el que sea, tiene solución.

Sofía apreció el gesto de aquel camarero, un atractivo muchacho de unos treinta y tantos años. No quería ser descortés ni desagradecida con él, por lo que trató de reunir las fuerzas necesarias para poder agradecer sus palabras.

—Gracias, de verdad… muchas gracias.

Sin saber cómo, Sofía acabo confesándole todo lo ocurrido con su expareja a aquel chico al que no conocía de nada. La cafetería estaba prácticamente vacía, por lo que Hugo, que así se llamaba el camarero, se sentó junto a Sofía y trató de reconfortarla. Hubo un instante en el que Sofía desconfió de la amabilidad de Hugo, pero pasados unos minutos y, siendo consciente de su situación, decidió aprovechar la grata disposición de aquel chico.

Sofía de desahogó y permitió que él la consolara con frases en las que, curiosamente, ninguno de los dos creía. Hugo marchó pasados unos cuarenta minutos de charla. Ella le agradeció enormemente el tiempo que le había dedicado. Nunca antes se había confesado de aquella manera con un desconocido. De hecho, pensándolo con detenimiento, apenas le había revelado ningún detalle íntimo, era la simple presencia de aquel chico lo que a Sofía le había alentado.

Finalmente entró en razón, abandonando poco a poco el estallido de duda que se había producido en su cabeza. «Tranquila, Sofía», se dijo mientras ilusoriamente se reconfortaba acariciando su amuleto. «Lo hecho, hecho está», pensó tratando de consolarse. De nada valdría ya el cuestionarse su decisión, de nada le serviría el titubear y permitir que las dudas se apoderaran de ella. Debía reflexionar sobre la última instrucción de Séneca y, para ello, lo primero que haría sería averiguar qué demonios era el ego. Pero antes de nada, Sofía debía solucionar un problema más apremiante si cabía, debía encontrar un lugar donde vivir. No tenía muchas opciones

donde escoger, especialmente teniendo en cuenta de que eran ya las siete y media de la tarde.

El piso que hasta hacía un rato compartía con Adolfo era propiedad de él. Lo había adquirido hacía unos diez años y nunca se planteó mudarse. Así se lo había manifestado a Sofía desde el principio de su relación, por lo que ella tampoco tanteó una mudanza, por mucho que aquel piso nunca hubiera sido de su agrado. No era la mejor de las opciones, pero por el momento quizá lo más práctico era hospedarse temporalmente en el piso de su prima, situado también en Sitges, pero lo suficientemente lejos como para que la probabilidad de cruzarse con Adolfo no fuera excesivamente alta.

Su prima, Laura, se lo había propuesto en más de una ocasión. Ella vivía en Alemania y nunca quiso alquilar su piso, por lo que este estaba vacío. De vez en cuando, Sofía solía ir a revisar que todo estuviera en orden, pero el inmueble comenzaba a aquejar la falta de inquilinos. Llamó a Laura alrededor de las nueve de la noche, temiendo que quizá fuera demasiado tarde para llamar por teléfono.

Hacía una eternidad que no hablaba con su prima, quien se alegró mucho por la llamada. Sofía, ya más serena, le contó a Laura todo lo que acababa de suceder. Adolfo nunca fue del agrado de su prima, por lo que esta se mostró encantadísima con la decisión de Sofía y con el hecho de que se fuera a vivir a su piso. Era un apartamento que a Sofía le encantaba, muy luminoso, con preciosas vistas al mar y, sobre todo, sin la presencia de Adolfo. ¿Qué mejor lugar para recapacitar sobre los últimos acontecimientos?

Llegó al piso de Laura y cogió las llaves de debajo del felpudo. ¡Cuántas veces le había repetido a su prima lo peligroso que era el dejar las llaves de su vivienda en un lugar tan accesible! Sofía tenía un juego de llaves del piso de su prima en casa de Adolfo, pero por el momento no se planteaba ir allí. Podría emplear durante un par de días la ropa y demás enseres de su prima y, cuando se sintiera emocionalmente preparada, iría a casa de Adolfo a recoger sus cosas. No tenía prisa.

Se alegró de que su prima se hubiera mostrado tan comprensiva y dispuesta a ayudarle en todo cuanto fuera necesario, máxime teniendo en cuenta que hacía mucho tiempo que no solo no se veían, sino que ni siquiera habían conversado. Se sintió triste y culpable a la vez por no haber mantenido un mayor contacto con ella, después de todo, Laura era alguien a quien Sofía siempre había admirado con suma fascinación.

El piso olía a humedad, por lo que Sofía abrió todas las ventanas. Hacía bastante frío como para tener toda la casa abierta, así que finalmente decidió ventilar el apartamento a la mañana siguiente. Comprobó con alegría que en la despensa había bebida y comida, por lo que ni siquiera tendría que salir a comprar. Abrió una buena botella de vino —la ocasión bien lo merecía— y salió a la terraza. Se permitió el pequeño lujo de contemplar el mar y el reflejo de la luna sobre el mismo, mientras degustaba aquel delicioso vino y trataba, por un instante, de olvidar el caos en el que

se hallaba inmersa.

Debía ponerse a trabajar sobre las instrucciones de Séneca, pensó. El mar no se movería de allí y estaba en juego su felicidad, así que cuanto antes empezara a investigar qué era exactamente el ego, antes lograría talar el árbol que le impedía ver el bosque de la vida.

Decidió comenzar a revisar los libros de la estantería del salón, seguro que ahí encontraría alguna definición del ego que le fuera de utilidad. Revisados unos cuantos viejos y roñosos diccionarios, cuya capa de polvo Sofía tuvo que limpiar antes de ojearlos, el resultado fue más bien nulo. Las definiciones que leía no le ofrecían la visión que ella precisaba. Consultó un par de libros de psicología y filosofía que encontró en la extensa librería de su prima. Ambos hacían una pequeña alusión al ego, pero aquello no le resultó de utilidad a Sofía.

Un diccionario filosófico llamó su atención. El autor definía el ego como la esencia del sujeto que piensa, siente y quiere, aquello que hacía de cada persona lo que ella realmente era. Pero ¿qué demonios era aquello?, se preguntó Sofía. Le parecieron conceptos muy abstractos, estaba claro que necesitaba otro tipo de libros.

El móvil sonó. Una llamada entrante. Era Adolfo. Sofía dudó sobre si contestar o no. Finalmente y, sin apenas pensarlo, respondió la llamada.

—¿Adolfo? —contestó ella.

—Hola, ¿cómo estás? —Su voz sonaba frágil.

—Bien… ¿y tú?

—Aquí estoy. Oye, ¿cuándo vas a volver?

Sofía temió que Adolfo pudiera engatusarla de nuevo. Debía mantenerse firme, pero su tono de voz le hizo sentir lástima por él.

—Adolfo, verás… Yo, yo no, no pensaba volver.

—No me hagas esto, Sofía.

«No me lo hagas tú a mí», pensó ella con amargura. No tenía ni idea de cómo encarar aquella situación.

—Adolfo, de veras que lo siento, pero es lo mejor para ambos…

—Será lo mejor para ti, ¿no? —Su voz ya no era quebradiza, ahora sonaba con fuerza y enfado.

—Es posible. Necesito tiempo, yo… lo siento, pero las cosas no marchaban bien.

—Te vas a arrepentir. Te prometo que te arrepentirás. —Y colgó. Adolfo colgó el teléfono tras aquellas duras palabras.

Ella permaneció sin reaccionar durante al menos quince minutos. Sofía no sabía cuáles eran las emociones que le invadían en aquel momento. No sabía si estaba triste, furiosa o si simplemente se sentía confundida tras la llamada de Adolfo.

Finalmente decidió aparcar los pensamientos en torno a su ex y continuar con la ardua tarea de averiguar en qué consistía el ego. Probó sin mucha fortuna con Freud y el psicoanálisis. El resultado fue más desastroso aún. Apenas comprendía lo que leía. Quizá le faltase un mínimo de conocimiento sobre la materia pero, aunque así fuera,

tenía claro que no sería Freud quien le ayudaría a comprender qué era el ego.

Ella siempre había entendido el ego como el exceso de autoestima, definición que coincidió con la que encontró en más de un diccionario de los que consultó. Sofía asociaba el ego con la arrogancia, la falta de modestia e incluso con la soberbia y altanería. Consideraba por tanto, de manera muy simplista, que todo aquel que empleaba de manera exagerada las palabras «yo», «mí» y similares en su vocabulario, tenía un ego desmesurado. Ella apenas solía hablar de sí misma, de sus pertenencias, de sus vivencias.

Sofía se sorprendió al comprobar que su prima también coleccionaba libros de autoayuda, o desarrollo personal, como ella prefería llamarlos. Seguramente en ellos encontraría una definición más espiritual del ego. El primer libro que trataba el tema, de manera excesivamente fugaz para las necesidades de Sofía, explicaba que el ego hacía que las personas se considerasen a sí mismas distintas de los demás. ¿Y qué había de malo en eso?, se preguntó Sofía. Pero no se quedaba ahí la definición, también significaba el considerarse distinto de Dios. Para una Sofía atea desde tiempos inmemoriales, aquello resultó turbador. ¿Qué tenía que ver Dios con el ego?

Se sirvió otra copa de aquel delicioso vino, mientras caía en la cuenta de que apenas había comido en todo el día. Se sentía un poco mareada, probablemente debido al cansancio. Eran ya las diez y media y el día había sido muy largo. Continuó devorando libros sin lograr avanzar lo más mínimo, pues todos ellos definían el ego empleando conceptos que Sofía desconocía.

Hizo un último intento buscando la definición del ego en el ámbito de la medicina. Su prima había comenzado la carrera de medicina y la había abandonado pasados dos años, fruto del repentino y sorprendente descubrimiento de su aversión por los hospitales. Y entonces fue cuando por primera vez en mucho tiempo, Sofía rio. Su risa era espontánea, saludable y sorprendente para una persona cuya vida parecía estar sentenciada al hastío. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas pero no eran de desolación, sino consecuencia de las carcajadas de las que en ese instante tenía la suerte de disfrutar. En el ámbito de la medicina, EGO eran las siglas con las que se denominaba al «Examen General de Orina», un examen clínico que se realiza para verificar si los valores de la orina son normales o no.

Finalizada la placentera risotada, Sofía cayó en la cuenta de que quizá el camino adecuado no pasaba por buscar definiciones que ni ella comprendía, en libros de diversas materias que desconocía. Quizá lo más apropiado sería pensar en ello. Podía hacerlo. Cuando menos, merecía la pena intentarlo. Primero dormiría, ya eran las once y media de la noche y estaba exhausta. Antes envió un correo a su secretaria diciéndole que se tomaba el resto de la semana libre.

Recortas y moldeas tu pelo, pero casi siempre olvidas recortar y moldear al ego.

ALBERT EINSTEIN

C A P Í T U L O 7

Me despertó la realidad

El vino y el cansancio hicieron mella en Sofía que, sin saber muy bien cómo, acabó durmiendo en el sofá, con la misma ropa que llevaba el día anterior y sin ni siquiera haberse tomado la molestia de cerrar la puerta con llave. Lo cierto es que necesitaba descansar. Al despertar se sintió agradablemente renovada. Había llegado el momento idóneo de comenzar el arduo camino de la introspección.

Pretendía olvidarse de todo cuanto había leído acerca del ego y simplemente dejar que las ideas brotaran sin más. Siempre había pensado de sí misma que era una persona extremadamente altruista, pues trataba continuamente de ayudar al prójimo. No sabía exactamente por qué, pero lo hacía.

Se preparó el desayuno sin apenas reparar en lo que estaba haciendo, pues ya estaba atrapada por sus propios pensamientos. Agradeció el café de la mañana. Un café que iría seguido de otros dos.

Salió a dar una vuelta por el paseo marítimo. Caminar le ayudaba a concentrarse. Pensó con cierta tristeza que ella no tenía muchos amigos. Aquello había sido, sin duda alguna, fruto del huracán de desánimo en el que estaba inmersa desde hacía unos años. En cuanto comenzó a perder su jovialidad, sus ganas de diversión incesante, su energía para ayudar a los demás y su entusiasmo característico, la mayoría de sus supuestos amigos habían desaparecido de su entorno. Como cabría esperar, aquello le había hundido aún más en su propio pozo de miseria. Se sentía engañada, estafada y, en línea con su desánimo, había optado por concluir que el ser humano simplemente era ruin. Ella siempre había estado dispuesta a ayudar a quien lo necesitara y, lo que es más, podía afirmar con orgullo que el ayudar a la gente le generaba un reconfortante placer. Su vida siempre se había caracterizado por servir a otros de manera entregada e incondicional.

Pero ¿por qué lo hacía? Se formuló la pregunta desde otra perspectiva, ¿para qué lo hacía? Todo cuanto hacía Sofía solía tener una finalidad, así que su supuesto altruismo también la tendría. Siempre le había resultado inevitable el identificarse emocionalmente con los demás y volcarse en ellos. Pensaba que tenía una especie de

talento innato, puesto que le parecía extraordinariamente fácil saber lo que las personas necesitaban. Y no solo eso, Sofía gozaba también de la admirable capacidad de conceder a la gente todo cuanto desearan. Estaba en sus manos, así que ¿por qué no hacerlo?

De pronto, mientras volvía a casa, se percató de una tremenda contradicción. Si ella siempre había ofrecido su ayuda incondicional, su amor, su comprensión y lo mejor de sí misma al prójimo, ¿cómo podía ser que no se lo ofreciera también a sí misma? ¿Acaso tenía dos yoes, uno que entregaba a los demás y otro distinto que se reservaba para sí misma? Su máxima siempre había sido satisfacer a las personas de su entorno, aun cuando ello supusiera el reprimir sus propias necesidades y deseos. Y ahora comenzaba a dudar de que su recién descubierta obcecación por «salvar al mundo» tuviera el trasfondo altruista que ella siempre había creído que tenía.

Sofía pensó en aquella necesidad de entregarse a los demás desde un punto de vista distinto. Ella siempre ansiaba la aprobación de la gente en todo cuanto hacía. Anhelaba continuamente la gratificante emoción que sentía al ayudar a la gente y pensó que su deseo probablemente derivaba del hecho de que, al entregarse a las personas, estas alababan su incondicional entrega.

Era ya la hora de comer. Sofía no tenía apenas apetito pero era consciente de que debía comer. Se preparó un plato de espaguetis que comió sin apenas saborearlos. Sentía que, de alguna manera, se estaba desenmascarando a sí misma.

Concluyó finalmente que había exagerado lo que ella creía haber hecho por los demás. Y lo peor era que lo había interiorizado como una realidad incuestionable, se veía a sí misma como una gran salvadora del mundo. Pero reflexionando sobre ello, se percató de que si no obtenía lo que ella quería de aquellas personas por las que se desvivía, Sofía las acababa rechazando, tachándolas de egoístas y desagradecidas. Aquello no era altruismo, pensó. Carecía de la premisa fundamental: ella no actuaba de manera desinteresada. Tenía un interés oculto del que hasta ahora no se había percatado, esperaba algo a cambio de procurar el bien a las personas. Esperaba lo mismo de ellas. Esperaba que la adulasen por comportarse así. ¿Orgullo? ¿Ego? Sentía como si estuviera a punto de dar con un gran hallazgo. Y en ese instante sonó su móvil.

Se levantó con un sobresalto pensando que tal vez fuera Séneca. Quizá estuviera al corriente de los grandes avances que estaba haciendo. Enseguida cayó en la cuenta de lo absurdo que era aquel pensamiento y se deshizo de él. Estaba sorprendida por el sonido que había emitido su móvil. No era una llamada, de eso estaba segura, por lo que debía ser un wasap o un correo electrónico. Cuando encontró su móvil comprobó sorprendida y desilusionada que el mensaje no era de Séneca, sino de Adolfo.

Si llegas pronto del trabajo, podríamos salir a cenar. Si te apetece. No es obligación. Besos

Desconcertada. Esa era la palabra que mejor definía el estado de Sofía en aquel instante. No entendía nada. ¿Qué demonios le pasaba a Adolfo? Sofía estaba

realmente muy confusa. ¿Acaso no le había quedado claro que su relación estaba del todo finiquitada? Repasó una y otra vez las dos últimas conversaciones que habían mantenido. Ella no veía que dieran lugar a dudas. Pero parecía que él no había comprendido del todo cuál era la situación.

Le dio unas cuantas vueltas más al texto enviado por Adolfo y de pronto cayó en la cuenta de que, con toda probabilidad, él sí sabía que su relación había acabado. Ese debía ser precisamente el motivo por el cual le proponía a salir a cenar. Sofía no lograba recordar la última vez que ambos habían ido a cenar fuera de casa. Ni siquiera en casa cenaban juntos. ¿A qué venía ahora aquella propuesta? Recordó la ocasión en la que ella estuvo a punto de dejarle. A buen seguro él lo había intuido y por eso se mostró tan cariñoso. Anoche él no lo debió ver venir, pero ahora estaba tratando de rectificar, haciendo ver que no se había enterado de nada.

Adolfo ya no la quería, no la deseaba y ni siquiera la soportaba, pero todo aquello no significaba nada en comparación con el hecho de estar solo. Sofía decidió no seguirle el juego, el hacerlo no beneficiaría a ninguno de los dos. Al mensaje le siguieron un par de llamadas que Sofía no quiso atender.

Así pues, Sofía olvidó aquella inoportuna interrupción. El cansancio hizo mella en ella y finalmente decidió dormir durante al menos media hora, se sentía muy fatigada. Apenas descansó durante aquellos treinta minutos, pues le resultaba imposible el acabar con el infernal ruido que sus pensamientos provocaban en su cabeza.

Se levantó de la cama todavía más cansada. Se preparó un café y retomó sus reflexiones. La imagen de mártir altruista que hasta hacía unos instantes tenía sobre sí misma, dejó de parecerle motivo de orgullo. Recordó que en más de una ocasión alguna persona le había tildado de soberbia y orgullosa. Lo que en su día le parecieron unas injustificables ofensas, hoy podían suponer una valiosa aportación. Si el objetivo último de su mal catalogado altruismo era recibir el halago y la adulación por parte de aquellos a los que ayudaba, parecía obvio concluir que ella tenía un gran deseo aparentemente oculto, cuya ausencia se convertía en su mayor temor: sentirse amada y necesitada.

Desde muy niña, Sofía había crecido con la convicción de que para ser aceptada y querida por los demás debía ser siempre agradable y afectiva. Había crecido con la costumbre de ayudar siempre a las personas, de ser afable y, sobre todo, de mostrarse complaciente. Eso le daría la vida eterna: el afecto de las personas. Parecía sencillo. Pero aquella pauta de comportamiento le había llevado a buscar siempre la aprobación de los demás, sin la cual se sentía perdida y verdaderamente apenada.

Sofía siempre había creído que el balance entre lo que daba y lo que recibía no estaba en absoluto equilibrado y eso le producía una constante agonía, puesto que se sentía decepcionada continuamente. Ella lo daba todo por los otros y nadie estaba a la altura. Pensándolo con detenimiento, lo cierto es que aquello le parecía a Sofía un tanto enfermizo. El mensaje de Séneca comenzaba a cobrar todo el sentido del

mundo.

Mira dentro de ti, entiende que existe un generoso reino de felicidad autosuficiente. Tú no lo habías encontrado antes dentro de ti, porque tu atención estaba volcada hacia las cosas en que crees, o hacia tus ilusiones con respecto al mundo.

ANTHONY DE MELLO

CAPÍTULO 8

Me caí de la nube

Pasaron tres largos días en los que Sofía deliberó incansablemente sobre su reciente hallazgo. Llegó a sentir desprecio por sí misma, aunque bien era cierto que la autorrecriminación no era en absoluto el camino que debía seguir. Debía aceptarlo y tratar de cambiarlo. «¡Ja!, así de fácil», ironizó. Desde luego no lo era, pero debía intentarlo.

El viaje había comenzado hacía unos días y ella no solía abandonar, así que, costase lo que costase, lo intentaría con todas sus fuerzas. Vencería a su orgullo quien, a fin de cuentas, no era sino su peor enemigo. Ello no quería decir que de pronto volviera a tener fe en el ser humano, nada más lejos de la realidad, aquello quedaba todavía muy lejos de sus objetivos más inmediatos. Sin embargo, Sofía sentía una sutil y momentánea felicidad al caer en la cuenta de que había aprendido algo muy valioso: no debía cambiar al mundo, debía centrarse en sí misma y dejar que el resto viviera su vida.

¿Y qué si las personas a las que había ayudado incansablemente se habían mostrado distantes y esquivas cuando ella les necesitó? Su propio comportamiento no había sido modélico precisamente, ella no les había ayudado desinteresadamente, sino a cambio de que ellos hicieran lo mismo por ella, a cambio de que la adulasen y a cambio de obtener su aprobación. De haber sabido que no iba a conseguir aquellos objetivos, probablemente ni siquiera les hubiera ayudado. Sofía no pretendía defender ahora a aquellas personas que la habían dejado en la estacada cuando ella tuvo el más mínimo problema. En absoluto. Simplemente prefería centrarse en cambiarse a sí misma, si es que había algo que cambiar. Después de todo, ¿quién era ella para intentar cambiar a los demás?

Los mensajes de Séneca no incluían especificaciones concretas sobre qué debía hacer para superar aquellos autoimpuestos obstáculos de su vida. Era como si de alguna forma, las enseñanzas de su misterioso guía situaran a Sofía de tal modo que

ella misma pudiera descubrir el camino que debía seguir sin que nadie tuviera que mostrárselo antes. Así pues, tomó la decisión de seguir su propia intuición. Por lo pronto, trataría de no volver a concentrar sus energías en satisfacer a los demás y, si en alguna ocasión lo hacía, lo haría con la condición de no esperar nada a cambio. Debía dejar de saciar las necesidades de las personas a cambio de reconocimiento. Necesidades que en muchas ocasiones ni siquiera eran tales, puesto que Sofía llegaba a ofrecer su ayuda incluso cuando nadie la necesitaba.

Por otra parte, sabía que debía trabajar mucho en aquella imperiosa necesidad de ser aceptada por la gente. Al fin y al cabo, obtener la aprobación de los demás no significaba, ni de lejos, obtener su amor. ¿Qué le había ofrecido al final aquella ilusoria aprobación? Un enorme vacío, nada más.

En cuanto al orgullo, creyó que aquel sería un asunto más fácil de abordar. Toda la excesiva y fraudulenta importancia que se había otorgado en cuanto a su «labor humanitaria», se había esfumado por completo. Ya no se sentía la salvadora del mundo, no creía haber hecho nada trascendental por los demás, nada verdaderamente altruista. Nunca jamás se atrevería a decirle a una persona cuánto le había ayudado, o lo mucho que había hecho por ella, o qué poco agradecida se había mostrado. Aquello pasaría a formar parte de su pasado.

Pensó que quizá debía dejar de esperar tanto de la gente. Claro que nunca había pensado que esperara mucho. Solo lo que ella daba. Ya estaba de vuelta a lo mismo, pensó Sofía. Aquello le iba a costar sudor y lágrimas, era plenamente consciente de ello. Si tenía una necesidad o un deseo que involucrara a un tercero, lo solicitaría directamente. Se propuso dejar de esperar que los demás la satisficieran sin ni siquiera pedirlo. Como si el resto del mundo tuviera que adivinar exactamente qué deseaba Sofía.

Definitivamente se centraría en sus propios deseos, en sus necesidades. Aquel viernes por la tarde, Sofía se comprometió a tratar de conocerse a sí misma, debía averiguar qué era lo que le interesaba, qué le inquietaba, qué anhelaba. Dejaría de lado su obsesiva necesidad por contentar a la gente. Sofía vagaba por sus profundas reflexiones cuando de pronto, sonó el timbre. Con pesadumbre y cierto malestar provocado por la interrupción, Sofía acudió con desgana a abrir la puerta. Se sorprendió al ver a un hombre al que no conocía de nada. Un hombre que, a juicio de Sofía, guardaba cierto parecido con un apuesto galán de telenovela.

—Buenas tardes, ¿Laura?

Aquello sí que era una sonrisa, pensó Sofía.

—Sí.

—Encantado, soy Alejandro. Un gran placer conocerte por fin. No estaba seguro de si te encontraría o no en casa, por eso preferí llamar —dijo el hombre mientras estrechaba la mano de Sofía.

—Sí, yo también —espetó torpemente Sofía.

Llevaba días deliberando acerca de asuntos muy profundos y de gran envergadura

así que, en aquellos instantes no estaba especialmente avispada. No tenía intención de mentir, no pretendía suplantar la identidad de su prima, simplemente aquellas fueron las únicas palabras que Sofía atinó a pronunciar.

—Sé que acordamos que viniera el sábado pero verás… finalmente me adelantaron el vuelo y, bueno, ¡aquí estoy! Espero que no sea molestia el que haya venido hoy, viernes, en lugar de mañana.

—¿Ya es viernes? —La pregunta brotó de sus labios sin permiso de su cerebro.

Aquellas últimas palabras le parecieron a Sofía totalmente absurdas, pero lo cierto era que le sorprendía que ya fuera viernes, había perdido totalmente la noción del tiempo.

—Sí, eso parece… —respondió Alejandro un tanto extrañado.

—Perdona, es que… yo… bueno, no sabía que ya era viernes, pensaba que…

—No te preocupes, a mí me pasa continuamente. ¿Te parece si voy entrando ya todas mis cosas? —Acompañó su pregunta con una gran sonrisa que a Sofía le pareció extraordinariamente seductora.

—Sí.

Alejandro entró en el apartamento con decisión, como si supiera a dónde se dirigía. Sofía se percató de que, de hecho, sí lo sabía. Aquel hombre conocía el apartamento, a buen seguro había estado ahí antes. Ella le siguió como si se tratara de su invitada. Aquello era demasiado, pensó Sofía.

El misterioso galán de telenovela comenzó a dejar todas sus pertenencias en la habitación contigua a la que ella había ocupado. Entre eclipsada y aturdida, Sofía se sentía incapaz de explicarle a aquel hombre que ella no era Laura y que él no podía quedarse en aquel apartamento.

—Bueno, Laura, ¿te parece si me instalo en esta habitación? —Una pregunta que, a todas luces, no esperaba respuesta.

—Yo, verás, es que yo no… —«¿Y las palabras?», se preguntó Sofía. Se habían esfumado.

—¿Tú qué, Laura? Ah, ya entiendo, tú no te quedarás en el apartamento estos días. Ningún problema. Yo te llamaré si preciso de algo, descuida.

—No. No. No. ¡No!

—¿Te encuentras bien? —preguntó Alejandro sin apenas inmutarse, como quien está acostumbrado a ver en los demás un tipo de comportamiento que roza casi la demencia.

—No, perdona. No me encuentro bien. Tengo que salir a tomar el aire —fue todo cuanto Sofía atinó a decir.

—Sí, claro, ¿cómo no? Vamos a dar una vuelta por la playa. ¡Dale! Te invito a una copa.

Sofía hubiera preferido ir sola y eso pretendió transmitir con las únicas palabras que había conseguido articular. Sin embargo, era consciente de su falta de locuacidad, por lo que finalmente decidió aceptar la oferta. Eso sí, inmersa como estaba en una

turbación casi febril, tuvo la sensatez de llamar primero a su prima. Desafortunadamente, Laura no cogió el teléfono. «No hay problema», pensó Sofía. Lo intentaría más tarde, después de pasear un rato y antes de volver a casa con aquel tipo.

Eran las cinco y media de la tarde cuando comenzaron a pasear, el día estaba ya comenzando a oscurecer. Disfrutaron del silencioso caminar y ninguno de los dos trató de entablar conversación. En cualquier otro momento, aquello le hubiera parecido extremadamente extraño a Sofía. En aquella ocasión, lo consideró un regalo. Una vez llegaron al final del paseo marítimo, dieron la vuelta y continuaron en la otra dirección. El mar estaba en calma, se divisaban unos pocos veleros fondeados en la costa, lo que hacía todavía más mágica la instantánea. No había mucha gente disfrutando del paseo en aquel momento, algo que a Sofía le resultó relajante y placentero. Ambos caminaban al mismo paso, como si estuvieran sincronizados, cada uno inmerso en sus propios pensamientos.

A punto de llegar a la iglesia de Sitges, Alejandro le propuso invitarle a la copa que le había prometido, a lo que Sofía asintió con un simple gesto de aprobación. Eligieron un acogedor bar de copas con una gran terraza. La temperatura era bastante agradable, por lo que decidieron tomar la copa fuera. Vino el camarero y de forma armoniosa y telepática, ambos pidieron un mojito. A Sofía le entró la risa por aquella coincidencia, pero enseguida se sintió avergonzada. Se recriminó por ello. No por su espontánea risilla sino por haber recurrido de inmediato a la represión.

—¿Quién eres? —preguntó Alejandro en un tono que a Sofía le pareció excepcionalmente sensual.

Sofía le miró y por primera vez se percató de lo sumamente apuesto que era aquel hombre. Inusualmente atractivo, pensó. Sin embargo, había algo en su seductora y hechicera mirada que a Sofía le obligaba a desconfiar. No eran prejuicios, de eso estaba segura. O al menos, creía estarlo. Era una sagaz intuición, aquel hombre no era sincero. Claro que, ¿quién era ella para hablar de sinceridad? Él todavía debía pensar que Sofía era Laura, y ella había contribuido descaradamente a que así fuera. Le miró de nuevo y se dio cuenta de que él le observaba con los ojos entrecerrados, como quien agudiza la vista y pone todo su énfasis en tratar de averiguar el pensamiento de una persona. También podía ser que simplemente estuviera esperando una respuesta a su pregunta, pues habían pasado ya dos minutos desde que la había formulado. Dos minutos en los que Sofía se había mostrado de lo más desconcertante.

—Me llamo Sofía.

—Encantando, Sofía —dijo Alejandro mientras le estrechaba la mano.

Sofía estaba asombrada con la reacción de aquel hombre, quien apenas se inmutó por su repentino cambio de identidad.

Sin saber cómo, ambos acabaron hablando de viajes, algo que curiosamente a los dos les fascinaba. Sofía llevaba, muy a su pesar, mucho tiempo sin viajar. Cuando comenzó a salir con Adolfo no paraban ni un solo fin de semana, habían visitado

todas las grandes capitales europeas en viajes fugaces de dos o tres días. Para periodos más largos solían escoger viajes a Sudamérica, pero habían visitado también el continente asiático y el africano. Les restaba un gran viaje pendiente: Australia. De pronto, ella sintió cierta nostalgia al percatarse de que quizá ya nunca haría aquel viaje. Por su parte, Alejandro había visitado los cinco continentes e infinidad de países, la mayoría de ellos por trabajo. No desveló en ningún momento cuál era su oficio pero por el tipo de países que había visitado, Sofía intuyó que no debía tener una profesión corriente.

Pasadas un par de horas, Alejandro le propuso ir a cenar a un buen restaurante del que era cliente asiduo cuando estaba en Sitges. A Sofía le pareció muy acertada la propuesta. Acudieron al restaurante que, casualmente y para sorpresa de Sofía, se ubicaba en el edificio de al lado. Tomaron asiento y mientras miraban la carta, Sofía le pidió que escogiera por ella. Se excusó diciendo que debía ausentarse por cinco minutos, pues tenía una llamada urgente que hacer.

—Dale recuerdos —dijo Alejandro sin dejar de sonreír.

Algo le parecía extraordinariamente gracioso a aquel hombre y ella no tenía ni idea de lo que era. Sofía se limitó a asentir con un gesto sin poder evitar el asombro que se reflejaba en su rostro.

Salió del restaurante y se apresuró a llamar a su prima. Para su desgracia, Laura no contestó al teléfono. «Tengo un problema», se dijo a sí misma. Y ciertamente lo era. Una cosa era pasar la tarde con un auténtico desconocido en lugares públicos y otra cosa muy distinta era dormir bajo el mismo techo. Lo intentó de nuevo pero no hubo suerte. En aquel momento recibió de nuevo una llamada de Adolfo. No podía ser más inoportuno, pensó. Sofía decidió ignorar la llamada de su exnovio e intentar localizar a su prima una vez más. Laura respondió al teléfono al cuarto intento de Sofía.

—Sofía, ¿qué sucede? Estoy en medio de una cena con amigos. No suelo salir mucho, ¿sabes? ¿Realmente es tan importante?

Claro que lo era. Al menos para Sofía.

—Laura, perdóname, pero es que esta tarde se presentó un hombre en casa y pretende quedarse a dormir.

—Pero ¿qué dices, Sofía? Pues… ¡échale! Y sino, llama a la policía.

—Ya… pero es que da la impresión de que te conoce. Bueno, personalmente no, claro, porque él pensaba que yo era tú. De hecho, no le dije la verdad hasta pasadas unas horas, y claro…

—Sofía, ¡por Dios! ¿Qué dices?, ¿desvarías? No entiendo nada. ¿Quién es?, ¿cómo se llama? Y, ¿de qué dice conocerme?

—Se llama Alejandro y no sé de qué te conoce.

De pronto Sofía se sintió un poco ridícula por no disponer de aquella información. Ahora le parecía bastante obvio que debía habérselo preguntado.

—No me suena de nada. ¿Alejandro? No conozco a ningún Alejandro.

—Es alto, bastante corpulento, pelo moreno un poco largo… Qué pena no haberle observado con más atención, pensó. De haberlo hecho, ahora Sofía podría proporcionarle a su prima una descripción mínimamente valiosa, y no lo que acaba de darle.

—Sofía, hay muchos hombres que coinciden con esa descripción. Dame más pistas. O ve a comisaría. Será un estafador, o un ladrón, o… un violador. O quizá un asesino en serie. —A Sofía no le gustaba nada el giro que estaba dando la conversación. ¿Debía sentirse asustada?, se preguntó—. ¿Dónde está ahora?

—En un restaurante.

—Perfecto, entonces, no está en casa. ¿Y cuál es el problema? Si vuelve, simplemente, llama a la policía.

—Bueno, es que… yo estoy en el restaurante con él —contestó Sofía ligeramente avergonzada—. Quiso invitarme a cenar y…

—Sofía, ¿te das cuenta de lo absurdo que suena todo esto? Se presenta un desconocido en mi casa, pretende quedarse ahí y a ti solo se te ocurre irte a cenar con él. No lo entiendo. De verdad que no lo entiendo —le reprochó su prima.

—¡Tiene acento! —De pronto Sofía recordó aquel pequeño detalle que, por alguna razón inexplicable para ella, se le había pasado por alto—. Tiene un bonito acento… eh… bueno, yo diría que del sur…

—¿Del sur? —preguntó Laura cada vez más atónita—. ¿Del sur de dónde? Sofía, no tengo tiempo para tonterías, de verdad. No entiendo nada de lo que me estás contando y empiezas a asustarme…

—Perdón. —Sofía no soportaba tener que estar disculpándose continuamente, pero lo cierto es que era consciente de que su comportamiento podía parecer un poco demente—. Me refería a que tiene acento de Sudamérica, no te sabría decir con exactitud de qué país es.

Pero ¿qué demonios le pasaba? Había estado más de tres horas en compañía de aquel hombre y apenas podía dar un detalle mínimamente valioso sobre él. Se esforzó por recordar algo más que pudiera ser de utilidad, pero le era imposible. No se sentía capaz. Se percató de lo poco observadora que era. No era consciente de la vida en el mismo instante en el que la estaba viviendo. Siempre estaba con su mente en el pasado o bien en un futuro que nunca parecía llegar. Y eso le hacía perderse su propio presente, su propia vida.

—¿Pelo negro ligeramente canoso, lacio, un poco largo y engominado hacia atrás? —preguntó Laura con un tono divertido y entusiasta, como quien acaba de descubrir el gran tesoro—. ¿Grandes ojos negros, barba de tres días, sobre el metro ochenta y cinco, cicatriz en la ceja izquierda y una bonita sonrisa? Unos cuarenta y cinco años… Un apuesto mexicano, ¡ja, ja, ja! Seguro que va vestido con traje, ¿me equivoco?

Sofía estaba atónita. Su prima acababa de describir a Alejandro a la perfección. Lo peor de todo era que ella también podría haber facilitado aquella descripción, pero

por más que había rebuscado en su fuero interno, no había sido capaz de dar ningún detalle más allá de la insignificante descripción que le había proporcionado a Laura.

—Exacto. Así es —contestó Sofía entre resignada y avergonzada por no haber sido ella quien hubiera facilitado aquellos detalles sobre Alejandro.

—¡Ja! No hay ningún problema, pues. Es Javier, un gran amigo. Se puede quedar el tiempo que necesite, siempre se aloja en mi casa cuando está en Sitges.

—No, no es Javier. ¡Es Alejandro! Creo que no hablamos de la misma persona —dijo Sofía totalmente confundida.

—Sí, bueno. Javier, Alejandro, qué más da, ¡ja, ja, ja! —A Sofía no le pareció que diera igual, en absoluto.

—Laura, perdona, pero no creo que estemos hablando de la misma persona. Alejandro dijo que no te conocía…

—¡Ni caso, Sofía! Él es así, un bromista incurable. Ya lo irás conociendo… —«De eso nada», pensó Sofía—. Bueno, ricura, aclarado entonces, ¿no? He de volver a la cena, que llevamos aquí ya media hora de cháchara.

—¡No! ¡Espera, Laura! No me cuelgues. ¿Qué pasa ahora con Alejandro, Javier, o cómo quiera se llame? ¿Qué hago con él?

—¿Cómo que qué haces con él? —repitió Laura con gran asombro.

—Sí, bueno, no sé… Como yo iba a pasar unos días en tu casa. La verdad es que hubiera preferido estar sola.

—Lo sé, pero no le puedo decir que no se quede, hace muchos años que nos conocemos y somos grandes amigos. Él siempre me ha ayudado en todo cuanto he necesitado. ¿Recuerdas cuando nos fuimos un mes a Menorca el año pasado? Estuve alojada en su casa. Lo mismo cuando fui a la Riviera Maya. Y cuando tuve aquel problema con los colombianos, fue él quien lo solucionó. No puedo decirle que no se quede en mi casa, ¿lo entiendes? Además, piensa que apenas lo verás, él nunca para en casa. No creo que sean muchos días, Sofía. Como mucho suele quedarse una semana, verás que os llevaréis muy bien.

—Ya, pero…

—Pero nada, Sofía. Yo no sabía que iba a venir ahora, si lo hubiera sabido te lo hubiera dicho cuando me pediste quedarte en el piso. Has de entender que no le puedo decir que no se quede. Lo siento. El piso es lo suficientemente grande como para que estéis los dos y apenas os tengáis que tropezar el uno con el otro…

—Entiendo. —Sofía comenzaba a resignarse.

—No veo dónde está el problema, la verdad. Creo que incluso puede ser positivo para ti.

Sofía distaba mucho de ver la situación bajo el mismo prisma que su prima, pero no pensaba discutir más sobre ello. Al fin y al cabo, ella era una invitada y Laura tenía todo el derecho del mundo a alojar en su casa a quien creyese oportuno. Se despidió de su prima y acudió de nuevo al restaurante. Lo cierto era que no le apetecía nada volver junto a aquel hombre. Barajó incluso la posibilidad de largarse

sin más, pero descartó la idea al pensar que, más tarde o más temprano, volvería a encontrárselo en casa de su prima. Se sentía aturdida y confusa, no sabía bien cómo encarar la situación. Aquel tipo, como quiera que se llamara, se había burlado de ella. Además, lo que menos deseaba en aquel momento era compañía.

Había estado casi un cuarto de hora hablando con su prima por teléfono, así que cabía la posibilidad de que él se hubiera marchado, o de que hubiera comenzado ya a cenar o, al menos, de que se sintiera molesto por la espera. Nada más lejos de la realidad. Cuando Sofía volvió al restaurante se lo encontró charlando amigablemente con el *maître*, parecía evidente que les unía una relación de amistad.

—Hola. Siento el retraso, es que… bueno, tenía una llamada muy importante. Disculpa —dijo Sofía mirando de reojo al *maître*.

—No hay problema. Mauricio y yo estábamos charlando sobre vinos —respondió Alejandro con una cautivadora sonrisa. Una sonrisa que a Sofía le infundía una gran desconfianza. Pensó que Alejandro y aquel otro tipo no solo habían estado charlando, a juzgar por la botella de vino que estaba en la mesa, ya medio vacía.

—Bueno, pareja, yo me tengo que marchar —dijo Mauricio—, hoy no hay mucha gente en el restaurante, pero no debería desatender mis obligaciones —añadió con una sonrisa medio burlona.

—Muy bien, compadre. Un placer, Mauricio, nos vemos pasado mañana, he quedado con Mónica a las nueve en la entrada del puerto.

Sofía se sorprendió a sí misma preguntándose quién sería esa tal Mónica.

—Sí, descuida, ahí estaré. —Mauricio estrechó la mano de Alejandro, se giró hacia Sofía y, haciendo una cómica reverencia, tomó su mano y la besó—. Un auténtico placer, Sofía.

Sofía estaba tan aturdida que no atinó a encontrar unas palabras que sonaran medianamente coherentes, por lo que se limitó a asentir con un gesto. Una vez solos, ella le dirigió a Alejandro una incriminadora mirada, a lo que él simplemente respondió con una risueña y despreocupada sonrisa.

—He pedido por los dos. Intuía que tu llamada tardaría más de cinco minutos por lo que le pedí a Mauricio que no comenzaran a preparar nada hasta que no hubieras vuelto. Menos mal que volviste, Mauricio comenzaba a pensar que eras producto de mi imaginación, ¡ja, ja, ja!

Daba la impresión de que a aquel hombre todo le parecía gracioso, como si estuviera viviendo en una continua fiesta.

—Me has mentido —dijo Sofía en tono acusador.

—¿Sí? Veamos, y ¿cuándo ha sucedido eso?

Sofía tenía la impresión de que aquel hombre volvía a burlarse de ella. Y lo peor de todo era que debía convivir con él durante los próximos días. Barajó la posibilidad de alojarse en un hotel, tenía dinero, así que ¿por qué no? Así estaría sola y conseguiría retomar su viaje interior.

—No te llamas Alejandro. ¡Te llamas Javier! ¿Acaso eso no te parece una

mentira?

A decir verdad, a Sofía no le apetecía discutir, y lo cierto era que le daba igual como se llamara aquel hombre.

Él se giró y buscó con la mirada a Mauricio, en cuanto lo localizó, levantó la mano haciendo un gesto para que se acercara y gritó su nombre. El *maître* se aproximó a la mesa.

—Dime, Alejandro —dijo Mauricio. A Sofía le cambió por completo la expresión.

—Amigo, acabo de recordar que la previsión meteorológica para el domingo es nefasta. Mañana llamaré a Mónica y quizá podríamos aplazarlo para el lunes o el martes.

—Sí, perfecto, capitán, ¡ja, ja, ja!

Aquello descolocó a Sofía, quien por un instante no supo cómo reaccionar. Una vez superada la turbación inicial, volvió a la carga.

—Está bien, parece que ahora vuelves a llamarte Alejandro. Pero ¿y qué pasa con Laura?

—No sé, dímelo tú. ¿Qué pasa con ella? —La situación parecía resultarle muy divertida a aquel hombre y eso irritaba a Sofía.

—Lo sabes perfectamente, ¡ella cree que te llamas Javier! —Ahora seguro que le había dejado en jaque, pensó Sofía.

—Y está en lo cierto.

—¿Cómo? Pero ¿no te llamas Alejandro?

Sentía que aquella conversación rozaba el absurdo. Sin embargo Alejandro, que no había perdido la sonrisa en su rostro, parecía estar pasando un rato muy agradable.

—Me llamo Alejandro Javier. Hay quien me llama Alejandro, hay quien me llama Javier y… también hay quien no me llama.

—Y una vez más, rio.

—Ah…

Sofía se quedó sin palabras. Le parecía un nombre muy extraño. Una parte de ella creía que le estaba tomando el pelo, pero no quiso aventurarse en defender de nuevo su postura.

—¿Te sirvo un poco de vino? —dijo Alejandro interrumpiendo los pensamientos de Sofía.

—Sí, por favor. Pero, hay más —contestó ella con toda la firmeza con que fue capaz.

—¿Más qué?, ¿más vino? Sí, claro, no te apures, hay muchas botellas.

Lo estaba haciendo de nuevo, pensó Sofía. Una vez más, él se estaba burlando de ella. No tenía claro quién de los dos se estaba desmarcando más de un comportamiento medianamente lúcido, él por bromear incansablemente o ella por tomárselo todo demasiado en serio.

—Más mentiras, y por favor deja de burlarte de mí.

—No lo hago, Sofía, te ofrezco mis disculpas si así lo parece.

—Vale —contestó Sofía refunfuñando.

—Cuéntame, por favor.

—¿El qué?

—¿En qué más te mentí? Tengo curiosidad por saberlo.

—Dijiste que no conocías a mi prima y… ¡Sí que os conocéis! Me ha dicho que sois amigos desde hace muchos años.

Sofía se acarició la media luna de su pulsera, un gesto que le ayudaba a calmarse en situaciones en las que, como la que estaba viviendo en aquel instante, sentía no poder controlar.

—¿Yo te dije que no conocía a tu prima? ¿Cuándo fue eso, Sofía?

El tono de aquella segunda pregunta le recordó a su niñez, cuando sus padres o sus profesores le pillaban en alguna mentira. Sofía empleó unos segundos para pensar en la conversación que habían mantenido horas atrás cuando se habían conocido. Ella estaba segura de que aquel hombre le había dicho que no conocía a su prima. Como si Alejandro adivinara sus pensamientos, continuó hablando.

—Sofía, piénsalo bien, en ningún momento te he dicho que no la conociera. Visto desde fuera, más bien podría entenderse que tú te hiciste pasar por ella.

Ella sabía que estaba perdiendo la batalla dialéctica. Era consciente de que no lograría vencer a aquel hombre, por mucha razón que ella tuviera. Y lo peor de todo era que no la tenía, pues era cierto que él no había dicho que no conociera a su prima. Tampoco había afirmado lo contrario, pero eso no le convertía en un mentiroso. Sofía sintió cómo le estaban derrotando en aquella cruzada. Aquel tipo se había burlado de ella, pero si lo pensaba bien, quizá no había sido más que una burla inocente, sin maldad y, a ojos de una persona sana y equilibrada —no parecía ser el caso de Sofía —, seguro que hasta divertida.

—Estoy cansada —dijo finalmente Sofía asumiendo su derrota—. Por mí podemos enterrar el hacha de guerra.

Aquello pareció hacerle gracia a Alejandro, quien sonrió como si de alguna manera ya hubiera intuido aquel final de la discusión. El día había sido particularmente caluroso, por lo que Alejandro había decidido, no sin antes preguntar a Sofía, escoger nuevamente una mesa en la terraza. Apenas había gente en el restaurante, solo un par de mesas más, ocupadas con otras dos parejas. El restaurante, privilegiadamente situado a los pies de la iglesia de Sitges y en un acogedor rincón del paseo marítimo, parecía, a ojos de Sofía, el escenario perfecto para relajarse y tratar de ser aquella nueva persona que recientemente se había propuesto ser. Debía, por tanto, cortar de raíz aquel comportamiento absurdo.

La noche transcurrió entre exquisiteces culinarias, un delicioso vino y un ambiente distendido y jovial, lo que finalmente acabó por ablandar a Sofía, quien comenzó a sentirse cómoda al lado de aquel hombre.

Ningún descubrimiento se haría ya si nos contentásemos con lo que sabemos.

SÉNECA

C A P Í T U L O 9

Lo que un día fue, no será

El reloj marcaba las nueve y media de la mañana cuando Sofía se despertó. Hacía años que no se levantaba más tarde de las seis de la mañana y no era solo porque debiera madrugar para ir a trabajar, pues los fines de semana también era incapaz de dormir más allá de esa hora. Hacía ya mucho tiempo que Sofía no descansaba bien y era consciente de ello, por eso tomaba pastillas para dormir. Recordó que el día siguiente de haber recibido el primer mensaje de Séneca, curiosamente se había despertado también descansada tras haber pasado una noche de sueño relajado y profundo. Pero aquel día se había despertado pronto. En esta ocasión, no solo había descansado intensamente, sino que no había madrugado, algo insólito en ella, quien había llegado a creer que tenía una especie de reloj interno que le impedía continuar durmiendo más allá de las seis de la mañana.

Llevaba puesto un pijama de su prima, demasiado elegante comparado con la ropa que Sofía solía vestir cuando estaba en casa de Adolfo. Sin embargo, teniendo en cuenta que no estaba sola en el apartamento, agradeció el haber encontrado un pijama tan refinado. Se miró al espejo y vio la misma mujer cansada de los últimos años. No parecía mayor, el problema no era ese. Sofía tenía la suerte de tener un aspecto juvenil gracias, en parte, a su piel clara y pecosa. Su larga y seductora melena pelirroja, graciosamente ataviada con grandes rizos, le otorgaba un semblante realmente atractivo. Pero a pesar de ello no se veía bonita, no como antes. Y no era una cuestión que se reflejara en su rostro, sino en su mirada. Sofía se arregló ligeramente el pelo, intentando mostrar un aspecto más presentable. Salió de la habitación con la ilusión de volver a ver a Alejandro.

Para desilusión de Sofía, el piso estaba vacío. Echó una ojeada al apartamento tratando de encontrar algún enser de Alejandro, pero no vio nada. Tuvo la tentación de entrar en su habitación, pero finalmente decidió no hacerlo. Era ridículo que se sintiera triste porque un hombre al que acababa de conocer, con el que no había pasado absolutamente nada y del que ni siquiera estaba enamorada, hubiera marchado de un piso del que ayer Sofía hubiera incluso pagado por poder echarle. Sí,

totalmente absurdo, pensó. Pero no era Alejandro. No era él, sino la esperanza que Sofía había depositado en él. Debía haber algo más en la vida que la absurda existencia de los últimos años. De algún modo todavía inexplicable para ella, la presencia de Alejandro le había creado ciertas expectativas.

Sofía pensó que quizá era mejor que él se hubiera marchado. Al fin y al cabo, el tener a una persona más en casa no hubiera sido sino una distracción y ella debía estar muy concentrada si quería tener éxito en el viaje que acababa de iniciar.

El apartamento de su prima, privilegiadamente ubicado en primera línea de mar, tenía unas preciosas vistas. Aquel piso estaba exquisitamente decorado con pocos, pero cuidadosamente seleccionados, muebles de diseño. No era el estilo que más entusiasmaba a Sofía, pero lo cierto es que aquella vivienda le parecía digna de aparecer en las mejores revistas de diseño y decoración. Contaba con unos noventa metros cuadrados, en los cuales había tres habitaciones, dos baños, una amplia cocina americana y un gran salón. A excepción de una habitación y un cuarto de baño, el resto de estancias tenían todas vistas al mar. El color protagonista era el blanco, lo que sin duda alguna suponía el escenario ideal para retomar el viaje de Sofía.

Fue a la cocina a preparase café y se sorprendió al ver el desayuno preparado. Zumo de naranja, cruasanes y café. La cafetera todavía estaba caliente, por lo que Alejandro debía haberse marchado hacía unos pocos minutos, pensó ella. Junto al desayuno había una nota: «Lástima que no sonrías más». Sofía no podía estar más de acuerdo con él.

Desayunó en la terraza. Era una mañana fría pero Sofía decidió abrigarse y disfrutar de las vistas. Antes solía pasar horas mirando el mar, algo que con el paso del tiempo había dejado de hacer. El sonido del móvil le distrajo de sus pensamientos. Debía ser un mensaje, imaginó que sería Séneca. Hacía ya varios días de su último mensaje.

> *Tercera enseñanza: Te olvidas de vivir mientras vives. Cuando saques la basura, acuérdate de sacar la basura. Séneca*

Definitivamente, Sofía necesitaba más café. De hecho, tras leer el mensaje unas cuantas veces más, se dio cuenta de que más café no sería suficiente para comprender aquella última enseñanza. Podía llegar a verle el sentido a la primera frase, no estaba viviendo su vida, no al límite de sus posibilidades, ni siquiera al cincuenta por ciento. Pero ¿a qué venía lo de la basura? ¿Sería un símil? Hubiera deseado un interlocutor más claro, no era momento para analogías o adivinanzas. No tenía ni la menor idea de quién podía ser Séneca, pero aquel tipo de mensajes no parecía encajar con ninguno de sus conocidos. La curiosidad por conocer la identidad de Séneca la perturbó en aquel instante.

Sofía rebuscó en el armario de su prima y encontró unos tejanos, una camiseta de algodón y un jersey de lana. Mientras se vestía decidió que tomaría el café fuera, necesitaba caminar un poco y despejarse. Aquel último mensaje no sería fácil de

descifrar. Miró por la ventana y vio que estaba lloviendo por lo que buscó un paraguas, un chubasquero y botas de agua. Estaba de suerte, encontró todo en el armario de la entrada. Le compraría un regalo muy especial a su prima, realmente le estaba haciendo un enorme favor al permitirle pasar unos días en su casa, pensó Sofía.

Paseó bajo la lluvia, pensando en los mensajes anteriores de Séneca y en lo que de ellos había aprendido. Sofía había conseguido enfrentarse a su miseria, había sido plenamente consciente de ella y había comenzado a abandonar aquel patético victimismo en el que, hasta hacía pocos días, se sentía tan cómoda. Había reflexionado mucho sobre aquello, pero desconocía si efectivamente lo había llegado a comprender tal y como Séneca pretendía que hiciera.

Caminó durante al menos media hora. A pesar de ser sábado, Sitges no estaba especialmente concurrido aquel día, probablemente debido a la lluvia. Cuando finalmente decidió parar a tomar un café, por fin había dejado de llover. Paró en una concurrida y popular cafetería que aquel día, para suerte de Sofía, estaba medio vacía. La terraza, cubierta, no se había mojado, por lo que decidió tomar su café allí, al aire libre. Seguro que pensaría con más claridad.

Un café con leche largo de café y con mucha azúcar. Sofía se encendió un cigarrillo y comenzó a reflexionar sobre la última nota de su amigo el filósofo. Se estaba olvidando de vivir. «Muy cierto, tiene toda la razón», pensó. Se sentía como una marioneta en manos de todas sus penurias. Treinta y nueve años y todavía no había sido capaz de vencer a sus emociones, de las que se sentía esclava. Suponía que el viaje que había emprendido estaba encaminado precisamente a evitar sentirse así. O no. La verdad es que no estaba del todo segura de cuál era el objetivo último. «Un viaje en busca de la felicidad», pensó. Pero lo cierto era que Sofía tampoco sabía qué era exactamente aquello de la felicidad. ¿Se había sentido feliz en algún momento? Reflexionó sobre ello y recordó momentos extraordinariamente felices en su vida. Instantes maravillosos en los que nada malo podía suceder, en los que no sentía miedo ni angustia. Periodos en los que sentía el poder de la vida en sus manos, cuando todavía creía poder alcanzar el cielo. Sorprendentemente, ninguno de aquellos instantes en los que Sofía creía haber sido feliz coincidía con lo que ella entendía por felicidad. Pidió otro café con leche y también un bocadillo, pues de pronto sintió un hambre voraz.

Sofía siempre había supuesto que la felicidad consistía en la conquista de objetivos. Si uno siempre había deseado ser médico, pensaba que aquella persona sería feliz en cuanto fuera médico. Lo mismo sucedía si la persona tenía como objetivo el tener hijos, el dar la vuelta al mundo, el poseer un coche nuevo. Aquello no funcionaba así en el caso de Sofía, bien porque aquella suposición no era cierta o bien porque, aun siéndolo, era ella quien fallaba en la ecuación al no tener objetivos.

Se recreó en sus momentos felices y de pronto le invadió una agradable sensación de placer. Recordó los largos paseos que de pequeña solía dar en compañía de su

hermano y de su perro Lázaro. Sofía sentía devoción por ambos. Una parte de ella murió el que año en los perdió. Sofía trató de evitar el punzante dolor de la nostalgia rememorando más recuerdos felices.

La universidad había sido una etapa muy feliz en su vida, un periodo en el que Sofía se sintió especialmente viva, una época en la que hizo muchas amistades que, lamentablemente y con el paso del tiempo, acabarían desapareciendo de su entorno. Fue entonces cuando se interesó por la política y la filosofía. Ambas inquietudes duraron dos años en los que conoció a multitud de personas extraordinariamente enriquecedoras.

Una llamada de teléfono la obligó a abandonar su viaje por el pasado. Era Adolfo. Ella ni siquiera contempló la posibilidad de responderle. Sin embargo, al cuarto intento, Sofía comenzó a desesperar. Trató, sin apenas éxito, de controlar sus nervios. Intentó quitar el sonido del móvil, «ojos que no ven, corazón que no siente», se dijo. Si no escuchaba el dichoso móvil, no le molestaría que Adolfo siguiera llamando. Pero inexplicablemente, no pudo poner el móvil en modo silencio. Inspiró y expiró. Guardo el móvil en el bolso y una vez más, trató de calmarse. Lo consiguió en cuanto el móvil dejó de sonar. Se estaba relajando de nuevo, se sentía tranquila. Una tranquilidad que se esfumó en el mismo instante en el que el móvil sonó de nuevo.

—¿Se puede saber qué diablos quieres? ¡Haz el favor de dejarme en paz! —gritó Sofía con todas sus fuerzas mientras contestaba a la llamada.

—Disculpe, discúlpeme señora, señorita, perdón, yo… Lo siento mucho. Siento muchísimo haberla molestado.

Aquella voz no le resultó familiar, desde luego no era Adolfo. El hombre que respondió parecía visiblemente afectado ante la reacción de Sofía.

—¿Quién es? Y discúlpeme usted a mí —dijo Sofía con cierto arrepentimiento.

—Yo, yo, bueno, solo quería saber si usted está satisfecha con su seguro del hogar. Llamo de Seguros Gaspar, tenemos una oferta especial para el mes de noviembre, una oferta inigualable, una oferta que…

—Oiga, vamos a ver… —Sofía interrumpió bruscamente a su interlocutor—. Yo, verá… yo no tengo hogar.

—Señorita, no se necesitan paredes para tener un hogar.

Y colgó. Aquel hombre, simplemente, colgó el teléfono. No esperó a que Sofía dijera nada más, ni siquiera se despidió de ella. Finalizada la extraña interrupción, Sofía pagó el desayuno y volvió al piso de su prima. Regresó a sus pensamientos sin apenas darle importancia a la llamada que acababa de recibir, por extraña y surrealista que esta hubiera sido.

Volvió a retomar aquellos recuerdos alegres de su pasado. Recordó aquella semana en Ibiza con su prima, una semana que quedaría grabada en su memoria para la posteridad. Ambas acababan de terminar sus estudios universitarios, Sofía había finalizado la carrera de Económicas, mientras que su prima había acabado la de Psicología. Laura era cinco años mayor que Sofía y anteriormente había estudiado

Filosofía, tras dos años fallidos en Medicina.

Aquella semana en Ibiza disfrutaron de las bellas puestas de sol, de paseos interminables, de largas charlas bajo la luz de la luna, del simple placer de la compañía de un ser amado. Ambas saborearon el encanto de la simplicidad. Practicaron yoga y conectaron con su lado más espiritual. Sofía recordaba aquella semana con verdadera nostalgia.

Era ya la hora de comer. Entretenida con sus reflexiones, a Sofía se le había pasado la mañana entera, pero no le importaba, pues sentía que el tiempo empleado había sido muy fructífero. Apenas había nada de comer en casa. Se preparó un sándwich de pavo y queso. Aquello fue todo lo que encontró en la nevera. Definitivamente, tendría que salir a hacer la compra.

Mientras comía su triste sándwich, dedicó también unos instantes a recordar la primera vez que se había enamorado. Debía tener unos doce o trece años. Un martes por la tarde al salir del colegio, Sofía conoció a quien ya siempre recordaría como su primer amor. Ella solía ir caminando a casa, pero aquel día decidió cambiar de planes, lo que le acabó acarreando una severa reprimenda por parte de sus padres. En lugar de ir directamente a casa, Sofía tomó el metro y se dirigió a la universidad en busca de su prima, por quien sentía verdadera devoción. Entró en la facultad y enseguida se arrepintió de su alocada ocurrencia. Se sintió perdida y asustada. No tendría manera de encontrar a Laura en medio de todo aquel gentío, pensó en ese instante. Nunca antes había estado en aquel edificio y, siguiendo un razonamiento propio de una niña de su edad, ella había dado por sentado que la facultad no sería más que un pequeño colegio en el que todos conocerían a su prima. Pero no fue así.

Sofía preguntó por su prima a un grupo de personas que charlaban a las puertas de un aula. Nadie le contestó, nadie le miró, nadie se percató de su existencia. Entonces se acercaron dos chicos que habían visto en Sofía la oportunidad perfecta para divertirse, mofándose de ella delante del resto de personas que permanecía impasible. Sofía, desconsolada, comenzó a llorar como una chiquilla. Un muchacho de unos veinte años se acercó a ellos y sin mediar palabra fue directo a por los dos abusones. Charló con ellos de manera no muy amistosa y con unas duras palabras que Sofía no alcanzó a escuchar, les pidió que se largaran de ahí.

Aquel chico resultó ser, curiosamente, amigo de Laura. Ambos estudiaban la misma carrera, él estaba en su tercer año y Laura acaba de comenzar, pero al parecer habían trabado una bonita amistad. El muchacho llevó enseguida a Sofía con su prima. Mientras esperaban a que Laura saliera de clase, él le mostró un bonito colgante con forma de luna que se dividía en dos mitades. Le regaló una de las dos mitades a Sofía diciéndole que mientras la llevara consigo, nada malo podría sucederle. Nunca jamás volvió a ver a aquel muchacho de grandes ojos negros, pero siempre lo recordaría como su primer amor. Desde entonces, no hubo ni un solo día en que Sofía no llevara consigo una bonita pulsera de plata, a la que añadió su preciada media luna.

El teléfono volvió a sonar. Era Adolfo. Sofía decidió entonces contestar.

—¿Dígame? —Él no contestó pero Sofía podía oírle respirar al otro lado de la línea—. ¿Adolfo?, ¿estás ahí? —Nadie contestaba—. ¿Adolfo? ¿Oye? Vamos, hombre, no me lo puedo creer… Sé que estás ahí, te oigo respirar. ¿Adolfo?

Sofía colgó el teléfono. Una cosa era contestar a sus llamadas aun cuando no tenía ganas de hablar con él y algo muy distinto era seguirle aquel juego absurdo. Terminó de comer y salió a dar una vuelta por Sitges, debía hacer la compra de manera urgente.

Sofía continuó con sus cavilaciones. Había recordado momentos puntuales y se preguntaba si también había instantes cotidianos y regulares que le proporcionasen cierto estado de felicidad. Y los había. Sofía adoraba escuchar música, preferiblemente con auriculares, algo que le hacía desconectar de un mundo en el que no deseaba estar. Estando sola, escuchando música, cerrando los ojos y dejando su mente volar, era como ella conseguía sus pequeños éxtasis. Y a pesar de ello, a pesar de lo que la música le hacía sentir, Sofía no solía darse aquel simple capricho. Lo mismo le sucedía con la lectura, con los paseos, con el baile… Reflexionando sobre ello, Sofía cayó en la cuenta de que ninguno de aquellos pequeños sorbos de felicidad suponía el más mínimo coste económico. No era pues una cuestión de dinero. Tampoco exigían un gran esfuerzo físico o mental. Se preguntó entonces porqué se negaba ese simple contacto con el placer.

¿Acaso ella se impedía ser feliz? ¿Se castigaba a sí misma? No podía ser una simple cuestión de pereza, puesto que ninguno de aquellos bocados de dicha requería apenas esfuerzo. Fuera cual fuera la respuesta a estas cuestiones, se prometió a sí misma retomar de nuevo la afición por la lectura, se comprometió a dar largos y placenteros paseos, a bailar con más asiduidad, a cocinar, a ir al cine, al teatro, a la ópera. Lo haría aunque fuera sola. La buena compañía vendría después.

Compró verduras, ensalada, pasta, carne y pescado. Tuvo la sensación de estar comprando la mitad de la tienda, pero una nevera vacía era algo que le entristecía mucho, así que quiso que aquella compra fuera lo suficientemente grande como para no volver a tener que comer un penoso sándwich de pavo. Durante la vuelta a casa, se arrepintió de haber comprado tanto, pues llevaba más de seis bolsas con bastante peso.

Mientras caminaba, retomó sus anteriores meditaciones. A Sofía le seguían faltando las ganas y el empuje para levantarse y concederse cualquier simple capricho, pero debía intentarlo. Por primera vez cayó en la cuenta de lo absurdo que era el tener tan al alcance de la mano aquellas dosis de felicidad, simples y factibles, que tan absurdamente estaba despreciando. Debía vivir y para ello era imperativo el experimentar, tendría que sacar las ganas y el temple del subsuelo si era necesario. Era plenamente consciente de que tumbada en el sofá, autocompadeciéndose y lamentándose por el sinsentido de la vida, no era ni de lejos el camino que debía seguir para ser feliz.

La segunda parte de la nueva enseñanza de Séneca se le atragantó a Sofía. Por absurdo que pudiera parecerle, se preguntó si quizá debía sacar la basura para comprender a qué se refería su interlocutor. Decidió irse a dormir, quizá descansando consiguiera ver las cosas con mayor claridad.

Me lo contaron y lo olvidé; lo vi y lo entendí; lo hice y lo aprendí.

CONFUCIO

C A P Í T U L O 10

Vámonos

Un nuevo amanecer. Sofía despertó pensando en la última enseñanza de Séneca, sin tener la más mínima idea de cómo podría descifrarla. Acordó consigo misma que, mientras no encontrara sentido a la segunda parte del mensaje, se centraría en la primera. Se estaba olvidando de vivir. No tenía ganas ni fuerzas, pero cualquier cosa le valía antes que vegetar como solía hacer durante sus últimos años. Y a ello le dedicó sus pensamientos durante aquella mañana de domingo en la que Sofía añoraba, muy a su pesar, la compañía humana.

Después de comer, le entró un repentino cansancio. No recordaba cuándo había echado una siesta por última vez. Durmió durante más de un hora. Se levantó pletórica, dispuesta a concederse un deseo, fuera el que fuera, y a retomar la última enseñanza de Séneca. Rebuscando en los cajones, Sofía encontró unos auriculares de su prima, así que decidió salir a pasear y escuchar música. Seguro que aquello le proporcionaría la inspiración necesaria y si no, al menos, disfrutaría del paseo.

¿Acaso Séneca se referiría a que debía deshacerse de todo lo nocivo que había en su vida? ¿Eso querría decir al hablar de la basura? No le encontraba sentido alguno. ¿Por qué decía que debía acordarse de sacar la basura cuando estaba sacando la basura? Supuso que la utilidad del símil residía precisamente en hacerle reflexionar, pero hubiera preferido un mensaje más claro y directo. Sofía pasó todo el día sin averiguar a qué podía referirse Séneca con la dichosa «basura». Estando ya en casa, en torno a las ocho de la noche, a Sofía le sobrecogió una estremecedora sensación de soledad. Había perdido la fe en el ser humano, o al menos eso creía ella. Sin embargo, en aquel instante hubiera agradecido un poco de compañía, el viaje que había emprendido se le hacía cuesta arriba por momentos. Decidió cuidar un poco de sí misma preparándose una suculenta cena con los deliciosos ingredientes que acababa de comprar en la tienda *gourmet* a la que solía ir. De camino a casa había hecho una pequeña parada en una bodega de vinos y, dejándose aconsejar por el dependiente, había adquirido lo que, en palabras del propio vendedor, era una auténtica joya enológica.

Encendió la radio y, mientras cocinaba, disfrutó de una suave y acogedora melodía de *soul* clásico. Encendió velas aromáticas y por un instante se sintió extraordinariamente dichosa, feliz por estar viva y disfrutando de sí misma. Colocó una olla con abundante agua a hervir. Le agregó una hoja de laurel y una cucharada de sal. Puso una sartén con aceite al fuego y añadió 50 gramos de ternera picada. Entre tanto picó una cebolla, medio pimiento rojo y medio pimiento verde. Los añadió a la sartén, añadió una pizca de sal y dejó que se fueran cocinando a fuego medio. Trató de disfrutar del aroma que los ingredientes de la sartén desprendían. Añadió una pizca de eneldo y salsa de tomate casera. Cayó en la cuenta de lo romántica que resultaba la escena: música sensual, un aroma delicioso y velas encendidas.

Sofía pensó en Adolfo. No le echaba de menos, pero ¡cómo le dolía no tener compañía en aquel instante! Añadió una copa de vino tinto a la sartén y subió un poco el fuego. El agua de la olla comenzó a hervir, añadió doscientos cincuenta gramos de *rigatoni*. Era demasiada comida para ella, sobre todo si tenía en cuenta que no estaba especialmente hambrienta, pero lo cierto es que, en aquel momento, simplemente deseaba disfrutar del placer de cocinar en un ambiente de ensueño. El alcohol del vino se evaporó y la salsa adquirió un sabor digno del mejor de los chefs. Se sirvió la comida con una copa de vino. Disfrutó del placer de comer. Sofía comenzó a sentirse afortunada, no tanto por aquel instante en sí, sino por lo que significaba para ella: todavía había esperanza. Aquella noche durmió plácidamente, aun a pesar de que al día siguiente debía ir a la oficina e intoxicarse de la penuria que trataba de eliminar de su vida.

Sofía se despertó pletórica, no le importaba que fuera lunes, no le molestaba que tuviera que ir a la oficina, ni siquiera se sentía mal por tener que entregar tres informes aquella misma mañana. Se preguntó si durante el día recibiría un nuevo mensaje de Séneca, aunque en el fondo sabía que no tendría noticias de él hasta que no consiguiera entender por completo su último mensaje.

Entró en la oficina sin saber que aquel día marcaría un antes y un después en su vida. Convencida de que le esperaba la misma cansina rutina de trabajo y hastío, Sofía fue poco a poco desplomándose físicamente. Su caminar erguido y seguro, digno de quien quiere comerse el mundo, se convirtió en una pose cabizbaja y resignada. Entró en su despacho y se encontró encima de su mesa una nota escrita a mano que le hizo sobresaltarse. Para su desilusión, comprobó que no era Séneca el autor de aquella nota. Tampoco era su secretaria, quien no acostumbraba a dejarle mensajes escritos a mano. La nota estaba firmada por la secretaria de Lorenzo.

En cuanto llegue a la oficina, por favor, acuda al despacho del señor Granados.

Atentamente,
Aurelia

El señor Granados era Lorenzo y aquel mensaje acabó por amargarle del todo la mañana a Sofía. No soportaba a aquel pedante y tener que ir a verle a su despacho era lo que menos deseaba en aquel instante. Iba a dejar aquel trabajo, se prometió Sofía a sí misma. Sí, estaba convencida de ello. Tarde o temprano tendría que hacerlo. No podía aguantarlo más, le estaba consumiendo por dentro. No iba a soportar ni una sola salida de tono de aquel imbécil amargado, pensó Sofía. Llamó al despacho de Lorenzo y tras oír un «pasa», entró decidida y con una actitud incontroladamente agresiva.

—Sofía… —dijo Lorenzo sin dirigirle la mirada a Sofía.

Él solía hablar así a la gente, sin mirarles a los ojos, algo que le hacía sentir superior. Debía marcar las diferencias entre él y sus subordinados y para ello se servía de aquel tipo de gestos de altanería y desprecio.

—Lorenzo, tengo mucho trabajo pendiente por hacer, te agradecería que fueras directamente al grano.

Sofía no le rendía pleitesía y eso le sacaba de quicio a Lorenzo, aunque por otra parte también le hacía desearla con más fuerza. La maldecía cada día por tener la osadía de haberle rechazado, con él hubiera sido infinitamente más feliz que con el perdedor con el que salía, pensaba Lorenzo.

—Estás despedida.

El mundo se paró por completo en aquel instante. Sofía no reaccionó, permaneció petrificada. No pudo ni quiso reaccionar. Simplemente trató de asimilar la noticia y mantener la compostura. Quería preguntarle a Lorenzo por qué la despedía. Quiso gritarle, quiso insultarle, incluso quiso abofetearle. Pero en lugar de eso, permaneció impasible mirando al infinito hasta que, bruscamente, dirigió su mirada a Lorenzo. Le miró fijamente, con una mirada dura e impenetrable, pero sin recriminarle, sin exigirle explicaciones, sin insultarle. Simplemente le observó y aquello incomodó sobremanera a Lorenzo, quien no estaba en absoluto acostumbrado a semejante afrenta. Él estaba locamente enamorado de Sofía, pero en aquel instante solo deseaba que abandonara su despacho. Le temía y no sabía exactamente por qué, su mirada no era agresiva ni incriminatoria pero había algo en ella que le hacía estremecer. Su seguridad. Sí, eso era, su temple y su seguridad, pensó él.

—Eh… bueno, Sofía, verás, yo… —Ahora era a Lorenzo a quien no le brotaban las palabras. Él sintió encolerizar en parte debido al ridículo de su repentina tartamudez—. Puedes irte…, si quieres. Quiero decir, que estás despedida y que, en fin, lo del finiquito… Es un despido improcedente, cuarenta y cinco días por año trabajado. Puedes hablarlo con Ana, la chica de personal. Si te parece.

—Gracias —fue todo cuanto dijo Sofía, esta vez con un semblante más relajado, lo que generó cierta confianza en Lorenzo, quien de pronto resurgió como el Ave Fénix.

—¿Sigues saliendo con aquel gilipollas? —preguntó un envalentonado Lorenzo.

—¿Cómo dices?

—Sí, Adolfo, así se llamaba ¿no?

Lorenzo volvió a ver cierta dulzura e ingenuidad en el rostro de Sofía y quiso aprovecharse de ello. Lo estaba consiguiendo, se dijo a sí mismo. Se estaba volviendo a colocar por encima de Sofía, su subordinada y potencial amante, si ella estaba dispuesta a entrar en razón.

—Sí, así se llama —dijo Sofía con sorprendente serenidad—. Ya no estamos juntos.

—¡Fantástico! Oye Sofía, verás, te has tomado unos días libres y mira, por muchas vacaciones que tuvieras pendientes de disfrutar, tú no puedes decidir unilateralmente cogerte días de vacaciones. ¡No sin consultarme a mí! Cualquier decisión que afecte a la empresa tiene que pasar por mí, ya lo sabes. —Lorenzo se sentía engrandecer, comenzó a sentirse poderoso, se irguió y elevó su tono de voz—. Sofía, realmente estoy preocupado por ti, el tipejo ese con el que salías no te convenía lo más mínimo… ¿Cuántos años llevabais saliendo juntos? ¿Seis? ¿Siete? ¿Y todavía no te había pedido matrimonio? ¡Menudo idiota! Y encima ahora estás despedida. Sofía, no vas por el buen camino… Pero yo podría ayudarte con ambas cosas.

—¿De qué demonios estás hablando, Lorenzo? —preguntó Sofía con indignación.

—Yo podría devolverte tu trabajo si accedes a cumplir con mis dos condiciones.

—¿Perdón? —preguntó Sofía totalmente desconcertada.

No sabía si se trataba de una broma de mal gusto o si Lorenzo era en realidad tan mezquino como parecía.

—Sal conmigo de nuevo, Sofía. Te echo de menos. Las cosas con Marga no marchan bien. Piénsalo, éramos una pareja extraordinaria. Yo podría darte estabilidad, tengo dinero y poder. ¿Qué más necesitas? Con mi inteligencia y tu, tu… tu ingenio, formaríamos un equipo invencible. Pediría el divorcio a Marga ya mismo. Por ti, cariño. Estaría dispuesto hasta a tener hijos. Eso sí, los cuidarías tú, ¿eh?

Sofía sintió un profundo asco por aquel hombre. Quiso decírselo a la cara, gritarle que ni aun siendo el único hombre sobre la faz de la tierra saldría con él. Deseó con todas sus fuerzas levantarse y cruzarle su asquerosa cara. Le hubiera gustado decirle que ella valía mucho como para estar con un miserable como él.

¿Qué se había creído aquel tipejo? Pero todos aquellos deseos tenían un único origen: su ego. Y aquella era ya una fase en proceso de superación. Le dedicó una última mirada que consiguió intimidar de nuevo a Lorenzo, se levantó y se fue sin más.

Sofía tomó el tren de vuelta a Sitges. Pensó en llamar a su prima, pero enseguida descartó la idea, primero debía reflexionar sobre lo que acababa de suceder. Le acababan de despedir. Toda su vida laboral dedicada en cuerpo y alma a una misma empresa y, en solo un minuto, Lorenzo había acabado con aquella inmensa dedicación. Pero debía ser sincera con ella misma, hacía ya mucho tiempo que ella no era feliz en la oficina.

Era cierto que nunca había sentido una especial motivación por su trabajo, pero

los primeros años se sentía dichosa trabajando en Guiness & Parkinson. Aquellos años en los que Sofía estaba sedienta por aprender, unos años en los que ella no suponía la más mínima amenaza para nadie, se dedicaba solo a trabajar y a aprender. Cuando ascendió de categoría y tuvo cierto cargo y responsabilidad, Sofía entrevió en sus compañeros, superiores e incluso entre sus subordinados, cierta perversidad que antes le había pasado totalmente desapercibida. En más de una ocasión, Sofía había recibido una severa reprimenda solo por manifestar públicamente su punto de vista. Y es que no era bien recibido el que alguien tuviera una opinión, y mucho menos el que la compartiera abiertamente.

Sus dos enfrentamientos públicos con Lorenzo y el socio de este, Alberto, le habían costado muy caro a Sofía. Desde entonces no había recibido ni un solo euro de bonus y, considerando que este solía representar un quince por ciento de su salario, aquello le había hecho replantearse el volver a abrir la boca. Pero lo continuó haciendo, y ello se había traducido en que prácticamente nadie le dirigiera la palabra. Nadie a excepción de Clara, a quien Sofía despreciaba con todas sus fuerzas.

Sentada en el vagón del tren, reflexionó sobre las palabras de Lorenzo. ¿Y si él le había hecho un favor? Muy probablemente así era, independientemente de las mezquinas intenciones que tuviera. Sofía se sintió aliviada. No sabía qué haría con su vida a partir de aquel momento, pero por suerte no debía preocuparse por su economía. Tenía dinero ahorrado, recibiría una considerable indemnización y, además, mientras encontraba un nuevo trabajo, tendría derecho a cobrar el subsidio por desempleo. Pensó en el giro de ciento ochenta grados que acababa de dar su vida. En cuestión de pocos días se habían esfumado de su entorno dos de los más sólidos pilares sobre los que se asentaba su amargada existencia: un trabajo que le asqueaba y una moribunda relación sentimental.

Su móvil sonó. Sofía abrió a toda prisa su bolso y lo revolvió con nerviosismo hasta que dio con él. Un nuevo mensaje. Una ayuda especial de Séneca, un refuerzo para Sofía, quien todavía andaba perdida con la segunda parte de la tercera enseñanza.

> *Cuando sueñes, sueña; cuando te enamores, enamórate; cuando ayudes, ayuda, y cuando lo intentes, de verdad inténtalo. Séneca*

La ocasión hay que crearla, no esperar a que llegue.

SIR FRANCIS BACON

C A P Í T U L O 11

Contigo aprendí

Aquel último mensaje era extremadamente clarificador. Qué tonta se sintió Sofía. ¿Cómo pudo haber sido tan estúpida de creer que la última enseñanza guardaba relación con deshacerse de la basura? Nada más lejos de la realidad. Séneca le instaba a hacer aquello que hacía, a sentir lo que sentía, a vivir el presente, a ser consciente de todo cuanto acaecía a su alrededor. Ella siempre había sido una persona muy despistada, le costaba concentrarse y prestar su total atención a una sola cosa. Ahora lo comprendía, vivía sin vivir. Gracias a Séneca y a su obstinado empeño, Sofía lograría aprender a vivir en el preciso instante en el que vivía. Podía hacerlo, pensó.

Ella no era plenamente consciente de su propia vida. Su constante estado de distracción le impedía vivir en el aquí y en el ahora. Llegó al piso de su prima sumida en sus cavilaciones. Se sorprendió al comprobar que la puerta no estaba cerrada con llave. Entró en el apartamento y el corazón le dio un vuelco justo en el instante en el que un juguetón bulldog inglés se abalanzó sobre ella.

Sofía pegó un grito casi inconscientemente mientras se preguntaba cómo demonios había llegado aquel perro al apartamento de su prima. Por un instante barajó la posibilidad de que se hubiera equivocado de piso. Descartó enseguida aquella absurda idea al comprobar visualmente que aquel apartamento era, sin lugar a dudas, el de Laura. Oyó una voz de hombre. Sofía permaneció inmóvil, sin apenas respirar, concentrando todas sus fuerzas en reconocer aquella voz. Era Alejandro. Estaba hablando por teléfono.

Y lloró. Las lágrimas recorrieron espontáneamente su rostro. No quería llorar, pero le era imposible dominar sus emociones. La fuerza con la que sus ojos expresaban su emoción le resultaba totalmente incontrolable. Un torbellino de agitación recorrió todo su ser, un torrente de sentimientos que su cuerpo decidió exteriorizar intensamente a través de sus ojos. Sofía no sabía si lloraba de felicidad, de tristeza o simplemente a consecuencia del severo desbordamiento emocional al que se había visto sometida los últimos días. Sea como fuere, aquella era, curiosamente, la primera vez que Sofía lloraba en, al menos, dos años.

No quería que Alejandro le viera llorar, por lo que se dirigió sigilosamente al

cuarto de baño. El divertido cachorro corrió tras ella. Sofía adoraba a los perros. Un intenso sentimiento de felicidad le embriagó al pensar que podría achuchar a aquel simpático animalillo, aunque solo fuera por un instante. Se secó las lágrimas rápidamente. Aprovechó para arreglarse un poco el pelo y mostrarse ligeramente más presentable. Se percató de que tenía un gran interés por lucir resplandeciente. Tenía la impresión de no haber sentido la necesidad de mostrarse bella y coqueta desde hacía siglos. Aquello la ilusionó.

En tanto se adecentó un poco, se abalanzó sobre aquel perro adorable que no hacía más que saltar sobre ella para llamar su atención. Lo cogió en sus brazos con cierta dificultad, pues el animal, a pesar de ser todavía un cachorro, debía pesar ya más de diez kilos. Se lo llevó a la cocina, abrió la nevera y le dio un trocito de pavo que el perro agradeció con un gigantesco entusiasmo. Sofía había olvidado el alocado frenesí que los perros regalaban a los humanos con solo una pizca de amor, de comida o simplemente a cambio de un poco de atención.

Alejandro salió de la habitación, continuaba hablando por teléfono. Vio a Sofía y le dedicó una cautivadora mirada acompañada de una seductora sonrisa. Colgó el teléfono y acudió de inmediato a saludar a Sofía, quien sintió cierto rubor, un sentimiento prácticamente desconocido para ella. Volvía a estar viva, pensó. Dejó al perro en el suelo y medio ensimismada esperó a que Alejandro diera un primer paso.

—Sofía. —Se acercó a ella y le besó la mejilla. Ella sintió un escalofrío que temió que le hubiera paralizado el habla.

—Hay un perro —fue todo cuanto atinó a decir.

Se maldijo a sí misma por aquel estúpido comentario. Sin embargo, a Alejandro le pareció gracioso, a tenor de su risa.

—Sí, se llama Tito. Es el perro de Mauricio, me lo ha dejado un par de horas.

—¿Mauricio?

—El *maître* del restaurante donde fuimos a cenar el otro día, ¿recuerdas?

—¡Ah, sí! Es verdad, ya recuerdo.

—Espero que no te molesten los perros…

—¿Bromeas? ¡Adoro los perros! —Y cogió de nuevo a Tito entre sus brazos.

El perro comenzó a lamerle la cara a Sofía, quien se sintió renacer con el cariño del animal.

—Bueno, ¿y qué tal estás? —preguntó Alejandro mientras recogía unos documentos de la mesa del salón.

Sofía se acordó del último mensaje que había recibido. Debía ser consciente del momento presente, se había prometido a sí misma no pasar por alto ningún detalle, al menos debía intentarlo. Debía vivir mientras vivía, pensó. Ahora estaba con Alejandro y debía ser plenamente consciente de ello. Le estudió con la mirada. Vestía de *sport*, unos pantalones color caqui y un polo de manga larga muy marinero. Colgadas del cuello llevaba unas gafas de sol. El pelo ligeramente engominado y peinado hacia atrás, con algún mechón rebelde que le caía sobre su morena tez. Pero

no bastaba con lo que veía, quería explorar todos sus sentidos, quería ser capaz de identificar olores, sonidos, sensaciones, quería extremar sus percepciones y atrapar todo cuanto le rodeaba. Inmersa en aquellos pensamientos se encontraba Sofía cuando se percató de la expresión atónita de Alejandro. Ella supuso que sus cavilaciones estaban resultando demasiado expresivas.

—Me acaban de despedir —dijo sin más Sofía.

—Enhorabuena —contestó Alejandro con cierto entusiasmo.

—¿Cómo dices? ¿Enhorabuena? Me acaban de despedir del trabajo —dijo Sofía indignada por aquella extraña muestra de alegría—. No me han ascendido, ¡me han despedido!

—Precisamente, Sofía. Es una buena noticia, ¿no crees? —dijo Alejandro sonriendo.

Aquel hombre turbaba a Sofía, era a todas luces una persona totalmente atípica.

—No. Bueno, yo… no sé. Creo que no, no creo que sea una buena noticia, la verdad.

—¿Te apasionaba tu trabajo?

—No.

—Pues a mí me parece bastante evidente.

—Sí, pero bien que tendré que trabajar, ¿no?

—No lo tengo tan claro y, aunque así fuera, ¿es que acaso no hay más trabajos?

—Sí, supongo que sí. Pero no sé si me contratarán en ninguna otra empresa. Lorenzo, mi jefe, mi exjefe, se encargará de dar pésimas referencias de mí, de eso estoy segura.

—¿A todas las empresas? ¿Y todas tomarán su opinión tan en serio que ni siquiera te darán una oportunidad? Vaya, sí que tiene influencia tu exjefe —dijo Alejandro con ironía.

—No, a todas no, claro. Pero hará todo lo posible porque nadie me contrate, ahora mismo no creo que me tenga el más mínimo aprecio.

—Y en cualquier caso, si tu trabajo no te apasiona, quizá sea el momento de pasar página y probar otras cosas.

—No sé hacer nada más —dijo apenada Sofía.

—Lo dudo. —Qué fácil sonaba todo en boca de aquel hombre, pensó ella—. ¿Navegas?

—¿Cómo dices? —preguntó Sofía mientras sus ojos se abrían en señal de asombro y desconcierto. ¿Acaso le estaba proponiendo que cambiara de profesión? —. He navegado alguna vez, pero no… Yo soy economista, sé de números y poco más, yo no puedo ganarme la vida navegando, es decir, no sé a qué te refieres pero yo no…

Alejandro soltó una sonora carcajada. A Sofía le resultó evidente que le había malinterpretado. Aquel hombre le descolocaba constantemente.

—Supongo que a estas alturas ya sabrás que no todo en la vida es trabajo. Te han

despedido, sí. ¿Y qué? ¿Vas a pasar hambre?

—No. Bueno, tengo ahorros. Y además, me pagarán una indemnización por haberme despedido. También tengo derecho a cobrar una prestación por desempleo.

—¿Y entonces? ¿A qué viene esa cara de tristeza crónica? —Aquel comentario hirió el orgullo de Sofía. Después del titánico esfuerzo que estaba haciendo durante los últimos días por dejar atrás toda su amargura, aquel calificativo le pellizcó el ego. Recordó entonces su compromiso respecto al ego, por lo que decidió obviar el comentario—. A ver si lo entiendo bien. Te van a indemnizar por dejar de hacer un trabajo que no te apasiona, ¿cierto?

Dicho así, hasta a ella le parecía absurdo el no celebrar la noticia. En cierto modo, aquellas eran las palabras que Sofía necesitaba oír. Era una buena noticia, sí señor. No tendría que volver nunca más a aquella oficina repleta de personas a las que detestaba, no tendría que volver a soportar a Lorenzo. Ni a Clara. No volvería a trabajar hasta las tantas en un trabajo que aborrecía. Y además, como le acababa de hacer ver Alejandro, le iban a pagar por ello. Ya pensaría más adelante qué hacer con su vida laboral, aquel no era el momento. En aquel instante debía celebrarlo. Pero ¿cómo hacerlo? Sofía llevaba mucho tiempo sin celebrar nada.

—Todavía no me has contestado —insistió Alejandro.

—Sí, sí, perdona, así es. No lo había pensado de ese modo. Me indemnizarán por dejar de trabajar en algo que detesto.

—No me refería a eso. ¿Navegas? —preguntó de nuevo Alejandro mientras preparaba una mochila con varios enseres.

—He navegado alguna vez.

—¡Ándale pues! Nos esperan en el puerto en quince minutos. No me gustaría que zarparan sin nosotros —le dijo Alejandro mientras sonreía y le guiñaba un ojo.

Qué hermosa le pareció a Sofía la palabra «nosotros».

La vida cobra sentido cuando se hace de ella una aspiración a no renunciar a nada.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

C A P Í T U L O 12

Novia del mar

Sofía rechazó inicialmente la oferta de Alejandro arguyendo que no disponía de la ropa adecuada para navegar. Alejandro le mostró entonces dónde guardaba su prima la ropa que ella empleaba cuando habían salido a navegar. Lo cierto era que tampoco tenía nada de especial, era ropa deportiva que se hubiera puesto en cualquier otra ocasión, a excepción de los náuticos que, como cabría esperar, le iban un poco grandes. A Sofía le sorprendió que Alejandro supiera dónde guardaba Laura cierta vestimenta. Pensó que quizá su prima y él fueran algo más que amigos o, mejor dicho, lo hubieran sido en el pasado, pues su prima mantenía una bonita relación con un abogado alemán, Philipp. Laura se había ido a vivir a Alemania hacía ya unos años, sumergida en un envidiable enamoramiento que Sofía deseaba fuera de por vida.

Trató de esquivar de nuevo la oferta, recurriendo esta vez a Tito, el perro de Mauricio. «Alguien tendrá que cuidar del perro», alegó ella. Alejandro respondió con una sonora carcajada. «Tito es el que más disfruta navegando», le contestó él. Sofía se había quedado sin excusas. No le apetecía mucho ir a navegar con más gente, pero lo cierto era que tampoco tenía nada mejor que hacer.

Se dirigieron al puerto de Sitges en el coche de Alejandro, un antiguo Willys color rojo que debía tener casi tantos años como Sofía. Un descapotable clásico de aquellos que atraían las miradas. Pensó en el sorprendente giro que había dado el día. Aquel lunes había comenzado como cualquier otro lunes, con la pesadumbre de tener que acudir a la oficina. Sin embargo, en cuestión de pocas horas, de forma un tanto confusa e incomprensible, el día había dado un gran vuelco y ahora Sofía estaba a punto de salir a navegar con Alejandro y sus amigos. En el puerto de Aiguadolç les esperaban Mauricio, el *maître* del restaurante; Giancarlo, un italiano cuya sola presencia a Sofía le resultó asombrosamente graciosa y peculiar, y Mónica, aquella mujer que Mauricio y Alejandro habían mencionado el día del restaurante.

Mauricio saludó a Sofía con cierto desconcierto, estaba claro que no la esperaba ahí. Por contraste, cuando Alejandro le presentó a Giancarlo, este saludó a Sofía con

un abrazo, como quien se reencuentra con un viejo amigo. Aquello descolocó a Sofía, quien por un instante no supo muy bien cómo reaccionar. El abrazo fue seguido de una divertida reverencia que hizo que ella se relajase y se sintiera cómoda en aquel grupo. Mónica era una mujer muy bella, pensó Sofía. Era exquisitamente educada pero mantenía considerablemente las distancias, como quien conoce a alguien a quien nunca más volverá a ver. Pensó que quizá hubiera algo entre Alejandro y Mónica, pues le pareció entrever cierta complicidad entre ambos.

Iban a navegar en un velero de motor construido en madera, una preciosa goleta clásica. Ella no entendía mucho de embarcaciones, pero aquel barco le pareció inusualmente hermoso. Una belleza que impresionó a Sofía, quien se mantuvo inmóvil delante del motovelero, admirando aquella obra de arte. Se trataba de una goleta turca de cincuenta y cinco pies de eslora que databa del año mil novecientos cuarenta. Sofía se sintió abrumada por semejante maravilla. Iba a experimentar una navegación de época y deseó que hubiera más tripulación pues cuatro marineros, asumiendo que el resto del grupo supieran todos navegar, le parecían muy pocos para tripular aquel inmenso barco. Fueron subiendo a la goleta uno a uno. Alejandro ayudó a Sofía, quien caminó sobre la pasarela que unía el pantalán con la embarcación con cierto reparo.

Una vez en el barco, Sofía se maravilló aún más con la reluciente cubierta de madera. En el interior había una cocina que le pareció increíblemente inmensa, una sala de estar con una gran mesa para unos ocho comensales, cuatro camarotes y tres baños. Resultaba increíble que el interior de un barco pudiera albergar tanto espacio, aquello era más grande que el piso de Adolfo, pensó ella.

Giancarlo le explicó a Sofía los detalles técnicos de la embarcación en un idioma que intentaba parecerse al castellano pero que, en la práctica, resultaba ser una confusa mezcla entre italiano y castellano. Ella asintió con cada detalle, pero lo cierto era que no entendía nada de lo que aquel simpático hombre le estaba explicando. Alejandro se percató y acudió enseguida en calidad de traductor. El barco tenía dos palos, seis velas, un motor de doscientos cincuenta caballos y todo tipo de lujos para hacer de la navegación un auténtico placer. Le mostraron el equipo de seguridad y le explicaron ciertas normas que durante la navegación debía tener presente. Sofía se sentía abrumada por tanta información e instrucciones, por lo que Alejandro le propuso tomar un café y trató de entablar con ella una charla informal que le hiciera alejarse del agobio que parecía sentir. Bajaron a la cocina y prepararon café para todos. Le invitó a disfrutar del café en cubierta mientras él ayudaba al resto con los preparativos previos a zarpar.

Sofía se sintió torpe por no poder ayudar y Giancarlo, que lo había advertido, acabó raudo su cometido y se acercó a ella para hacerle compañía. Se sirvió una gran taza de café, sacó un cigarrillo de una peculiar pitillera plateada y le ofreció uno a Sofía. Charlaron amigablemente y esta vez, ella sí logró entender gran parte de lo que Giancarlo le explicaba. Una vez finalizados los preparativos, el resto se unió a ellos y

disfrutaron del café y de la deliciosa repostería que Mauricio había traído para el desayuno. Eran las once de la mañana cuando «La Travesía», como se llamaba el barco, zarpó. Soplaba más viento del previsto, por lo que decidieron hacer una navegación plácida, máxime llevando como tripulante a Sofía. Salieron del puerto lentamente con el motor encendido y saludando a la tripulación de cada embarcación con la que se cruzaban.

Una vez se hubieron alejado del puerto y de la costa, Giancarlo aproó el barco al viento y Alejandro comenzó a izar las velas. Apagaron el motor y comenzaron a navegar con la vela. Aquel fue un momento mágico, un instante en el que el barco alcanzó su mayor esplendor y poderío. Sofía, pese a no saber bien qué hacer ni cómo comportarse, estaba maravillada con la experiencia. Inhalaba la brisa del mar como si fuera el antídoto contra el desconsuelo.

El viento, que soplaba con nervio, parecía haber encontrado en la larga melena de Sofía un regocijo donde se recreaba trazando graciosas ondas. Sentada cerca del timonel, ella se sentía ligeramente fuera de lugar al no tener un rol específico, pero era consciente de lo embriagador de la experiencia. Sintió como si en aquel instante mantuviera un idílico romance con el mar.

Pensó que quizá Séneca se sintiera orgulloso de ella. Aquello debía ser, sin duda alguna, vivir la vida. Se acordó del aquí y del ahora, por lo que empezó a recabar sensaciones. Cerró los ojos y pensó en el hechicero aroma de mar que trató de hacer suyo, como si quisiera inspeccionarlo, examinarlo e interiorizarlo. Continuó con los ojos cerrados y pensó en las partes de su cuerpo que eran agraciadas con el roce del viento. Lo noto en su cara, en su pelo y en sus brazos.

Mónica se acercó a Sofía y le preguntó suavemente si se sentía mareada, a lo que ella le respondió que simplemente se sentía feliz. Conversaron amigablemente durante la travesía. Sofía no sabía exactamente qué relación le unía con el resto, supuso que o bien era amiga de ellos o bien era la pareja de Giancarlo o Alejandro, puesto que Mauricio estaba casado. Sin embargo, a pesar de la complicidad inicial que Sofía entrevió entre Alejandro y Mónica, conforme avanzaba la mañana, no creyó que su relación fuera más allá de la amistad.

Pasados unos veinte minutos de conversación, Mónica le despejó las dudas a Sofía acerca de lo que le unía a aquellos tres hombres. Ella trabajaba en una empresa de alquiler de barcos. «La Travesía» había sido siempre la estrella de las embarcaciones de que disponían, el más preciado de sus barcos. Había un grupo de tres «pirados por el mar», como ella solía llamarles, que la alquilaban al menos una vez al mes. Llegó un día en el que aquellos tres hombres se encapricharon tanto con la embarcación que quisieron comprarla. Pero la empresa para la que trabajaba Mónica no vendía sus embarcaciones. Entre los tres, Mauricio, Giancarlo y Alejandro, lograron convencer a Mónica para que les ayudara a persuadir a su jefe y conseguir que este les vendiera aquella singular goleta. Fueron tres largos meses en los que el jefe de Mónica, Rosendo, no dio su brazo a torcer. El barco era suyo y le

tenía mucho cariño, por lo que no quería ni siquiera oír ninguna oferta. Finalmente y tras una persistente insistencia por parte de Mónica, Rosendo aceptó vender el barco a cambio de que de vez en cuando, le permitieran salir a navegar en «La Travesía». Durante aquellos tres meses, Mónica trabó una bonita amistad con Alejandro, Giancarlo y Mauricio, a quienes solía acompañar en sus salidas, siempre y cuando el mar estuviera en calma, como aquel día en el que a pesar del viento, permanecía sin apenas oleaje.

La navegación hasta el puerto del Garraf transcurrió de forma tranquila y placentera. Sofía tuvo oportunidad de conocer más en profundidad al resto de los tripulantes y se sorprendió entablando animadas conversaciones con Giancarlo, Mónica e incluso con Mauricio. Quien apenas se le acercó fue Alejandro. Sin embargo, él estuvo pendiente de ella en todo momento y, afortunadamente, Sofía se percató de ello.

Tito fue, efectivamente, quien más disfrutó del viaje. El perro iba y venía por el barco con total seguridad y Mauricio, su dueño, no parecía preocuparse lo más mínimo. Muy al contrario, Sofía estaba en todo momento pendiente del animal temiendo que le sucediera algo. Pero Tito, graciosamente ataviado con un chaleco salvavidas canino, parecía desenvolverse por la goleta con absoluta confianza.

Una vez arribaron a destino, dos marineros les estaban esperando para ayudarles con la maniobra de atraque, que se realizó de manera coordinada, como si de una danza de equipo se tratara. Siguiendo la tradición, aquel día degustarían una deliciosa paella cocinada por Alejandro. Todos bromearon sobre el hecho de que fuera precisamente un mexicano el que cocinara la paella. Mientras él comenzaba con los preparativos de la comida, Sofía quiso aprovechar la oportunidad para ofrecerle su ayuda y tener así la excusa para poder hablar con él un rato, quería agradecerle el haberla invitado. Sin embargo, Mauricio se le había adelantado y era él quien hacía de ayudante de cocina. Ella se ofreció cortésmente a echarles una mano, pero ambos dos refutaron galantemente su oferta, invitándola a subir a cubierta con Giancarlo y Mónica a disfrutar de un aperitivo. En cuanto a Tito, tenían claro que no se movería de la cocina mientras hubiera comida.

El aperitivo y la posterior comida le resultaron a Sofía asombrosamente placenteros, aquellas personas se habían mostrado muy hospitalarias y habían hecho que se sintiera como en casa. Hacía años que no se sentía así. Posiblemente no era más que una ilusión, algo pasajero que probablemente no se repitiera, pero aunque así fuera, se sentía feliz por haberlo vivido. Era su experiencia y la había disfrutado. Una experiencia a la que había sacado todo el fruto del que había sido capaz. Recodaría imágenes nítidas de aquella travesía, el suave y delicado aroma a mar, el sonido de las olas y, lo que es más importante, las gratificantes emociones.

El viaje de vuelta fue todavía más tranquilo si cabe, el mar permanecía totalmente en calma. Sofía, sentada en cubierta, acariciaba a Tito mientras charlaba amistosamente con Mónica. Para su sorpresa, finalmente resultó que ella y Giancarlo

eran novios. Llevaban saliendo año y medio. Desde hacía dos meses vivían juntos y, tal y como le comentó Mónica, por el momento todo estaba yendo considerablemente bien. Ella había estado casada anteriormente y su matrimonio había fracasado estrepitosamente, por lo que se tomaba cualquier relación con mucha calma.

Sofía quiso preguntarle por Alejandro, quiso saber si él tenía o no pareja, pero se contuvo. Como si Mónica adivinara sus deseos, le comentó burlonamente que Alejandro era el único de los tres que faltaba por emparejar. Sofía sintió enrojecer sus mejillas cuando Mónica le dijo que ambos harían buena pareja. ¿No era demasiado mayor para sonrojarse?, se preguntó. Estaba claro que no. Si había algo que los últimos días le estaban enseñando era que en absoluto era mayor para nada. No era tarde para sonrojarse, no era tarde para vivir, aún no, le quedaba mucho por experimentar y se sentía sedienta por recuperar el tiempo perdido.

Una vez de vuelta en el puerto de Sitges, todos se despidieron y Sofía sintió de veras tener que decirles adiós, máxime temiendo, como temía, no volver a verles más. Pero todos prometieron quedar de nuevo, por lo que Sofía se limitó a valorar lo que aquel día había vivido.

La vuelta a casa en el coche de Alejandro, esta vez sin Tito, del que Sofía se había despedido efusivamente, fue excesivamente silenciosa. Tanto que a Sofía le llegó a resultar un tanto embarazosa. Pensó que quizá él estuviera molesto por algún motivo. Disimuladamente trató de observar la expresión de su rostro. Alejandro se percató de ello y se limitó a sonreír. Encendió el equipo de música y sonó *Lets Get It On* de Marvin Gaye.

Desciende a las profundidades de ti mismo, y logra ver tu alma buena. La felicidad la hace solamente uno mismo con la buena conducta.

SÓCRATES

C A P Í T U L O 13

Un mundo raro

Sofía volvía a estar ilusionada. Quizá se estaba ilusionando de nuevo con algo irreal pero sentía haber trabado bonitas amistades o al menos, el comienzo de ellas. No tenía ni idea de si Alejandro y sus amigos le volverían a avisar cuando salieran a navegar. Deseaba con todas sus fuerzas que así fuera. En cualquier caso, debía estar agradecida por su experiencia, que ya nadie le podría arrebatar.

En aquel momento sus pensamientos se centraron en Alejandro. En ocasiones creía sentir una verdadera conexión con aquel hombre. Sin embargo, a aquel vínculo le seguía siempre lo que a Sofía le parecía un repentino distanciamiento por parte de él. Aquella noche volviendo en el coche y, a pesar del alejamiento que aparentemente se había producido entre ambos, ella quiso aventurarse a invitarle a cenar. Le parecía la manera perfecta de culminar un día espléndido. No obstante, una vez llegaron a casa, Alejandro dijo que tenía que marcharse. Así sin más, sin dar ningún tipo de explicación que, por otra parte, Sofía sabía que tampoco podía exigir.

«Está bien, no hay problema», se dijo a sí misma. Su felicidad no dependería de lo que hiciera o dejara de hacer aquel hombre. ¿O sí? Alejandro había sido un soplo de aire fresco para Sofía, él y todo cuanto le rodeaba. Pensó que quizá le estaba otorgando demasiado poder sobre su estado de ánimo. Ella entristecía si él no estaba cerca y, por el contrario, cuando tenía el placer de gozar de su compañía, se sentía pletórica. Era consciente que aquello la alejaría de su travesía en busca de la felicidad, pero le resultaba muy difícil controlar sus sentimientos. Reflexionó sobre ello aquel mismo lunes, mientras cenaba sola frente al televisor.

Por su propio bien no debía esperanzarse tanto con un hombre a quien acababa de conocer y del que no sabía prácticamente nada. Tampoco debía hacerlo con Giancarlo, Mónica o Mauricio. Era un error mayúsculo y lo sabía. Se estaba agarrando a un clavo ardiendo para olvidarse de su propia problemática. Sería muy inocente y equivocado el pensar que todos sus problemas desaparecerían como por arte de magia por que de pronto hubiera aparecido en su vida aquel hombre y sus

amistades. ¿Por qué otorgarles el poder a ellos? Había aprendido que el dominio sobre su propia vida residía en ella y no en los demás, así que no parecía tener ningún sentido el regalarles aquel preciado tesoro a aquellas personas. Además, hubiera significado el traspasarles una responsabilidad que ellos no tenían por qué asumir, no podía ni debía exigirles ningún compromiso. Seguiría pues con su camino.

Al día siguiente iría pronto a la oficina para acabar de ultimar todos los detalles de su despido. Llevaría todos los papeles a Roberto, un abogado de confianza al que en un par de ocasiones había recurrido por asuntos legales. Él podría ayudarle con el finiquito y todos los papeles que debiera firmar. Cayó en la cuenta de que los trámites administrativos incluían también el papeleo para poder recibir las prestaciones por desempleo. Tendría que pedir cita en el INEM y darse de alta como demandante de empleo. Nunca antes había estado en paro, pero ello no le producía el menor desaliento.

Cuando Sofía llegó a la oficina aquel martes por la mañana, se la encontró prácticamente vacía, a pesar de que eran ya más de las nueve y media. Según le explicó Ana, de personal, Lorenzo había organizado un evento muy importante casi de hoy para mañana, pues se lo había comunicado al resto de empleados el día anterior a última hora. Sofía se preguntó si aquello tendría que ver con ella. Se sintió un tanto narcisista al haber pensado que su expareja podía haber organizado un evento solo por ella. Sea como fuere, estaba enormemente agradecida por no tener que ver a nadie.

Ana le entregó toda la documentación pertinente y uno por uno fue explicándole todos los documentos. Le pidió que los firmara. «Solo es papeleo», dijo, a lo que Sofía amablemente respondió que en uno o dos días se los entregaría firmados. Aquello apenas sorprendió a Ana. Sofía le llevó a Roberto toda la documentación, la revisaron juntos y este le dio el confort que ella necesitaba, todo estaba correcto. Él se ofreció a tramitarle el papeleo del paro por unos honorarios que a Sofía le parecieron del todo insignificantes, por lo que la mañana acabó siendo de lo más fructífera. Decidió volver a casa a comer, no se le había perdido nada en Barcelona, así podría dar un paseo por el mar y, si tenía suerte, quizá coincidiría con Alejandro, si es que no había desaparecido definitivamente.

Llegó a Sitges un poco decepcionada al no haber recibido ningún mensaje de Séneca. Creía haber aprendido e incluso experimentado con creces la última enseñanza, por lo que ansiaba un nuevo mensaje. Justo cuando Sofía abrió la puerta, se cruzó bruscamente con Alejandro, que en aquel momento salía de casa con bastante prisa, a juzgar por sus movimientos. El choque entre ambos le resultó bastante violento a Sofía, por el contrario a Alejandro pareció resultarle muy divertido. Él se llevó una alegría tremenda al encontrarse a Sofía, a quien le dio un casto beso en la mejilla mientras se despedía diciendo que llegaba tarde.

«Un beso en la mejilla», Sofía pensó en ello durante el resto del día. «Algo es algo», se dijo. No volvió a ver a Alejandro aquel día, ni tampoco al día siguiente, ni

el siguiente del siguiente, lo que le supuso un bajón considerable en su estado de ánimo. Tampoco ayudó el no recibir ni un solo mensaje de Séneca. Se preguntaba si quizá el mundo se había olvidado de ella. Ella no pensaba olvidarse del mundo, a pesar de estar segura de haber retrocedido mucho en su carrera de obstáculos. «Qué mundo más raro», pensó.

El jueves decidió llamar a Laura, quizá el hablar con ella consiguiera subirle el ánimo. Estaba valorando hacer un viaje fugaz a Alemania, debía vivir y experimentar, así que, ¿por qué no? No tenía nadie que le esperara, nadie que le necesitara, nadie a quien darle explicaciones, no tenía trabajo, ni compromisos, ni obligaciones. Y aun con todo lo negativo que ello implicaba, decidió sacarle partido. Desafortunadamente, no logró localizar a su prima.

Para quienes no ansían sino ver, hay luz bastante; mas para quienes tienen opuesta disposición, siempre hay bastante oscuridad.

BLAISE PASCAL

C A P Í T U L O 14

Sabes de qué tengo ganas

Viernes por la mañana. Un día más sin Séneca. Un día más sin Alejandro. Un día más sin experiencias. Un día más sin vida. Sofía comenzó el día considerablemente desesperanzada. Pero ella sabía que ya no era la misma persona desdichada y sin anhelo. Ella ya no era así. Aquella Sofía había muerto y ella se había encargado de enterrarla. Era consciente de que había una vida ahí fuera y costara lo que costara, iba a vivirla. Es cierto que debía superar todavía una infinidad de obstáculos, sin embargo, había conseguido vencer al más difícil de todos: el de la voluntad. Pero ¿cómo iba a conseguirlo si no recibía más indicaciones de Séneca? ¿Cómo podría continuar caminando por el sendero de la felicidad si no volvía a ver a Alejandro? Por no hablar de su prima, con quien no conseguía hablar desde hacía ya una semana.

Sofía se sintió tremendamente sola y pensó en lo cuesta arriba que se le hacía todo si no obtenía una mínima colaboración por parte de los demás. No esperaba tanto, solo un mensaje, solo una presencia, solo que alguien le llamara por teléfono. Quería y necesitaba compañía. Se preguntó si acaso ella la merecía. Su móvil sonó y como a quien alertan de un incendio, Sofía salió disparada. Acudió rauda a comprobar si lo que sonaba era un mensaje de Séneca o una llamada de su prima. Era un mensaje.

Cuarta enseñanza: Deja de esperar que los demás te hagan feliz. Fortalece el desapego. Séneca

Aquel era el primer mensaje que Sofía había comprendido enteramente y con el que, muy a su pesar, estaba completamente de acuerdo. Le venía como anillo al dedo y se preguntó si sería casualidad o si Séneca era capaz, por increíble que pareciera, de introducirse en su mente. Pero ¿cómo podía hacerlo? ¿Acaso le estaba espiando? Y aunque así fuera, ¿cómo podía ser Séneca capaz de merodear entre sus pensamientos? No tenía ningún sentido. Decidió aparcar aquella preocupación por el momento, pues, por mucho que deliberase sobre ello, siempre acababa en un callejón sin salida.

Sofía no solo estaba de acuerdo con la última enseñanza de Séneca, sino que era

plenamente consciente de que, sin comprenderla, asimilarla y ponerla en práctica, ella no sería capaz de ser mínimamente feliz. Su dependencia de los demás siempre había sido, y continuaba siendo, peligrosamente elevada. Lo sabía muy bien, de hecho, siempre lo había sabido. Pero nunca había hecho nada al respecto, solo se dejaba llevar.

Todo el mundo dependía de algo, pensó. Había quien decidía que su felicidad dependiera de tener un coche, una casa o incluso cosas más banales. Por suerte Sofía no tenía dependencia material alguna. Valoraba sus pertenencias, pero en caso de perderlas por el motivo que fuera, más allá del disgusto inicial, su nivel de felicidad no se veía afectado lo más mínimo. Tampoco tenía actualmente grandes lazos sentimentales. Su problema era mayor. Ella simplemente improvisaba sus dependencias sobre la marcha.

Mientras Sofía había mantenido una relación sentimental con Adolfo, ella creía no poder vivir sin él, aun a pesar de no quererle, a pesar de que ya no sentía nada por él, a pesar de que lo había llegado a aborrecer. Era como si aquella dependencia le otorgara cierta seguridad que ahora le parecía de lo más absurda. En cuanto tomó la valiente decisión de romper el arraigado cordón umbilical que le unía a Adolfo, Sofía buscó inconscientemente otra persona de la que depender, otra persona a la que poder culpar en caso de que las cosas no fueran como ella esperaba. Esa persona podía ser su prima, podía ser Alejandro o incluso podía estar a punto de llamar a su puerta. Daba lo mismo.

Necesitaba depender de alguien, la persona elegida era lo de menos. De aquella forma, su felicidad no dependería de ella sino de un tercero. El optar por asumir la responsabilidad de su vida requería una valentía que ella no había encontrado todavía. La vida no marchaba como debiera y el origen estaba siempre en los demás, nunca en ella misma. De haberlo asumido, debería haber aceptado que toda la responsabilidad residía en ella. Y aquello hubiera significado observarse en el espejo en el que apenas nadie se contempla: el espejo del interior. Hubiera sido muy duro el aceptar que la única responsable de su fracaso era ella misma.

La mañana se le había pasado casi sin darse cuenta. Sentada en el sofá del salón, Sofía había pasado más de cuatro horas deliberando sobre sus dependencias emocionales. Aquel día le apeteció comer fuera de casa. Caminó hasta el centro del pueblo y escogió un pequeño y coqueto restaurante italiano, donde solía ir con Adolfo. Se sentía especialmente hambrienta, por lo que decidió pedirse una ensalada de primer plato y una *pizza* de segundo. Escogió una Caprichosa, su *pizza* favorita.

Había elegido una mesa apartada del tumulto, en la que poder concentrarse mientras comía, pues ella tenía intención de continuar con sus reflexiones. Un niño de unos ocho años se acercó a ella y le miró fijamente con sus grandes ojos azules.

—Hola, ¿no te habrás perdido, verdad? —preguntó Sofía.

—¿Eres Sofía?

—Sí… —contestó ella con cierta confusión mientras echaba un vistazo a su

alrededor sin saber exactamente qué buscaba.

—Tengo que decirte algo.

—Bien, pues, tú dirás.

¿Le habría enviado Séneca? Aquel niño sabía su nombre. Sofía se acordó entonces de aquel desconocido que le había abordado hacía unos días, aquel hombre de negro que le instó a ser sincera consigo misma. De ningún modo podía ser casualidad.

—Es que, es que yo… —El niño parecía confuso, como si tuviera que transmitir un mensaje y de pronto se hubiera olvidado de qué era lo que debía decir—. Yo, yo me he olvidado… estaba pensando en otras cosas y me olvidé de lo que debía decirle, lo siento.

Sofía sintió lástima por aquel niño que parecía estar a punto de llorar.

—No te preocupes, no pasa absolutamente nada. —Ella trató de animarle con todo el cariño que pudo—. Tranquilo, no me chivaré, quedará entre nosotros —dijo Sofía mientras guiñaba un ojo.

—Olvidé lo que estaba haciendo en el mismo instante en el que lo estaba haciendo, ¿me comprendes?

—¿Cómo dices? —preguntó ella asombrada.

—Verás… —continuó el niño, esta vez con una voz firme y segura, con una templanza que turbó a Sofía—. En mi clase había un chico muy popular, un chico muy guay, ¿sabes? Y yo quería con todas mis fuerzas que él fuera mi amigo. Lo intenté muchas veces. Hice todo lo que pude, ¿me sigues? —Sofía asintió sin entender muy bien lo que aquel niño quería transmitirle—. Y me puse muy, muy triste porque no lo conseguí. Muy triste. Yo le llevaba regalos a clase, me reía de todos sus chistes aunque no los entendiera, le daba la mitad de mi bocadillo, pero nada, aquel chico seguía sin hacerme caso. Y yo no podía ser feliz si no tenía su amistad. Sufría mucho, ¿entiendes?

—Sí, creo que sí…

—Un día, alguien más listo que yo… y que tú, me dio un consejo. Yo todavía no lo he entendido pero tú que eres mayor lo deberías entender.

—Puedo intentarlo, pero no te prometo nada —dijo Sofía con una sonrisa nerviosa frente al serio semblante de aquel niño.

—No te aferres a una nube, aprende a maravillarte con el cielo entero.

Con unos lentos movimientos el niño marchó. Se fue del restaurante y Sofía le perdió de vista. Le preguntó al camarero si conocía al niño que había estado hablando con ella pero, para su sorpresa, nadie había visto a ningún niño en el restaurante. «¿Qué demonios le pasa a la gente últimamente?», exclamó Sofía sin esperar respuesta. No entendía por qué le sucedían aquel tipo de cosas. Ya no tenía la menor duda de la conexión entre Séneca y los extraños acontecimientos que estaba viviendo, pero ¿cómo podían saber dónde estaba ella en cada momento? Definitivamente, le estaban espiando.

Retomó sus reflexiones sin dejar de pensar en aquel misterioso chico y en el mensaje que le había transmitido. Pensó en el apego y se preguntó si ciertamente podía ser el origen de su infelicidad. La vinculación emocional que Sofía establecía con las personas era tan compulsiva que llegaba a creer que sin ellas no podría ser feliz. Pero aquello no era más que una creencia, pensó. Su propia creencia.

Había sido Alejandro a quien recientemente había elegido como el dios de su felicidad. ¿Por qué le había concedido tal poder a aquel hombre? Simplemente porque estaba ahí, concluyó. Si no hubiera sido él, habría sido cualquier otra persona y si ella no cambiaba sus planteamientos, cuando Alejandro desapareciera de su vida, aparecería otra persona a quien otorgarle el dominio de su vida. Siempre había funcionado así y lo tenía tan interiorizado que ni siquiera lo cuestionaba. Pero ¿cómo empezar a no depender de los demás? ¿Cómo se lograba aquello del desapego? ¿De veras era posible que la felicidad de las personas no dependiera de otras personas? ¿Había quien conseguía que su felicidad solo dependiera de sí mismo?

Cuanto más lo pensaba, más irracional le parecía a Sofía el supeditar su felicidad a otra persona, fuera quien fuera. Le parecía realmente complicado eliminar aquella dependencia, pero debía intentarlo, especialmente teniendo en cuenta todo lo que estaba en juego. Tenía cierto sentido, las personas iban y venían.

Tantas relaciones y amistades que habían formado parte de su vida y la mayor parte habían desaparecido. Pero había una sola persona que había estado desde el principio, nunca se había marchado y por suerte o por desgracia, nunca marcharía: ella misma.

Era con ella con quien debía convivir durante el resto de su vida. Ella no desaparecería nunca. Esa era, por tanto, la relación que más debía cuidar, concluyó. Iba a pasar el resto de su vida con ella misma, aquella era la única certeza. No tenía la seguridad de nadie más, no tenía el fiel compromiso de ninguna persona y tampoco podía exigirlo. ¿Tenía sentido pasar de un gozoso estado de ánimo a la más absoluta tristeza solo porque su prima no le había devuelto una llamada telefónica o porque un hombre al que acababa de conocer no estaba a su lado en todo momento? Desde luego que no. Pero si no supeditaba su felicidad a los demás, se quedaba sin nadie a quien culpar por su desdicha.

Volvió a pensar en el camino de la vida como una travesía de experiencias. Pensó en tantas cosas que antaño quiso hacer y que no había hecho. Había culpado a Adolfo en muchas ocasiones por ello. No se lo había llegado a decir, al menos no de forma tan directa, pero ella estaba convencida de que así era. Sofía había sido un pájaro enjaulado y el culpable era Adolfo, pensó. Reflexionando más detenidamente sobre ello, se percató de lo desatinado del planteamiento.

Sofía recordó entonces aquel viaje que quiso hacer pasado un año de relación con Adolfo. Aquel viaje que había acabado posponiendo precisamente por él. Sofía pensó en aquello desde otro punto de vista, se lo replanteó de otro modo y concluyó que ella no había hecho aquel viaje con el que tanto había soñado porque, en última instancia,

ella misma había decidido no hacerlo. Adolfo se había servido del chantaje emocional en más de una ocasión, pero era ella quien al final había tenido la última palabra en cada una de sus decisiones que, por los motivos que fuera, no se había atrevido a tomar.

De vuelta a casa, Sofía continuó divagando entre incipientes razonamientos que poco a poco tomaban forma. Una persona interiormente sana, con fortaleza mental y seguridad en sí misma, habría hecho aquel viaje, concluyó finalmente. Lo hubiera hecho con independencia de todo cuanto Adolfo o cualquier otro le hubiera dicho. Pensó en cómo culpaba también a su expareja por no tener más amigos, cuando ella misma no había hecho el más mínimo esfuerzo por mantener las pocas amistades que tenía. Recordó cuantas veces había anhelado el hacer clases de baile. Unas clases a las que nunca se había apuntado porque estaba convencida de que él nunca le hubiera acompañado. Lo peor de todo era que ella ni siquiera se lo había llegado a pedir.

El día transcurrió bajo reflexiones bien encaminadas, a juicio de Sofía. No pretendía martirizarse, culpabilizarse o fustigarse. Su objetivo era asumir la responsabilidad de su vida, de sus decisiones y de su felicidad, o de la falta de esta. Aquel planteamiento le resultaba gratificante, a fin de cuentas, si ella era la responsable última de todo o casi todo cuanto le sucedía, el poder de cambiar las cosas residía en ella y en nadie más.

Hizo una lista de todo aquello que hubiera deseado hacer y no había hecho culpando erróneamente a otras personas. Había llegado el momento de hacerlas.

El hombre que más ha vivido no es aquel que más años ha cumplido, sino aquel que más ha experimentado la vida.

JEAN JACQUES ROUSSEAU

C A P Í T U L O 15

Tres regalos

Sábado por la mañana. Sofía hubiera deseado tener a alguien con quien ir a desayunar al pueblo. No lo tenía, esa era la realidad. Estaba cansada de lamentaciones, agotada de su propia autocompasión. «Ni una sola queja más», se dijo. Compadecerse de sí misma ya no era una opción. Si deseaba desayunar y dar una vuelta por Sitges, lo haría sin más. Ya estaba bien de culpar a los demás por su propia pereza, cobardía y miedos. Tuvo la tentación de pensar en lo agradable que sería ir a desayunar con Alejandro y pasear por el pueblo junto a él. Pero él no estaba, así que, ¿por qué perder el tiempo en pensar en ello? En un momento de debilidad en el que la soledad le hirió fugazmente, pensó en que incluso hubiera apreciado la compañía de Adolfo. Dejó que el pensamiento pasara de largo, no le dio apenas importancia y, simplemente, lo dejó marchar.

Sofía estaba cansada de vestir casi todos los días con la misma ropa prestada, así que pensó que aquella mañana sería una buena ocasión para ir de compras. Todavía no había ido al apartamento de Adolfo a recuperar sus pertenencias y teniendo en cuenta que su fondo de armario era más bien pobre, tenía ahora la excusa perfecta para salir de compras. Sin remordimientos, sin sentimientos de culpa, tenía el dinero y no debía darle explicaciones a nadie. Lo deseaba, así que lo haría. Así, sin más.

El sol bañaba las calles de Sitges, iluminadas con esplendor, parecían todavía más mágicas que de costumbre. Sofía decidió desayunar en una terraza deleitándose con las espléndidas vistas al mar. Cuando terminó, se dedicó a recorrer todas las tiendas que se encontró a su paso. Se sentía pletórica y pensó en lo estúpida que había sido al no haber pensado nunca en satisfacerse a sí misma. Después de todo, no parecía tan difícil.

Entró en una última tienda. Toda la ropa era elegante y cara, pero ¿acaso ella no la merecía? Por supuesto que sí, pensó. Bien era cierto que no tenía ninguna ocasión en la que lucir ninguno de los vestidos que se vendían en aquella tienda. Eso fue precisamente lo que le hizo salir de inmediato de la tienda, a pesar de haberse

encaprichado de un hermoso vestido de cóctel que lucía esplendoroso en el escaparate. ¿Para qué comprar un vestido que no tendría ocasión de llevar?, se preguntó.

Durante cinco minutos Sofía permaneció frente al escaparate manteniendo una batalla entre sus dos «yos». El primero de ellos trataba de convencerle del sinsentido de comprar una prenda que jamás llevaría. No tenía cenas elegantes, no salía de fiesta, no había evento alguno en el que lo pudiera lucir. Tampoco tenía con quién ir, no podía colarse sola en una celebración y lucir su esplendor sin más. Su otro yo sencillamente le preguntó:

«¿Te gusta?». Frente a la respuesta afirmativa de Sofía, aquel yo simplemente le dijo: «Pues cómpratelo». Parecía un dilema simple y frívolo, pero Sofía sabía que no lo era. La cuestión de fondo no era el vestido. En absoluto. La elección estaba entre complacerse o no. No deseaba tanto el vestido como el ser capaz de permitirse el cuidar de sí misma, el mimarse, el ponerse en primer lugar. Sofía nunca se regalaba nada, no se complacía, no se cuidaba, estaba demasiado ocupada haciéndolo con los demás. Y lo nocivo de ello no era tan solo el olvidarse de sí misma, sino el culpar a los demás de la futura frustración que siempre acababa por aparecer.

Compró aquel hermoso vestido y sintió el haber ganado una pequeña batalla. Era consciente de lo insignificante que era el vestido en sí, la prenda era lo de menos. Pero Sofía había conseguido dar un gran paso. Por supuesto, no era más que un comienzo. Lo que menos importaba eran las prendas y complementos que había comprado, el quid de la cuestión radicaba en el hecho de que, por primera vez en mucho tiempo, Sofía había decidido hacer algo por y para ella. Al fin y al cabo, ella era la única con quien tenía la certeza de compartir el resto de su vida, así que la inversión bien merecía la pena.

Entró en una tienda de música y se hizo con varios cedés. Tenía que volver a introducir la música en su vida. También compró velas aromáticas, incienso, y una buena selección de delicias gastronómicas. Pensó en darse un gran baño de espuma, con aquellas bolitas aromáticas que tanto le gustaban. Encendería velas alrededor de la bañera, una preciosa melodía de fondo y una copa de un buen vino tinto. No hacía mucho había visto aquella escena idílica en una película y se moría de ganas por emularla y ser ella la protagonista. No había nada ni nadie que se lo impidiera, así que ¿por qué no? Podía ser divertido. No necesitaba a nadie para poder darse ese capricho. Una vez saliera de su placentero baño, se pondría su vestido de gala y disfrutaría de una exquisita cena en la mejor de las compañías: ella misma.

Pero las cosas no siempre suceden como uno las planea. A la salida de la última tienda se le acercó una mujer de unos cincuenta años cuya haraposa vestimenta llamaba considerablemente la atención. A Sofía le dio la impresión de que aquella mujer era una indigente, aunque también había algo en ella que hacía pensar que solo estaba actuando. A medida que la mendiga se le iba aproximando, parecía evidente que le iba a pedir dinero, o quizá comida.

—Buenos días tenga usted —le dijo aquella mujer con una mirada apesadumbrada.

La indigente sostenía un perro, un cachorro de no más de cuatro meses cuya mirada se asemejaba mucho a la de su dueña. Sofía pensó en cómo podría ayudar a aquella mujer sin olvidar todo lo que había aprendido durante los últimos días. Si decidía ayudarle debía ser de manera totalmente altruista, sin esperar absolutamente nada a cambio, ni siquiera que le diera las gracias. Ya no necesitaba que nadie le dijera lo buena samaritana que era.

—Buenos días —respondió Sofía aún con cierta desconfianza.

—Verá usted, yo soy pobre y no tengo dinero… —comenzó diciendo aquella mujer—. No tengo dinero, pero sí tengo corazón. Vivo en la calle, pero tengo más dignidad y sobre todo mucha más decencia que toda la gentuza que me mira con desprecio por ser una mendiga… —continuó aquella mujer con cierto tono de indignación.

Sofía estaba estupefacta, no entendía a qué venían aquellas palabras ni, especialmente, por qué se las decía a ella.

—No lo dudo, señora, pero yo no… Bueno, no entiendo muy bien por qué me dice esto. ¿He hecho algo que le haya molestado? Si es así, lo siento mucho, no quería ofenderle.

—¡No, mujer! Usted, no. A usted todavía no la conozco, pero tiene cara de ser buena persona. Alguien ha abandonado a este precioso cachorro. Como usted comprenderá yo no me puedo ocupar de él. Apenas puedo mantenerme a mí misma, así que figúrese usted si tuviera que alimentar a un perro.

Prestando más detalle a la mujer, a Sofía no le pareció que fuera realmente una indigente, tuvo la extraña sensación de que en realidad aquella señora no estaba sino representando el papel de mendiga. Claro que aquello no era más que una impresión y, posiblemente, totalmente infundada.

—Ya, comprendo. —Aunque a decir verdad, Sofía seguía sin entender por qué se lo explicaba a ella. No lo entendía o, quizá, no lo quería entender.

—Pues eso… Yo me preguntaba si tal vez usted querría hacerse cargo del perro. ¡Hay gente muy desalmada en este mundo! Pero usted, usted parece muy buena persona. Y seguro que le gustan los animales. Además, debe ser muy rica porque se acaba de comprar medio pueblo.

Sofía se arrepintió entonces de llevar consigo más de diez bolsas de ropa, zapatos y demás compras. Cierto era que podía dar la imagen de ser una persona muy pudiente.

—Pero oiga, es que yo…

Sofía se sentía aturdida, la mirada de aquella mujer era tan penetrante como exigente. Se giró hacia el cachorro, este se revolvió entre los brazos de la mujer y de un brinco se acercó a Sofía, a quien comenzó a lamer desconsoladamente, como si solo tuviera una oportunidad para salvarse y quisiera aprovecharla con todas sus

fuerzas. Sofía se rindió. Cogió al perro en sus brazos como si fuera un bebé, ambos se miraron y sellaron el inicio de una bonita amistad. Aquel fue el primer regalo del día.

Lo primero que hizo Sofía fue llevar al perro al veterinario, donde le pusieron las vacunas necesarias y un chip. Ahí compró pienso, dos comederos, una correa de cuero, varios juguetes para perros y un trasportín. El perro era un cachorro de beagle de unos tres meses y medio. Tenía un precioso color canela y una mirada muy viva, aun a pesar de haber sido abandonado. Decidió llamarle Willy. A Sofía le costaba mucho esfuerzo desplazarse con el cachorro y todas las compras que había hecho, pero aun así caminaba con una envidiable dicha.

Una vez en casa, Sofía llenó de agua uno de los comederos. Willy bebió durante más de dos minutos. Comenzó a cocinar una pechuga de pollo que encontró en la nevera e hirvió un poco de arroz. Sirvió el arroz y el pollo mezclado con pienso en uno de los comederos que había comprado. Willy devoró en un minuto escaso todo lo que Sofía había tardado en cocinar casi media hora. Decidió dar un paseo con él y después ambos disfrutaron de una placentera siesta en el sofá. Pensó que quizá debía preguntarle a su prima si tenía algún inconveniente en que Willy viviera con ella en su apartamento. Estaba segura de que Laura no tendría el más mínimo reparo, pues adoraba a los perros, pero sabía que debía pedirle permiso. La llamaría cuando despertara de la siesta.

Sofía no recordaba una siesta más placentera que la que acababa de disfrutar con Willy, los dos en el sofá, ella estirada a lo largo y él apoyado sobre su regazo primero, y sobre sus pies después. Aquel perro era un auténtico regalo, viniera de quien viniera. Sofía se sentía muy afortunada por poder disfrutar de la compañía de Willy, aunque ello implicase el posponer su delicioso baño de espuma.

Cuando ambos despertaron, Sofía salió a dar una vuelta con su nuevo amigo y aprovechó para llamar a su prima. De nuevo no tuvo suerte y no consiguió localizarla, pero esta vez no se sintió apenada por ello. Justo al contrario, Sofía se sentía agradecida. Decidió enviarle un wasap y explicarle lo que le había sucedido. En el mensaje le dijo que en caso de que prefiriera no tener a un perro alojado en su casa, por supuesto que, además de entenderlo, marcharían de inmediato a un hotel. Sofía no tenía ni idea de si había algún hotel cercano que admitiera perros. Si su prima no quería a Willy en casa y no había hoteles cercanos que permitieran alojar perros, a Sofía se le planteaba un verdadero problema, pues ella no tenía coche ni tampoco tenía a quien llamar para que la llevara. Decidió adjuntar al mensaje una foto de Willy, a sabiendas de lo manipulador que ello podía ser. «Es por una buena causa», se dijo.

Llegaron a casa después de dos largas horas de paseo. Sofía vio un papel que alguien había dejado por debajo de la puerta. Una cuartilla de folio doblada por la mitad.

Lo estás haciendo muy bien. Continua así. Séneca

Y ahí estaba su segundo regalo del día. Sofía lloró de emoción. Era cierto que había decidido vivir sin supeditarse a los demás y ello implicaba no depender tampoco de su aprobación o elogios. Pero aquello iba más allá. Aquel mensaje reafirmaba el arduo camino que había emprendido, aquella nota le empujaba a sacar fuerzas de la nada, a continuar esforzándose día tras día sabiendo que había algo más que la penuria y desazón que le habían acompañado durante los últimos años. Viniendo el mensaje de quien venía, en aquel momento era como si la acabaran de coronar reina del mundo.

Durante los cincos minutos en los que Sofía había vagado por el ilusorio mundo de la felicidad, Willy había aprovechado para comerse un cojín del sofá. Sofía quiso reñirle, aquel era un buen momento para comenzar a educarle y enseñarle lo que podía y lo que no podía hacer, pero no pudo. Era muy feliz, y no quería empañar aquel momento. En su lugar, acertada o desacertadamente, decidió darle uno de los juguetes que le había comprado.

Aquel era sin duda un día para celebrar. Había sido agasajada con dos obsequios de valor incalculable. Eran las ocho de la tarde cuando Sofía comenzó a preparar el más exquisito de los manjares. No había comido nada desde el desayuno, por lo que estaba realmente hambrienta. Mientras cocinaba se sirvió una copa de vino que degustó mientras saboreaba la suave melodía de uno de los discos de *jazz* clásico que ese mismo día había adquirido.

Había comprado una deliciosa pasta fresca que cocinaría con salsa pesto casera. Consiguió la receta por internet y no le pareció muy complicada de cocinar, por lo que decidió comprar los ingredientes y probar suerte. Tostó unas cuantas almendras en una sartén y las reservó en un plato. Peló dos ajos y los picó en trozos pequeños, añadió una pizca de sal. Agregó albahaca fresca picada junto con las almendras. La receta comenzaba a tener muy buena pinta, pensó. Empleó un mortero para moler los ingredientes. Añadió un exquisito aceite de oliva. Introdujo todos los ingredientes en la batidora eléctrica para acabar de mezclarlos y añadió el queso parmesano rallado. Ya tenía la salsa. Colocó una olla con agua abundante al fuego, añadió un par de hojas de laurel y una cucharada de sal. Era consciente que estaba cocinando para dos personas, pero pensó que de ese modo ya tendría la comida preparada para el día siguiente.

Bajó el fuego y decidió ponerse su elegante vestido nuevo. No necesitaba a nadie a quien mostrárselo, le bastaba con ella misma. Encendió unas cuantas velas. Considerando el peligro que ello podía entrañar para su nuevo compañero de piso, decidió prender solo cuatro velas, estratégicamente colocadas en lugares altos a los que Willy no pudiera acceder. En su lugar, este decidió decantarse por las cortinas que desde el principio habían captado su atención. Sofía, presa del pánico al contemplar la devastadora idea de que aquel animalillo pudiera destrozar el apartamento de su prima, decidió ponerle la correa para poder tenerlo controlado mientras ella cocinaba.

Willy decidió orinar en aquel momento, entonces ella sí le regañó. Apagó el fuego de inmediato y sacó a toda prisa a Willy a la calle. Estuvieron casi veinte minutos, pero por suerte el perro hizo todo lo que tenía que hacer. Sofía no se sintió especialmente cómoda paseando a un cachorro engalanada con un traje de fiesta y con tacones de aguja, unos preciosos zapatos de terciopelo que también había comprado aquella misma tarde. Por suerte hacía ya varias horas que había oscurecido y su atípico atuendo pasaba relativamente desapercibido.

No disfrutó en absoluto de aquel paseo. Willy tiraba de la correa todo cuanto le era posible y aquello la desequilibraba haciendo que el caminar sobre tacones fuera realmente dificultoso. Hubo quien se les quedó mirando entre extrañado y divertido al ver aquella graciosa escena. Willy se mostraba muy juguetón y continuamente brincaba y daba tirones. Sofía se arrepintió de haberse ataviado con aquella ropa y echó de menos unos tejanos y unas deportivas con los que poder pasear sin dificultad a su nuevo camarada. Abrió la puerta y se extrañó al comprobar que no había cerrado con llave, pensó que simplemente se habría olvidado al salir con prisas.

Entró en casa, cerró la puerta con llave, le soltó la correa a Willy y al darse la vuelta se encontró con Alejandro. Su tercer regalo.

Deberíamos vivir tantas veces como los árboles, que pasado un año malo echan nuevas hojas y vuelven a empezar.

JOSÉ LUIS SAMPEDRO

C A P Í T U L O 16

Deja que salga la luna

Sofía permaneció inmóvil, esperando que Alejandro dijera o hiciera algo, fuera lo que fuera. Su parálisis le impedía tomar la iniciativa. Él se mostró gratamente sorprendido por ver a Sofía y boquiabierto por lo hermosa que estaba con aquel vestido tan elegante.

—Estás bellísima, Sofía —dijo Alejandro, a lo que ella respondió con una sonrisa nerviosa—, ¿esperas a alguien? —Lo que parecía más que evidente, a tenor del elegante atuendo que ella lucía.

—No… —Las palabras no brotaban por más que lo intentara. Sofía permanecía inmóvil. Sentía una mezcla de felicidad por aquel tercer regalo y miedo por el momento en el que Alejandro volviera a desaparecer. Quiso decir algo que le retuviera, deseó profundamente prolongar aquel momento, pero enseguida recapacitó. Su felicidad no debía depender de que aquel hombre decidiera quedarse o marcharse.

—Huele muy bien —dijo Alejandro interrumpiendo el ensimismamiento de Sofía.

—He cocinado… para dos. —Sofía carraspeó intentando aclarar su voz de modo que sus palabras sonaran más entendibles.

—¿Me estás invitando a cenar? —preguntó Alejandro, al que la situación le comenzaba a resultar tremendamente amena.

—Si te apetece… —respondió Sofía aún medio inerte.

—Me gustaría mucho. Pero no sé si voy vestido para la ocasión —añadió Alejandro mientras le giñaba un ojo y sonreía. Willy comenzó a morderle el pantalón reclamando su atención—. Veo que tenemos un nuevo invitado. —Lo cogió en brazos y el cariñoso perro comenzó a lamerle la cara.

—Se llama Willy… Bueno, no sé cómo se llama, le he llamado Willy…

—¿Y de quién es?

—Mío. Ahora… ahora es mío. Lo habían abandonado, así que…

—Es un perro precioso, tiene suerte de haber encontrado una dueña como tú. —

Sofía finalmente sonrió, ahora ya ligeramente más relajada. Su mente y su cuerpo comenzaban a despertar—. Sofía, ¿seguro que no esperabas a nadie? Estás tan hermosa… No quisiera molestar.

—¡No! No espero a nadie. Hoy me compré este vestido y, bueno, quise ver qué tal me sentaba. Pero ahora mismo me cambio de ropa.

—Por mí no es necesario, estoy encantado de verte tan bonita y viva a la vez.

¿Había dicho «viva»?, se preguntó Sofía. Probablemente algo estaba cambiando en ella y se alegró de que así fuera.

Sofía acabó de preparar la cena que, como si de una premonición se tratara, había cocinado con ingredientes suficientes para dos personas. Mientras tanto Alejandro jugó con el incansable Willy y lo sacó a pasear una última vez antes de cenar. Sofía fregó el pis que el animal había hecho en la cocina instantes antes y se percató de lo cómico que podía resultar el verla fregando con aquel atuendo tan distinguido.

Cenaron bajo la tenue luz de la lámpara de salón y las velas que Sofía había encendido antes de que Alejandro volviera a aparecer de nuevo en su vida. Temía no volver a verle más, pero entre tanto había decidido simplemente disfrutar del momento. Afortunadamente, la cena estaba exquisita, de lo que Sofía se sintió muy orgullosa.

La escena era, a excepción de Willy, extraordinariamente romántica. El perro reclamaba constantemente la atención de ambos, en parte por querer jugar, en parte por la comida. Sofía se sentía dichosa y agradecía el que Alejandro se mostrara ahora tan cercano y accesible. Incluso apreció en sus palabras un tono cariñoso que despertó en ella una renovada ilusión.

Willy dormía cuando terminaron de cenar, por lo que decidieron prolongar la velada con una última copa de vino, esta vez sentados en el sofá. Sofía hubiera deseado inmortalizar aquel momento.

Alejandro propuso salir a la terraza, había luna llena y pensó que sería la mejor manera de coronar una noche inolvidable. A Sofía le pareció una idea sensacional, pensó en quitarse el vestido y los tacones, pues después de tantas horas con aquella vestimenta hubiera preferido ponerse un pijama y unas zapatillas, pero finalmente descartó la idea. Temía que Alejandro desapareciera en cualquier momento. Contemplaron la luna en silencio, simplemente disfrutando de la compañía.

Quien pretenda una felicidad y sabiduría constantes, deberá acomodarse a frecuentes cambios.

CONFUCIO

C A P Í T U L O 17

Aprendiste a volar

Aquella noche Sofía se acostó pletórica, como quien acaba de vivir el mejor día de toda su vida. Y así era, al menos que ella recordara. Willy durmió con ella en la cama, acurrucado sobre sus pies. Ambos despertaron con entusiasmo y energía. Se miró al espejo y se vio bella. No era una belleza física, su resplandor iba mucho más allá. Sofía se sentía vibrante, conmovedoramente viva. Se preguntó si su estado de ánimo permanecería intacto si comprobaba que Alejandro ya no estaba en el apartamento. Si él se había marchado, sabía que debería hacer un esfuerzo sobrehumano por no sentirse decaída. Al fin y al cabo, esa era su apuesta, en ello había estado trabajando con tanto ahínco durante los últimos días.

Sus pensamientos quedaron a un lado cuando Willy trato de saltar de la cama. Sofía lo cogió en brazos con sumo cuidado y lo bajó al suelo. Como si el perro pudiera comprenderle, Sofía le ordenó esperar a que se cambiara de ropa. Salió apresurada de la habitación, vestida con unos tejanos, una camiseta y un bonito jersey de su prima.

Ni rastro de Alejandro, la puerta de su habitación estaba entreabierta. Sus cosas estaban todavía ahí, pero la cama estaba hecha y quedaba claro que él se había ido. Sofía se apresuró a sacar a Willy y en el momento en que abrió la puerta se tropezó con Alejandro, quien venía cargado de repostería. Sofía dio gracias a Dios, aun a pesar de no ser creyente. La emoción hizo que diera las gracias efusivamente y en voz alta.

—¡No sabía que te gustaran tanto los cruasanes! —dijo Alejandro soltando una sonora carcajada.

—Pensaba que te habías marchado… —dijo Sofía un poco avergonzada.

—¿Hubiera sido un problema? —preguntó Alejandro con una sonrisa un tanto traviesa. «Claro que lo hubiera sido», pensó Sofía—. ¿Ibas a sacar a Willy? Bien. Yo prepararé el desayuno de los tres mientras tanto.

Sofía salió de casa sonriendo como una adolescente enamorada. No sabía exactamente qué le unía a Alejandro, pero intuía que era algo grandioso. Se preguntó

si a él le sucedería lo mismo. Pensó que lo prudente sería apaciguar, en la medida en que le fuera posible, aquel intenso sentimiento que estaba germinando.

Cuando volvió a casa, a Sofía le esperaba un enérgico desayuno. La mesa estaba repleta de bebida y alimentos: zumo, café, cruasanes variados y tostadas con tomate y aceite. Sofía adoraba el desayunar tranquilamente, sobre todo en buena compañía. El comedero de Willy estaba repleto de pienso y el perro comenzó a devorar su comida.

—Muchas gracias —dijo Sofía.

—No hay de qué, linda —respondió él—. No sabía qué sueles desayunar, así que compré un poco de todo.

Alejandro llevaba el pelo sin engominar y algún mechón le caía sobre el rostro, dándole un aspecto más juvenil y desenfadado. Sofía lo observó de reojo. Su pelo oscuro, lacio y sin apenas peinar le hacía lucir asombrosamente atractivo. Haría probablemente un par de días que no se afeitaba. Sus ojos negros parecían más grandes que nunca. Él acostumbraba mirar fijamente, una mirada tan penetrante que a Sofía le solía intimidar. Iba vestido con unos tejanos claros, una camisa blanca y un jersey negro encima. Observó sus manos y se percató de un pequeño detalle que, en cuanto lo asimiló, le hizo sentir una dolorosa punzada: tenía una alianza en la mano derecha. Sofía no pudo evitar su expresiva cara de sorpresa y desilusión mientras miraba la mano de Alejandro. El teléfono sonó.

—¿No vas a contestar?

Sofía se levantó en busca de su móvil. Era su prima. Fueron dos minutos escasos de conversación. Laura le dijo que no tenía mucho tiempo para hablar, pero le prometió que la llamaría aquella misma tarde y hablarían con calma. Y por supuesto, tal y como Sofía ya intuía, Laura no tenía el más mínimo inconveniente en que el «nuevo inquilino» permaneciera en su apartamento. A Sofía le costó entender que su prima se refería a Willy, en aquel momento ella solo pensaba en Alejandro y en su dichoso anillo. Hubiera jurado que no se lo había visto antes. Sofía y su prima se despidieron y quedaron en hablar por la tarde. Volvió a la mesa y trató de disimular su turbación. Cuál fue su sorpresa al comprobar que Alejandro ya no llevaba el anillo. Se lo había sacado y lo había dejado en la mesa, junto a la taza de café de Sofía.

—¿Sabías que en México el anillo de matrimonio se lleva en la mano izquierda? —dijo Alejandro sonriendo y deleitándose con la situación.

Sofía se sentía tremendamente incómoda.

—¿Ah, sí? —contestó ella intentando ocultar lo avergonzada que se sentía en aquel instante—. No lo sabía…

—Sí, eso me había parecido —dijo Alejandro mientras sonreía de forma burlona.

Terminaron de desayunar sin volver a comentar nada más acerca del anillo. Pasados unos minutos, Alejandro se lo volvió a colocar en el dedo anular de su mano derecha. Recogieron la mesa y Alejandro le dijo a Sofía que debía marcharse a hacer unos recados, así que quedaron en verse por la noche. Esta vez cocinaría él, le prometió mientras se despedía de ella.

Cuando se quedó sola, Sofía se recriminó su estúpida reacción al haber visto aquel anillo. ¿Qué pasaba con su autocontrol? Y lo que era aún peor, ¿qué sucedía con todo cuanto creía haber aprendido durante los últimos días? Un solo anillo le había hecho sentir profundamente desdichada. Pero no era el anillo, por supuesto. Aquella alianza podía significar el acabar de un plumazo con cualquier posibilidad de tener una relación con Alejandro, si es que existía alguna. Sea como fuere debía frenar inmediatamente la pasión que sentía por aquel hombre, al que por el momento apenas conocía.

Salió a pasear con Willy, sintiéndose dichosa al pensar que aquella misma noche disfrutaría de una nueva velada en compañía de Alejandro. Al volver a casa se dio cuenta de que el contestador de Laura estaba parpadeando, alguien había dejado un mensaje. Se preguntó si debía escuchar el mensaje. No era su teléfono pero pensó que quizá fuera algo importante para Laura. Apretó el botón del contestador. Era Alejandro. El mensaje no era para Laura sino para Sofía. Alejandro cancelaba, muy a su pesar, la cena de aquella noche, le había surgido un viaje de trabajo.

¿Qué demonios le pasaba a aquel hombre?, se preguntó Sofía. Se sentía molesta y herida. Con él era siempre un continuo tira y afloja. En cuanto su relación, fuera cual fuera, se estrechaba, él salía huyendo. Sofía estaba cansada de recibir una de cal y otra de arena, aquello no le beneficiaba en absoluto. En el momento en que ella se sentía cómoda, se desarmaba y albergaba esperanzas, él simplemente desaparecía. No creyó ni por un momento en la excusa de aquel supuesto viaje inesperado.

Alejandro había salido aquella mañana con una pequeña maleta de viaje. Sofía no le había dado importancia, pero ahora le parecía obvio que esa misma mañana, él había decidido que ya no volvería. Qué injusto le parecía el mundo en aquel momento. Había conocido al primer hombre que de verdad le hacía despertar en ella las ganas de vivir y él se dedicaba a desaparecer continuamente. Peor aún, Sofía temía que aquella fuera la última vez que desaparecería. Un temor que comenzó a resultarle familiar. Sin apenas darse cuenta, Sofía entró en una vorágine de pesimismo y lamentos de la que ni siquiera quería salir. Sí, era cierto, estaba recayendo, pero ¿qué más daba?, pensó. Sofía estaba siendo víctima de sus propias emociones y el ser consciente de ello le desmoralizaba aún más. Se sentía como una marioneta en manos del universo. Pero lo cierto era que no había ningún universo a quien culpabilizar. Eran sus propias circunstancias las que le encadenaban y le hacían sufrir unos vaivenes que en ocasiones le permitían palpar la felicidad, mientras que en otras, la hundían en un pozo de desgracia.

Muy probablemente era su propia susceptibilidad la que le hacía tomarse todo cuanto sucedía de manera personal. Como si cada acontecimiento tuviera que ver con ella, como si el mundo entero estuviera confabulando en su contra. Era absurdo y ella lo sabía. Tenía la suerte de ser consciente de lo dañino que podía resultarle el pensar de aquel modo. Retomó la primera enseñanza de Séneca y pensó que, una vez más, se sometía al ego. Ella no escogía los acontecimientos de su vida, pero sí había algo que

podía escoger: su actitud frente a ellos. Recordó haber visto en la librería de su prima el mejor libro que podía leer acerca de la actitud. Se trataba de un libro que ya había leído dos años atrás, cuando todavía vivía dormida: *El hombre en busca de sentido*, de Viktor Frankl.

En la profundidad del invierno, finalmente aprendí que dentro de mí yace un verano invencible.

ALBERT CAMUS

C A P Í T U L O 18

Entrega total

Los tres días siguientes Sofía los dedicó a leer. Se centró inicialmente en el libro del doctor Frankl. En cuanto tuvo el libro en sus manos, supo que sostenía un tesoro. Ella era quien había decidido leer el libro y se sintió orgullosa por haber frenado su abatimiento a tiempo. Era humana y, por tanto, el que hubiera recaído instantáneamente en un estado de tristeza entraba dentro de lo humanamente aceptable. No tenía ninguna intención de juzgarse y mucho menos de recriminarse. Sí, era cierto, había sentido rabia, frustración, tristeza y todo ello probablemente fruto de su propio ego al que todavía no conseguía dominar. Pero ella no era sus emociones, ni siquiera era sus pensamientos.

En la contraportada del libro se indicaba que Viktor Frankl solía preguntar a sus pacientes por qué no se suicidaban. Aquello llamó la atención de Sofía, quien comenzó a leer el libro tratando de aprender de cada palabra, no quería pasar por alto ni una sola coma. Ella acostumbraba a dejar su mente volar mientras leía y aquellas distracciones hacían que apenas obtuviera ningún aprendizaje con la lectura. Pero eso iba a cambiar, puesto que había tomado la determinación de ser plenamente consciente de todo cuanto le rodeara y para ello, comenzaría por aquel libro.

El doctor Frankl, neurólogo, psicólogo y escritor austriaco, explicaba con acertada maestría cómo una de las más terribles experiencias le había llevado a desarrollar la logoterapia. Viktor Frankl había sido prisionero durante varios años en los campos de concentración nazis. Lo había perdido todo: su esposa, su prometedora carrera profesional, todas sus pertenencias materiales e incluso los hijos que podría haber tenido. Pasó años de sufrimiento continuo en los campos de concentración, años en los que todos los prisioneros eran sometidos a una tortura incesante de la que solo se podían liberar falleciendo. Sin embargo y a pesar de ello, Viktor continuó viviendo por decisión propia, porque para él, la vida merecía la pena ser vivida. Y ello le llevó a preguntarse tenazmente cómo una persona que había vivido el horror más cruel ininterrumpidamente durante tantos años, podía siquiera considerar el continuar viviendo.

Sofía estaba tan ensimismada con el libro que apenas se percató del paso de las horas. Salvo un par de fugaces salidas con Willy, había permanecido toda la mañana en casa, concentrada en sus lecturas y reflexiones. Eran cerca de las dos cuando se dio cuenta de que no tenía apenas nada para comer en casa. Aquel día no tenía ganas de salir y Willy dormía plácidamente, así que decidió pedir una *pizza* por teléfono. Tenía mucho por hacer todavía.

Mientras esperaba la *pizza*, retomó la lectura. El libro no pretendía centrarse en los oscuros episodios vividos en el campo de concentración, sino que su intención era servirse de ellos para demostrar que el ser humano podía sobrevivir a la peor de las atrocidades siempre y cuando tuviera un motivo para vivir, siempre que su vida tuviera un sentido. Sofía se preguntó si la suya lo tenía. Ahora que Willy había aparecido en su vida, tenía a alguien que dependía de ella, alguien a quien cuidar, alguien por quien levantarse cada mañana. Pensó sobre ello preguntándose si sería suficiente. Viktor hablaba también de las metas por alcanzar, el ser humano era capaz de soportar enormes penurias y no tirar la toalla si le aguardaban grandes propósitos. Sofía no tenía metas, o al menos eso pensaba ella en aquel momento.

Las experiencias en el campo de concentración narradas por Viktor Frankl sumieron a Sofía en un profundo estado de concentración y conciencia, hasta tal punto de ser capaz de visualizar con la más absoluta nitidez cada uno de los sucesos que se describían en el libro. El doctor Frankl se sirvió precisamente de aquellos acontecimientos para llevar a cabo durante su cautiverio un análisis psicoterapéutico de los prisioneros. Conforme el libro avanzaba, Viktor extendía su análisis psicológico más allá de los campos de concentración. El encontrar un sentido a la vida era forzosamente necesario para sobrellevar una vivencia tan traumática como la que se narraba en el libro.

Sonó el timbre. Debía ser la *pizza*. Sofía abrió la puerta y se encontró a un alegre muchacho quien se disculpó por la demora en traer la *pizza*. Willy acudió raudo a la puerta, el olor sin duda le había despertado. Sofía pagó al joven, quien agradeció la generosa propina. Tenía un hambre voraz, por lo que comenzó a preparar la mesa. Abrió la caja de la *pizza* y se sorprendió al encontrar una extraña nota escrita a mano.

¿Me preguntas por qué compro arroz y flores? Compro arroz para vivir y flores para tener algo por lo que vivir. Confucio

Se preguntó si aquel mensaje guardaría relación con Séneca o si se trataba de una simple casualidad. Pasados unos minutos de deliberación, Sofía se decantó por la primera de las opciones, mientras caía en la cuenta de que, de ser así, Séneca no solo sabía dónde vivía sino qué era lo que hacía en cada instante. Aquello la inquietó. Fuera como fuese, lo cierto es que el contenido de aquella grandiosa frase le venía como anillo al dedo, pensó finalmente.

Sofía continuó con el libro del doctor Frankl. A medida que avanzaba con la

lectura, reparaba en que el hallar un motivo para vivir parecía inevitable si uno quería vivir la vida con cierta plenitud, con independencia de si se encontraba o no prisionero en un campo de concentración. El libro mencionaba una frase de Nietzsche que hizo que Sofía interrumpiera su lectura: «Quien tiene un porqué para vivir puede soportar casi cualquier cómo». Reflexionó sobre ello y concluyó que ella no tenía un «porqué» para vivir, al menos no uno lo suficientemente sustancial como para soportar cualquier «cómo».

Como si de un torbellino se tratara, un aluvión de preguntas se coló en la mente de Sofía. ¿Qué sentido tenía su vida, si es que lo tenía? ¿Encontrar el sentido a la vida era lo que proporcionaría la felicidad? ¿Tenía ella un porqué para vivir? Y si no lo tenía, ¿qué era lo que la mantenía viva? Si la felicidad dependía de tener un porqué, una meta, una finalidad, un destino, quizá era en ello en lo que debía centrarse. ¿Debía ser su meta tener una meta? Definitivamente necesitaba un descanso. Pensó que era suficiente por el momento y salió a dar un largo paseo con Willy. El paseo duró tres placenteras horas durante las que Sofía se permitió el lujo de limitarse a pasear, dejando de lado cualquier pensamiento o reflexión.

Aquella noche cenó en compañía de su nuevo amigo viendo la película La vida es bella. Hubo momentos en los que Sofía no pudo evitar llorar desconsoladamente, instantes en los que Willy aprovechó sagazmente el despiste de su dueña para robarle la comida del plato. Aun a pesar de la angustiosa desolación que ciertos pasajes de la película emanaban, una vez acabó, Sofía sintió haber visto una auténtica obra maestra. La película, ambientada también durante la Segunda Guerra Mundial, simbolizó para ella una auténtica revelación en cuanto al poder de superación del ser humano.

Sofía prestó especial atención tratando de comprender el verdadero mensaje de La vida es bella, una historia tremendamente conmovedora en la que su protagonista, Guido, daba muestras de una grandeza sublime que se sostenía sobre tres pilares: la fe, la esperanza y el sentido del humor. Para ello su personaje principal se servía de una firme voluntad a la que educaba con disciplina, al igual que lo hacía con sus sentimientos y emociones. Sofía pensó en ello. Ella se sentía esclava de sus emociones, así que lo que parecía transmitir aquella película le pareció innovador. Era Guido quien dominaba sus emociones y sentimientos. No solo los dominaba sino que también los educaba para poder ejercer sobre ellos un control absoluto.

Salió a dar un último paseo con Willy y ambos se fueron a dormir en cuanto regresaron a casa. La última escena de la película ya no abandonaría a Sofía en toda la noche: «Vamos a soñar».

Los tres siguientes días transcurrieron con tranquilidad y sosiego, entre paseos y lecturas. Retomó al día siguiente el libro de Viktor Frankl, del que apenas le quedaban unas cuantas hojas para finalizar. Pensó que Guido sí tenía un «porqué» que le hacía soportar casi cualquier «cómo». Él tenía una meta: evitar el sufrimiento de su hijo, a quien le hacía creer que todo era un juego. La guerra, la miseria y la

crueldad del campo de concentración en el que eran reclutados no era sino un juego que su hijo Giosue, como cabría esperar de un niño, quería ganar. Para ello Guido echaba mano del humor, de la ilusión y, sobre todo, del amor.

Aun a pesar de la adversidad, Guido mantenía un rumbo fijo en el que ponía todo su empeño, con admirables dosis de optimismo y superación. Y gracias a ese esfuerzo, Guido lograba que su hijo no viera la guerra como una experiencia triste, sino como un juego en el que debía esforzarse para conseguir su meta: alcanzar los mil puntos y ganar un tanque. Y es que Giosue, el hijo de Guido, tenía también su propia meta, su propia finalidad, su propio «porqué», lo que también le hacía sobrellevar el «cómo». Sofía quiso enfrentarse a su propia realidad. Sentía que se hablaba a sí misma desde la distancia, con tabúes, prejuicios y obviando cualquier atisbo de sinceridad. Aquello debía cambiar radicalmente, si no podía ser sincera consigo misma, ¿con quién podría serlo? Debía enfrentarse a la verdad, por dura y desagradable que esta resultara ser. ¿Tenía ella realmente un «porqué»? Y la pregunta que más le costaba formularse, ¿lo había tenido alguna vez?

Inicialmente y en un ejercicio de sinceridad, Sofía tuvo claro que debía responder a ambas preguntas con un rotundo no. Sin embargo, conforme avanzó el día, se dio cuenta de lo equivocada que estaba. Ella sí tenía un «porqué». De hecho, Sofía había tenido muchos «porqués» a lo largo de su vida. De lo contrario no seguiría viva, pensó. Si no hubiera tenido un motivo para levantarse de la cama, fuera el que fuera, sencillamente no se habría levantado.

Hubo una época en la que Sofía tenía sueños, proyectos e ilusiones. Aquello le hacía decidir día a día el continuar viviendo. La decisión de vivir o no vivir la tomaba cada uno, pensó Sofía en aquel instante, y por tanto ella era la única responsable de su proyecto de vida, si es que había tenido alguno. Había gente a quien quería, cierto era que cada vez había menos. Esa gente podía ser claramente un «porqué».

En tiempos remotos Sofía había tenido proyectos, ya fueran relacionados con el ámbito laboral, como proyectos personales. Esos también podían ser considerados un «porqué», pensó, una meta por alcanzar. Reflexionando sobre ello, concluyó que siempre había tenido algo que le hacía levantarse de la cama cada mañana.

Pero ¿qué sucedía con los últimos años de su vida? Unos años de vacío existencial en los que su relación sentimental no era más que un fracaso, su vida laboral no era sino una decepción y frustración continuas y no mantenía ninguna amistad que valorara. Además, ella no tenía ningún proyecto entre manos, nada que le brindara la más mínima ilusión. No tenía un gran trabajo que completar, no estaba escribiendo ninguna obra valiosa, tampoco estaba planeando tener hijos y nadie dependía de ella. No existía ninguna persona cuya felicidad precisara de la existencia de Sofía. ¿Podía entonces concluir que en aquellos últimos años ella no tenía una meta, un «porqué»? Probablemente sí. Pero de ser así, ¿por qué había continuado viviendo? Es cierto que ella no debía soportar ninguna penuria significativa si lo comparaba con las que habían soportado Viktor Frankl o los protagonistas de La vida

es bella. Pero aun así, ¿qué motivación tenía ella para continuar con su existencia?, se preguntó. Por más que pensaba, Sofía no lo lograba entender.

Por fortuna y gracias al esfuerzo de los últimos días, Sofía comenzaba a ver una pequeña y tenue luz al final del túnel. Pero era consciente de lo reciente de aquel avance, pocos días antes ella estaba totalmente sumida en la desilusión, muriendo en vida. Pasó dos largos días dándole vueltas y más vueltas, hasta que por fin, el miércoles a mediodía dio con la respuesta. Lo que la mantenía viva, aquello que le hacía despertarse día tras día pese al hiriente vacío, no era otra cosa que la esperanza.

Fue precisamente aquel tercer día de encierro, cuando Sofía se dio cuenta de que no había estado tan muerta como ella había creído. Aquel miércoles por la tarde, Sofía descubrió que ella siempre había albergado una mínima esperanza. Y eso precisamente era lo que hacía por las noches: soñar. Ella soñaba con encontrar el amor verdadero, soñaba con volver a confiar en el ser humano, soñaba con proyectos que le motivaran, soñaba con una quimera que posiblemente nunca se hiciera realidad. Pero era curiosamente aquella utopía con la que fantaseaba de noche, la que la mantenía viva. Durante los últimos años, Sofía se había llegado a autoconvencer de que ella había perdido cualquier esperanza por una vida mejor. Pero si así hubiera sido, ¿por qué soñaba con otra vida? La respuesta le parecía ahora muy sencilla: ella estaba hastiada de su vida, no de la vida.

Alrededor de las siete de la tarde sonó la puerta, alguien estaba introduciendo las llaves en la cerradura. A Sofía le dio un vuelco el corazón. Instintivamente abrazó con fuerza a Willy y miró fijamente a la puerta, entre asustada y curiosa. La puerta se abrió y apareció Laura.

El secreto de la salud física y mental no es llorar por el pasado, preocuparse por el futuro o anticipar problemas, sino vivir el momento presente con sabiduría y seriedad.

BUDDHA

CAPÍTULO 19

La que se fue

Laura entró como un torbellino, con unas ganas locas de abrazar a Sofía, a la que agasajó con todo tipo de galanterías y piropos, mientras esta continuaba pasmada tratando de asimilar el hecho de que su prima estuviera efectivamente ahí.

—¡Estás preciosa, Sofía! ¡Cómo te he echado de menos! ¡Qué guapa estás y qué bien te sienta mi ropa, mil veces mejor que a mí! —le dijo mientras la estrechaba entre sus brazos.

Sofía miraba de reojo las maletas de su prima, tiradas en el suelo. A tenor del número de maletas y del tamaño de las mismas, aquel viaje duraría mucho más que un par de días. Presa de la curiosidad, se preguntó qué hacía ahí su prima, no era en absoluto normal en ella el que hubiera venido sin avisar. A Sofía también le sorprendió lo aduladora que se mostraba Laura, como si de alguna manera tratara de subirle el ánimo. Sus halagos eran tan descarados que no sonaban naturales y mucho menos ciertos.

—Laura… ¿Qué haces aquí? Quiero decir, es tu casa, así que la pregunta es muy absurda, lo sé, pero ¿me entiendes, verdad?

—Claro que sí, no sufras. He venido tan pronto como me ha sido posible. —En cuanto dijo aquella frase, Laura se dio cuenta de su metedura de pata. Por suerte, Sofía no parecía haber entendido el comentario, aunque sí le había sorprendido—. Bueno, verás, es que me apetecía pasar unos días en casa —dijo su prima con una sonrisa nerviosa mientras trataba de desviar la atención a Willy, acariciándole la cabeza.

—¿Y cómo es que no llamaste para decírmelo? Me hubieras dado una gran alegría, la verdad —dijo Sofía con cierta suspicacia.

—¡Quería que fuera una sorpresa!

—Vaya si lo ha sido.

—Pues no te veo muy contenta, Sofía. ¿Qué te pasa? ¿No te hace ilusión que haya venido a verte?

—Sí, estoy muy contenta, solo es que todavía estoy sorprendida. Dices que has venido a verme a mí… ¿Y cómo es eso? —La desconfianza de Sofía era ya mayúscula.

—Pero ¿cómo no iba a venir a ver a este cachorrillo? —contestó su prima mientras reía con nerviosismo.

Laura cambió hábilmente de tema y comenzó a explicarle las pericias que había vivido en el viaje desde Alemania. El avión en el que Laura viajaba había tenido que hacer un aterrizaje forzoso porque una mujer embarazada creía haberse puesto de parto. Finalmente había sido una falsa alarma. La mujer estaba embarazada de solo seis meses, pero los nervios de madre primeriza le habían jugado una mala pasada.

Laura vivía desde hacía seis años en Frankfurt. Unos cuatro años antes, había conocido a su marido en Barcelona, mientras este estaba en la Ciudad Condal por un viaje de negocios. En cuestión de un par de días Laura y Philipp se habían enamorado y jurado amor eterno. Iniciaron una relación en la distancia, cada dos fines de semana uno de los dos viajaba a Alemania o a España. Pero pronto aquello dejó de serles suficiente. Puesto que Laura no tenía trabajo por aquel entonces ni nada que la atara significativamente a España, decidió mudarse a Frankfurt. No tardó en conseguir trabajo en una gran compañía de alimentación que por aquel entonces se estaba internacionalizando, abriendo oficinas por toda Europa. Laura no tenía experiencia en el sector, pero cayó en gracia a los responsables de recursos humanos en Frankfurt y, pasadas dos entrevistas, le ofrecieron un contrato de trabajo. Ella no lo dudó ni un instante y aceptó la oferta.

Sofía continuaba mirando a su prima con cierta suspicacia sin entender qué hacía allí. Finalmente Laura le explicó que sus jefes le habían enviado una pequeña temporada a Barcelona para que pudiera llevar a cabo un proyecto de investigación sobre ciertos alimentos que pretendían exportar al resto de Europa. Aquellas palabras no le parecieron muy convincentes a Sofía. Laura le comentó que no sabía cuánto tiempo se quedaría, pero con toda probabilidad estaría al menos un mes. A Sofía le extrañó mucho que Laura permaneciera alejada de Philipp durante tanto tiempo, así que le preguntó si las cosas marchaban bien entre ellos.

—¡Por supuesto que sí! —respondió Laura—. Philipp vendrá también en un par de días, se quedará conmigo una semana y luego volverá de nuevo a Frankfurt.

—Ah… ya veo —dijo Sofía extrañada—. ¿Y qué pasará después?, ¿estaréis casi tres semanas separados? La verdad es que conociéndoos me extraña bastante.

—No, claro que no. Philipp ha de volver para un par de reuniones muy importantes y después se tomará unas semanas de vacaciones.

Qué extraño, pensó Sofía. Philipp era adicto al trabajo, nunca hacía más de dos semanas seguidas de vacaciones. Hacía tres años que había montado su propio bufete y desde entonces no había parado.

—Me alegro mucho. Oye, Laura, estaba pensando que quizá sería mejor si me buscara otro sitio donde vivir, al menos durante este mes, ¿no te parece? Llevo en tu

casa ya unos cuantos días y todavía no he empezado a buscar piso, ni siquiera he ido al apartamento de Adolfo a por mis cosas.

—No te preocupes, Sofía. Ya hablaremos de eso más tarde.

Aquel último comentario dejaba entrever que, efectivamente, su prima esperaba que ella no estuviera en el apartamento durante el próximo mes. Y era normal, pensó Sofía. Al fin y al cabo, la idea inicial había sido pasar unos días y llevaba ya dos semanas. Sofía sintió cierta sensación de agobio al pensar en que debía buscar un piso casi de hoy para mañana.

Salieron a dar una vuelta con Willy y charlaron largo y tendido, poniéndose al día con todo cuanto les había sucedido en los últimos meses. Todo, o más bien casi todo, pues Sofía no le había mencionado nada acerca de Séneca y sus misteriosos mensajes. Sí le explicó con todo lujo de detalles el deterioro en su relación con Adolfo y cómo había decidido finalmente poner punto y final a aquella farsa. Laura le dio la enhorabuena en más de una ocasión por la decisión tomada. Sofía relató también lo que le había sucedido en el trabajo, explicándole la oscura y mezquina proposición de Lorenzo. Laura estaba convencida de que ambos sucesos serían muy positivos para Sofía. Ni su relación ni su trabajo iban por buen camino.

Por su parte, Laura le explicó que Philipp y ella estaban barajando la posibilidad de venir a vivir a España. De hecho, aquel era un viaje de prospección, al menos por parte de su marido. La decisión parecía ir bastante en serio, puesto que habían puesto a la venta su casa de Frankfurt. Tenían intención de montar una empresa en España.

Sofía estaba sorprendida por la decisión de su prima. Le asombró que Laura quisiera volver a Barcelona, pues hubiera jurado que las cosas les iban a la perfección en Frankfurt. Tenían una casa preciosa en un bonito barrio a las afueras de la ciudad y el trabajo de ambos parecía prosperar de manera envidiable. Sofía les había visitado en un par de ocasiones, una de ellas en compañía de Adolfo. La vida de su prima y Philipp parecía sacada de un cuento de hadas, ambos estaban hechos el uno para el otro y todo cuanto les rodeaba parecía simplemente perfecto. Tenían un selecto grupo de amigos con el que solían compartir gran parte de su tiempo libre haciendo excursiones por la montaña, viajando por Europa, disfrutando de cursos de cata de vinos, yendo a la ópera y un sinfín de actividades más.

Sofía recordó entonces haber sentido celos de su prima. La vida de Laura parecía tan maravillosa que llegó a envidiarla considerablemente. Tan solo había una imperfección en aquel mundo de fantasía en el que su prima parecía vivir. Se trataba de algo que a Laura le había afectado mucho, hasta el punto de haber dejado su trabajo temporalmente. Laura y Philipp deseaban ser padres, pero por algún motivo que aún desconocían, no les había sido posible. Sofía no quiso sacar el tema en aquel momento, esperaba que Laura lo hiciera, si es que lo deseaba. De no ser así, Sofía ni lo mencionaría, pues no había ninguna necesidad de hablar sobre temas dolorosos.

Aquella noche las dos primas cenaron en casa, en pijama y recordando viejos tiempos. Ambas se transportaron a su infancia y aquello les hizo sentirse pletóricas.

El día siguiente tenían una apretada agenda, Laura quería aprovechar para hacer mil cosas mientras estuviera con su prima. A Sofía le resultaron un tanto sorprendentes las prisas, especialmente teniendo en cuenta que Laura iba a quedarse al menos un mes, pero no dijo nada al respecto.

En el mismo instante en el que Sofía se metió en la cama, con Willy acurrucado ya en sus pies, sonó su móvil.

Quinta enseñanza: Levántate del sofá y sal de tu zona de confort. Desconéctate de la rutina, carga tus pilas y atrévete a vivir experiencias. Séneca

Sofía estaba demasiado cansada aquella noche como para comenzar a reflexionar sobre la nueva enseñanza de Séneca. Pensó que no pasaría nada por meditar sobre ello al día siguiente, así que se fue a dormir dejando que su mente descansara unas horas. Aquel jueves amaneció con un sol vigoroso, en sintonía con el estado de ánimo de Sofía. Una vez hubieran desayunado, Laura y ella irían con Willy a Barcelona, tenían muchas cosas por hacer. A Sofía le asombró el que Laura le propusiera ir en coche, pues ninguna de las dos tenía vehículo propio. Su sorpresa fue mayor cuando bajaron al garaje y vio el coche de Alejandro.

La confusión de Sofía era más que evidente. Aquel era el único tema de conversación que no habían sacado: Alejandro. Sofía no había querido siquiera mencionarlo. Era plenamente consciente de que sentía algo por él, lo había asimilado, pero había decidido no darle más vueltas al asunto. Sabía que la probabilidad de que ocurriera algo entre ambos era prácticamente nula. De hecho, trataba de hacerse a la idea de que probablemente no lo volviera a ver. Aquello le ocasionaba cierta tristeza, pero estaba logrando que no le afectara sobremanera, en parte gracias a no pensar en él. Su prima tampoco lo había mencionado, así que ninguna de las dos había hablado de Alejandro durante las casi veinticuatro horas que habían pasado juntas. Pero ahora Sofía se moría de ganas de preguntarle a su prima qué hacía aquel coche en su plaza de garaje. Y lo hizo.

—Laura, ¿qué hace aquí este coche? —pregunto Sofía con cierta turbación en la voz.

—¿No te gusta? A mí me parece precioso. Es un Willys.

—Sí, lo sé —dijo Sofía un poco molesta—. Sé que es un Willys y también sé que es el coche de Alejandro —añadió en un tono un tanto acusador.

—¿Y qué problema hay en que sea el coche de Alejandro? —Laura contestó con cierta brusquedad.

Sofía pensó que de alguna manera su prima tenía razón, ¿qué problema había? No había nada de malo en ello y quizá tampoco nada extraño. Estaba demasiado susceptible con todo lo que tuviera que ver con aquel hombre. No podía evitar que su ego se sintiera herido de muerte después de la última despedida de Alejandro. Aun a pesar de todo cuanto Sofía había avanzado, se sentía esclava de aquella emoción absurda y dañina.

—Ninguno —respondió Sofía entre resignada y avergonzada.

—Pues vámonos. En el maletero Alejandro tiene un cinturón de seguridad para perros, cógelo, por favor, y pónselo a Willy. ¡Ja! —exclamó Laura—. ¿Le pusiste el nombre por el coche?

—¿Cómo dices? —preguntó Sofía sin entender la pregunta de su prima.

—¡Willy! Su nombre, es como el modelo de coche de Alejandro ¡ja, ja, ja! ¿Se lo pusiste por eso?

—No que yo sepa.

Sofía no había reparado en aquella coincidencia, por lo que creyó que se trataba de una simple casualidad.

—Por cierto, ¿qué tal con Alejandro?

—¿Cómo que qué tal? ¿A qué te refieres? —contestó Sofía levemente irascible.

Laura se giró bruscamente hacia su prima a quien dirigió una dura mirada de desaprobación.

—A nada concreto, Sofía. Solo te he preguntado que qué tal con Alejandro. Estás demasiado quisquillosa con ese tema, ¿no?

¿Tuviste algún problema con él?

—Ninguno —respondió Sofía avergonzada. Se moría de ganas de contarle la verdad, pero temía que si lo hacía echaría por tierra todos sus esfuerzos por enterrar aquel asunto.

Cuando llegaron a Barcelona aparcaron el coche en un *parking* céntrico y comenzaron a caminar entrando en cada tienda que encontraban en su camino. Apenas compraron nada pero eso era lo de menos, ambas echaban de menos el pasar tiempo juntas, especialmente Sofía, que había visto reducir drásticamente su vida social durante los últimos años. Hacía un poco de frío para comer en una terraza pero estando con Willy no tenían otra alternativa. Por suerte encontraron una agradable y acogedora terraza de un restaurante japonés. Hacía sol y la temperatura en la terraza resultaba incluso agradable. Por desgracia, la comida no estaba a la altura del precioso restaurante, por lo que picaron un poco y enseguida retomaron de nuevo su jornada de paseo y compras.

Volvieron a casa alrededor de las siete. A esa hora, ir en un descapotable ya no resultaba tan placentero como por la mañana cuando el sol brillaba con fuerza. De todos modos, no había nada que pudiera turbar aquel instante en el que las dos primas sentían que volvían a tener la vitalidad de hacía años.

Ya en casa, decidieron ponerse ropa cómoda y preparar una rica cena de picoteo. La velada resultó extremadamente agradable y Sofía sintió de nuevo el fuerte deseo de que aquel momento perdurara para siempre. Se sentía feliz y relajada, hasta el momento en el que Laura la desconcertó por completo.

—Sofía… —comenzó diciendo Laura con un tono suave pero serio a la vez—, mañana deberías marcharte —acabó por decir con toda la dulzura que le fue posible. Ello no evitó que Sofía se atragantara al escuchar a su prima y a punto estuvo de

escupir el sorbo de vino que acababa de beber.

—¿Cómo dices? —consiguió decir Sofía una vez se recompuso. El tono de la pregunta no desprendía enfado sino más bien sorpresa. Laura no contestó, se limitó a encogerse de hombros expresando resignación—. Sí, claro —contestó finalmente con cierta tristeza y confusión. Quizá había abusado de la hospitalidad de su prima—. Me iré, Laura, ya te lo dije, pero ¿no me podrías dar un par de días? Mañana sin falta me pongo a buscar piso, te lo prometo.

—No será necesario, Sofía. —Laura sonreía, pero con cierto nerviosismo, como quien está a punto de decir algo importante.

—No entiendo nada, Laura, ¿quieres que me marche o no?

—Sí, pero no será necesario que busques piso. Verás, Sofía… ¿cómo decirlo? —Laura tomó aire y trató de encontrar las palabras más adecuadas—. Mañana te vas. Te vas a Roma.

Sofía se levantó de la silla como un resorte. Salió a la terraza y se encendió un cigarrillo. Con la mano le hizo un gesto a su prima para que saliera con ella.

—Vamos a ver, Laura… tú estás peor que yo. ¿Qué sucede? ¿De qué me hablas?

En aquel instante la situación comenzaba incluso a resultarle graciosa. No tenía ni la menor idea de lo que estaba hablando su prima, pero al menos sabía que no le estaba echando de casa, lo cual le quitaba un gran peso de encima.

—El vuelo sale a las doce menos diez y llegas ahí sobre la una y media. Cuando llegues habrá alguien esperándote en el aeropuerto de Fiumicino.

—¡Ja! Muy graciosa, pero ahora en serio, ¿de qué hablas? No entiendo de qué va esta broma… —dijo Sofía temiendo que la propuesta de su prima fuera en serio.

—No es ninguna broma, Sofía. Mañana te marchas a Roma, aquí tienes el billete.

Laura sacó un pasaje del bolso y se lo entregó a Sofía, quien no podía creer lo que estaba sucediendo.

—Pero ¿qué dices? Yo no me puedo ir a ningún lugar. No quiero y no puedo. Tengo que cuidar a Willy.

—¿Para qué te crees que estoy yo? Se quedará con su tía Laura —dijo Laura entre risas.

—Pero, Laura, ¿para qué voy a ir yo a Roma?, ¿qué se me ha perdido ahí? Además, tengo muchas cosas por hacer.

—¿Sí?, ¿como qué?

Sofía sintió aquella pregunta como un puñetazo en la boca del estómago. Un golpe bajo de la más pura dosis de realidad. Salvo cuidar de Willy, ella no tenía nada que hacer en Sitges, en Barcelona, en España. No tenía nada que le atara, nadie que le necesitara, nada por hacer. Le faltaba un «porqué». Eso era completamente cierto, pero a pesar de ello, no le veía el sentido a hacer el viaje que su prima le estaba proponiendo.

—Pero ¿por qué he de ir yo a Roma? —insistió Sofía ignorando deliberadamente la última pregunta de su prima.

—¿Y por qué no?

—¿Cuántos días?

Sofía, resignada, comenzaba a contemplar la absurda idea de contentar a su prima y hacer aquel dichoso viaje. Le vino a la cabeza la última enseñanza de Séneca y pensó que tal vez era a ese tipo de experiencias a las que él se refería. No veía qué podía sacar de positivo yéndose a Roma, pero quizá no estaría mal el darle una oportunidad a aquel viaje. Creía haber hecho bien quedándose en casa de su prima y reflexionando sobre los mensajes de Séneca, pero por lo visto no bastaba con eso. Debía salir de su pequeño mundo de confort y tranquilidad que ella sentía controlar y aventurarse a vivir experiencias. Todavía le faltaban las ganas y la energía, pero ya pensaría en cómo cargar las pilas.

—Es un vuelo abierto. Tienes el billete de ida pero no el de vuelta, tú decides cuándo vuelves. El hotel también está reservado y como te decía, habrá alguien esperándote en el aeropuerto cuando llegues mañana.

—Sigo sin entenderlo, Laura, todo esto es muy raro. Vienes de repente a Sitges, sin avisar, algo muy impropio en ti, y ahora pretendes que me marche a Roma. Así sin más, sin ningún motivo.

—Sofía, has de hacerlo, has de vivir, has de volver a ser dichosa, como eras antes. Este viaje te irá muy bien, confía en mí.

—¿Y Roma va a convertirme en una persona dichosa? Además, ¿de dónde has sacado que ya no lo soy?

—No hay más que echarte un vistazo, Sofía.

—¿Es por eso que has venido?

—En parte, sí. Quiero que seas feliz, ya sabes que no haría nada que pudiera perjudicarte y estoy convencida de que este viaje será muy beneficioso para ti. Date esta oportunidad de ser feliz. —Sofía no estaba del todo convencida, pero comenzaba a claudicar y Laura lo sabía—. Prueba un par de días, si no te sientes bien allí, vuelve.

—Vale, vale, pero sigo sin entender para qué voy. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahí?

—Lo irás viendo sobre la marcha.

Una resignada Sofía se fue a su habitación a preparar la maleta. Estaba tan confusa como triste, odiaba la idea de dejar a Willy. Serían un par de días y en nada estaría de vuelta, se dijo. ¿Qué podía perder?

El sol es nuevo cada día.

HERÁCLITO

C A P Í T U L O 20

Inocente pobre amiga

Algo le decía a Sofía que su viaje iba a durar más de dos días. Su prima siempre había sido asombrosamente impulsiva con los demás y solía tener ocurrencias un tanto extrañas, pero nunca había hecho antes nada parecido. Al día siguiente, Laura y Willy acompañaron a Sofía al aeropuerto y esta, más confundida que nunca, se despidió de ambos con abatimiento.

El viaje duró poco más de hora y media y le resultó a Sofía sorprendentemente agradable. Llevaba bastante tiempo sin viajar y de pronto recuperó cierta ilusión, a pesar de haber preferido viajar en compañía.

En el aeropuerto de Fiumicino, buscó con ansias a alguien con un cartel en el que figurara su nombre. Divisó a un muchacho desgarbado de unos veintipocos años sosteniendo un cartel en el que vio escrito su nombre. Sofía le hizo un par de gestos alzando el brazo, pero con el gentío que le rodeaba resultaba imposible que nadie pudiera apreciarlo. Con cierta dificultad fue avanzando en dirección al muchacho. Una vez frente a él le dijo que ella era Sofía. Él no hablaba castellano y ella no hablaba italiano, pero consiguieron entenderse.

A Sofía le extrañó mucho el vehículo en el que Giuseppe, que así se llamaba el muchacho, le iba a llevar al hotel. Ella no entendía mucho de coches, pero aquel le parecía excesivamente ostentoso. Tenía los cristales tintados, lo que también le sorprendió. Como si Giuseppe pudiera leer sus pensamientos, le indicó con cierta altanería que el coche era un Mercedes-Benz Clase S. Sofía se encogió de hombros mostrando su más absoluta indiferencia. Él colocó las maletas en el maletero y ambos entraron en el coche. Sofía, sentada en la parte de atrás, le mostró un papel con el nombre del hotel y la dirección, a lo que el muchacho, sin mirar el papel que ella mostraba, le contestó que él ya tenía esa información. Iniciaron el viaje.

Sofía había visitado Roma unos cuantos años atrás en compañía de Adolfo pero una discusión absurda, como la mayoría de las que tenían, les había impedido disfrutar de la ciudad en su plenitud y ambos habían vuelto del viaje con una impresión bastante negativa de la ciudad. Aquello fue unos cinco años atrás y después ninguno de los dos había deseado volver a probar fortuna volviendo a visitar

Roma, ni juntos ni por separado.

Se preguntaba cómo estaría Willy, apenas hacía tres horas que se había despedido de él y ya le echaba de menos. Aquella pequeña bola de pelo le tenía totalmente robado el corazón.

El trayecto desde el aeropuerto a la ciudad de Roma no era especialmente bonito. Giuseppe le había explicado que el viaje duraba unos cincuenta minutos, o eso entendió ella. Sin embargo, teniendo en cuenta la velocidad a la que conducía aquel muchacho, a Sofía le pareció que llegarían en la mitad de tiempo.

Miraba por la ventana todavía sin saber qué hacía en aquella ciudad, pensando que, ya que estaba allí, su objetivo sería sacarle el máximo partido a aquella experiencia, fuera la que fuera. Quiso aprovechar el viaje para reflexionar sobre la última enseñanza de Séneca. Sofía creía estar haciendo lo correcto yendo a Roma, al fin y al cabo se había levantado del sofá, como decía Séneca. No tenía sus pilas cargadas y de entusiasmo tampoco podía presumir, pero se había levantado. Se estaba atreviendo a vivir experiencias, sin saber la trascendencia y la repercusión de las mismas.

Sofía escuchó una sirena de un vehículo que parecía estar demasiado cerca de ellos. Se giró y vio un coche de policía justo detrás, con la luz de la sirena encendida y el conductor haciendo señas para que se detuvieran. Giuseppe parecía no haberse percatado de la presencia policial. Aunque a juzgar por lo estruendoso del sonido de la sirena, más bien pudiera parecer que el muchacho los estaba ignorando deliberadamente. Sofía no sabía cuál de las dos opciones le asustaba más. Se inclinó hacia delante y con delicadeza tocó el hombro de Giuseppe. Le dijo con cierta angustia que tenían un coche de la policía detrás y que el conductor les estaba haciendo señas para que pararan. Giuseppe hizo ver que no le había escuchado.

El coche de policía se acercó todavía más a ellos y el conductor del mismo pareció perder la paciencia, pues sus gestos eran cada vez más enérgicos. Finalmente Sofía optó por avisar a Giuseppe de tal modo que no quedara duda de que él le hubiera escuchado. No quiso zarandearle en exceso, pues temía que con ello acabara provocando un accidente, por lo que se limitó a tocarle de nuevo el hombro mientras le gritaba que parase el coche. Únicamente alguien completamente sordo podría no haber escuchado el sonoro chillido de Sofía.

A Giuseppe no le quedó más opción que atender a la plegaria de Sofía y medio rechistando aminoró la marcha hasta que detuvo completamente el vehículo. El coche de policía se paró tras ellos. Bajó un oficial con paso firme y decidido se dirigió hacia ellos. Habló con Giuseppe en un tono no muy amistoso. Por lo que pudo entender Sofía, el policía le estaba pidiendo los papeles del vehículo. Giuseppe le entregó una documentación que pareció no ser la correcta o no ser suficiente, pues el oficial avisó a su compañero para que se acercara al coche. Ordenaron a Giuseppe salir del vehículo. El muchacho, visiblemente afectado, trató de contener la calma pero su nerviosismo era más que evidente. Sofía daba por sentado que Giuseppe no había

hecho nada malo pero, desafortunadamente para él, daba la impresión de haberlo hecho. Sus gestos le hacían parecer culpable.

Una vez fuera del coche, los oficiales le ordenaron abrir el maletero. Estuvieron inspeccionándolo durante apenas medio minuto y de pronto uno de ellos agarró a Giuseppe por detrás, juntó sus manos y le colocó unas esposas. Giuseppe se resistió y le propinó al otro policía un cabezazo en la nariz. Sofía, completamente atónita, permanecía inmóvil viendo toda la escena por el espejo retrovisor. El policía herido inclinó la cabeza hacia atrás y se limpió la sangre del rostro. Los dos agentes se llevaron a Giuseppe detenido y lo introdujeron en su coche. Uno de ellos habló por la radio, Sofía pensó que estaría pidiendo refuerzos. De pronto, ella cayó en la cuenta de que nadie había reparado en su presencia.

Decidió salir del coche, tarde o temprano se darían cuenta de que había un pasajero en el vehículo. Estaba aterrada de miedo, no sabía quién era realmente Giuseppe, ni lo que los policías habían encontrado en su vehículo. Por si fuera poco, ella no podía explicar qué demonios estaba haciendo en Roma. No podía explicarlo porque ni siquiera ella misma conocía la explicación. Salió del coche decidida y, para su desgracia, la reacción de los policías no fue ni mucho menos la que ella esperaba.

En cuanto los agentes vieron a Sofía salir del vehículo, ambos le apuntaron con sus pistolas y comenzaron a gritarle con furia. Los nervios hicieron que Sofía no comprendiera ni una sola palabra, por lo que se limitó a alzar sus temblorosos brazos. Uno de los policías se acercó a ella todavía apuntándole con el arma, el otro permaneció junto al coche vigilando al detenido. Sofía estaba aterrada, pensó que si aquello era a lo que Séneca se refería con lo de vivir experiencias, de poder escoger, muy probablemente ella se decantaría por el sofá. Se acordó de su prima y de su maldita idea de viajar a Roma. Sentía que estaba a punto de desmayarse, los nervios eran tales que apenas podía oír lo que el policía le decía. Veía cómo movía los labios, pero Sofía había perdido momentáneamente la capacidad de oír.

El oficial se percató del alarmante estado de pánico en el que se encontraba Sofía. Avanzó lentamente hacia ella y guardó la pistola. Eso hizo que ella se calmara momentáneamente y, como por arte de magia, recuperara su capacidad auditiva. El hombre le estaba preguntando si entendía su idioma, a lo que torpemente contestó que sí. El policía le formuló dos o tres preguntas más que Sofía trató de contestar con toda la calma y serenidad que le fue posible. Le indicó, con cierta dificultad, que era española y que había ido a pasar unos días a Roma. Era consciente de lo extraño que sonaba el que hubiera viajado sola y que no tuviera una fecha de vuelta definida. No quiso mencionar el hecho de que aquel viaje había sido idea de su prima y que ella no tenía ni idea de qué hacía allí. En su lugar, explicó que quería visitar Roma, una ciudad por la que sentía verdadera pasión. No sabía si aquel hombre creería o no lo que ella le explicaba, pero en aquellas circunstancias no veía otra alternativa.

Pasados unos minutos, llegó otro coche de policía y Sofía y Giuseppe se marcharon en el primero de los coches. No sabía si se la llevaban detenida pero intuía

que no era así, puesto que a ella no le habían colocado las esposas que sí llevaba Giuseppe. Una vez en comisaría, condujeron a Sofía a una sala y le hicieron esperar. Ella observó aquella habitación, no había nada más que una mesa y dos sillas. Pensó que debía ser una sala de interrogatorios. Por suerte tenía su bolso con ella y dentro estaba su móvil. Sin embargo, estaba tan nerviosa y asustada que por el momento decidió no hacer ninguna llamada.

Al cabo de media hora entró un hombre de unos cincuenta años, totalmente canoso y con un aspecto de severo cansancio. Iba vestido con traje y corbata.

—Buenos días. Soy el inspector Corradi. Su nombre, por favor.

Sofía se alegró enormemente de que aquel hombre hablara castellano. Ella podía medio entender el italiano, pero en aquellas circunstancias, temía que cualquier malentendido pudiera causarle una muy mala pasada.

—Sofía Garrido.

La respuesta no parecía ser la que esperaba el inspector, quien no ocultó su sorpresa.

—¿Está usted segura? —preguntó confundido el señor Corradi.

—¿Cómo dice? —dijo ella atónita ante la extraña pregunta del inspector.

Sofía no podía creer cuanto estaba sucediendo, ¿de verdad le estaba preguntando si estaba segura de su nombre?

—¿Está usted segura de que Garrido es su apellido? —trató de aclarar el inspector.

—¡Claro que estoy segura! —¿Qué tipo de pregunta era aquella? Aquel era sin duda uno de los días más extraños que Sofía había vivido en toda su vida—. Oiga, no entiendo nada de lo que está pasando. Ya les he explicado a sus compañeros… yo solo vine a Roma de vacaciones —dijo Sofía mientras le entregaba al inspector su carnet de identidad.

—Por favor, espere a que yo le pregunte —dijo el hombre con un tono severo y brusco mientras echaba un vistazo al carnet de Sofía—. ¿Qué hace usted en Roma?

En otras circunstancias hubiera mandado a paseo a aquel hombre, pero en aquel momento juzgó que lo más conveniente sería obedecer.

—Estoy de vacaciones.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Cuántos días va usted a quedarse en Roma?

—Todavía no lo sé —respondió Sofía visiblemente aturdida—. Depende.

—¿De qué depende? —insistió el inspector.

—Oiga, vamos a ver, ¿se me está reteniendo en esta comisaría por algún motivo concreto? —Sofía formuló la pregunta con más brusquedad de la que hubiera deseado.

—Giuseppe Lettieri. Se trata de un hombre buscado por la policía desde hace más de un año —comenzó a explicar el inspector—. Se le acusa de un delito de tráfico de

drogas y narcotráfico.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? —le interrumpió Sofía—. Perdone pero no comprendo nada. Aquel muchacho me estaba esperando en el aeropuerto para llevarme a mi hotel, pensaba que era un taxista. Tenía un cartel con mi nombre.

—Verá… —El inspector se paró a pensar mientras miraba al infinito, concentrado en dar con una explicación para todo aquel embrollo. Y la encontró—. ¡Ya lo tengo! Creo que todo ha sido un malentendido.

—¿Giuseppe ya no es un traficante? —preguntó Sofía con incredulidad.

—No. Continúa siéndolo. El malentendido ha sido con usted. Él esperaba a una mujer española, pasajera del mismo vuelo que usted y que casualmente se llama igual que usted. —Sofía comenzaba a respirar con cierta tranquilidad.

—Vaya… entonces, ¿el hombre que debía recogerme no era Giuseppe?

—No, no lo era —contestó el inspector—. Acompáñeme, por favor, un compañero le tomará declaración y podrá marcharse. Siento la confusión, señora Garrido… Piense que podría haber sido peor… ¡ja, ja, ja! —Aquella fue la única ocasión en la que el inspector Corradi rio, y lo cierto es que lo hizo con ganas, pensando que su comentario había sido de lo más gracioso. Desafortunadamente, Sofía no era ya capaz de ver la parte cómica de la situación.

Una vez terminado el papeleo, a Sofía le entregaron sus maletas y pudo marcharse. No sabía exactamente dónde se encontraba, pero prefirió no preguntar. Solo quería salir de aquella comisaria y fumarse un cigarrillo. Necesitaba calmarse. Podía dar gracias, pensó, todo había quedado en un susto, aunque a ella todavía le duraban los nervios. Caminó durante unos minutos y cuando encontró una terraza donde tomar un café, se sentó y trató de serenarse. Pensaba estar allí durante un buen rato, ya se preocuparía más tarde de cómo llegar al hotel.

Permaneció en aquella terraza durante más de dos horas, medio hipnotizada por los últimos acontecimientos que acababa de vivir y que aún le costaban asimilar. Tomó tres cafés y se fumó medio paquete de cigarrillos. Sus manos, todavía temblorosas, trataban de buscar en el navegador de su móvil la forma más óptima de llegar al hotel. Al cabo de casi dos horas y media, Sofía se recompuso. Decidió tomar un taxi. Tuvo la impresión de que el taxista le estaba dando una vuelta mucho más larga de lo que debiera, pero no se le ocurrió protestar. El recorrido duró unos quince minutos, tras los cuales por fin llegó a su hotel. Eran alrededor de las siete de la tarde. Se moría de ganas de entrar en su habitación y darse un gran baño de espuma. No tenía ningún plan pensando para el resto del día. De hecho, no había pensado en qué era lo que haría mientras estuviera en Roma.

—Buon pomeriggio —dijo una sonriente recepcionista. El hotel no parecía estar ubicado en una zona especialmente bonita de Roma. La fachada del mismo dejaba bastante que desear, pensó Sofía. Sin embargo, una vez dentro, aquel hotel rebosaba lujo y buen gusto.

—Buenos días —contestó Sofía—. ¿Habla usted castellano?

—Por supuesto que sí —dijo la recepcionista mostrando su blanca dentadura.

—Bien. Tenía una reserva a nombre de Sofía Garrido. La recepcionista buscó la reserva en el ordenador.

—¿Cómo dice que se llama?

—Sofía Garrido.

—¿Sería usted tan amable de deletrearme su apellido, por favor?

—G-A-R-R-I-D-O.

¿Podía el día empeorar aún más?

—Lo siento, señora Garrido, pero no nos consta ninguna reserva a su nombre.

—No lo entiendo —dijo Sofía agotada—. Me habían dicho que… bueno, da igual. ¿Me puede dar una habitación, por favor?

—Lo siento muchísimo, pero el hotel está completo. Si necesita una habitación de hotel para esta noche, le recomiendo que no lo demore mucho. Desde ayer hay una congregación cristiana multitudinaria en Roma y prácticamente todos los hoteles del centro están completos. La congregación comenzó ayer viernes y durará hasta el lunes.

El desánimo y la desazón se apoderaron de Sofía. No podía creer lo mal que estaba empezando aquel dichoso viaje. Eran alrededor de las ocho, lo cual hacía muy complicado tanto el encontrar un vuelo de vuelta a Barcelona como el encontrar alojamiento en Roma. Se sentía tan cansada que una parte de ella no quiso ni siquiera seguir intentándolo. Era como si alguien le estuviera gastando una inocentada de muy mal gusto.

La recepcionista se percató del deprimente estado de ánimo en el que se encontraba Sofía. Amablemente le dijo que esperara sentada en el vestíbulo. Se sentó en uno de los cómodos y elegantes sofás. No preguntó a qué o a quién esperaba, estaba tan cansada que no le importaba. Pasados unos diez minutos en los que Sofía se dedicó simplemente a vegetar, apareció un hombre de unos sesenta años, elegantemente vestido y con una amable y cercana presencia.

—Buenos días, señorita —le dijo con toda la suavidad con la que le fue posible —. ¿Se encuentra usted bien?

—Sí, gracias —dijo Sofía con cierta indiferencia.

—Mi nombre es Mario Truglio, soy el director del Hotel Fragata. Lamentamos no poder ofrecerle alojamiento y me sentiría muy afortunado si me permitiera ayudarle a encontrar un sitio donde pudiera usted dormir esta noche.

—¿De veras haría usted eso por mí? —preguntó Sofía a punto de derramar una lágrima.

—Por supuesto que sí, solo faltaría. Venga conmigo a mi despacho que haremos un par de llamadas y en no más de media hora, le garantizo que estará usted disfrutando de una preciosa habitación de hotel.

Sofía quiso abrazar a aquel hombre, pero decidió contenerse. En su lugar, le dio las gracias efusivamente. Dicho y hecho. Al cabo de unos diez minutos, un amable

taxista la llevaba a su nuevo hotel. Seguramente le saldría más caro de lo inicialmente presupuestado, pero en aquel momento eso le era totalmente irrelevante.

Eran las nueve de la noche cuando Sofía por fin se pudo quitar la ropa y ponerse el pijama. Estaba tan exhausta que apenas tenía hambre, a pesar de no haber comido nada desde el desayuno. La habitación que le habían ofrecido era excepcionalmente grande, ella nunca había estado alojada en un lugar tan fastuoso. Al parecer el director del Hotel Fragata guardaba muy buena relación con el director del establecimiento en el que ahora se hallaba hospedada: el Grand Hotel Plaza. Dado que Sofía, asombrosamente, le había caído en gracia al señor Truglio, este le había pedido a su amigo que le ofreciera una bonita habitación. Y ahí estaba, disfrutando de la *suite* presidencial del Grand Hotel Plaza.

La habitación, que contaba con más de cien metros cuadrados, tenía dos cuartos de baño que le parecieron descomunalmente grandes, ambos con bañera de hidromasaje. Se preguntó para qué necesitaría ella dos cuartos de baño. El director del hotel, quien curiosamente había acudido a recibirla, le había explicado en un perfecto castellano que la única habitación que tenían disponible era aquella. Sofía no sabía si había tenido buena o mala suerte, todo dependería de cuan cara le saliera la estancia.

Uno de los dos baños tenía cuatro lavamanos y el otro, dos. A Sofía aquello le pareció de chiste, pero por desgracia no tenía fuerzas ni para reír. El botones le había explicado que el suelo de los baños era de mármol de Carrara, muy apreciado por su blancura. Creyó entender —el muchacho apenas chapurreaba el castellano—, que aquel era el mármol preferido del escultor Miguel Ángel. Estuvo tentada de darse un baño de espuma, pero su deterioro físico le impedía moverse de la cama, donde permanecía estirada esperando un atisbo de energía que le permitiera pedir la cena por teléfono. La *suite* contaba con una zona de comedor, por lo que decidió que en cuanto reuniera las fuerzas necesarias, pediría que le subieran algo de comer y cenaría en aquel palacio que tenía por habitación.

En aquel momento sonó el teléfono, era una llamada. Sofía se incorporó con sumo esfuerzo. Era Laura.

—¡Sofía! —gritó Laura medio gimoteando.

Sofía pensó que quizá su prima se había enterado de la locura de día que había vivido.

—Hola, Laura —consiguió responder.

—¡Lo siento muchísimo! —exclamó Laura.

Su prima parecía estar llorando. La aventura de aquel día había sido realmente impactante, pero Sofía pensó que llorar por ello era quizá demasiado exagerado. Al fin y al cabo, ella estaba sana y salva y todo había quedado en una anécdota.

—Tranquila, Laura, no pasa nada. Estoy bien, solo un poco cansada, pero ya pasó el susto.

—Tengo que explicarte algo —dijo Laura entre sollozos, ignorando las últimas

palabras de su prima.

Sofía tuvo la impresión de que Laura no sabía nada de lo que le había ocurrido. Quiso explicárselo pero fue incapaz de reunir las fuerzas necesarias.

—Dime. Y no llores, que seguro que no es tan grave.

Sofía no estaba muy receptiva en aquel momento, solo pensaba en tumbarse en la cama y cerrar los ojos.

—Te mentí.

—¿Cómo dices? —Sofía comenzó a despertar de su aturdimiento.

—Bueno, más bien no te dije toda la verdad… Me refiero al viaje a Roma.

—¿Tiene esto que ver con Giuseppe y las drogas?

En cuanto formuló la pregunta, Sofía se dio cuenta del desacierto de la misma.

—¿Quién es Giuseppe? —preguntó con sorpresa su prima—. ¿Y qué es eso de las drogas?

Laura ya no lloraba, su voz denotaba cierto sobresalto.

—Nada, da igual, ya te lo explicaré otro día. Dime, Laura, ¿por qué me has hecho venir a Roma? Estoy muy cansada y, la verdad, no sé si podré mantener esta conversación durante mucho más tiempo.

—En realidad, el destino no era lo más relevante, pero pensé que Roma te gustaría. —Laura tomó aire y trató de continuar con serenidad—. Verás, unos días antes de que yo viniera a Sitges, recibí una llamada de Adolfo…

—¿Adolfo? —preguntó Sofía con gran sorpresa—. ¿Qué Adolfo? ¿Mi Adolfo?

—Sí. Tu Adolfo. Mejor dicho, tu ex Adolfo. Decía estar muy preocupado por ti, ya que hacía mucho tiempo que no dabas señales de vida y no respondías a sus llamadas. Me comentó que ni siquiera habías pasado por casa para recoger tus cosas. Yo no le creí, Sofía, Adolfo siempre ha sido un cobarde y un egoísta…

—¡Laura! —le recriminó con tono severo.

—Sí, perdón. El caso es que él quería saber dónde estabas. No sé, Sofía, creo que volver a verle no hubiera sido positivo para ti.

—Eso tendría que haberlo decidido yo, ¿no crees?

—Sí, es cierto. Tienes toda la razón y por eso te pido perdón. Ya sabes que no soporto a Adolfo, estoy convencida de que te ha hecho mucho daño y que podría hacerte más si cabe, si no te alejas de él. Me dijo que quería verte para…

Laura hizo una pausa deliberada. Sofía no sabía si su prima estaba tratando de dar emoción a sus palabras o si simplemente no se atrevía a confesar el porqué la había enviado a Roma.

—¿Para qué? —preguntó Sofía con cierta curiosidad.

—Para… para pedirte matrimonio —confesó finalmente Laura.

—¿Cómo dices?

Sofía dio un salto de la cama, se incorporó y salió al balcón. Necesitaba respirar aire fresco.

—Verás… él decía que al estar separados se había dado cuenta de lo mucho que

te echaba de menos y que se había decidido a dar el gran paso. Pero Sofía, ¡tienes que escucharme! Ese hombre no te conviene, serás muy infeliz si continúas con él. —La voz de Laura sonaba terriblemente desesperada.

—¿Y por qué no me dejaste a mi tomar esa decisión, Laura? —le recriminó Sofía con enojo.

—Lo siento. Sé que estabas pasando un mal momento, pensé que estabas muy vulnerable y que eso podría hacer que cometieras un error… Lo siento de veras, Sofía. A Adolfo le dije que no sabía dónde estabas. En cuanto pude cogí un vuelo a Sitges, tenía que evitar que cometieras un error y no se me ocurrió nada más que hacerte salir del país.

A Sofía le costaba esfuerzo creer que fuera cierto lo que su prima acababa de confesarle.

—¿Y cuánto tiempo pensabas tenerme fuera del país, Laura?

—No lo sé Sofía, ahora sé que era una idea estúpida. —A Sofía le pareció entrever un verdadero arrepentimiento en el tono de voz de su prima—. Había pensado en que estuvieras una o dos semanas, el tiempo suficiente para que el imbécil de Adolfo se olvidara de su estúpida propuesta de matrimonio.

—¡Laura! —le espetó Sofía—. ¡Basta ya!

—Perdóname. Ahora mismo te reservo un vuelo para mañana y si quieres hablar con Adolfo, estás en todo tu derecho… Pero, por favor, ¡no te cases con él! Lo digo por ti, de verdad, te hará infeliz.

»¡Por favor! —Laura volvía a sonar verdaderamente desesperada.

—Lo sé, Laura. Nunca hubiera aceptado su proposición. Te equivocaste por completo. Y bueno, ya que estoy en Roma, probablemente me quede unos días.

—¿De verdad? Pensaba que estarías como loca por volver…

—A decir verdad, lo estaba. Pero ahora mismo no me puedo ni mover. Además, estoy en la *suite* presidencial del Grand Hotel Plaza.

—¿Dónde dices que estás? —preguntó su prima sorprendida.

—En el Grand Hotel Plaza.

—Sofía, yo no te había reservado ese hotel. ¡Por Dios, te vas a arruinar! ¿Qué haces ahí?

—Es una larga historia. Prefiero explicártelo mañana, si no te importa. Estoy muy cansada.

—Sí, claro. Como tú veas —contestó Laura sin sorprenderse lo más mínimo del hecho de que Sofía hubiera decidido finalmente quedarse unos días en Roma.

Volví a sentir unas inmensas ganas de vivir cuando descubrí que el sentido de mi vida era el que yo le quisiera dar.

PAULO COELHO

C A P Í T U L O 21

Despacito

A la mañana siguiente Sofía sintió renacer al despertar entre las suaves sábanas de lino italiano. Una fugaz brisa de ilusión le embriagó. Estaba hambrienta, el día anterior no había probado bocado. Se vistió tan rápido como pudo y pidió que le subieran el desayuno a la habitación. Hacía un sol espléndido, así que desayunaría en la terraza y disfrutaría de las vistas a la Via del Corso. Mientras esperaba, inspeccionó el lugar al detalle. Estaba absolutamente deslumbrada por el esplendor de aquel lugar. Los techos eran asombrosamente altos, lo cual le otorgaba a la *suite* una mayor grandiosidad. Un pequeño palacio de ensueño que, por desgracia, no podría compartir con nadie.

La estancia estaba elegantemente decorada con valiosos y elegantes muebles. Las paredes, distinguidamente engalanadas con asombrosas pinturas. El mármol tenía un especial protagonismo en toda la *suite*. Su habitación, descomunalmente enorme, disponía de una zona de estar, al igual que el salón, donde también había varias estancias. Pero sin duda alguna, lo más impresionante era que incluso los baños tenían su propia zona de estar. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al pensar en cuánto le costaría la estancia. Buscó desesperada algún folleto donde pudiera ver el precio de aquella *suite*. Al no encontrar nada, optó por limitarse a disfrutar de su estancia. Una vez terminara el desayuno se daría un gran baño de espuma, recogería su equipaje y se marcharía en busca de un lugar donde alojarse, más acorde con su presupuesto. No pudo evitar, mientras esperaba a que le subieran el desayuno, la picazón de la curiosidad por saber el precio de la habitación. Buscó por internet a través de su móvil y sintió desfallecer al comprobar que el precio de la *suite* superaba los dos mil euros.

Una vez recuperada del sobresalto, Sofía trató de reconfortarse pensando que, a excepción de la ropa que se había comprado en Sitges la semana pasada, hacía mucho tiempo que no se daba el más mínimo capricho. De haber podido elegir un deseo para concederse, desde luego no hubiera sido una noche en un hotel cuya habitación le

costase más de dos mil euros. Pero ya no había vuelta atrás, así que no le quedaba más opción que disfrutar de aquel lujo que forzosamente se acababa de conceder.

Pasados unos minutos, un camarero elegantemente ataviado le subió un exquisito desayuno americano, el mismo que se servía en la Terrazza dei Limoni del hotel. Sofía se maravilló mirando todos aquellos alimentos: huevos fritos, huevos revueltos, salchichas asadas, panceta frita… la boca comenzó a hacérsele agua. El desayuno incluía también todo tipo de panes, panqueques regados con miel, yogur y cereales. Para beber le habían subido una gran jarra de zumo fresco, café e incluso té. Ya que tendría que pagar por ello una suma desorbitada, pensó en deleitarse con la comida más lujosa de su vida. Pensaba disfrutarlo despacito, con mucha calma y siendo plenamente consciente de la experiencia más cara de su vida.

Antes de comenzar a desayunar, Sofía llamó por teléfono a recepción para averiguar a qué hora debía dejar la habitación. Debía tener en cuenta la hora de salida, pues no quería marcharse sin complacerse antes con su ansiado baño de espuma. La recepcionista, Paola, le indicó que no debía abandonar la habitación ese mismo día, la tenía reservada para el resto de la semana. Sofía agradeció el gesto pero en un acto de sinceridad le confesó a la amable Paola que no podría permitirse el pagar una semana de aquella habitación. La recepcionista, con una inusual gentileza, se limitó a decirle que el director del hotel había indicado que durante aquella semana, se le cobrase a Sofía su estancia en la *suite* presidencial a precio de una habitación individual estándar, que rondaba los ciento ochenta euros con desayuno incluido. Hizo un cálculo rápido. Su estancia le costaría más de mil doscientos euros. Era bastante dinero para unas vacaciones que ella ni siquiera había elegido, pero también era cierto que nunca jamás se le presentaría una oportunidad así. Le dio las gracias a Paola y colgó el teléfono con una enorme sonrisa al pensar que su baño de espuma sería todo lo largo que ella quisiera.

Mientras desayunaba Sofía pensó en lo extraño de los recientes acontecimientos. Repasó fugazmente los últimos años de su vida, habían sido tediosos y pesados. Unos años en los que su existencia se había asentado sobre la inexpresiva rutina de la resignación. No había nada emocionante en la vida que había llevado, se había limitado a trabajar en un lugar que detestaba con gente a la que no soportaba y a mantener una moribunda relación sentimental. Ya no conservaba apenas amigos y se había negado el derecho a complacerse. No había cumplido ni uno solo de sus sueños y, simplemente, lo aceptaba sin preguntarse si había o no una alternativa a su constante desilusión.

Esos fueron los últimos años de su vida. Ni un viaje, ni una sorpresa, ni una aventura ni una ilusión. Sofía ni siquiera recordaba haber sonreído durante aquellos años. No había nada que destacar. Años que podían resumirse con una sola línea, con dos únicas palabras: desazón y resignación. Años vacíos de contenido, vacíos de experiencias, vacíos de emociones. Y sin embargo, curiosamente, las últimas semanas de su vida, habían estado plagadas de sucesos.

Reflexionó sobre el extraño giro que había dado su vida y le pareció cuando menos insólito que durante tanto tiempo no le hubiera sucedido absolutamente nada y, por el contrario, durante las últimas semanas hubiera vivido tantos y tan variados acontecimientos. Había pasado de tener una vida monótona, terriblemente aburrida y carente de la más mínima emoción a vivir una ruptura sentimental, a ser despedida de su trabajo, cambiar de residencia, tener un perro, viajar sola a Roma, tener un chófer traficante, ser apuntada con una pistola y ahora, a disfrutar de la *suite* presidencial de uno de los hoteles más lujosos de Roma. Al repasar sus últimas vivencias estaba obviando deliberadamente una experiencia que trataba de mantener oculta: por primera vez en mucho tiempo, Sofía se había vuelto a enamorar.

El día transcurrió entre el lujo del Grand Hotel Plaza y el encanto insuperable de la mágica Roma. Poco antes de la una del mediodía Sofía decidió salir a dar una vuelta por la ciudad. En la última ocasión había visitado las joyas más emblemáticas de la ciudad: el Coliseo, la Fontana de Trevi, la Plaza España, la Plaza Navona, el Vaticano, y un sinfín de representativos lugares. En esta ocasión prefirió callejear y descubrir por sí misma los secretos que la ciudad pudiera brindarle.

Miró su móvil. Cuatro llamadas perdidas y dos wasaps. Tres de las llamadas eran de su prima, posiblemente se sintiera culpable. Lo cierto era que Sofía no le guardaba rencor, le molestaba que le hubiera ocultado el haber hablado con Adolfo, pero tenía la certeza de que la intención había sido buena. Pensó en llamarle cuando regresara a la habitación. La cuarta llamada, así como los dos wasaps, eran de Adolfo. Al parecer la echaba de menos y estaba muy arrepentido por todo lo que le había dicho en su última conversación. «Tengo que hablar contigo urgentemente, hay algo que quisiera preguntarte», le escribió a Sofía. Tras unos minutos de reflexión, ella tomó la sabia decisión de no devolverle la llamada.

La verdad en sí misma solo puede ser alcanzada dentro de uno mediante la más profunda meditación y conciencia.

SIDDHARTA GAUTAMA

C A P Í T U L O 22

Hoy te toca dormir en el suelo

La estancia en Roma continuó con una aparente tranquilidad, muy agradable para Sofía. Se dedicó a caminar y descubrir encantadores rincones donde disfrutar del placer de estar consigo misma. Comió como nunca lo había hecho. Llevaba muchos años sin saborear de verdad la comida, pero durante aquellos días se deleitó con exquisitos manjares. En ocasiones buscaba pequeños y acogedores restaurantes donde comer y otras veces compraba comida que posteriormente comía en la *suite* del hotel, donde la estancia cada vez le resultaba más cómoda.

Sofía recorrió el barrio judío hasta casi conocerse todas sus calles y rincones. Paola, la recepcionista del hotel, le recomendó visitar el Jardín de los Naranjos en el Monte Aventino, que gozaba de una de las vistas más románticas de Roma. El día que lo visitó el sol resplandecía con una fuerza y vitalidad solo comparable a la que embriagaba a Sofía. Aquellos días ella solía pasear con un libro y si el tiempo acompañaba, se sentaba en el primer banco que encontraba. Leía mientras se embriagaba de la magia de aquella ciudad que había conseguido enamorarle. Paola le había traído unas cuantas novelas escritas en castellano, pero lo cierto es que el libro que leyera era lo de menos. Lo verdaderamente importante para Sofía era extraer el jugo de la felicidad a pequeños placeres tan al alcance de su mano. Por lo general, sus momentos de lectura no solían durar mucho tiempo, pues enseguida sentía ganas por comenzar la siguiente actividad, deliberadamente anotada en su hoja de ruta.

Paola había insistido en que fuera a ver las Catacumbas, así que Sofía no lo dudó ni un instante. Una vez más, hubiera preferido visitar aquel lugar en compañía de alguien. Pero había tomado la firme decisión de que la falta de compañía no sería un impedimento en aquel viaje, del que estaba decidida a sacar todo el provecho que le fuera posible. Al fin y al cabo, estaba ahí para vivir experiencias, esa había sido la última instrucción de Séneca y el tenaz compromiso de Sofía.

Los días transcurrían a un ritmo marcado por la calma, el sosiego y la serenidad que comenzaban a apoderarse de Sofía, quien empezaba a sentirse cómoda consigo misma. Cada vez estaba más cerca de comprender que la verdadera felicidad no tenía

un origen externo. Pero la calma que le acompañaba no era una quietud verdaderamente real, pues ella sentía una angustiosa necesidad de vivir a toda prisa, de experimentar todas las vivencias que le fueran posibles y de exprimir al máximo el día a día. Equivocadamente, Sofía estaba convencida de que el camino a la felicidad pasaba por llenar su vida con infinidad de ocupaciones y eventos. Y no hubo ni un solo día en el que no planificara cada minuto del mismo, evitando a toda costa el pasar un solo instante sin tener algo por hacer.

Un nuevo y maravilloso día dio comienzo. Era ya viernes, el sexto día que pasaba en Roma. Aquella jornada estaba repleta de actividades por llevar a cabo. Había planeado visitar varios museos e iglesias. Sofía desayunó con cierta premura en la terraza de la *suite* y pese a las prisas, concluyó que aquel era un instante de verdadera felicidad. Pensó que nunca podría cansarse de vivir así.

Se dio una ducha rápida, tras lo cual se vistió con unos tejanos que ahora le iban considerablemente más estrechos, una bonita camiseta azul, un jersey de lana y un chaquetón de entretiempo con el que esperaba no pasar frío. Llevaba consigo una libreta en la que había anotado todo cuanto debía hacer durante aquel día. Era consciente de que debía retomar su viaje hacia la felicidad, la travesía que había iniciado junto a su compañero de expedición: Séneca. Pero no encontraba el momento de serenarse y retomar el viaje, estaba de vacaciones y deseaba sacar el máximo provecho de su estancia en Roma. Además, de alguna manera, el disfrutar de aquella mágica ciudad también significaba el avanzar en su viaje hacia la felicidad, pensó Sofía.

El día prometía ser extraordinariamente mágico, tal y como estaba siendo su semana en Roma. Prometía ser un gran día hasta que a las diez en punto Sofía recibió un mensaje en el móvil. Como era de suponer, el mensaje era de Séneca.

> *Sexta enseñanza: Deja de perseguir la felicidad, no intentes llenar tu vacío, renuncia al ruido de tu existencia y experimenta el estar contigo misma. Y recuerda: «para saber lo que verdaderamente necesitamos hemos de preguntárselo al silencio». Séneca*

Sofía sintió como aquel mensaje echaba por tierra los cimientos en los que se sostenía su viaje hacia la felicidad. Esta nueva enseñanza le indicaba que no debía hacer precisamente lo que había estado haciendo hasta ahora: perseguir la felicidad. Sofía se preguntó qué habría de malo en ello.

La nueva lección de Séneca hizo que Sofía cancelara todos los planes que tenía para el resto del día. Ya no se sentía con ánimo de visitar iglesias y museos. Quería y debía comprender el significado de las últimas palabras de su misterioso mentor. Permaneció cuatro largas horas en la habitación, dándole vueltas a aquel mensaje que desmontaba su endeble castillo de naipes. Le costaba mucho esfuerzo comprender a Séneca, en quien comenzaba a ver mensajes contradictorios. Sofía sentía estar inmersa en un fracaso constante, hiciera lo que hiciera, parecía estar siempre en el camino equivocado.

Eran las dos de la tarde cuando decidió salir a dar una vuelta, necesitaba

despejarse y salir del bucle pesimista en el que nuevamente se estaba sumergiendo. No había comido ni pensaba hacerlo ya, pues aquel último mensaje le había quitado el apetito. Era cierto que durante los últimos días le había invadido una obsesiva necesidad de llenar sus días de actividades, como si temiera estar a solas consigo misma. A Sofía le inquietaba no tener nada que hacer. Una introspección seria le hubiera exigido mirarse frente a frente, conectar con sus emociones, sus heridas, sus traumas, sus temores y sus frustraciones.

Había iniciado un viaje de autoconocimiento, un viaje interior que le había permitido alcanzar cierto estado de serenidad con el que nunca siquiera habría osado soñar. Sin embargo, eso no le bastaba. Y lo que era peor, estaba verdaderamente asustada por continuar con aquel viaje. Eso quizá explicaba por qué había hecho un parón en el camino. Sofía temía el silencio, temía la introspección, temía observarse a sí misma.

Reflexionó sobre sus últimos pensamientos durante un par de horas más y fue alrededor de las cuatro de la tarde cuando, estando ya en la *suite*, Sofía concluyó que lo que verdaderamente le asustaba era enfrentarse a su insufrible vacío interior. Durante las últimas semanas había experimentado cambios muy positivos, había vivido situaciones únicas y revitalizantes, había vuelto a disfrutar de la vida, pero ella sabía que en esencia nada había cambiado. Seguía cargando con el mismo estigma. Se sentía vacía, carecía de un porqué y esa lacra, tarde o temprano, volvería a subir a la superficie. Había avanzado, de eso no le cabía duda, pero de pronto le sobrevino la certeza de que de alguna manera, no había hecho otra cosa que parchear el verdadero problema.

Se sintió disgustada al percatarse de que no había interpretado correctamente las palabras de Séneca. Ella había dado por sentado que el viaje hacia la felicidad implicaba la búsqueda activa de la felicidad. Había llenado sus días en Roma de cientos de actividades: visitas culturales, rutas gastronómicas, compras, búsqueda de lugares recónditos. ¿Acaso estaba tratando de llenar su vacío existencial? Probablemente, sí. Había buscado ocupaciones que le evitaran tener que estar a solas consigo misma. Una introspección superficial, como la que venía haciendo hasta ahora, era plenamente soportable. Sin embargo, pasar a la siguiente fase le aterraba. Temía mirarse a sí misma a los ojos y que lo que viera no le gustara lo más mínimo.

Estaba cerrando los ojos a su propia realidad, prefería atiborrar su existencia con fútiles frivolidades que la mantuvieran distraída y le evitaran así el tener que sentarse consigo misma a solas. Eso era precisamente lo que había creado a su alrededor: distracciones, entretenimientos que le mantuvieran ocupada y alejada de su verdadero ser.

Sofía no sabía estar verdaderamente a solas consigo misma, o al menos eso creía. Debía intentarlo, aunque el mero hecho de pensarlo ya le resultaba insoportable. Le sobrecogió un angustioso estado de ansiedad. Comenzó a hiperventilar y por un momento temió perder el conocimiento. Nunca hubiera imaginado el pánico que

sentía por encontrarse cara a cara consigo misma. Sabía que aquel pánico enfermizo solo podía deberse a un motivo: el temor de que no hubiera nada en su interior, solo un enorme vacío existencial. Pero Sofía temía aún más la pregunta que le acecharía tras comprobar que no había nada en su interior, al constatar que no tenía ni tendría jamás un porqué, al concluir que no contaba con motivos para prolongar su existencia. La sensación de mareo, todavía más aguda en aquel instante, le llevó a pensar que el sonido del timbre de la habitación había sido fruto de su imaginación. Finalmente decidió levantarse y comprobar si efectivamente estaba perdiendo la cordura. Abrió la puerta pero no había nadie. Y entonces se percató de la nota que alguien había pasado por debajo de la puerta.

Guarda silencio y medita. Séneca

Sofía salió de la habitación y se dirigió apresurada a la recepción. Eran las siete de la tarde y su estómago comenzó a exigirle alimento. Sin embargo, aquel otro asunto sobre la misteriosa nota era mucho más importante que su repentina hambruna. Una vez en recepción, Sofía le preguntó a Paola si alguien había preguntado por ella, a lo que esta le respondió que el director del hotel, el señor Franchini, la había estado buscando. Sofía descartó enseguida la absurda idea de que aquel hombre fuera en realidad el misterioso Séneca. ¿Cómo demonios podía saber él dónde estaba ella en aquel momento? Miró asustada a su alrededor sintiéndose cada vez más mareada. Trató de respirar lentamente hasta que finalmente consiguió calmarse. Aquello estaba siendo una auténtica locura.

Pensó en la nota que acababa de recibir. Ella había meditado en más de una ocasión y la experiencia había oscilado entre lo cómico y la pérdida de tiempo.

Subió a la habitación dispuesta a meditar. No tenía ni la más remota idea de cómo debía hacerlo, pero sí tenía la plena convicción de que debía intentarlo y si no, al menos, trataría de permanecer en silencio, tal y como le había dicho Séneca. Recordó un libro de Osho en el que el autor hablaba sobre la meditación. No hacía ni dos semanas lo había encontrado en la estantería de Laura y le había atrapado desde la primera página. En él se explicaba que la meditación iba más allá de la mente, algo que a Sofía le sonaba a ciencia ficción.

Una vez en la *suite*, Sofía se puso ropa cómoda, dejó la habitación a oscuras y se sentó en la cama. Trató de encontrar una postura relajada y agradable. Permaneció en silencio intentando ser plenamente consciente del momento. Aquello no acababa de funcionar. Cerraba los ojos, ¿y después qué? ¿Debía dejar la mente en blanco? «¿Y eso cómo se hace?», se preguntó en voz alta.

Encendió la luz y cogió su portátil. Buscó en internet algún vídeo sobre meditación guiada, apagó las luces y comenzó de nuevo. Trató de relajarse una vez más, de ser consciente del momento y de disfrutar del instante de silencio. Una voz suave y relajada comenzó a guiarle. Aquello le resultaba infinitamente más fácil. La

voz capitaneaba la sesión de meditación. Sofía comenzó por tomar conciencia de su propio cuerpo. Inició un recorrido desde el dedo meñique del pie izquierdo hasta el último cabello de su cabeza. Empezó a sentirse cómoda. No veía la menor dificultad en concentrarse y sentir cada una de las partes de su cuerpo.

Hubo momentos en los que su mente decidió volar libre y desviarse de la ruta guiada por la voz. Sofía, casi sin ser consciente de ello, vagaba por sus pensamientos alejándose del aquí y del ahora, adentrándose en la no conciencia. Pero aquellos instantes pasaban de largo y una vez se habían alejado, Sofía, con naturalidad y sin recriminación alguna, simplemente volvía a la ruta de la meditación. Estaba a solas consigo misma, observando su cuerpo, su respiración, su interior y no sentía pánico. La voz le instaba a separarse de sus propios pensamientos, a tomar distancia de la mente.

Pasó dos horas más indagando acerca de la meditación, leyendo toda la información, en ocasiones un tanto confusa, que encontraba en internet. Probó distintas posturas de relajación, técnicas de respiración e incluso, por la noche, se animó a seguir una nueva meditación guiada. En esta ocasión, una nueva voz suave y tenue como la anterior, le instaba a ser consciente de sus temores, a observarlos y a aceptarlos.

Llamaron a la puerta. Sofía, ya inmersa y concentrada en la nueva meditación, saltó como un resorte al oír el timbre.

—Aquí tiene su cena —dijo un joven y atento camarero.

—Yo no había pedido la cena —contestó Sofía un tanto confusa.

El camarero se limitó a encogerse de hombros, pues él se limitaba a cumplir órdenes.

—Si precisa algo más, solo tiene que llamarme. —Y el muchacho se marchó.

Sofía observó la cena con suma curiosidad. Había un enorme plato de pasta con salsa de verduras y queso parmesano. Considerando el voraz apetito que se había apoderado de ella, pensó que quizá no estaría mal hacer un pequeño alto en el camino. Mientras saboreaba los deliciosos espaguetis, se percató de que en medio de la bandeja había un sobre. Sofía lo abrió con curiosidad, dentro había una pequeña nota.

Necesitarás alimentarte, tu capacidad de reflexión te lo agradecerá.

Esta vez la nota venía sin firmar. Sofía daba por sentado que el autor sería Séneca, pero le extrañó que no hubiera firmado aquel mensaje. Comenzaba a acostumbrase al misterio que se había apoderado de su nueva vida. Terminó de cenar y salió a la terraza, necesitaba despejarse un poco, aquel había sido, sin duda alguna, un día duro. Pasados diez minutos, retomó su última meditación.

Todo cuanto tuviera alguna relación con sus temores y emociones le inquietaba enormemente, lo que le hacía caer, una vez más, presa de su mente. Sin embargo, por

perturbadora que fuera aquella meditación, quiso continuar con ella. Le asustaba observar de frente a sus miedos, pero sabía que debía hacerlo.

Sofía no se tenía en muy alta estima, se comparaba continuamente con las demás personas y eso le hacía sentir fracasada. Creía ser cobarde en muchos aspectos, tenía miedo a morir, miedo a que murieran los seres a los que amaba, miedo a enamorarse y perder a la persona amada, miedo al fracaso, a no ser aceptada por los demás, pánico a la soledad y terror por llegar a la conclusión de que no tenía ningún motivo para vivir. Todas aquellas nocivas emociones le impedían intentar vivir y por eso se había asentado en su círculo de confort en el que creía, erróneamente, tener una menor exposición al sufrimiento.

Era la primera vez que Sofía miraba directamente a los ojos de su desazón y el ejercicio le dejó exhausta. No había juzgado sus temores, simplemente se había limitado a observarlos en silencio. Tuvo la sensación de haber tomado tanta distancia de su ser, que creyó haber abandonado su propio cuerpo en un par de ocasiones. Ella no era sus pensamientos ni sus creencias. Tampoco era sus temores ni sus emociones y por eso podía observarlos, siendo plenamente consciente del momento presente.

Lejos de lo que inicialmente hubiera pensado, observar su enorme vacío interior no le había sumido en un estado de angustia sino más bien lo contrario. Lo había observado y finalmente lo había aceptado. Con ello se aceptaba a sí misma. Ya no debía llenar su vacío interior, simplemente lo aceptaría. Eran las doce de la noche cuando Sofía cayó rendida en la cama, presa del cansancio y del agotamiento.

De pronto cayó en la cuenta de que en unas horas comenzaría su séptimo día en Roma y, por tanto, su último día en aquel hotel de ensueño. Paola, la recepcionista, le había dicho que le cobrarían la *suite* presidencial a precio de habitación estándar durante una semana, un plazo que estaba a punto de expirar. Se preguntó si habría alguna habitación individual libre, de lo contrario tendría que buscar hotel o bien volver a Barcelona. Una agotada Sofía se fue a dormir, dejando descansar a su mente durante al menos unas horas. Amaneció un nuevo y soleado día. Alrededor de las diez de la mañana de aquel sábado veintiuno de noviembre, Sofía bajó a recepción y le preguntó a Paola si tenían disponible alguna habitación estándar que no le supusiera gastarse más de doscientos euros al día, un precio que aun pareciéndole excesivo, lo había catalogado como aceptable. Sorprendentemente para ella, la recepcionista le comentó que no debía marcharse de la *suite* presidencial mientras nadie la reservara. Para su fortuna, aquella no era una habitación muy solicitada teniendo en cuenta el precio de la misma, y menos aún durante aquel mes. Al parecer, era el director del hotel quien le había indicado a Paola que Sofía podía quedarse en la *suite* mientras esta continuara libre. Supuso que ese sería el motivo por el cual el director la estuvo buscando el día anterior, querría comentárselo en persona.

A Sofía le extrañó sobremanera aquella descomunal hospitalidad y se preguntó si quizá había «gato encerrado» en ello. Estaba tan cansada que apenas tenía fuerzas para darle muchas vueltas a aquel asunto así que se limitó a subir a la habitación y

tumbarse en la cama. Tan solo eran las diez y media de la mañana. Todavía no había desayunado pero tampoco tenía hambre. Se sentía satisfecha de haber estado verdaderamente a solas consigo misma, de haberse enfrentado y mirado cara a cara a sus temores, pero el ejercicio del día anterior la había destrozado física y mentalmente. Era consciente de que todo cuanto tuviera que solucionar respecto a sí misma no tenía una causa exterior lo cual le facilitaba, a la par que le dificultaba, su cometido. Por un lado, no precisaba ni gurús, ni cursos ni libros. Ni siquiera tenía que recorrer cientos de kilómetros para echar un vistazo a su interior y sanearlo, en caso de que fuera necesario. Tan solo se necesitaba a sí misma. En el otro lado de la balanza, hacía contrapeso la dificultad que implicaba el hecho de enfrentarse a sí mismo. Resultaba extremadamente más cómodo el que fuera un tercero quien le diera la solución, un terapeuta, un psicólogo o incluso un amigo, evitando así la responsabilidad de un posible fracaso. Era más fácil volcarse en un libro que le guiara por el camino que debía recorrer.

A simple vista, a Sofía le parecía mucho más manejable el que la ausencia de paz interior tuviera un origen exterior. Esa falacia le había acompañado durante toda su vida. Siempre había dado por sentado que su infelicidad se debía a causas externas a ella. Por fortuna, ahora comenzaba a ser consciente de cuán errada era aquella creencia que siempre había dado por cierta, sin ni siquiera haberla cuestionado ni un solo instante.

Sofía decidió entonces llamar a su prima, habían hablado casi todos los días, pero habían sido conversaciones de no más de cinco minutos en los que Laura le explicaba todas las trastadas que Willy había hecho y Sofía se limitaba a explicarle cosas sin apenas importancia sobre su estancia en Roma. Laura no contestó al teléfono.

El timbre sonó. «Qué extraño», pensó Sofía. Abrió la puerta y se encontró a un sonriente botones. Llevaba una carta en la mano.

—De parte del director, señorita Sofía.

A Sofía le hizo mucha gracia cómo aquel muchacho había pronunciado las palabras «señorita Sofía» y no pudo evitar reír al oírlo.

—Muchas gracias —dijo devolviéndole la sonrisa.

Dejó la carta encima de la mesa del salón. Se sirvió un poco agua en una bonita copa de cristal. Una carta del director. Había algo enigmático en aquel hombre. Sofía era plenamente consciente del inusual trato de favor que ella estaba recibiendo. Pensó que quizá sería una carta de amor. Se echó a reír y brindó coquetamente por sí misma. Abrió la carta. Era una invitación. Se trataba de una recepción que tendría lugar al día siguiente, domingo, en el Castello della Castelluccia. Una fiesta benéfica organizada por los más prestigiosos hoteles de Roma, entre los que se encontraba el Grand Hotel Plaza. La entrada parecía gratuita, según entendió Sofía, pero en la fiesta se subastarían diversas piezas artísticas cuya recaudación iría destinada a un proyecto capitaneado por una ONG llamada FDM. Al parecer, su invitación incluía el alojamiento en el castillo.

No veo la miseria que hay, sino la belleza que aún queda.

ANNE FRANK

C A P Í T U L O 23

Y volveré

Aquella invitación ilusionó a Sofía. Pasó la mañana siguiente sumida en su nueva etapa de meditación y autoobservación. Reservó la tarde para ir de compras. El evento al que estaba invitada aquella noche exigía el más elegante de todos los códigos de vestimenta: la etiqueta. Debería por tanto comprase un vestido largo y unos bonitos zapatos. Seguramente fuera también a la peluquería del hotel. A mediodía, justo cuando Sofía iniciaba su periplo de compras, se cruzó con el señor Franchini.

—Buenos días, señor Franchini.

—Federico, Sofía, llámame Federico.

—Muy bien, ¡Federico! —Sofía sonrió con inocencia—. Quisiera darle las gracias por permitirme quedarme en la *suite* presidencial y también por la invitación al evento de esta noche. Me hace mucha ilusión.

—Me alegro muchísimo Sofía, de ambas cosas. Celebro que te quedes unos días más entre nosotros y estoy muy contento de que nos honres con tu presencia en la gala de esta noche. ¿Tienes ya la vestimenta elegida?

—¡No! De hecho salía ahora mismo de tiendas. No traje en el equipaje ningún vestido de etiqueta.

Sofía rio. Una risa natural y espontánea, como si de verdad comenzara a sentirse a gusto conmigo misma.

—Si te apeteciera puedo acompañarte, conozco una tienda donde encontrarás vestidos preciosos y a un buen precio. Los dueños son grandes amigos míos —dijo Federico mientras le guiñaba un ojo.

A Sofía le pareció una buena propuesta. La *boutique* estaba en la Vía del Corso, la misma calle del hotel, así que apenas tuvieron que caminar. Observó a Federico y vio en él a un hombre realmente atractivo. Debía rondar los sesenta años de edad. Tenía una gran cabellera blanca que peinaba hacia atrás con suma elegancia. Vestía con un elegante y llamativo traje blanco y mocasines del mismo color. Sofía pensó que aquel hombre debía resultar muy atractivo para la mayoría de mujeres. Se sorprendió a sí misma pensando que incluso para ella misma podría llegar a ser irresistible. Tenía

unos modales exquisitos, una voz dulce y tenue a la vez, una embriagante mirada y un aura que emanaba paz y serenidad. Federico tenía un tono de piel bastante moreno que le daba un aspecto muy saludable.

Llegaron a la tienda. La dependienta, Francesca, resultó ser la hermana de un buen amigo de Federico. No hablaba español ni inglés por lo que Federico hizo de traductor entre ambas. Francesca observó a Sofía con detenimiento, estudiando sus facciones al detalle. Enseguida les mostró tres deslumbrantes vestidos de gala. Sofía quedó prendada del primero de ellos, tanto que no le hizo falta probarse los otros dos. A ella le pareció el vestido perfecto para un evento como el de aquella noche, una deliciosa prenda de seda y color gris perla con suaves y elegantes bordados. Provocativo y distinguido al mismo tiempo. Sofía temió que el escote fuera excesivamente abierto. Sin embargo, una vez se lo probó, cualquier duda sobre si era o no el vestido perfecto, quedó totalmente disipada.

Decidió comprar también unos pendientes, un bonito collar, unos zapatos y un pequeño bolso, a juego con el vestido. Cuando vio el precio que mostraba la etiqueta del vestido, dos mil quinientos euros, estuvo a punto de repensárselo, pero aquel instante de vacilación no duró mucho. ¿Cuántas veces iba a tener oportunidad de asistir a un evento como aquel? Para su sorpresa, Francesca solo le cobró ochocientos euros por toda la compra. Sofía le dio las gracias por todo, el vestido era precioso y los complementos eran el broche perfecto para lucir bella y hermosa.

Ya de vuelta en el hotel, Sofía y Federico se despidieron y quedaron en el vestíbulo de la recepción a las seis y media de la tarde, donde un coche les recogería para llevarles a la gala. Sofía estaba emocionada como no lo había estado en muchos años. Eran ya las tres de la tarde, así que decidió emplear el resto del tiempo hasta quedar con Federico en meditar. No sabía si le traería consecuencias positivas o no. No tenía ninguna certeza de que el meditar le acabara por convertir en una persona mejor, pero sí tenía la seguridad de sentirse bien haciéndolo, por mucho que aún le quedara un gran camino por recorrer.

Al meditar Sofía sentía paz interior. Sentía fluir con la energía que le rodeaba, sentía desprenderse de su cuerpo y de su propia mente. Efectivamente, había algo más allá de la vida superflua, terrenal y carente de sentido que había elegido como compañera durante los últimos años. Y lo mejor de todo: ella era quien tenía la varita mágica, ella era quien tenía los ingredientes para evitar el sufrimiento sin sentido, el tormento y el vacío existencial con el que había permanecido durante tanto tiempo estrechamente unida.

Aquel día Sofía se olvidó de comer. Estaba tan emocionada con la recepción y tan volcada en la meditación, que simplemente se le pasó por alto. Cuando se dio cuenta eran ya cerca de las seis de la tarde, tenía poco más de media hora para vestirse como una princesa. También se había olvidado de ir a la peluquería. Soltó unos cuantos improperios por aquel despiste, pero enseguida se dio cuenta de que la situación no era para nada grave. Tenía una bonita, larga y rizada melena pelirroja y ella era

experta en hacerse recogidos graciosos y elegantes a la vez, así que en cuestión de unos pocos minutos se hizo un sensual peinado con el que a buen seguro causaría sensación.

Se vistió con calma, aun a sabiendas que el tiempo apremiaba. Disfrutó del placer de la lentitud y se deleitó observándose en el espejo. Pensó que estaba realmente bella. Una belleza distinta, una hermosura que iba más allá de la simple apariencia física. Sofía gozaba del resplandor de quien está en paz consigo mismo, de quien no se juzga ni juzga a los demás, de quien no recrimina, quien no sufre y de quien observa y acepta. Su mirada combinaba la serenidad y el brillo de la ilusión. Se sentía verdaderamente bonita. El vestido y los complementos eran de gran ayuda, pensó una sonriente Sofía. Se maquilló los ojos potenciado aún más su radiante mirada. Tomó una pequeña mochila de viaje y preparó la ropa para el día siguiente y algún otro enser personal.

En el *hall* le esperaban Federico y su esposa, Carla. Sofía no sabía que acudirían al evento con la esposa de Federico. De hecho, ni siquiera sabía que él tenía una esposa. Sin embargo, en cierta medida aquella sorpresa le alegró. Era una bellísima mujer que con solo mirarla contagiaba su dulzura. No era italiana sino sudamericana. De ahí que Federico hablara castellano a la perfección, tuvo que aprenderlo para poder conquistarla, le explicaron a Sofía entre risas. Había algo en Carla que hechizaba, no solo era su belleza física sino la serenidad que se veía en sus ojos. Sofía la observó en detalle, debía ser más joven que Federico pero no mucho más, quizá unos cinco o seis años. Su pelo, plateado por las canas, le otorgaba una elegancia singular. Tenía unas facciones bellísimas, unos grandes ojos negros y una sonrisa inusualmente encantadora y sincera.

Finalmente sería Federico quien conduciría hasta el Castello della Castelluccia. El chófer había tenido un percance personal que le impedía trabajar aquella noche. Federico conducía un Mercedes clásico que, pese a su antigüedad, parecía conservarse como una auténtica joya. Carla tuvo el detalle de sentarse detrás, junto a Sofía, y charlar con ella amigablemente.

Durante el viaje al castillo, que actualmente era uno de los hoteles más emblemáticos de la zona, Carla le explicó a Sofía la enigmática leyenda de los caballos en la niebla. El castillo, originario del siglo XII, repleto de misteriosos y recónditos rincones, de galerías ocultas, de paredes que transportaban a estancias prohibidas, escondía una oscura historia.

—Uno de los propietarios del castillo, de entre los muchos que ha llegado a tener, era el conde Rimbabito, un acaudalado noble de la época venido a menos debido a su adicción al juego y a las deudas que arrastraba —explicó Carla—. En una ocasión, borracho y habiendo perdido ya cualquier atisbo de sensatez, apostó su cuadra de purasangres, unos caballos a los que adoraba y que había cuidado desde joven. La mala fortuna quiso que perdiera la apuesta y, por tanto, también sus hermosos caballos, que hasta entonces habitaban libres y salvajes por aquellas tierras de verdes

praderas. Según cuentan, los caballos nunca se adaptaron a su nueva morada, alejada de aquellas tierras que les habían visto trotar en libertad y desafortunadamente… todos fallecieron. Cuando se enteró de tan triste noticia, Rimbabito cayó en una profunda depresión. La leyenda explica que el conde comenzó a escuchar de madrugada a los caballos galopando libres por las praderas que rodeaban el castillo. Hubo quien no le creyó, pues el conde tenía fama de borracho, pero con el tiempo surgieron más testigos que aseguraban escuchar a los caballos. Cuenta la leyenda que los espíritus de los caballos habían vuelto a las tierras que tanto amaban, donde habían sido libres y dichosos.

Aquella historia conmovió a Sofía, quien escuchaba el relato prestando toda su atención. Se preguntó si aquella noche ella escucharía el galopar de los caballos. Federico explicó que había quien aún hoy en día aseguraba oír a los purasangres, sin embargo también era cierto que podía haber una explicación bastante más lógica. Cerca del castillo había un arroyo y el agua, al golpear contra las piedras que encontraba en su camino, provocaba un ruido muy similar al trotar de los caballos. Federico, al ver la fascinación que aquella historia había provocado en Sofía, le prometió explicarle algún día la leyenda de Cristina de Suecia y el alquimista y la de la tumba de Nerón. Ella quedó realmente intrigada.

Llegaron al Castello della Castelluccia alrededor de las siete, aparcaron el coche en la misma puerta y un amable joven, empleado del hotel, se encargó de estacionarlo en el *parking* destinado para los invitados a aquel evento. El muchacho les preguntó si se iban a alojar en el castillo. Sorprendentemente para Sofía, solo ella pasaría la noche ahí. El joven le subió la maleta a su habitación, la número veintitrés.

Hacía más de una hora que había oscurecido. La temperatura era agradable para la mayoría de la gente cuyo atuendo no se limitaba a un vestido, como era el caso de Sofía. Por suerte, Carla pudo prestarle un chal que, curiosamente, combinaba bastante bien con el vestido plateado de Sofía. Carla era muy precavida y tenía por costumbre llevar un chal extra en el coche cuando acudía a este tipo de eventos. Le explicó a Sofía que en una ocasión asistió a una cena benéfica a la que acudían distinguidos y reconocidos personajes de la política internacional. Un invitado la reconoció entre la multitud y caminó raudo hacia ella con intención de saludarle efusivamente, pues le tenía un gran aprecio y llevaban meses sin verse. Justo cuando estaba a la altura de Carla abrió los brazos para darle un afectivo abrazo, sin haber visto el camarero que tenía a su izquierda. Las copas de vino tinto cayeron sobre Carla, que en aquella ocasión había elegido una vestimenta azul claro. Lo explicaba Carla con mucho sentido del humor, tanto que los tres acabaron por reír a carcajadas. Desde entonces tenía la costumbre de llevar consigo un chal extra que, en caso de apuro, podría acabar salvando un pequeño desastre como el que acababa de narrar. Sofía lo agradeció enormemente, pues a pesar de que aquella no era una noche especialmente fría, a ella sí se lo pareció.

Al entrar en el castillo, Sofía sintió que viajaba en el tiempo. Las paredes de aquel

lugar parecían guardar en su interior siglos de historia. Atravesaron pasillos enigmáticos con una misteriosa y medieval decoración hasta que llegaron a una gran sala en la que debía celebrarse el evento benéfico. Sofía quedó sorprendida por la cantidad de gente que había. Calculó que habría cientos de personas, todas ellas elegantemente ataviadas. La sala contaba con un gran número de camareros que continuamente pululaban de aquí para allá en busca de invitados sedientos o hambrientos. La sala tenía unos altos techos que le otorgaban un aspecto todavía más colosal. Las paredes estaban distinguidamente embellecidas por hermosas pinturas e imponentes cortinas de terciopelo en cada una de las ventanas. Había elegantes vitrinas por toda la sala luciendo las piezas de arte que iban a ser subastadas, al lado de las cuales se mostraba una etiqueta con el nombre del donante. El dinero que se recaudara con la subasta de cada una de aquellas pequeñas obras de arte iría destinado al proyecto de la ONG FDM, un proyecto del que Sofía no conocía el más mínimo detalle.

Sofía se despistó de Federico y Carla, fruto del embelesamiento y la desorientación. Había perdido de vista a sus nuevos amigos y de pronto se sintió terriblemente sola. Los buscó disimuladamente con la mirada, pero no pudo localizarles. Había muchísima gente reunida para aquel evento y la iluminación era considerablemente tenue, por lo que localizar a Federico y Carla le resultaría bastante complicado.

Se sintió bastante fuera de lugar al no conocer a nadie y no saber exactamente cómo comportarse. Había muchos grupos de personas charlando entre sí amigablemente, pero no había nadie que estuviera solo, a excepción de ella. Le resultaba muy incómodo el no tener a nadie con quien hablar y le dio la sensación de que el resto de personas podían entrever lo apurada que se sentía. Por suerte, de vez en cuando, algún camarero le ofrecía canapés o algo de beber. Fue precisamente aquella situación, tan terriblemente embarazosa para Sofía, la que le hizo aceptar todas las bebidas que le ofrecían. Al cabo de veinte minutos, comenzó a sentir los efectos del alcohol, había bebido ya tres copas de vino con el estómago vacío.

Afortunadamente, pasada una media hora Federico se acercó a ella. Sofía agradeció la presencia de aquel hombre y a punto estuvo de darle un abrazo, fruto de la ilusión por verle de nuevo y del vino que había bebido.

—¿Dónde estabas, querida? Te hemos buscado por todas partes —dijo Federico.

—Creo que me despisté —contestó torpemente Sofía—. Este lugar es tan precioso que me detuve a observarlo y cuando quise darme cuenta, ya os había perdido de vista.

—Te debiste despistar oyendo el galopar de los caballos —dijo Federico mientras reía.

Aquel hombre parecía feliz, pensó Sofía. De hecho, hubiera jurado que tanto él como su esposa eran muy dichosos. No sabía exactamente qué era, pero había algo en su mirada, en sus gestos y en su expresión, que emanaba paz. Quizá fuera el alcohol,

pensó finalmente Sofía.

—Sí, puede ser, aunque después de tanto vino, creo que me costaría distinguir el sonido de los caballos del del agua rompiendo contra las rocas —contestó Sofía mientras sonreía con expresión traviesa.

—Querida, hay alguien a quien querría presentarte. —Federico se giró buscando a alguien—. ¿Dónde se habrá metido este hombre?

—¿Quién? —preguntó Sofía con suma curiosidad.

—El hermano de mi mujer, un hombre encantador, a quien le tengo un especial aprecio. Un gran hombre, ¿me entiendes? —dijo Federico mientras guiñaba un ojo.

Sofía no le entendía, esa era la verdad, no tenía ni la más remota idea de lo que querría decir, pero sonrío y asintió.

—¡Estoy deseando conocerle! —exclamó ella con entusiasmo.

—¡Míralo! Ahí está —dijo Federico entusiasmado mientras se giraba hacia su izquierda.

Un camarero les ofreció más vino y unos canapés. Sofía aceptó el vino, aun a sabiendas de su incipiente estado de embriaguez. Quiso compensar el exceso de alcohol con un par de canapés de algo que, a juzgar por la apariencia, parecía anchoa con caviar.

—Sofía —dijo Federico mientras ella sostenía una copa de vino que el camarero amablemente estaba rellenando—. Te presento a Alejandro.

Ella se volvió enérgicamente y acto seguido se desmayó.

Debes mudar de ánimo, no de cielo.

SÉNECA

C A P Í T U L O 24

Cuando manda el corazón

Sofía despertó en la cama de la preciosa *suite* Manzolini del Castello della Castelluccia. La chimenea estaba encendida. Federico y Carla, sentados junto a la cama, mostraban cierta preocupación en el rostro. Al lado de la chimenea, de pie y meditativo, estaba Alejandro. Su Alejandro. Sofía sentía los tormentosos efectos del vino y a su mente le costaba un gran esfuerzo el pensar con una mínima claridad. ¿Qué demonios hacía allí aquel hombre? ¿Había dicho Federico que Alejandro era el hermano de Carla?

Se sentía tremendamente mareada, tanto que apenas pudo articular palabra cuando Carla le preguntó dulcemente cómo se encontraba. Federico se giró hacia su mujer y con una cálida sonrisa le hizo un gesto para que se marcharan. Ambos se fueron sin apenas hacer ruido y entonces Sofía se quedó a solas con Alejandro en aquella habitación. Su turbación le impedía incorporarse. Pensó que debía tener un aspecto horrible y deseó tener un espejo a mano para echarse un vistazo. Alejandro permanecía impasible junto a la chimenea, contemplando el fuego.

Tras un gran esfuerzo Sofía logró incorporarse. La habitación estaba prácticamente a oscuras, alumbrada solo por la llama del fuego y dos pequeñas lámparas situadas sobre la chimenea. Al oírla incorporarse, Alejandro abandonó su estado meditabundo y se acercó a ella. Cogió una butaca y la acercó a la cama, se sentó en ella y simplemente contempló a Sofía. Aquello hizo que ella sintiera una mayor ofuscación.

Inexplicablemente para Sofía, Alejandro no se dignaba a hablar y el hecho de que la estuviera observando con tanto énfasis, la hacía sentirse verdaderamente incómoda. Finalmente Sofía se armó de valor y decidió ser ella quien rompiera el hielo. Aquella decisión tardó en materializarse, dado que las palabras no parecían querer brotar de su interior.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó dulcemente Alejandro antes siquiera de que Sofía pudiera decir una sola palabra.

Ella recordó como instantes antes, al observar a Carla, le había parecido ver algo familiar en su mirada. Realmente guardaban un parecido asombroso. Él debía ser

bastante más joven que ella, alrededor de unos diez años, pero ambos tenían la misma expresión en la mirada.

—Un poco mareada —respondió Sofía un tanto contrariada.

—¿Quieres que te traiga algo? ¿Un vaso de agua, quizá?

—No, no es necesario, pero yo…

Sentía cierta dificultad al hablar. Quería preguntarle qué hacía allí, pero se sentía incapaz.

—¿Demasiado alcohol sin haber comido apenas nada?

¿Cómo demonios lo sabía?, se preguntó Sofía.

—Sí… Me temo que sí —contestó avergonzada.

—Eso tiene fácil solución. Si te ves con ánimos de volver a la fiesta, llegaremos a tiempo de cenar —dijo Alejandro sonriendo.

—Sí, claro. Me encantaría.

¿Por qué había dicho eso? Ella no quería comer, solo quería respuestas.

Sofía se levantó con cierta dificultad con la ayuda de Alejandro, quien le llevó de nuevo al evento. No volvieron a la misma sala, sino a otra repleta de mesas decoradas como si se tratara del banquete de un enlace matrimonial. Al final de la sala había un escenario donde unos músicos amenizaban el evento. Un panel situado a la entrada de la sala mostraba la mesa en la que cada invitado había sido asignado. Tal y como Sofía se imaginaba, Alejandro y ella cenarían en la misma mesa, junto a Carla, Federico y otras cuatro personas a las que ella no conocía.

Sofía quiso pedirle a Alejandro un momento a solas antes de sentarse en la mesa junto a las otras seis personas. Le parecía asombroso el haberse encontrado de nuevo en aquellas circunstancias y no aclarar qué diablos hacía él allí. No podía creer que fuera fruto de la casualidad y, de serlo, no hubiera entendido el no haber observado el más mínimo desconcierto en él. Sin embargo, Sofía se limitó a seguir a Alejandro y a sentarse junto a él en la mesa asignada, la número veintitrés.

—¿Qué tal te encuentras, Sofía? —le preguntó Carla.

¿Sabrían ellos que Alejandro y ella ya se conocían?

—Un poco mejor, Carla. Es que hoy se me olvidó comer.

Sofía se dio cuenta de que el resto de invitados de la mesa la estaban observando, lo cual la incomodó aún más. Su desmayo debía haber causado furor, pensó. Todos rieron con la inocente e inusual respuesta de Sofía. De haber sabido que la estaban mirando, seguramente hubiera respondido de manera diferente.

—Eso tiene fácil solución —respondió Carla.

A Sofía le pareció haber escuchado aquellas mismas palabras hacía unos pocos minutos. Seguía bastante confundida, por lo que se limitó a permanecer callada y a comer, disimuladamente, el pan que tenía a su izquierda. Todos en la mesa parecían conocerse, pues charlaban amigablemente y con cierta confianza. Debía ser un grupo de personas muy agradable, pensó Sofía. Pero en aquel instante, ella no se sentía con ánimos de socializar. Por fortuna, nadie le forzó a entrar en la conversación,

limitándose a permitir que Sofía se recuperara.

Mientras esperaba la comida con ciertas ansias, Sofía trató de seguir la conversación del grupo que, afortunadamente para ella, hablaba en castellano. Estaban charlando sobre viajes. Había un matrimonio excepcionalmente divertido que narraba las aventuras de su primer viaje a Kenia, hacía unos veinticinco años. Al parecer, la compañía aérea con la que viajaban había perdido sus maletas. No consiguieron recuperar sus pertenencias hasta pasados tres días durante los cuales habían tratado de comprar ropa y algunos enseres, pues no sabían cuánto tiempo tardarían en devolverles su equipaje. Mostraron fotos de la ropa que habían conseguido comprar y la mesa entera rio a carcajadas. Sofía acabó por contagiarse de aquel ambiente de diversión y regocijo, especialmente cuando la mujer explicó que le había resultado imposible encontrar tiendas en las que vendieran ropa interior, por lo que había optado por comprar trajes de baño, cada cual más llamativo.

Aquel matrimonio, Alfredo y Francisca, eran la diversión personificada. Habían nacido ambos en Chile, donde residían mientras no estaban viajando. En aquel momento se encontraban de viaje por Europa. Habían decidido comenzar por Italia, por el momento habían visitado la genuina ciudad de Nápoles y la bella Roma. Al día siguiente viajaban a Pisa, donde pasarían un par de días, después visitarían Florencia y, finalmente, la mágica Venecia. Alejandro les comentó que, curiosamente, él debía ir a Venecia al día siguiente. Aquello molestó enormemente a Sofía, quien parecía revivir gracias al pan, pero trató de mostrar indiferencia.

Alfredo y Francisca decidieron cambiar sus planes para coincidir en Venecia con Alejandro, quien amablemente les había ofrecido un lugar donde hospedarse, propiedad de un amigo suyo a quien Carla y Federico también parecían conocer. Sofía sintió cierta envidia al imaginarse dónde se alojarían, un lujoso apartamento de trescientos metros cuadrados situado en un palacio construido por el famoso arquitecto Baldassare Longhena. El edificio tenía tres fachadas, explicó Alejandro, la principal de ellas daba al Gran Canal de Venecia. A Sofía casi se le salían los ojos de las órbitas imaginando aquellas vistas de ensueño.

—Y a ti, Sofía, ¿qué te ha traído a Roma? —preguntó Francisca. Los nervios se apoderaron de Sofía, quien se había sentido cómoda mientras todos hablaban y ella no tenía más que observar, como quien disfruta de una gran obra de teatro. ¿Qué podía contestar a aquella pregunta? ¿Podía permitirse el lujo de ser sincera? ¿Por qué no? Seguramente no volviera a ver a aquellas personas nunca más y, además, ¿qué tenía ella que esconder?

—Mi prima quiso evitar que me casara con el hombre equivocado y, pensando que yo aceptaría su proposición de matrimonio, no se le ocurrió otra cosa que enviarme a Roma —dijo sin más.

A los dos segundos de silencio y rostros atónitos, le siguieron un estruendo de carcajadas. Al parecer, al resto de los comensales les causó mucha gracia la respuesta de Sofía. Alejandro se acercó a ella y, mientras le ponía la mano en la rodilla, le dijo

al oído: «Eres única».

Sofía no comprendía muy bien la reacción de sus compañeros de mesa, ella no le veía ninguna gracia al comentario que acababa de hacer, pero teniendo en cuenta que el ambiente era deliciosamente alegre y que ella no tenía ninguna intención de desentonar con el mismo, se sumó al resto y rio sin más. Además, había conseguido llamar la atención de Alejandro, quien en público solía mostrarse siempre más distante. «La noche no va del todo mal», pensó Sofía.

—¿Y llegó a tiempo? Tu prima, me refiero, ¿pudo evitar que aquel hombre te pidiera matrimonio? —preguntó Francisca con sumo interés.

—Sí. De hecho, yo no me enteré de esto hasta pasados varios días. Veréis… —Sofía ya se sentía del todo cómoda con aquel grupo—. Mi prima vive en Alemania y resulta que mi expareja, al no poder localizarme, le llamó a ella. Al parecer le dijo que tenía intención de pedirme matrimonio. Mi prima no le tiene mucho aprecio, ella cree que él no es la persona indicada, ¿sabéis? Ella pensaba que yo aceptaría la propuesta, así que se le ocurrió la brillante idea de volar a Barcelona y tratar de impedirlo. Finalmente su plan no fue otro que… ¡enviarme fuera del país! Pero yo no me enteré de esto hasta hace una semana. Estando ya en Roma, un día me llamó mi prima y me lo confesó todo —explicó Sofía sin saber muy bien por qué les estaba contando todo aquello a unas personas a las que apenas conocía.

Y entonces pasó algo sorprendente. Sofía escuchó un comentario de Alfredo, el marido de Francisca, que le dejó literalmente helada. No podía haberse confundido, estaba segura de lo que había oído. Justo en el instante en el que Sofía estaba pronunciando la última frase, Alfredo se había girado a su mujer y entre risas le había dicho: «¡Cómo es nuestra Laura!». Sofía se sintió aturdida una vez más. Ella no había mencionado el nombre de su prima en ningún momento y menos a Alfredo. Y aunque así hubiera sido, ¿qué era aquello de «nuestra Laura»?

—De no haber llegado a tiempo Laura, ¿qué le habrías respondido? —le preguntó Alejandro clavándole la mirada.

Él había mencionado hábilmente el nombre de Laura, lo que a Sofía le hizo dudar acerca de si quizá también ella lo había nombrado en algún momento. Alejandro no sonreía, le miraba fijamente esperando una respuesta que él ya conocía. Con suma maestría, él consiguió que Sofía se olvidara del comentario de Alfredo. Aquella mirada intimidaba sobremanera a Sofía. Ella agradecía el poder disfrutar de la atención plena de Alejandro, para quien parecía que no hubiera nadie más en el mundo. Sin embargo, lo cierto es que Sofía hubiera preferido una mínima muestra de ternura en aquella mirada que, en cierto modo, le pareció severa e intransigente.

—Sí, exacto, ¿qué le hubieras respondido a Adolfo? —preguntó Carla con curiosidad.

¿Adolfo? ¿Cuándo había dicho ella su nombre? Sofía sentía enloquecer, ¿qué diablos estaba pasando ahí? Pensó que quizá eran imaginaciones suyas, pensó que tal vez ella hubiera nombrado anteriormente tanto a Laura como a Adolfo. Concluyó

que, en cualquier caso, lo mejor era dejar sus sospechas de lado, pues la lucidez no era su mejor aliada aquella noche. Ya no había nadie en la mesa que no estuviera pendiente de Sofía. Le pareció incluso sentir las curiosas miradas de las mesas de alrededor.

—Le hubiera dicho que no. Sin lugar a dudas —respondió Sofía sin mirar a Alejandro.

—¡Propongo un brindis por eso! —dijo Alejandro entre risas. Todos brindaron, incluida Sofía, quien, pese a no entender muchas de las cosas que ahí estaban sucediendo, se sentía muy a gusto.

Pasados unos minutos, los camareros comenzaron a servir la cena. Sofía estaba hambrienta, por lo que tuvo que contenerse para no atacar la comida antes incluso de que su plato tocara la mesa. Sirvieron el primero y aun a pesar de no saber exactamente qué era, a ella le pareció un verdadero manjar de dioses. Carla, sentada a su izquierda, le indicó que era una ensalada de bogavante con vinagreta de trufas. A Sofía le pareció increíble que pudiera adivinarlo sin ni siquiera probar la comida, pero enseguida se percató de que al lado de las copas había una pequeña tarjeta con el menú. Al parecer, para el segundo plato debían elegir entre una lubina rellena de verduritas con puré de coliflor y un osobuco con salsa gremolata y milhojas de verduras. «¡Qué delicia!», pensó Sofía.

Disfrutó de la ensalada de bogavante prácticamente sin dirigirle la palabra a nadie, estaba concentrada en ingerir aquel manjar. Finalizado el primero, Sofía recuperó una tonalidad saludable en su rostro. Incluso se atrevió a probar un sorbo de vino, alentada por Federico, quien con sumo entusiasmo le instaba a degustarlo, un Barbaresco, cosecha del 2007. Según le explicó, aquel vino se producía con una variedad de uva italiana llamada Nebbiolo, principalmente cosechada en la región de Piamonte y había conseguido formar parte de la lista de los mejores vinos de Wine Spectator, una famosa revista de vino.

Un camarero retiró diligentemente los platos mientras otro preguntaba a cada comensal qué segundo plato prefería. La agradable música del escenario, un grupo de *jazz* moderno, dejó de tocar, tras lo cual un hombre subió al escenario e hizo una breve presentación del evento. La exposición fue, como cabría esperar, en italiano. Aun así, Sofía entendió prácticamente todo cuanto aquel hombre estaba diciendo. Explicó en qué consistiría el evento. Una vez terminara la cena, incluido postres y cafés, daría comienzo la subasta. Todos los objetos subastados habían sido expuestos en la sala en la que anteriormente disfrutaron de bebidas y canapés. El dinero recaudado se destinaría íntegramente a la ONG FDM.

El presentador del evento comenzó con los agradecimientos, dejando para el final el más importante, según entendió Sofía. Agradeció enormemente la presencia de Alejandro Gutiérrez. Viendo la reacción del resto de las personas de su mesa, parecía más que obvio que el tal «Alejandro Gutiérrez» era su Alejandro. Nadie, a excepción de Sofía, pareció sorprenderse por aquel efusivo agradecimiento que la sala entera

acompañó con un sonoro aplauso. Sofía se giró a Alejandro y vio que este respondía al caluroso aplauso con un gesto de agradecimiento. ¿Qué habría hecho aquel hombre para merecer semejante ovación?

—¿Por qué te aplauden tanto? —le preguntó Sofía a Alejandro inclinándose sobre él y susurrándole al oído.

No solía ser indiscreta pero lo cierto era que estaba realmente intrigada. Alejandro se giró hacia ella haciendo que los labios de ambos estuvieran a no más de dos centímetros de distancia. Le miró a los ojos y el mundo entero se paró para Sofía. Sintió una fuerte presión en el pecho y por primera vez fue plenamente consciente de lo enamorada que estaba de aquel hombre. No tenía ningún sentido tratar de ocultarlo, no a sí misma. Alejandro mantenía la mirada fija en los ojos de Sofía. Una expresión tranquila y serena que finalmente varió mostrando en su rostro una traviesa sonrisa, lo que hizo que Sofía se asustara y retrocediera a su sitio.

—Les gusta como canto —dijo finalmente Alejandro.

Él sonreía como si se estuviera burlando de Sofía, pero eso a ella ya no le molestaba. Su carácter bromista, que inicialmente le había resultado incluso molesto a Sofía, se había vuelto una cualidad irresistible. Ella se limitó a devolverle la sonrisa, coqueta y nerviosa a la vez.

Trajeron los segundos y Sofía sintió un gran alivio, pues no sabía muy bien cómo comportarse con Alejandro. Se sentía torpe en el arte de la seducción. Además, ni siquiera sabía si él sentía algo por ella. Hubiera pensado que sí, a juzgar por su actitud pícara y juguetona, pero lo cierto era que ella tenía la impresión de que él era así con todo el mundo. Sofía pensó en coquetear con él, intentar seducirle, mostrarse presumida y vivaracha, pero le frenaba la convicción de no saber cómo hacerlo.

Se levantó para ir al baño, excusándose antes con sus compañeros de mesa, quienes enseguida le preguntaron si se encontraba bien. Una vez en los lavabos, Sofía meditó sobre lo que acababa de sentir. De pronto sintió el mundo engrandecer, todo a su alrededor adquiría un significado diferente. El vacío y la frivolidad que le habían acompañado durante los últimos años se esfumaron de un plumazo con la esperanza de poder vivir algo grande y valioso. Realmente le daba igual si acababa viviendo o no un romance con Alejandro, no era relevante si este se convertía en su novio, su esposo o su amante. Lo verdaderamente importante era la posibilidad de que ello sucediera. Había algo más allá de una vida grisácea, tediosa y vacía. Todavía podía sentir la magia. Si no era Alejandro, sería otra persona. Si no era el amor, sería otra emoción. Sino era hoy, sería mañana. Daba lo mismo. Lo que acababa de sentir era más valioso que la persona en sí, más significativo que la emoción concreta y, por supuesto, tan trascendental como para que no importara el sentirlo hoy o dentro de un año.

A Sofía no le asustaba el no saber coquetear con Alejandro. Era el fracaso lo que de verdad le aterrorizaba. Si no lo intentaba, tenía garantizada la ausencia de decepción y frustración, pensó. No era su intención en aquel momento iniciar

ninguna sesión espontánea de autoconocimiento, pero había constatado una realidad y no quería engañarse. En un intento de alejar cualquier tipo de presión, Sofía pensó que lo mejor sería limitarse a disfrutar de la noche. Sí, estaba enamorada de Alejandro y sí, deseaba con todas sus fuerzas que sucediera algo entre ambos. Pero en aquella noche, ella no quería imponerse ninguna meta que alcanzar. No era ningún acto de cobardía, sino la decisión de dejar que los acontecimientos fluyeran libremente.

Volvió a la mesa. El resto de comensales estaba debatiendo ávidamente sobre el concepto de la felicidad. Ella se abstuvo de participar, prefería observar la conversación desde la distancia. El tercer matrimonio era español, de Córdoba. Apenas habían hablado en toda la noche pero a Sofía le parecieron dos personas dignas de conocer. Tendrían entorno a los sesenta años y ambos estaban prejubilados. Al igual que sucedía con el matrimonio chileno, Fernando y María Antonia, que así se llamaba la pareja de españoles, dedicaban gran parte de su tiempo a viajar. Había un nexo en común entre todas aquellas personas, un vínculo que, por muy evidente que fuera, a Sofía le costaba adivinar. Era obvio que todos se conocían entre sí. De hecho, parecía unirles una gran amistad. Sin embargo, por más atenta que estuvo, Sofía no logró ver cuál era exactamente la relación entre aquellas personas. En un par de ocasiones intentó averiguarlo preguntándoselo a Carla, pero su respuesta fue tan ambigua como esquiva.

Trajeron los segundos platos y Sofía no pudo evitar dibujar una infantil sonrisa en su rostro al ver semejante espectáculo. Ya se sentía totalmente recuperada, algo en lo que la exquisita comida estaba contribuyendo notablemente. Nunca había probado una lubina tan excepcional como aquella. Sirvieron vino blanco para quien comiera pescado, un Batar del 2007. Pese a los elogios que Federico vertió sobre aquel exquisito vino, Sofía prefirió no mezclar alcohol y continuar con el vino tinto. Ella no tenía reparos en combinar vino tinto con pescado y, teniendo en cuenta que hacía poco más de una hora había sufrido un desvanecimiento, cualquier precaución era poca.

El postre fue sencillamente espectacular, un original tiramisú de fresa, chocolate y turrón ligeramente bañado con chocolate caliente. En el centro de la mesa sirvieron un apetecible surtido de repostería casera. Sofía estuvo tentada de probar el surtido, pero después de todo lo que había comido, prefirió limitarse al tiramisú.

Sirvieron los cafés y el champán. Informaron a la gente de que se abrirían las puertas que daban a un reciento semiabierto donde estaba permitido fumar. Carla y Federico se levantaron de la mesa con intención de disfrutar del champán en la zona contigua. Le preguntaron a Sofía si quería acompañarles y ella, de buen gusto les siguió. Estaba bebiendo bastante, pero la cantidad de comida que había ingerido aquella noche hizo que los efectos del alcohol fueran incluso agradables. Federico, Carla y Sofía conversaban amigablemente cuando se acercaron Alejandro y Alfredo disfrutando ambos de una copa de champán que acompañaban con un puro. A Sofía

le pareció que Alejandro estaba muy atractivo ataviado con aquel elegante esmoquin. Curiosamente, en ese instante Carla y Federico estaban hablando de la mencionada prenda.

—¿Sabías cuál es el origen del esmoquin? —le preguntó Federico a Sofía.

—La verdad es que no —contestó ella intrigada.

—Se remonta al siglo XIX y según se cuenta, era una prenda que empleaban los caballeros británicos para fumar. Como bien sabrás, la palabra fumar se traduce al inglés como «smoke», y de ahí que se le acabara conociendo a esta vestimenta como «smoking».

—Qué interesante… —dijo Sofía—. No tenía ni idea.

La charla continuó viva entre los cuatro amigos y Sofía, quien cada vez más se sentía parte de aquel grupo que la había acogido con los brazos abiertos. La velada estaba resultando deliciosa, aun a pesar del pequeño traspié tras la inesperada reaparición de Alejandro. Sofía se percató de que todavía no sabía qué hacía él ahí y de si ello se debía a una simple casualidad, pero en aquel momento aquello era totalmente irrelevante. Se sentía feliz, así que decidió centrarse únicamente en el instante que estaba viviendo.

Carla estaba bromeando con Alejandro, parecía que incluso se estuviera burlando cariñosamente de él. Él estaba recibiendo una cucharada de su propia medicina, pensó alegremente Sofía. Sin embargo, Alejandro no se dejaba acorralar lo más mínimo. De hecho, él parecía disfrutar de aquella cómoda batalla dialéctica. Carla quiso lanzar a su hermano una embestida picarona.

—Alejandro, querido —comenzó diciendo Carla con un gracioso e ingenuo tono de venganza—, ¿qué te parece nuestra adorable invitada? —preguntó mientras se giraba hacia Sofía, quien al escuchar aquellas palabras notó arder sus mejillas.

¿A qué venía aquella pregunta? Sofía abrió los ojos atónita, deseando desaparecer de aquella escena.

—Sencillamente adorable —contestó un risueño Alejandro—. ¿No te lo había dicho todavía? —preguntó Alejandro girándose hacia Sofía.

¿Por qué le metían a ella en medio de aquella guerra?, se preguntó con cierta turbación. Se sentía mucho más cómoda pasando desapercibida y limitándose a observar. Pero ella ya no era una chiquilla que pudiera escudarse en su timidez. Dio un gran trago a su copa de champán y se armó de valor para contestar.

—No. No me lo habías dicho —dijo Sofía con garbo y cierta recriminación en su voz.

¿Estaba coqueteando? Quizá sí. Fuera lo que fuera lo que estaba haciendo, debía disfrutar de ello, así que se relajó y se permitió participar en el juego.

—Eso es completamente imperdonable. —Alejandro se aproximó a Sofía y tomándose ciertas licencias, le susurró al oído—. Perdóname chiquita, mi conducta ha sido totalmente inexcusable.

Todos observaban atentos la reacción de Sofía, quien no pudo hacer más que

ruborizarse y ofrecer a sus espectadores una desconcertada sonrisa. Por suerte para ella, en aquel momento se acercaron los camareros para anunciar que la subasta estaba a punto de comenzar.

Si no cambias la dirección, puedes terminar donde has comenzado.

LAO-TSE

C A P Í T U L O 25

Que digan misa

La ceremonia de subasta dio comienzo una vez todos los invitados ocuparon sus asientos. Las mesas estaban ahora repletas de cafés, licores y repostería variada. De vez en cuando algún camarero se acercaba a ofrecer champán a los invitados. El evento parecía funcionar como cualquier otra subasta, pensó Sofía.

Comenzaron por subastar pequeñas obras de arte. La primera de ellas resultó ser un original cubo de Rubik que había sido tallado por un famoso escultor italiano cuyo nombre Sofía no logró entender, a finales de los años ochenta. Fue entonces cuando se percató de que aquello distaba mucho de asemejarse a una subasta normal. El ritmo no era frenético, sino más bien al contrario. El presentador del evento destinaba mucho tiempo para exponer los detalles de cada pieza ofrecida. Explicó que el famoso juego había sido un invento de un profesor de arquitectura en Budapest. El cubo de Rubik había sido creado en mil novecientos setenta y cuatro, pero su popularidad llegó durante los años ochenta. Dado que la subasta se celebraba en italiano, a Sofía le costaba bastante entender todo cuanto se explicaba, pero de vez en cuando Carla, sentada a su izquierda, tenía la gentileza de traducirle cuanto el presentador explicaba. Creyó entender que en el origen del cubo había tenido un papel muy importante el río Danubio, pero no comprendió exactamente por qué.

—El número de Dios —le susurró Alejandro al oído—. Es como se llama al menor número de intentos necesario para formar el cubo de Rubik.

Sofía se giró hacia él sin entender nada.

—¿Cómo dices? —preguntó ella.

—Es lo que está explicando ahora Enzo.

—¿Enzo?

—El presentador. —Sofía agradeció el detalle. Debía ser más que evidente que apenas estaba comprendiendo lo que se decía durante el evento, aun a pesar del enorme esfuerzo que estaba haciendo—. A su creador le llevó más de un mes encontrar la solución. Enzo dice llevar más de cuatro años intentándolo… ¡ja, ja, ja!

Dio comienzo la subasta y enseguida la gente se animó a participar. Ninguno de

los compañeros de mesa de Sofía pujó por aquella pieza, pero todos estaban expectantes y disfrutando mucho. El cubo se vendió finalmente por doce mil euros.

La siguiente pieza en ser subastada fue un broche de oro y plata del siglo XIX con forma de ramo y diamantes incrustados. Su precio de salida fueron tres mil quinientos euros. Su precio final superó los veinte mil euros. A Sofía le costaba imaginarse el poder gastar tanto dinero, pero aquellas personas compraban sin el más mínimo miramiento.

Pasada una hora, se habían vendido trece piezas, entre ellas varios bocetos de obras de arte de Miguel Ángel, unos pendientes de esmeraldas que habían pertenecido a la florentina Lisa Gherardini y un original e inusualmente grande caleidoscopio, que había sido creado por un famoso artista italiano. Hicieron un descanso de unos veinte minutos. Carla les propuso ir al recinto contiguo para poder fumar. Sofía prefirió quedarse en la mesa. Alejandro tampoco quiso acompañarles y en su lugar, permaneció junto a Sofía.

—¿Qué haces mañana? —pregunto de pronto Alejandro.

¿Le estaría proponiendo algo o sería otro de sus juegos? Sofía tenía la impresión de que aquel hombre le tomaba el pelo continuamente, claro que ahora eso ya no solo no le importaba, sino que había llegado incluso a gustarle.

—Recuperarme de la resaca —respondió Sofía riendo.

No sabía por qué pero de repente sentía ganas de reír. Probablemente sería consecuencia del alcohol. Se sentía libre, sin preocupaciones que le turbasen, no había un mañana por el que luchar y tampoco había un pasado que le martirizara. Tan solo tenía el momento presente.

—Bien. Calculo que a eso de la seis de la tarde ya te habrás recuperado. ¿Por qué no te vienes conmigo a Venecia?

La noche no dejaba de sorprender a Sofía. Pensó en lo curioso que resultaba el hecho de que hasta hacía unos cuantos días, no solo su vida era totalmente monótona y carente de sentido, sino que también lo era la de las personas que le rodeaban. Sin embargo, en las últimas semanas sus días se habían vuelto tan enérgicos y vivaces, que le resultaba inconcebible el vivir de otro modo.

Quizá Séneca tuviera razón y el secreto de la felicidad estuviera en levantarse del sofá, en abrir las puertas y dejar que la propia vida se apoderara de su existencia. Ella llevaba mucho tiempo cerrando las puertas a una vida que no fuera la rutina y el hastío. No dejaba de ser irónico lo mucho que detestaba su anterior vida y el hecho de que la llave del cambio la hubiera tenido siempre ella. Recordó el miedo que siempre sentía a salirse del camino previamente establecido. Pero ¿quién había trazado aquella ruta de la que no podía desviarse? ¿La sociedad? ¿Sus padres? ¿El colegio? ¿La televisión, las revistas, los libros? Nada de eso, pensó. Había sido ella misma. Ella había trazado inconscientemente aquel camino de dirección única y no retorno. Estaba claro que su entorno podía haber influenciado en ello, pero la decisión última sobre cómo vivir su vida solo le pertenecía a ella.

—Sí, claro, ¿por qué no? —contestó Sofía con una seductora espontaneidad.

En aquel instante, le era irrelevante lo que el mundo pudiera pensar de ella, le traía sin cuidado lo que cualquiera pudiera decir, a Sofía solo le importaba su recién estrenada naturalidad. Debía vivir la vida, ¿qué mejor modo de hacerlo que viajando a Venecia con Alejandro? Él quedó tan descolocado que apenas supo reaccionar. Era evidente que esperaba otra respuesta por parte de Sofía.

—Me alegro… Me alegro mucho de que vengas conmigo —contestó él un tanto desconcertado. El hecho de que Sofía le hubiera sorprendido le gustaba y mucho—. Mañana te recojo en tu hotel a las seis. Yo arreglo lo de tu billete, no creo que haya problema.

Sofía le sonrió despreocupadamente. Aquel cambio estaba dejando a Alejandro fuera de juego, parecía como si Sofía estuviera floreciendo.

Comenzó la segunda parte de la subasta que resultó ser todavía más animada que la primera. Prácticamente todo el mundo adquirió alguna pieza, era su manera de colaborar con aquella iniciativa: aportando un objeto a la subasta y adquiriendo otro. Sofía no compró nada, pero la ceremonia le estaba resultando extraordinariamente divertida, aunque no entendiera ni la mitad de lo que el presentador explicaba. Afortunadamente Carla y Alejandro hacían de vez en cuando de traductores, especialmente cuando Sofía mostraba una graciosa expresión de incomprensión.

Y así acabó la noche, entre risas y buen ambiente. Todos se intercambiaron teléfonos con Sofía, quien estaba realmente animada por haber tenido la suerte de conocer a aquellas personas. Fueran como fueran, lo importante para ella era que no eran personas «grises», sino más bien todo lo contrario, era gente que apostaba por la vida. Ella se dio por satisfecha con el mero hecho de haberles conocido y de constatar que, efectivamente, existía una esperanzadora alternativa a su anterior vida.

Sabía que le restaba un arduo camino por recorrer, todavía no estaba viviendo la vida que quisiera y tenía aún muchas aristas que limar en su propia existencia. Sin embargo, el saber que la posibilidad era real, le colmó de esperanzas. Se despidió de sus compañeros de mesa con un sentido abrazo, prometiendo hacer lo posible por reencontrarse en algún momento, en algún lugar. Llegó el turno de despedirse de Alejandro. Pero aquello no era una despedida, sino un hasta mañana. Igualmente, él la estrechó entre sus brazos y le susurró lo feliz que estaba de haberla vuelto a ver.

Lo que hoy somos descansa en lo que ayer pensamos.

SIDDHARTA GAUTAMA

C A P Í T U L O 26

Llegando a ti (poco a poco)

Sofía se levantó resacosa. La mezcla de vino y champán no había sido muy saludable. Finalmente sí había probado el vino blanco, además de diversos licores que sirvieron después del postre. Se levantó en torno a las once de la mañana. Hubo un momento durante la noche anterior en el que hubiera jurado que acabaría en su habitación con Alejandro. No fue así, pero tampoco estaba triste por ello, ni siquiera defraudada. ¿Por qué habría de estarlo cuando tenía la fortuna de poder viajar con él a Venecia? De pronto temió haberlo soñado. Se lavó la cara y los dientes. Se peinó, se vistió y bajó a desayunar. Un poco de café le vendría muy bien.

Mientras bajaba al restaurante pensó en que tal vez tuviera la suerte de encontrarse con alguno de sus compañeros de mesa, quizá alguno habría pasado la noche en el hotel. Pero no fue así, no conocía a ninguna de las personas que estaban desayunando. Pensó en lo extraño que era el hecho de que ella sí hubiera pasado la noche ahí. Después de desayunar recogió sus enseres y bajo a hacer el *check out*. Todo estaba ya pagado, lo cual tampoco le sorprendió.

Tomó un taxi y se dirigió al Grand Hotel Plaza. Aquel día iba a ser su último día en Roma, así que le propuso a Federico el invitarles a él y a su mujer a comer juntos. Federico aceptó de buen gusto. Pasaron la comida comentando lo bien que se lo habían pasado la noche anterior. A Sofía se le hacía muy extraño el pensar que Carla era la hermana de Alejandro. Sencillamente no se hacía a la idea. Los tres prometieron volver a verse pronto. De hecho, Federico y Carla tenían previsto visitar en un par de meses a Alejandro en Sitges, así que no tardarían mucho en reencontrarse. La despedida fue muy emotiva para Sofía, quien a punto estuvo de derramar unas lágrimas. Se sorprendió bastante lo poco conmovido que se mostró el matrimonio, quien se despidió de ella como si le fueran a ver en un par de días.

Después de comer, Sofía se fue a dar una vuelta por Roma. Su último paseo por aquella mágica ciudad que ya jamás olvidaría. Quería comprar un par de obsequios para Federico y Carla. No tenía muy claro qué regalarles pero quiso que fuera algo que les ilusionara, al fin y al cabo aquella pareja se había portado con ella de manera excepcional. Él le había acogido en la mejor habitación de su hotel cuando ella no

tenía dónde dormir. Finalmente decidió regalarles un par de billetes de avión a Barcelona. Le dejó los pasajes a Paola, la recepcionista, junto con una emotiva carta de agradecimiento.

A las seis de la tarde Sofía estaba en el *hall* del hotel, sin quitar ojo de las puertas giratorias, a la espera de ver aparecer a Alejandro. Estaba ansiosa por verle, pero a la vez sentía unos nervios traicioneros que momentáneamente, le hacían valorar seriamente la opción de marcharse. Eran las seis y cinco y Alejandro continuaba sin aparecer. Cinco minutos más tarde, una desanimada Sofía comenzó a hacerse a la idea de que él no se presentaría. En cierto modo, ella era consciente de que la historia era demasiado bonita como para ser real. Seis y cuarto y no aparecía nadie. Pensó en lo absurdo que era el no tener el número de teléfono de Alejandro.

Sofía se dirigió al bar y decidió tomarse una copa. No le apetecía beber en aquel instante, pero la ocasión bien lo merecía. Luchaba por no sentirse desgraciada, pero la realidad era que en aquel momento no se sentía especialmente dichosa. Con la mirada perdida y descuidando su equipaje, Sofía bebió un sorbo de *whisky*. Era la primera vez en su vida que lo probaba y se preguntó cómo podía haber gente a la que le gustara aquella bebida. Alguien le rozó el hombro derecho. Sofía se giró bruscamente, era Alejandro. De todas las posibles reacciones posibles, eligió la más rocambolesca posible. Una reacción por la que nunca habría optado estando en su sano juicio. Agarró a Alejandro por la solapa de la americana, lo atrajo hacia ella y le besó desenfrenadamente. Él le devolvió el beso con pasión mientras le rodeaba con sus brazos. En tanto la cordura volvió a hacer presencia en Sofía, esta se apartó bruscamente sin tener muy claro cómo reaccionar.

Observó a Alejandro tratando de adivinar sus pensamientos. Su semblante era serio. Demasiado serio a juicio de Sofía. ¿No le habría gustado su beso? ¿Le habría parecido extraña su reacción? ¿Y si él no sentía nada por ella? ¿Y si era gay? No. Definitivamente, eso no podía ser, pensó. Así permaneció Sofía durante al menos un par de minutos, preguntándose qué pensamientos pasarían por la cabeza de aquel hombre al que tenía a apenas medio metro de distancia. Mientras, Alejandro se limitaba a examinarla con cierta curiosidad.

—Disculpa el retraso —dijo finalmente Alejandro—. Lo siento mucho.

—No pasa nada —contestó Sofía como si realmente su demora no le hubiera importado lo más mínimo.

Estaba atónita, ¿de veras iba a obviar aquel beso? Desde luego Alejandro era, con mucha diferencia, el hombre más extraño del que se había enamorado jamás. Lo cierto era que aquel halo de misterio y extravagancia le estaba volviendo loca. Tuvo que contenerse para no volver a abalanzarse sobre él.

—¿Nos vamos?

Alejandro sonrió por primera vez. Cogió la maleta de Sofía y ambos salieron del hotel. Antes él se acercó un instante a la recepción para dejar un sobre. Había aparcado el coche en la misma puerta del hotel. Un bonito y antiguo vehículo,

propiedad de su hermana y Federico. Llegaron enseguida al aeropuerto. A Sofía le pareció que él conducía más rápido de lo normal y le extrañó que así fuera. Una vez en el aeropuerto, ella se limitó a seguir a Alejandro, quien parecía moverse como pez en el agua.

El vuelo duró apenas una hora, durante la cual a Sofía le supuso un gran esfuerzo comportarse con naturalidad. Por el contrario, Alejandro parecía sentirse muy cómodo. Una vez llegaron al aeropuerto Marco Polo, situado a unos ocho kilómetros del centro de Venecia, un taxi acuático les estaba esperando. Una lancha motora de madera pulida y brillante, como recién sacada de una película. Aquello le sorprendió gratamente a Sofía, quien por un momento se sintió como una gran estrella de cine. Estaba entusiasmada, era la primera vez que navegaba en una lancha como aquella. De hecho, por increíble que pudiera parecer, aquella era también la primera vez que visitaba Venecia y estaba feliz. Muy feliz.

El viaje en lancha duró una media hora y el entusiasmo de Sofía no decayó ni un solo instante. Era completamente de noche y hacía bastante frío, por lo que se arrepintió de no llevar más ropa. Cuando Alejandro se percató de ello, se quitó su americana y la puso sobre los hombros de Sofía. El momento no podía ser más mágico, pensó ella.

Llegaron al apartamento, situado en pleno corazón de Venecia. Se sintió verdaderamente afortunada de haber abandonado su antigua vida y haber tenido la suerte de encontrar un nuevo sendero repleto de experiencias al otro lado del muro. Un muro que ella misma había construido y posteriormente derribado. No esperaba nada de la vida más allá de la propia experiencia de vivirla, simplemente se dejaba llevar y fluía con ella.

Venecia de noche resultaba ser un auténtico cuento de hadas iluminado por la magia. No había apenas gente por las calles, los canales o los puentes, difícilmente se escuchaba algún ruido y un manto de misterio arropaba la ciudad. El marinero que manejaba la lancha la amarró en el Gran Canal. Sofía no se había percatado hasta aquel momento de que Alejandro no llevaba consigo ninguna maleta y eso le extrañó bastante. Entraron en el edificio y Sofía se maravilló una vez más. Vislumbró ensimismada una enorme estancia de techos altos con varias obras de arte adornando las paredes y al final de la misma, una majestuosa escalera que llevaba a los apartamentos.

—¿Te apetece salir a dar una vuelta una vez nos hayamos instalado? Me gustaría invitarte a cenar en un bonito restaurante al que suelo ir cuando estoy en Venecia.

—Me encantaría —respondió Sofía con ojitos de enamorada. Trataba de evitar mostrar sus sentimientos con excesiva exposición, pero en ocasiones le resultaba inevitable. Apenas habían hablado durante el trayecto y Sofía se preguntaba si Alejandro estaba molesto con ella o si simplemente él no era muy hablador.

Entraron en el apartamento que, a primera vista, parecía majestuosamente elegante a la par que pintoresco. Contaba con un gran salón comedor con chimenea y

unas impresionantes vistas al Gran Canal. Tenía cuatro dormitorios y cuatro baños. Alejandro le mostró a Sofía su dormitorio y ella se alegró de que estuviera junto al de él. Alfredo y Francisca llegarían al día siguiente y a ellos les había reservado una habitación que quedaba alejada de las suyas.

Sofía dejó sus cosas en la habitación y se cambió de ropa. Necesitaba abrigarse pero a la vez quería vestirse más acorde con la ocasión, pues iba a pasear por las románticas calles de Venecia en compañía de Alejandro. Se quitó la ropa tan rápido como pudo y eligió un nuevo atuendo. Entró al baño, se miró al espejo y se sintió afortunada al volver a ver un atisbo de brillo en sus ojos. Se soltó el pelo y su larga melena se mostró radiante sobre sus hombros. Eligió un vestido rojo ligeramente escotado y unas botas marrones con tacón. Sabía que no era el calzado más apropiado para callejear por Venecia, pero estaba tan ilusionada con lo que ella interpretaba como una cita romántica que la comodidad no era algo que le importara lo más mínimo. Escogió entre las pocas prendas de abrigo que había traído, una gabardina marrón con forro interior.

El suelo de las habitaciones era enmoquetado, dando una cálida sensación de acogedor hogar. Alejandro puso la calefacción y el apartamento, que estaba frío cuando habían llegado, tomó una agradable temperatura en poco más de diez minutos. Sofía salió de la habitación y se percató de que Alejandro también se había cambiado de ropa, lo que le resultó considerablemente extraño teniendo en cuenta que no llevaba maleta.

—Estás preciosa —dijo él con una delicada sonrisa.

—Gracias, tú también estás… bueno, ya sabes… estás muy bien —respondió Sofía ligeramente ruborizada, arrepintiéndose enseguida por sus torpes palabras—. Este apartamento es realmente bonito.

Sofía quiso cambiar de tema, pues se sentía desentrenada en el ilustre arte del flirteo. Alejandro se limitó a sonreír y asentir.

—¿Estás lista?

Nunca había estado tan lista, pensó Sofía. En aquel momento sonó el timbre, Alejandro caminó hacia la puerta mientras Sofía le observaba desde el salón. ¿Quién podría ser a aquellas horas?, se preguntó ella. Eran más de las diez de la noche. Alejandro abrió la puerta. Era una mujer de unos cuarenta y tantos, muy guapa y muy elegante. Parecía conocer a Alejandro. Ambos se saludaron con un par de besos e intercambiaron unas cuantas palabras. Ella le dio un sobre grande y desapareció. Alejandro volvió al salón. Sofía trató de mostrarse desinteresada, cuando en realidad se moría de ganas por saber quién era aquella mujer y qué era lo que le había entregado.

Marcharon sin comentar nada de aquella misteriosa mujer ni del sobre que Alejandro había guardado en su habitación.

—Sofía… —dijo Alejandro mirando el reloj—. Es bastante tarde, ¿te apetecería cenar ya? La cocina del Mia Casa cierra en pocos minutos.

—Sí, claro, me parece bien.

El restaurante no estaba a pie de calle sino en la primera planta de un edificio. A juzgar por la inusual primera impresión, Sofía dudó de la legalidad del establecimiento. Aquel lugar, más propio de otra época, tenía las paredes forradas de un añejo papel estampado. Antiguas lámparas antiguas colgaban de los techos. La luz era acogedoramente tenue y los camareros lucían un uniforme que, a buen seguro, habría estado de moda al menos cuarenta años atrás. Incluso los comensales parecían vestir con atuendos de otro tiempo. A Sofía le resultó curioso ver a gente fumando, hombres con puros y mujeres, vestidas como bailarinas de Charleston, fumando cigarrillos con largas boquillas. El restaurante tenía un agradable aroma a vainilla que le resultó familiar.

El encargado se acercó enseguida a saludar a Alejandro a quien abrazó con gran sentimiento. Hablaron en un idioma que Sofía no logró entender, pues había mucho ruido en el ambiente, pero creyó que sería portugués. Aquel hombre estaba resultando ser una auténtica caja de sorpresas. De pronto Alejandro pasó a hablar en castellano.

—Sofía, te presento a José, el encargado con peor fama de todo Venecia —dijo Alejandro soltando una sonora carcajada mientras se giraba hacia el hombre—. José, ella es Sofía, una amiga.

Ambos se saludaron con un discreto beso. José sonrió efusivamente mientras la observaba sin la más mínima discreción. Sofía no reparó en ello pues estaba pensando en las palabras de Alejandro. ¿Una amiga? A decir verdad, aquel simple comentario no le sentó muy bien y el mismo se instaló en su cabeza, acomodándose aun a pesar de que ella trataba de no darle importancia. ¿De qué otra manera podía haberla presentado?, se preguntó. Parecía bastante obvio que no eran nada más que amigos. Y ya podía dar gracias de que no la hubiera presentado como una conocida. En realidad, ella era consciente de que ni siquiera eran amigos. Se conocían levemente, nada más. Bien era cierto que ella sentía algo por él, algo que todavía no había acabado de definir del todo, algo que ella creía más próximo al amor que a ninguna otra cosa.

Alejandro y José comenzaban a caminar, así que ella les siguió. Tenían reservada una mesa un poco retirada, donde el ambiente era considerablemente menos ruidoso que en el resto del restaurante. Se sentaron y enseguida un amable camarero les trajo un par de copas y la carta.

—Pruébalo —dijo Alejandro mirando a la copa—. Es un aperitivo casero, te gustará.

Sofía lo probó. Tenía un sabor agradable, pero le resultó muy fuerte, tenía demasiado alcohol para su gusto.

—Está muy bueno —dijo ella—. Quizá un poco fuerte, ¿no te parece?

—Eso es porque no estás acostumbrada. Verás como la segunda copa entra mejor —dijo Alejandro guiñándole un ojo.

—¿Otra copa?

Sofía esperaba que al menos la segunda copa fuera precedida por algo de comer, de lo contrario acabaría bailando encima de la mesa, pensó. Alejandro rio. A ella le costaba adivinar cuándo él hablaba en serio y cuándo bromeaba.

—¿Te parece si elijo yo la cena?

—Me parece perfecto, lo cierto es que no entiendo nada de lo que pone en la carta.

—Muy bien.

Alejandro llamó al camarero y pidió la cena en un italiano que, a oídos de Sofía, sonaba completamente nativo.

—¿Cuántos idiomas hablas? —preguntó ella en cuanto el camarero marchó.

—Seis.

—¡Seis! Esos son muchos idiomas —dijo Sofía verdaderamente impresionada.

—Viajo mucho —se limitó a decir Alejandro.

Aquel hombre era un muro totalmente opaco e impenetrable. A Sofía le resultaba muy difícil tratar de establecer una conversación que girara en torno a él. Alejandro parecía ser terriblemente celoso de su intimidad. Sofía lo respetó y prefirió no preguntar más.

—Claro, es normal —dijo ella un tanto incómoda con la situación.

—¿Te gusta viajar, Sofía?

Él se había percatado de lo descolocada que por un momento pareció ella, por lo que trató de mostrarse más cercano y amistoso.

—Sí, me encanta. Antes solía viajar muchísimo, pero los últimos años apenas viajaba… —contestó Sofía con una mezcla de pena y vergüenza—. Pero lo cierto es que ahora estoy viajando mucho, en poco más de una semana he estado en Roma y en Venecia —añadió sonriendo con cierto aire de ingenuidad.

Quiso preguntarle si a él también le gustaba viajar, pero se contuvo. En ocasiones tenía la impresión de formular preguntas molestas. Cada vez que le preguntaba por algo que fuera mínimamente personal, a Sofía le parecía que Alejandro se retraía.

—Me alegro, porque a mí también me gusta viajar. —A Sofía le sorprendió aquella respuesta. ¿Él se alegraba de que a ella le gustara viajar porque a él también le gustaba? Prefirió no darle más vueltas, aquella copa de licor casero le había dejado la mente en horas bajas—. De hecho… —comenzó a decir Alejandro mirando al infinito.

Sofía prestó suma atención pero él no continuó la frase, se limitó a pensar con la mirada perdida.

—¿Alejandro?

—Sí, perdona. Estaba pensando. Has dicho que te gusta viajar. Aquel dichoso licor le estaba afectando también a él, pensó Sofía.

—Sí, me gusta, pero no entiendo…

—Nada, olvídalo, ya hablaremos de eso más tarde. Viene la cena, disfrutemos de ella.

No había manera de mantener una conversación mínimamente normal con aquel hombre, concluyó ella finalmente. Alejandro estaba inusualmente distraído aquella noche, como si algo le estuviera perturbando. Quizá era el contenido del sobre que le había traído aquella misteriosa mujer. Tal vez le hubiera dado una mala noticia, pensó Sofía.

—¿Estás bien, Alejandro? Pareces preocupado…

—No podría estar mejor —respondió él con una gran sonrisa que a Sofía le hizo desconfiar.

Ella estaba en lo cierto, había algo que turbaba a Alejandro.

Trajeron el vino y los entrantes. Todo tenía una pinta estupenda y Sofía estaba hambrienta, por lo que se limitó a dar por cierta la respuesta de Alejandro y a devorar la comida con la mirada. El camarero sirvió el vino. A Sofía le supo exquisito, especialmente en comparación con el licor que les habían servido como aperitivo, que aún continuaba haciendo estragos en ella.

Mientras degustaban el primer plato, un hombre con semblante serio y vestido de riguroso negro se acercó a Alejandro y le susurró algo al oído. No debió ser algo agradable, a la vista de la expresión en el rostro de Alejandro.

—Discúlpame Sofía, vuelvo enseguida. Por favor, continúa comiendo.

Alejandro se levantó y marchó. Sofía se quedó perpleja. ¿Qué estaba sucediendo? El hambre había desaparecido por completo. Por supuesto que no iba a continuar comiendo sola, esperaría a que él volviera. Se sirvió una nueva copa de vino y pasados diez minutos comenzó a temer el que él no apareciera de nuevo.

Sofía llamó al camarero, quien se acercó raudo y veloz. En un torpe italiano ella trató de preguntarle si había visto a Alejandro. Se sorprendió cuando él le contestó en un perfecto castellano. Le había visto charlando con un hombre de negro en la entrada del restaurante hacía unos cinco minutos, pero ahora no sabía dónde estaban. Sofía miró a su alrededor. Ni rastro de Alejandro. ¿Sería posible que no tuviera ni un solo encuentro normal con aquel hombre?, pensó con cierta turbación. Le preguntó al camarero si podía fumar y este le dijo que sí. Sofía, extrañada, aceptó el cigarrillo que el camarero le trajo en una bandeja de plata, llevaba una boquilla que a ella le pareció un tanto ridícula. Rellenó nuevamente su copa, le quitó la absurda boquilla al cigarrillo y se limitó a fumar mientras degustaba aquel delicioso vino. En aquel momento apareció Alejandro.

—Perdóname, Sofía.

Parecía realmente apurado, pensó ella. No pensaba ser dura con él, apenas lo conocía pero parecía evidente que no había la más mínima maldad en aquel hombre. Tan solo le echaba en cara el hecho de que no le explicara nada, pero por otra parte, ¿qué derecho tenía ella a pedirle ninguna explicación?

—No te preocupes, ¿estás bien?

—Sí. ¿Tienes otro de esos? —preguntó mirando al cigarrillo.

—No, lo siento. Me lo ha traído el camarero, con una extravagante boquilla de

fumar, ¡ja, ja, ja! —Sofía trató inútilmente de hacer reír a Alejandro. Dio una calada al cigarrillo y se lo ofreció a Alejandro—. No sabía que fumaras…

—No fumo. Solamente puros en grandes ocasiones y algún cigarrillo esporádico. ¿Y tú?

—Lo mismo —contestó Sofía, aunque la realidad era que en las últimas semanas estaba fumando con mayor asiduidad—. Bueno, me refiero a los cigarrillos… Yo no fumo puros.

Aquel comentario y la expresión inocentemente graciosa en el rostro de Sofía, hicieron sonreír de nuevo a Alejandro.

Poco a poco la cena volvió a tomar un aire de normalidad y el semblante de Alejandro acabó por perder la expresión de preocupación. Hablaron largo y tendido sobre temas que a ella le resultaron no solo interesantes sino incluso divertidos. Ambos rieron y disfrutaron de la compañía mutua. Sofía se moría de ganas por saber de él, pero no osó preguntarle nada personal, a excepción de unas pocas preguntas acerca de la felicidad, fruto del efecto del alcohol.

—¿Qué haces para ser feliz, Alejandro? —preguntó Sofía ansiosa por escuchar la respuesta.

—Nada.

—¿Nada? Pero algo harás para encontrar la felicidad ¿no? Todos la buscamos, es el fin último ¿no? Pero el camino es complicado, yo lo intento y lo intento, pero no sé si lo consigo… —La respuesta había defraudado considerablemente a Sofía, quien de alguna manera ansiaba encontrar el Santo Grial de la mano de Alejandro. El alcohol y el cansancio hablaban por ella—. Pero ¿sabes qué? Yo antes tenía una vida miserable… No sé si ahora ya no lo es, pero al menos sé que hay otra vida, no todo está mustio, hay una alternativa a la infelicidad crónica. No sé exactamente qué es, pero estoy haciendo verdaderos esfuerzos para encontrar el camino.

—No sé si te sigo, Sofía.

Alejandro comprendía a la perfección todo cuanto Sofía estaba explicando, pero quiso que ella continuara hablando.

—Verás… —comenzó a decir Sofía con la tranquilidad y la confianza de quien se confiesa frente a su terapeuta—. Yo tengo algo así como un guía…

—¿Espiritual?

Alejandro no pudo evitar sonreír al escuchar las palabras de Sofía.

—¡No! Espera que te explique.

Sofía frunció el ceño, aquel hombre volvía a reírse de ella. Lo cierto es que ella también tenía ganas de reír. No sabía exactamente por qué, pero la situación le hacía gracia.

—Soy todo oídos.

—Hay alguien que me ayuda de vez en cuando. Yo estaba sumida en la más absoluta desdicha. Mi vida… mi vida era una mierda, Alejandro. —¿Ella había dicho eso? Debía dejar de beber vino, pensó—. Quiero decir que mi vida… yo no tenía

vida, eso no era vida. Ya sabes que mi trabajo no me gustaba en absoluto y mucho menos mis compañeros de trabajo. Mantenía una relación, por llamarla de alguna manera, que estaba muerta desde hacía años. Convivía diariamente con personas a las que no soportaba, ¿me entiendes?

Alejandro asintió.

—¿Y qué cambió? —preguntó él mientras degustaba un sorbo de vino y la escuchaba con sumo interés.

—Todo. Todo ha cambiado. Un día recibí un extraño mensaje y desde entonces mi vida se ha vuelto del revés. Dejé a mi novio, lo cual implicaba no solo dejar una larga relación sentimental, sino el no tener un lugar donde vivir. Por eso acabé en el apartamento de Laura. Tendría que buscar piso, por cierto…

Sofía dejó su mente vagar durante un par de minutos pensando en aquel pequeño detalle que había estado obviando durante los últimos días. No podía vivir siempre en casa de su prima, pensó. Abandonó sus repentinas reflexiones y continuó hablando.

—También me echaron de mi trabajo, pero creo que eso ya te lo había contado… ¿Sabes cuántos años llevaba trabajando ahí? Muchos, Alejandro. Demasiados. ¡Cuánto tiempo perdido rodeada de gente tóxica! Fui a vivir a casa de Laura y te conocí a ti.

—Brindo por eso. —Sonrió Alejandro—. Continúa, por favor.

—Estando sin trabajo y ya alojada en el piso de mi prima pensé mucho, guiada por las indicaciones de alguien a quien ni siquiera conozco. Comencé un viaje hacia la felicidad y traté de corregir ciertos aspectos que, por lo visto, me impedían ser feliz.

Aquellas palabras le sonaron un tanto formales a Sofía, quien no encontraba un modo mejor de explicar lo que estaba viviendo.

—¿Como cuáles?

—El ego, no ser capaz de vivir en el aquí y el ahora, depender de cosas externas, el no atreverme a salir de mi zona de confort donde llevaba atrapada tanto tiempo…

—Eso está muy bien —dijo Alejandro.

—Sí, todos estos mensajes me llegan como enseñanzas. Soy consciente de lo extraño que debe sonar…

—¿Y cuál ha sido la última enseñanza?

Aquella pregunta cogió por sorpresa a Sofía. No podía recordar el último mensaje de Séneca. Cayó en la cuenta de que hacía varios días que no tenía noticias de él. Generalmente él no volvía a ponerse en contacto hasta que ella no lograba un verdadero avance en relación con la última enseñanza. Pensó en cómo se había desviado de la travesía durante las últimas horas, no había reflexionado, no había meditado y en aquel instante ni siquiera podía acordarse de la última enseñanza de Séneca. Trató de concentrarse, aquel último mensaje debía estar grabado en algún lugar de su caótico cerebro.

—¡Lo tengo! —dijo finalmente Sofía con el entusiasmo de quien da con la

solución de un acertijo.

—¿Qué tienes?

—Acabo de recordad cuál era la última enseñanza. Séneca me indicó que…

—¿Séneca? —preguntó Alejandro sorprendido.

Quizá le estaba contando demasiado, pensó Sofía. Toda aquella historia le debía sonar de lo más rocambolesca.

—Sí, con ese nombre firma la persona que me envía los mensajes…

—¿Y no le conoces?

—No. Me dijo que debía dejar de perseguir la felicidad. No recuerdo muy bien qué más decía… creo que hablaba del silencio.

—Entonces, me temo que no has aprendido del todo la lección.

—¿Cómo dices?

—Me acabas de preguntar que qué hago para alcanzar la felicidad, Sofía. —Ella se percató de lo acertado del comentario de Alejandro y de cuán desafortunada había sido su pregunta—. Verás, en una ocasión leí una frase de un filósofo danés que quizá responda a tu pregunta: «La puerta de la felicidad se abre hacia dentro, hay que retirarse un poco para abrirla: si uno la empuja, la cierra cada vez más».

Sofía pensó en las palabras de Alejandro durante dos largos minutos. Definitivamente, él tenía toda la razón, ¿cómo podía haberle formulado aquella pregunta? De pronto comenzó a recordar ciertas palabras de Séneca y el miedo le recorrió el cuerpo: «No comentes este mensaje con nadie», «Si te saltas una sola regla, el viaje se acaba». ¿Qué había hecho?

Sofía comenzó a enfurecerse consigo misma. No podía comprender cómo demonios se le había ocurrido contarle todo a Alejandro. «Qué estupidez más grande», pensó. Ella no era así, siempre mantenía los secretos a buen recaudo. De hecho, Sofía era una persona exquisitamente discreta, no solía comportarse de aquel modo, no entendía qué podía haberle sucedido.

—Sofía, ¿te encuentras bien? —preguntó Alejandro al ver como su acompañante dejaba volar sus pensamientos y se evadía alejándose cada vez más.

—Sí, sí… No, verás, es que acabo de darme cuenta de que he cometido una gran estupidez. Sé que pensarás que estoy loca… por la historia que te acabo de contar, pero es cierta y yo, yo no debería haberla compartido con nadie. No sé qué me ha pasado, no sé por qué lo he hecho, y no imaginas cuánto me arrepiento.

—No sé a qué historia te refieres —dijo él guiñándole un ojo.

Sofía apreció el gesto, pero no le hizo sentir mejor. Había cometido un error garrafal y estaba segura de que acabaría por pagarlo.

—Lo he fastidiado todo —dijo ella mirando al infinito.

—Sofía, mi amor, no deberías preocuparte tanto, las cosas tienen una importancia relativa.

¿Mi amor? ¿Le había llamado «mi amor»? Aquello la alejó totalmente de cualquier preocupación. De hecho, por un momento no pudo ni recordar qué era lo

que hacía un par de minutos le había inquietado tanto. Alejandro había incorporado de manera inteligente aquella cariñosa expresión en su frase, a sabiendas de la reacción que ella tendría en Sofía. Mi amor. Aquella era una expresión de aprecio, así que parecía obvio concluir que algún tipo de afecto, fuera el que fuera, debía sentir por ella, pensó Sofía.

—Creo que ha llegado la hora de marchar, se te ve muy cansada —dijo él con una expresión seria.

—Me parece bien —dijo Sofía un tanto desilusionada.

Volvieron al apartamento sin apenas hablar. Aquella era una relación realmente inusual. No había pasado nada entre ellos, pero existía algo intangible que les unía con fuerza y misterio. O al menos, eso era lo que ella sentía. Pero él le confundía constantemente con mensajes que, desde el punto de vista de Sofía, eran totalmente contradictorios. En ocasiones Alejandro se comportaba de forma entrañable y cariñosa con ella, sin embargo, había momentos en los que él parecía distante y totalmente inalcanzable.

Mientras caminaban hacia el apartamento, ella quiso cogerle la mano, quiso besarle, quiso decirle lo que sentía por él. En su lugar, permaneció en silencio. Aquel hombre estaba poniendo su vida patas arriba. A Sofía le parecía bien si lo que desordenaba era su antigua vida carente de sentido, pero el verdadero problema residía en el hecho de que cuando Alejandro estaba a su lado, ella se olvidaba completamente de todo cuánto debía hacer, se olvidaba de sí misma, se olvidaba del viaje que había iniciado junto a Séneca.

Entraron en el apartamento y Sofía, temiendo que él fuera directamente a su dormitorio, le propuso tomarse una última copa juntos. La idea era una estupidez y ella era consciente de ello, era incapaz de beber una sola gota de alcohol más, pero no se le ocurrió otro modo de alargar la velada. Para su sorpresa, él aceptó encantado, como si de algún modo la idea le hubiera aliviado. A ella le daba la impresión de que él estaba deseando pasar tiempo con ella. Pero parecía como si de algún modo, el sentido del deber no se lo permitiera.

Alejandro encendió la chimenea. No hacía frío, pero el fuego cumplía en aquel momento una función distinta a la de calentar. Se sentaron en el sofá frente a la chimenea. No había más luz que la que sutilmente proporcionaba el fuego. A Sofía le costaba muchísimo esfuerzo el refrenar su deseo de abalanzarse sobre él e intuía que Alejandro era consciente de ello. Ella trató de evitar mostrarse tan cristalina, pues debía resultar más que evidente lo que sentía por él. Por el contrario, un sereno Alejandro parecía tener totalmente dominada la situación. La miró y acariciándole la mejilla le retiró un mechón de pelo. Sofía pensó que aquella era una señal inequívoca: estaba claro que él deseaba besarle. Sin embargo, en cuanto ella se acercó a sus labios, él se giró a mirar el fuego.

—Prométeme que no harás ninguna tontería, Sofía.

—Lo prometo —dijo ella sin tener la más mínima idea de a lo que se refería

Alejandro.

Un barco no debería navegar con una sola ancla, ni la vida con una sola esperanza.

EPÍCTETO

C A P Í T U L O 27

Vagar entre sombras

Aquella noche Sofía no durmió tan plácidamente como acostumbraba últimamente. Algo le inquietaba, sin saber muy bien qué era. Quizá fueron las últimas palabras de Alejandro, quien había tenido un comportamiento aún más extraño de lo normal. Él siempre se había mostrado risueño, bromista y divertido. Sin embargo, ahora había algo que le perturbaba, resultaba más que evidente.

Sofía había esperado otro final para aquella velada. Estaban en Venecia, había una gran sintonía entre ellos y ella estaba totalmente enamorada de él, por lo que había asumido que quizá pasarían la noche juntos. Pero no había sido así. Pensó que tal vez había sido lo mejor, estaba comenzando a sentirse totalmente encandilada por aquel hombre y eso era precisamente algo que debía evitar a toda costa. ¿Qué pasaría con su felicidad si Alejandro no estaba junto a ella o si, aun estando, resultase que él no sintiera nada por ella? ¿De verdad iba a tirar por la borda todo el trabajo hecho hasta entonces? Desde luego que no. En cualquier caso, debía reconocerse, al menos a sí misma, que se moría de ganas por estar con él. Por el momento, se contentaba con tenerlo cerca, su mera presencia era una fuente inagotable de felicidad.

Se levantó de la cama con entusiasmo y vitalidad a pesar de no haber descansado muy bien y ello se debía a la ilusión por ver de nuevo a Alejandro. Se cepilló la melena tratando de mejorar al máximo su aspecto de recién levantada y se vistió con un atuendo un poco más decente que el que había empleado para dormir, una vieja camiseta de algodón.

Salió de su habitación y disfrutó del agradable olor del café recién hecho. Acudió a la cocina y se alegró al comprobar que el desayuno ya estaba preparado. Había zumo recién exprimido en una gran jarra de cristal. También había café hecho y a juzgar por el aroma que envolvía toda la vivienda, debía haber sido preparado hacía pocos minutos. Una enorme bandeja con todo tipo de repostería completaba aquel suculento desayuno. Sofía no podía imaginar una mejor forma de comenzar el día. Así de optimista se mostró hasta que pasados unos minutos comenzó a percatarse de lo que era más que evidente: Alejandro no estaba en el apartamento.

Quiso convencerse de que quizá él hubiera salido a comprar algo o tal vez a hacer algún recado. Sin embargo, Sofía descartó aquella opción al ver un sobre color crema apoyado sobre un jarrón con una rosa roja. «Otra vez no», pensó. ¿Pero qué demonios le pasaba a aquel hombre? No podía entenderlo, nunca jamás había conocido a una persona así. No sabía si estaba jugando con ella, sufría algún tipo de desequilibrio o si, sencillamente, no sentía nada por ella y en cuanto percibía que se acercaba a él, salía huyendo.

Abrió el sobre con las manos temblorosas. Lo cierto es que Sofía ya sabía lo que había escrito en aquel papel, no tenía la más mínima duda de que Alejandro había vuelto a desaparecer. Tan solo tenía curiosidad por saber cuál sería la excusa que emplearía en esta ocasión.

Sofía,

Siento haber tenido que marcharme, créeme que no tenía otra opción. Espero verte muy pronto, eso dependerá de ti. Puedes quedarte en el apartamento tanto como quieras.

Un beso, Alejandro

P. D. Alfredo y Francisca finalmente no vendrán a Venecia

Por si Sofía no tuviera suficiente confusión en lo que a aquel hombre y todo cuanto hacía se refería, aquella nota no hizo sino confirmar lo que hacía tiempo se temía: nunca le comprendería. Por muchas vueltas que le diera no entendía nada de lo que sucedía. Dependía de ella el volver a verle, pero ¿de qué diablos estaba hablando?, se preguntó. Si de ella dependiera, él seguiría todavía allí, disfrutando juntos de una de las ciudades más románticas del mundo. Reflexionó sobre qué podía hacer en aquel momento y llegó a la conclusión de que nada cambiaría en cuestión de media hora, por lo que se concedió el pequeño lujo de disfrutar del desayuno que Alejandro le había preparado.

Barajó las distintas opciones de las que disponía en aquel momento. Inicialmente pensó que no tenía ningún sentido continuar en Venecia ahora que se había quedado sola, máxime si ni siquiera Francisca y Alfredo iban a estar en la ciudad. ¿Qué podía hacer ella sola? Sin embargo, conforme más reflexionaba sobre ello, más se convencía de que el quedarse en Venecia, al menos un par de días, no era en absoluto una mala idea. ¿Y qué si estaba sola? ¿Acaso no lo estuvo también en Roma? De hecho, si lo pensaba con detenimiento, era infinitamente mejor el que estuviera sola, sin ningún tipo de distracción. El destino le acababa de regalar tiempo para dedicarse a ella misma, tiempo para volver a meditar, tiempo para conocerse a sí misma, tiempo para desarrollarse y, en definitiva, tiempo para continuar con la travesía que había iniciado junto a Séneca. Estaba decidido, pasaría en aquella maravillosa ciudad al menos dos días más.

Una vez acabó de desayunar, Sofía decidió salir a dar una vuelta por Venecia. La

ciudad era insólitamente bella y sorprendentemente distinta a cualquier otra. Las calles, los canales, los edificios, la gente… todo cuanto le rodeaba tenía un encanto inusual. Era como si en ella se estuviese rodando una película de ensueño y la ciudad fuera un decorado de ilusiones. Maldijo un par de veces a Alejandro por no estar ahí junto a ella, especialmente cuando vislumbró la belleza de los rayos del sol reflejados en el gran canal.

Aquella era sin duda una ciudad del disfrute, de la ilusión y del regocijo. Cerró los ojos y escuchó con detenimiento el vivo murmullo del gentío a su alrededor, personas alegres y felices, personas con ganas de reír, con ganas de fiesta, personas todas ellas con un aspecto en común, eran protagonistas del cuento en el que Sofía de pronto se vio inmersa. Se cruzó con un grupo de italianos que la piropearon efusivamente. De pronto Sofía se percató de que no tenía ni idea de dónde estaba ni cómo debía volver al apartamento pero no le importó. Ya encontraría de algún modo el camino de vuelta, en aquel instante no quería preocuparse por nada.

Aprovechó la mañana para visitar la ciudad y se lamentó, una vez más, por no estar acompañada en aquella ocasión en la que visitaba la ciudad por primera vez. Alrededor de las doce del mediodía el tiempo empeoró considerablemente, por lo que Sofía decidió comprar algo de comida y quedarse en el apartamento. Aprovecharía para meditar y, sobre todo, para reflexionar sobre todas y cada una de las enseñanzas de Séneca.

Como si su estado de ánimo se somatizara con el cambio climático, el humor de Sofía decayó después de comer. Poco a poco y mientras veía llover por la ventana, Sofía entró en una vorágine pesimista, de desánimo y de angustia. Sin saber cómo acabó preguntándose si volvería a ver a Alejandro. Pensó seriamente en la posibilidad de no volver a verlo nunca y eso le provocó un doloroso sentimiento de pena. No pensó tanto en los motivos por los que podría no volver a verle, ni tan siquiera en si aquel pensamiento tenía sentido o no, simplemente se dejó envolver por el miedo de que él hubiera desaparecido definitivamente de su vida. Un pensamiento llevó a otro y cuando quiso darse cuenta, Sofía ya era totalmente prisionera del miedo que se había apoderado de ella sin el más mínimo reparo. No pudo o no quiso parar aquel torbellino a tiempo y al intentar finalmente liberarse de aquellos tóxicos pensamientos, no fue capaz.

Presa de un estado de enajenación, Sofía comenzó a acumular temores. Ya no solo se centraba en Alejandro, sino también en su prima, en el pequeño Willy y hasta en sí misma. No temía morir, nada de eso. Sus temores eran mucho peores. Sofía no temía a la muerte, sino a la propia vida. Se angustió al pensar en volver a padecer la misma vida vacía que tenía hasta hace pocos días. Pensó que no podría soportarlo de nuevo.

Su repentina demencia no daba abasto añadiendo temores. Incluso llegó a pensar en sus padres, ¿y si les pasaba algo a ellos? No entendía qué era lo que sucedía ni por qué se había dejado arrastrar por aquella corriente paranoica, pero lo cierto era que,

pensándolo fríamente, a ella le parecieron temores reales. Lejos de ahuyentar aquellos pensamientos, Sofía se preguntó cómo podía la gente vivir sin angustiarse por ello. La muerte, el dolor, la penuria, el sufrimiento, todo estaba ahí. Eran verdaderos peligros. ¿Acaso no podía pasarle algo a Laura o a sus padres, o incluso a Alejandro? Claro que sí, y el mero hecho de preguntárselo le sumergió en la desesperación.

La vida tenía un trágico final, pensó Sofía, y no había manera de librarse de él. Fue precisamente ese pensamiento el que hizo que de pronto se plantease si la vida merecía la pena ser vivida. Hiciera lo que hiciera, siempre acabaría mal, concluyó. Podía evitar pensar en la muerte, eso era bien cierto, y seguramente sería lo más saludable, pero el no pensar en ello no lo haría desaparecer.

¿No estaría entonces escondiendo la cabeza como un avestruz? Las desgracias eran inevitables, por lo que quizá no era tan mala idea el prepararse frente a ellas para que de ese modo, cuando efectivamente ocurrieran, el impacto no fuera tan doloroso.

El miedo siempre había sido un constante compañero de viaje para Sofía, raro era el día en el que no le acompañara, adueñándose por completo de su ser. Ella no tenía un temor concreto. Llegaba a temer incluso al mero hecho de temer. Sus temores no eran racionales y actuaban envejeciéndola más que el propio paso del tiempo, arrugando su alma. Sonó su móvil, era un mensaje. Sofía supuso que sería Séneca. Acertó.

> *Séptima enseñanza: Reflexiona sobre la siguiente frase: «Un pájaro posado en un árbol nunca tiene miedo de que la rama se rompa, porque su confianza no está en la rama sino en sus propias alas». Deja de asentar tu sustento en todo cuanto te rodea, olvídate del control y no busques más pretextos que justifiquen tu miedo. Séneca*

Lo cierto era que Sofía había comenzado a añorar los mensajes de Séneca. Aquella última enseñanza, la séptima, le resultó inspiradora y reveladora. Pensó en la estimulante frase del pájaro y trató de ver la relación que guardaba con ella misma. Creía entender a lo que podía querer referirse su misterioso guía con aquel último mensaje. Si lograba ser ella el único sostén de su propia fuerza, sería invencible frente al miedo. Por el contrario, si sus cimientos eran ajenos a ella, si su vida se sustentaba sobre una estructura externa a su ser interior, si su bienestar estaba supeditado a cuanto sucedía en su exterior, Sofía se convertía en la presa ideal del miedo. ¿Cómo podía una persona ser dichosa si su propia felicidad dependía de algo ajeno a ella? Solo conseguiría convertirse en un esclavo de la incertidumbre, tal y como era Sofía.

Continuó meditando sobre aquellas palabras mientras avanzaba la tarde. ¿Cómo era posible el permitir que la felicidad dependiera, por ejemplo, de tener una casa, un coche o un trabajo, cuando todas esas posesiones eran tan efímeras? Pensó en ella misma, ¿y si hubiera supeditado su satisfacción a tener un trabajo? De haberlo hecho, ahora sería la persona más infeliz del mundo. No tenía ningún sentido, concluyó. Conocía a mucha gente cuya felicidad pendía de un hilo. Un delicado y fino hilo que unía su dicha con las posesiones materiales. Sin embargo, y aunque aquellas personas

fueran ricas materialmente hablando, no lo eran en un plano espiritual. De hecho, todas ellas sufrían grandes carencias. Sofía siempre había tratado de alejarse de semejante esclavitud, pero solo lo había conseguido en cuanto a las posesiones materiales se refería.

Estaba muerta de miedo, siempre lo había estado y por eso se había dejado seducir por un tipo de vida que, si bien detestaba, parecía la única opción que ella tenía para enfrentarse a la incertidumbre. Sin saber muy bien cómo, Sofía había acabado teniendo una vida «normal» que se sostenía sobre un trabajo, una pareja, una casa, una familia y unos supuestos amigos. Todo aquello era tan irreal como el miedo que ella alimentaba. Sabía por experiencia que el trabajo se podía perder de un día para otro. Lo mismo sucedía con las relaciones sentimentales, que en el caso de Sofía no habían sido más que una farsa. Todo ello tenía un efecto dominó en el resto de elementos de su vida estereotipada. Al haber dejado a Adolfo, ella ya no disponía de un hogar donde continuar con su vida carente de riesgos y sentido.

En cuanto a los amigos, aquella era una mentira más grande si cabe que la de su propia relación sentimental. De eso Sofía ya se había dado cuenta hacía tiempo. Conocía a gente con la que podía charlar respetuosamente, pero si era sincera consigo misma, no osaba llamarles amigos. Aquellas eran las mismas personas que cuando ella necesitó apoyo, huyeron despavoridas. No les reprochaba nada. Ya no. Posiblemente tampoco ella había tenido un comportamiento ejemplar. Reflexionaba sobre ello mientras abandonaba por completo la idea de que aquellas personas hubieran sido realmente sus amigos. No eran más que conocidos, lo cual no era ni bueno ni malo, sino una realidad que debía aceptar. Su vida planificada, segura y carente de riesgos le había evitado hacer algo que a Sofía, como a gran parte de la humanidad, no le gustaba en absoluto: tomar decisiones.

Ella tomaba decisiones en su día a día, pero no eran trascendentales o al menos, no lo habían sido hasta ahora. Si la vida de una persona estaba previamente predeterminada en un tanto por ciento considerablemente elevado, no quedaba mucho margen para improvisar. Todas las personas con las que se había relacionado, habían ido a la escuela y posteriormente a la universidad. Todas ellas tenían trabajos muy similares, hogares similares e incluso aficiones similares.

Sofía ya había comenzado hace años a ser la oveja negra de su entorno al no haberse casado con Adolfo. A ambos les faltaban por completar ciertos pasos antes de poder afirmar que su vida era del todo «normal». Debían casarse, tener hijos y seguramente adquirir una segunda residencia. Sofía aborrecía aquel tipo de comportamiento, pero en aquel momento se estaba percatando de que, de alguna manera, ella también había decidido vivir una vida planificada en la que no tuviera que decidir nada relevante. Una vida sin el más mínimo riesgo de equivocarse o cometer fallos. Aquella era la única elección verdaderamente importante que Sofía había decidido y a la vez era la única elección que le había sumido en la desazón. El hecho de haber optado por no ser ella quien tomara sus propias decisiones ya era en sí

una elección. Su comportamiento no respondía sino a su propia inseguridad. Se sentía incapaz de convivir con la incertidumbre de la vida.

Ella no sustentaba su felicidad con nada material, pero sí la supeditaba al control y a la seguridad. La incertidumbre se apoderaba de ella y la engullía en cuestión de segundos. Aun a pesar del carácter aventurero de Sofía, ella solo sentía su ser interior en calma cuando creía tener el control de cuanto sucedía a su alrededor. El mero hecho de no poder controlar lo acontecía en su vida, le hacía vivir en una constante agonía. Tales eran sus inseguridades que Sofía había dejado de escucharse a sí misma, puesto que el hacerlo implicaba escuchar a miles voces con mensajes muy distintos.

Era consciente de que muchas de sus preocupaciones no tenían el más mínimo sentido, se preocupaba por cosas que generalmente nunca acababan sucediendo. Vio reflejada en sí misma la neurosis colectiva que definía a gran parte de la sociedad en la que vivía. Reflexionando sobre ello, le pareció evidente que la causa de tal comportamiento no era otra que su falta de confianza y seguridad. Eso era precisamente lo que le hacía actuar como un títere en manos de cientos de personas cuya opinión anteponía a la suya propia.

Pasó el resto del día reflexionando sobre sus propios miedos y pensando en la opción de vencerlos reforzando los cimientos de su ser interior, evitando así las paranoias enfermizas de peligros ficticios. Instantes antes de que anocheciera salió a pasear por Venecia, disfrutando de la ciudad desde una perspectiva muy diferente, pues se limitaba a pasear observando todo desde la distancia.

Se detuvo ante un grupo de turistas españoles, anhelando el confort de escuchar su propio idioma. La guía del grupo les estaba hablando de la vida de Giacomo Casanova, el mayor galán de la historia, según explicaba. El relato intrigó a Sofía, quien quiso escuchar la historia y desconectar, durante al menos unos instantes, del arduo viaje de introspección en el que llevaba inmersa todo el día. Al parecer, el apuesto caballero veneciano, que ejerció de diplomático y de agente secreto, había logrado conquistar a más de cien mujeres. Sofía decidió permanecer escuchando a cierta distancia para no ser confundida con aquel grupo de turistas.

La guía explicó que Casanova, antes de dar comienzo a la famosa leyenda de conquistas, había sido sacerdote. Fue precisamente el enamorarse de una mujer lo que le hizo tomar la sorprendente decisión de abandonar el sacerdocio. Posteriormente también había trabajado como médico. Un hombre tan culto como él, explicaba la guía, sintió curiosidad por otras materias tales como el esoterismo, motivo por el cual la Inquisición lo hizo prisionero. Una vez salió de la cárcel huyó a Francia con un nuevo nombre donde consiguió rodearse de grandes personajes ilustres. Comentó la guía, a modo de curiosidad, que Casanova fue quien había inventado la lotería. Acabó su relato añadiendo que, si bien Casanova era conocido por ser uno de los mayores mujeriegos de la historia, lo cierto era que había también muchos estudiosos de su vida que veían en él a un gran feminista.

Sofía volvió a casa y cenó disfrutando de la serenidad que aporta el escucharse a uno mismo. Sintió cierto confort al pensar que dentro de sí misma siempre dispondría de todo lo necesario para ser dichosa. Se prometió firmemente el trabajar sobre su nociva obsesión de ver peligros y amenazas constantemente. Ella no podía controlar cuanto sucediera a su alrededor, era inútil el dedicar esfuerzos a ello, pero sí podría tratar de conseguir un estado emocional de serenidad, confianza en sí misma y valentía. Hacía ya días que había decidido firmemente salir de su zona de confort, así que sus miedos no le harían abandonar su objetivo. Podían suceder cosas malas, eso era innegable. Pero también era cierto que ella no podría evitar la mayor parte de lo que sucediera, así que, ¿de qué le serviría preocuparse continuamente por algo inevitable? Pensó también que incluso todo lo malo que le pudiera suceder, no sería tan malo si de ello conseguía sacar un aprendizaje.

La vida solo puede ser comprendida hacia atrás, pero únicamente puede ser vivida hacia delante.

SØREN KIERKEGAARD

C A P Í T U L O 28

Sobre las olas

Al día siguiente Sofía se despertó habiendo tomado una decisión, iba a marcharse de Venecia. Pensó en volver más adelante y en disfrutar de aquella maravillosa ciudad en otro momento en el que ella estuviera más receptiva. No tenía claro dónde ir, tenía la impresión de no haber hecho lo que debía hacer antes de volver a casa de nuevo. Ni siquiera sabía si había algo que debiera hacer fuera de casa, pero tenía la impresión de que todavía le quedaba mucho por vivir y experimentar antes de volver a Barcelona y plantearse cómo encarar su nueva vida.

A las nueve de la mañana, Sofía llamó a su prima. Ansiaba compartir unos minutos de conversación con alguien cercano. Llevaban sin hablar desde hacía ya unos tres días, de hecho ni siquiera le había dicho que estaba en Venecia. Los primeros diez minutos de conversación giraron en torno a Willy y todas sus travesuras. Por lo visto, había destrozado ya tres cortinas, algún mueble y varios pares de zapatos. Pero a Laura no le importaba lo más mínimo. De hecho, a Sofía le pareció que su prima estaba encantada con el perro. Un relámpago de nostalgia le recorrió el cuerpo al acordarse del animal.

Laura le contó que Philipp ya estaba en Sitges junto a ella, al parecer finalmente no había tenido que volver a Alemania para ninguna reunión. Sofía se alegró por ello, pues sabía que su prima no soportaba estar lejos de su marido. Philipp también estaba entusiasmado con Willy y ambos habían acordado que en cuanto Sofía volviera de su viaje, adoptarían un perro.

Por su parte, Sofía le explicó a Laura que finalmente había viajado a Venecia. La reacción de sorpresa de su prima no sonó especialmente franca.

—¿Y cómo es que estás en Venecia? —preguntó Laura con un fingido tono de sorpresa.

—Fue idea de Alejandro.

—¿Qué Alejandro?

¿Cómo que qué Alejandro? Pero ¿cuánto tiempo llevaba sin hablar con su prima? ¡Claro! Era cierto, no le había contado nada de su encuentro con Alejandro, pensó

Sofía.

—¡Laura! ¡No te lo había contado! El director del hotel me invitó a un evento benéfico que se celebraba en un castillo cerca de Roma y… ¡adivina a quién me encontré ahí!

—A Alejandro.

—Sí, exacto, pero no sabes lo mejor.

—¡Cuenta, cuenta! —exclamó Laura con ganas de oír todo cuanto Sofía tenía que contar.

—Resulta que la mujer del director del hotel era…

Sofía guardó dos segundos de silencio para dar más emoción a su relato.

—¿Quién era? —preguntó su prima con cierta ansia por saber la respuesta.

—¡La hermana de Alejandro! —contestó Sofía con el entusiasmo de quien revela un gran secreto.

—¿Cómo? ¡No me lo puedo creer!

A Sofía le resultó tremendamente divertido el poder contar algo tan sorprendente. Debía reconocer que las últimas semanas de su vida habían sido de todo menos rutinarias y de algún modo, sentía cierto orgullo por ello. La pregunta que en aquel momento le formuló su prima le dejó totalmente atónita

—¿Y qué tal está Carla?

—¿Conoces a Carla? —preguntó Sofía con enorme asombro.

—Sí, claro. Es una gran mujer, extraordinaria diría yo —respondió Laura dejando entrever cierta suspicacia en el tono de su voz.

Parecía como si su prima estuviera midiendo sus palabras y reprimiera lo que verdaderamente quisiera decir.

—No sabía que conocieras a la hermana de Alejandro. Yo… no pensaba que tuvierais una relación tan estrecha.

En el mismo instante en que pronunció aquellas palabras, Sofía se arrepintió. Su comentario, pronunciado con un cierto tono de reproche, dejaba entrever un vergonzoso recelo de desconfianza.

—Bueno… tenemos una buena relación, Sofía, nunca lo he escondido. Conocí a su hermana hace ya muchos años, me pareció una mujer sensacional y desde entonces mantenemos una gran amistad —dijo Laura a pesar de ser consciente de que no tenía por qué dar ninguna explicación.

—Perdona, lo siento, Laura. De verdad que lo siento muchísimo, olvida mi comentario, por favor.

Sofía se sentía realmente avergonzada. ¿Quién se creía ella para echarle nada en cara a su prima?

—¿Qué te sucede con Alejandro, Sofía? —preguntó Laura en tono reconciliador.

—No lo sé, Laura, me tiene completamente trastornada. Hace tiempo que quería habértelo dicho pero no encontraba el momento. —Había llegado la hora de sincerarse con su prima acerca de la extraña relación, por llamarlo de alguna manera,

que le unía a aquel hombre—. Verás, creo que… creo que siento algo por él. De hecho, me gusta muchísimo. ¡Mucho más que muchísimo! Pero ¿qué puedo hacer? No le entiendo, Laura, no sé qué pasa por su cabeza. Tan pronto es un hombre encantador y cariñoso como de pronto se vuelve alguien huidizo y distante… Cada vez que me aproximo un poco a él, desaparece.

—Sofía, dale tiempo, no tengas prisa. Lo más importante en estos momentos eres tú y es en ti en quien tienes que centrarte. No te pido que te olvides de Alejandro, ni mucho menos, pero céntrate en recuperarte a ti misma y lo que haya de pasar con Alejandro, ya pasará en su debido momento. No le des más vueltas, cariño…

—No me ayudas mucho, Laura.

—Más de lo que tú crees, Sofía.

—Pero ¿por qué desaparece?

—Sofía… ¡no le des más vueltas! Piensa que si marcha quizá sea porque debe hacerlo.

—Vale, entendido. No le doy más vueltas, palabra. Por cierto, ¿el tío Juan todavía sigue en Vejer? —preguntó Sofía cambiando radicalmente de tema.

—¿Cómo dices? ¿Qué Juan?

La pregunta cogió a Laura por sorpresa, especialmente teniendo en cuenta que Sofía le estaba preguntando por su padre.

—Laura, ¡por Dios! Te pregunto si el tío Juan, es decir… ¡tu padre!, continúa en viviendo en Vejer. Recuerdo que había hablado alguna vez de mudarse a Chiclana.

—Sí, sigue en Vejer. ¿Por qué lo preguntas?

—Había pensado en ir a visitarle —dijo Sofía radiante y feliz al pensar en la idea de visitar a su tío.

—Sofía, no sé si eso es buena idea. Desde luego a Laura no se lo parecía.

—No lo entiendo, ¿por qué no? ¿Crees que le molestaría?

—¡Claro que no! ¿Cómo puedes preguntar eso? —respondió Laura con intensidad.

—¿Entonces? ¿Qué tiene de malo la idea? A mí me apetecería mucho y seguro que a Juan le daría una gran alegría.

—Sí, eso seguro, pero…

Laura se había quedado sin palabras. Era más que evidente que no quería que Sofía fuera a Cádiz a visitar a su padre pero en aquel momento no encontraba las palabras adecuadas con las que persuadir a su prima para no ir.

—Pues… ¡No hay más que hablar! Preparo las maletas y me marcho, ¡qué ilusión! Podríais venir también Philipp y tú, seguro que le daríais una gran alegría a Juan.

—Sí, bueno… yo, nosotros… —A Laura no le surgían las palabras—. Íbamos a ir, pero estamos muy liados con la búsqueda de un negocio. Escucha, Sofía, yo había pensado que… bueno, verás, tenía un viaje programado a Praga pero no voy a poder ir, ¿no te interesaría a ti? Es una ciudad preciosa y muy romántica… Y además, nunca

has estado, es tu oportunidad para visitarla. Tengo hasta el hotel pagado, un hotel céntrico y muy bonito.

—No, Laura. Muchas gracias, pero no. —Sofía rechazó la oferta de su prima con una seguridad que incluso a Laura le sorprendió—. Estoy cansada de visitar ciudades bonitas. Dime tú, ¿para qué quiero yo visitar sola tantos lugares románticos? Ya no tengo ganas de continuar con mi aventura europea, ahora prefiero volver a España y si puede ser con el calor del sur, mejor que mejor.

—¡Alejandro está en Praga! —soltó Laura desesperada.

—¿Cómo dices? —preguntó Sofía visiblemente asombrada.

—¡Sí! Ahora mismo está en Praga y se quedará ahí durante unos cuantos días.

Sofía quiso preguntarle a su prima cómo sabía que Alejandro estaba en Praga y, sobre todo, por qué demonios se lo explicaba a ella después de haberle insistido en que no le diera más vueltas a cuanto tuviera que ver con él. Pero no lo hizo.

—Pues me alegro por él, Laura. Me ha dicho un pajarito que es una ciudad muy bonita y romántica ¡ja, ja, ja! Bueno, te dejo que he de prepararme la maleta. Un beso enorme y un achuchón para mi Willy.

Sofía colgó sin más, ni siquiera esperó al adiós de su prima, una despedida que a buen seguro no escucharía, por mucho que se mantuviera en línea. Conocía a su prima y sabía que en aquel instante y durante los próximos diez minutos, permanecería inmóvil con el teléfono en mano, pensando en cómo podía ser posible que Sofía no hubiera caído en su trampa. Pero ella ya no era una chiquilla y los señuelos de su prima hacía ya tiempo que habían dejado de sonarle a cantos de sirenas.

No pensó ni por un momento que lo que le había dicho Laura no fuera cierto, pero un instante de lucidez guio a Sofía por el camino de la sensatez, optando por seguir los planes que tenía previstos. Se sintió orgullosa de sí misma, pues era ella y no otra persona quien acababa de tomar una decisión.

Alrededor de las nueve y media de la mañana preparó la maleta y decidió ir directamente al aeropuerto aun sin saber si conseguiría un vuelo para aquel día. Dejó las llaves del apartamento al portero y marchó despidiéndose de una de las ciudades más hermosas que había visitado en toda su vida. Deseó volver acompañada de Alejandro pero el deseo no le hirió, sino que le acarició suavemente como un dulce pensamiento. Le deseaba, era cierto, pero no permitiría que aquel deseo se adueñase de ella.

En el aeropuerto, Sofía no logró un vuelo directo, aunque a decir verdad, tampoco contaba con ello. En su lugar decidió comprar un billete a Madrid y desde allí tomar un vuelo a Jerez de la Frontera. El avión Venecia-Madrid despegaba a las doce del mediodía, por lo que apenas tuvo tiempo para facturar la maleta y embarcar. Los pocos minutos de los que dispuso antes de entrar en el avión, Sofía los aprovechó para comprar por el móvil un billete de avión que le llevara de Madrid al aeropuerto de Jerez. Aquel avión despegaría de Madrid a las cuatro y media.

Eran las dos y media cuando Sofía aterrizó en Madrid, contenta de estar de vuelta en España. Apresurada por los nervios de no llegar a tiempo, recogió la maleta y corrió en dirección a la puerta de embarque del avión que le llevaría a Cádiz. El segundo vuelo duró poco más de una hora y alrededor de las cinco y media, Sofía ya estaba en Jerez de la Frontera. Se sentía realmente entusiasmada por estar ahí, pero su alegría se vio turbada por el hecho de no encontrar su maleta.

Pasaron dos largas horas buscando la dichosa maleta que, finalmente, pudo recuperar. Al parecer, alguien había cogido por error el equipaje de Sofía y una vez se dio cuenta, volvió al aeropuerto a deshacer el entuerto. Por suerte, esa persona se encontró a Sofía al lado de la cinta de equipaje, esperando que un milagro le devolviera su maleta. Y así ocurrió, pues el milagro se presentó en cuerpo de hombre y al cabo de dos horas de desesperación.

Eran cerca de las ocho cuando Sofía por fin logró salir del aeropuerto. No había comido nada en todo el día. El ajetreo y los nervios habían hecho merma en ella y ahora sentía un cansancio que, desafortunadamente, empañaba la ilusión por ver a su tío Juan. Tomó un café de máquina y se fumó un cigarrillo a la salida del aeropuerto tratando de relajarse y pensando en lo poco planificada que se había vuelto su vida. Aquella misma mañana estaba en Venecia sin saber siquiera dónde pasaría la noche. Pasados diez minutos, Sofía tomó un taxi que le llevara a casa de su tío.

Estaba emocionada e ilusionada por ver a su tío Juan. Era curioso lo poco que había pensado en él durante los últimos años. Juan era una persona radiantemente feliz que a buen seguro le hubiera sido de gran utilidad a Sofía en sus momentos de perdición. Vivía en una bonita casa costera, en el municipio de El Palmar. Juan y su exmujer, la madre de Laura, llevaban divorciados casi cuarenta años. Hacía ahora unos quince años, Juan había encontrado de nuevo el amor de la mano de una graciosa gaditana curiosamente llamada Juanita. Ambos formaban una pareja extraordinariamente divertida cuyo *leivmotiv* era tan simple como grandioso: disfrutar al máximo de la vida. Sofía solía recordarlos riendo hasta acabar llorando y aquello era algo que a ella siempre le había resultado muy contagioso.

El taxi llegó a su destino alrededor de las nueve. Sofía se presentó en casa de su tío Juan, sin saber muy bien qué decir. De pronto, la idea de visitarle sin avisar ya no le parecía tan elocuente. Llamó al timbre con cierto nerviosismo esperando con ansiedad ver a su tío. Pero no fue Juan quien abrió la puerta, sino un hombre al que no había visto antes. Tenía unos cincuenta años, moreno, no muy alto y más bien poco agraciado físicamente. El hombre se estaba riendo mientras abría la puerta. Sofía supuso que sería algún amigo de su tío.

Aquel hombre se llamaba Francisco y efectivamente, era un amigo de la familia. Juan no estaba en casa, sino en «la peña», le dijo aquel hombre, preparando junto con otros amigos el discurso que en dos días tenían que dar frente a todo el pueblo de Vejer.

Al parecer, varios pueblos estaban recaudando dinero para evitar el desahucio de

uno de los hombres más queridos y apreciados de toda la comarca, le explicó Francisco. Para ello habían preparado una gran fiesta y contaban con la colaboración del Ayuntamiento de Vejer, que les había ofrecido las instalaciones deportivas para poder celebrar ahí una serie de conciertos. Varios cantantes locales se habían ofrecido para actuar aquella noche, también un conocido mago y un cómico famoso. Todo con tal de ayudar a Faustino López, que así se llamaba el hombre a quien iban a desahuciar en apenas una semana de la casa en la que llevaba viviendo más de treinta años.

Faustino, a quien toda la comarca estaba deseosa por ayudar, había hecho por Vejer y los pueblos de alrededor más que cualquier político. Todos le tenían un gran aprecio puesto que él se había portado extraordinariamente bien con muchas familias de la zona. La vida siempre le había sonreído y él había compartido su riqueza y sabiduría con los demás, lo que le valió el aprecio de toda la comunidad. Unos años de mala fortuna económica se habían llevado por delante todos sus negocios. En apenas tres años, Faustino pasó de ser un pudiente empresario que daba trabajo a miles de personas a no tener ni para comer. Francisco le explicó todo aquello a Sofía en apenas diez minutos.

Sofía había medio olvidado el gracioso acento gaditano y, al escucharlo de nuevo, le sobrevino un cúmulo de agradables recuerdos. También había borrado de su memoria lo mucho que le costaba entender a algunos gaditanos. Francisco no era una excepción. Una vez terminó su interesante relato, Sofía le pidió que le llevara con su tío.

El reencuentro con Juan y Juanita fue de lo más emotivo. Tanto a su tío como a su adorable mujer se les saltaron las lágrimas al ver a Sofía. Ambos le tenían mucho aprecio y lo demostraron efusivamente delante de todas las personas que ahí se encontraban. Sofía sintió cierto remordimiento por no haber mantenido el contacto con sus tíos en los últimos años. Ahora le parecía más que evidente lo positivo que hubiera sido un reencuentro con ellos. No podía creer lo estúpida que había sido, siempre habían estado ahí, tan al alcance de su mano. Dos personas de naturaleza franca y pura que hubieran estado dispuestas a ayudarle en cualquier momento.

Sofía también acabó llorando, eran demasiadas las emociones que tenía que gestionar. La noche transcurrió entre risas y bromas. Sus tíos le presentaron a todos sus amigos y la acogida no pudo ser más calurosa. La peña era un grupo de amigos del pueblo que asiduamente se reunía en la bodega de la casa de uno de los integrantes más veteranos del grupo. Cada uno solía llevar algo de comer o de beber y de ahí salían las ideas más alocadas. A todos les encantaba organizar fiestas y eventos en general. El festejo en el que estaban ahora trabajando iba a ser el más emotivo de los que habían organizado, pues todos le tenían un enorme cariño a Faustino.

Sus tíos debían marchar de viaje al día siguiente. La sobrina de Juanita bautizaba a su hija en Sevilla y estaban invitados al evento. Le propusieron a Sofía que les

acompañara, ya que les apenaba el tener que marchar justo al día siguiente. Ella consiguió convencerles de que estaría bien en casa. Les esperaría sin problemas, al fin y al cabo solo iban a estar fuera una noche, al día siguiente debían volver a primera hora para organizar el festejo de Faustino. No importaba que apenas conociera a nadie, les dijo. Le iría muy bien estar tranquila, a solas, meditando y dando largos paseos por la playa. Juan y Juanita hicieron caso omiso de sus palabras y al día siguiente, antes de marchar para Sevilla, le presentaron, uno por uno, a todos sus vecinos, a todos sus amigos e incluso a unos cuantos comerciantes de la zona. Sofía se sintió tan agradecida como abrumada.

Una vez volvió a quedarse sola, decidió ponerse un calzado cómodo y dar un largo paseo por la playa. Paseó durante más de una hora mientras reflexionaba sobre las posibilidades que la vida ofrecía y que la mayoría de las personas no se atrevía ni siquiera a considerar. Ella había abierto sus puertas y desde entonces su vida estaba repleta de sucesos, buenos y malos, pero todos ellos cruciales en su nuevo sendero. Había vuelto a experimentar, abandonando de una vez por todas aquel nocivo estado de vegetación.

Sofía se sentó sobre la arena a contemplar el mar. Pensó en lo hermoso que era y trató de vislumbrar cada pequeño detalle de las olas. Saboreó el momento absorbiendo el aroma a mar, la brisa marina, el intenso color azul, la energía de los rayos del sol. Era como si de pronto hubiera agudizado todos sus sentidos. Podía ver, oler y sentir lo que hasta entonces le había pasado desapercibido. Sintió su cuerpo deslizarse sobre las olas mientras su mente le permitía deshacerse de cualquier sufrimiento.

El miedo, la angustia, el desaliento y todas aquellas nocivas emociones, compañeras de viaje de Sofía, aún no le habían abandonado por completo. Sin embargo, tenía la sensación de haberse liberado de cierta carga, le parecía como si ahora caminara mucho más ligera. Hacía frío pero, a pesar de ello, quiso continuar paseando por la playa, algo que le ayudaba a conectar con la parte más íntima de su ser. Se sintió orgullosa por el camino recorrido. Toda una travesía que todavía tenía grandes baches que sortear, alguno de ellos incluso le harían retroceder, pero Sofía ya había adquirido una percepción que jamás abandonaría. Había logrado ser consciente de las posibilidades que la vida ofrecía y solo ella tenía la llave del éxito. Aquello le atemorizaba, puesto que implicaba una gran responsabilidad. Suponía responsabilizarse de su propia vida. Una vida que ahora estaba convencida de que merecía la pena ser vivida.

La belleza de las cosas existe en el espíritu de quien las contempla.

DAVID HUME

C A P Í T U L O 29

Canta conmigo

Sofía aprovechó el resto del día para conversar consigo misma, conocerse un poco más y disfrutar de su simple existencia. La soledad ya no era algo para temer, sino todo lo contrario. El estar a solas consigo misma le permitía conocer un poco más a aquella mujer que hasta hace nada le era totalmente desconocida.

Meditó durante más de una hora, reencontrándose así con las buenas aficiones recientemente adquiridas. Se propuso tratar de meditar asiduamente, sabía que el recorrido sería largo y era consciente de la importancia de mejorar en ello. A Sofía le costaba mucho esfuerzo dejar de pensar durante la meditación. Los pensamientos se agolpaban en mayor medida cuando trataba de evitarlos, pero tenía muy presente que solo era una cuestión de práctica. Quería permanecer atenta y despierta, como indicaba el guía de la última meditación que había descargado de internet. Debía permanecer en el aquí y en el ahora, pero su mente le ponía ciertos obstáculos. Alrededor de las ocho de la noche unos vecinos de sus tíos llamaron a la puerta, querían invitarle a cenar. Sofía agradeció enormemente el gesto pero rechazó la invitación todo lo amablemente que fue capaz. Aquel día estaba aprendiendo a no temer la soledad.

El día siguiente amaneció soleado y la alta temperatura hacía que pareciera un día de verano. Sofía decidió salir a dar una vuelta y desayunar en la primera cafetería que encontrara, adoraba el carácter gaditano y habiendo superado un día de soledad con matrícula de honor, aquella nueva jornada se había propuesto empaparse de la gente lugareña.

Nada más salir de casa se encontró con Francisco, el amigo de sus tíos, quien le invitó a desayunar con él en la peña, donde tenían todos los preparativos de la fiesta que se celebraría aquella noche. Francisco le explicó a Sofía decenas de conmovedoras historias cuyo protagonista era Faustino y ella comprendió enseguida por qué hacían todo aquel esfuerzo. Decidió quedarse ahí durante el resto del día, ayudándoles en todo cuanto pudiera.

Francisco le ofreció encargarse de la coordinación de los artistas que actuarían

aquella noche y ella aceptó encantada. Le pidió también que repasara el discurso que había preparado y que debía leer junto a Juan, el tío de Sofía, antes de que diera comienzo el festejo.

Sus tíos llegaron alrededor de las cuatro. Estaban apurados, pues quedaba todavía mucho por preparar. Apenas pudieron permanecer un par de minutos a solas con Sofía, pero celebraron el verla colaborando en los preparativos del festejo como si fuera una más. Llenaron un par de camionetas con guirnaldas, banderines, farolillos, bolsas de luz, velas y demás artilugios festivos y llevaron todo el material al recinto en el que se iba a celebrar el evento. Inicialmente habían pensado en utilizar las instalaciones deportivas que el ayuntamiento les había ofrecido, pero al ver el aluvión de gente que enseguida se ilusionó con la idea de ayudar a Faustino, finalmente desecharon la idea.

El propietario de una de las casas rurales más conocidas de la zona les propuso celebrar la fiesta en su propiedad: El Mirador. Tenía un pabellón parcialmente cubierto y el lugar estaba preparado para albergar cualquier evento, puesto que en él se celebraban todo tipo de ceremonias. Sofía pudo por fin conocer al famoso Faustino, quien con evidente emoción estaba colaborando para que todo estuviera listo.

Sobre las seis y media de la tarde todos los preparativos estaban prácticamente listos. Cada uno se fue a su casa para engalanarse y quedaron en verse de nuevo en una hora en El Mirador para hacer un último repaso. Sofía se fue a casa con sus tíos sin tener la más mínima idea de qué iba a ponerse aquella noche.

Ya en casa, Juan y Juanita desaparecieron cada uno por su lado. Estaban muy nerviosos y querían que todo saliera a la perfección. Faustino bien se lo merecía. Juanita se atavió con un elegante vestido negro de lentejuelas que combinó con una bonita chaqueta de encaje de color gris. Escogió sus mejores joyas y se hizo un peinado de boda, como ella solía decir. Juan también se vistió como si fuera a una gran ceremonia. Con los nervios del momento, se le fue la mano con la colonia, lo que le valió una graciosa reprimenda de su mujer.

La única que quedaba por vestir era Sofía. Juanita le ofreció un bonito vestido de su prima. Al parecer, Laura todavía tenía bastante ropa en casa de su padre. El vestido, de un color rojo bastante llamativo, era una prenda sugerente y atractiva pero demasiado veraniega, pensó Sofía. Rebuscaron en el armario de Laura hasta que dieron con la prenda ideal: un vestido largo y muy entallado, embellecido con pedrería brillante. El vestido tenía un escote considerable y era, para el gusto de Sofía, demasiado ajustado. Juanita le buscó una chaqueta fina y elegante que combinara con aquella delicada prenda. Afortunadamente, Sofía llevaba en su maleta los zapatos ideales para aquel atuendo. Juanita le prestó unos preciosos pendientes de perlas. Una vez estuvieron todos listos, se fueron en coche hacia El Mirador.

Francisco les estaba esperando con varias copias del discurso. Se trataba de un texto de casi tres folios de largo. Sofía lo había leído unas horas antes y le había

parecido realmente emotivo. Cada uno volvió a leer el discurso en silencio. A todos les pareció perfecto, no quisieron cambiar ni una sola coma. Mientras Francisco y Juan acordaban qué fragmentos leer cada uno, Juanita le explicó a su sobrina que se habían vendido más de quinientas entradas. A Sofía le pareció una auténtica barbaridad. Había dado por sentado que aquella sería una fiesta de unas cien personas a lo sumo. Cada entrada costaba veinte euros, así que aquella noche habrían recaudado diez mil euros. El Ayuntamiento también le había ofrecido una cantidad a Faustino y, según explicaban en el pueblo, más de un empresario de la zona había aportado dinero por la causa. Estaba claro que Faustino era muy querido entre sus vecinos.

La entrada a la fiesta de aquella noche incluía las actuaciones de tres grupos de música bastante conocidos en Cádiz, una actuación de un mago y otra de un cómico. Al parecer, era aquella última actuación la que todo el mundo esperaba con ansias, pues se trataba de un muchacho del pueblo al que le había sonreído la fortuna en el mundo de la comedia y participaba asiduamente en *El Club de la Comedia*. Todos ellos se habían ofrecido a actuar de manera gratuita. Además, aquella noche también recaudarían dinero con el consumo de bebidas y comida, que habían sido aportados gratuitamente por varios negocios de la zona.

Y entonces llegó Dani. Sofía lo vio venir de lejos, revolucionando a todo el que encontraba a su paso. Era un hombre de unos treinta y largos años, con un desparpajo inigualable, que se paró a hablar con cada una de las personas que había en su camino, provocando la risa en todos ellos. Parecía como si a cada persona con la que se cruzaba le contara un chiste. Sofía no podía oírle, pero a tenor de las reacciones de los demás, lo que decía debía ser realmente gracioso. Ella quiso evitar el contacto visual en el momento exacto en el que ya era demasiado tarde. Dani fue directo hacia ella, hizo una desmesurada reverencia y se puso de rodillas. Sofía notó cómo sus mejillas se encendían mientras Dani, un hombre al que no conocía de nada, le pedía matrimonio. Juanita interrumpió el romántico instante dándole una colleja mientras lo incorporaba para darle un enorme abrazo: era su sobrino.

En cuanto se había enterado de la mala fortuna de Faustino y del festejo que se celebraba en su ayuda, Dani no se lo había pensado dos veces y había llamado a su tía para ofrecerse voluntario en todo cuanto pudiera ayudar. La idea fue acogida con gran entusiasmo, puesto que Dani era ya un personaje famoso que incluso aparecía asiduamente por televisión. Lamentablemente, Sofía no pudo decir que lo reconociera, ya que llevaba sin ver la televisión más de un año. Sin embargo, en cuestión de pocos minutos, ambos congeniaron a las mil maravillas y la timidez inicial de Sofía se convirtió en un agudo sentido del humor que asombró hasta al mismo Dani. Al cabo de media hora, se encontró bebiendo un licor casero con Dani, Francisco y otro hombre más a quien todavía no le habían presentado, un tal Mateo.

—Bueno, amigos míos… —comenzó diciendo Dani—. Ahora que está reunida la juventud del pueblo, he de deciros una cosa.

—¿La juventud del pueblo? Pero si tengo cincuenta años —dijo Francisco.

—Y yo cuarenta y tres —añadió Mateo con gracia.

—Y yo cuarenta, ¿y qué? Aunque se ha de decir que aparento mucho menos, estaréis todos de acuerdo ¿no? Bueno, la cuestión es que hoy es mi cumpleaños —dijo abriendo exageradamente los ojos y haciendo unas muecas cuyo significado Sofía no acababa de entender. Ella permanecía ahí como mera espectadora—. Como iba diciendo, a vosotros que habéis sido mis amigos desde el principio, que me habéis apoyado desde el inicio de mi carrera… Sofía no sabía si Dani estaba de cachondeo o si simplemente estaba delirando.

—Yo te acabo de conocer… —dijo ella con todo el cariño que le fue posible y acompañando el comentario con una bonita y sincera sonrisa.

Quizá Dani no se había percatado de que ella continuaba allí y el comentario iba dirigido solo a Francisco y Mateo. De pronto, los tres estallaron en una sonora carcajada ante la espontaneidad de Sofía, quien acabó contagiándose de la euforia y rio junto al resto. De repente, Dani dejó de reír, miró a Sofía seriamente y se giró hacia sus amigos.

—¿Y quién es esta mujer? —dijo seriamente tras haber dirigido una mirada a Sofía como si fuera la primera vez que la veía.

Ahora era ella quien estaba alucinando. Pero ¿qué demonios le pasaba a aquel hombre? No hacía ni media hora que les habían presentado, pensó ella. Aquello era obviamente una broma de Dani que Sofía no supo comprender inicialmente y que provocó una nueva risotada, más sonora si cabe que la anterior. Una vez calmados todos, Dani continuó.

—Pues como os estaba diciendo, ¡hoy es mi cumpleaños!

—¡Felicidades! —exclamaron todos al unísono.

—He traído para celebrarlo unos pastelitos de Holanda.

A todos les cambió la cara. Pero ¿qué decía aquel majadero?, se preguntó Sofía.

—Dani, que nos conocemos —dijo Francisco con tono de reproche.

—Vamos, Francisco, como si fuera la primera vez, ¡hombre! Animaos, por favor os lo pido… ¡que es mi cumpleaños! Y me apetecía un poco de marcha.

—¿Unos pastelitos de Holanda? —preguntó Sofía un tanto confusa.

—Les llamamos así, pero en realidad son unos pasteles que prepara el primo de Dani. Son unos ricos pasteles de chocolate a los que les añade el ingrediente estrella —explicó Francisco con una expresión traviesa.

—¿Y cuál es ese ingrediente estrella? —preguntó ella inocentemente.

—Cannabis —respondió Francisco sorprendido por la pregunta.

Dani sacó un recipiente de plástico relleno de pequeños pastelitos de chocolate. Francisco resopló sabiendo que, dijera lo dijera, acabaría por probarlos. Lo cierto es que tenían una pinta estupenda y a Sofía se le antojó probar uno.

—Venga, ¿quién es el primero? —preguntó Dani sonriendo y tentando al resto con el aroma de aquellos pastelitos.

De repente se giró bruscamente hacia su derecha y empezó a hacer aspavientos. Parecía estar saludando a alguien. Los otros tres se giraron con curiosidad, pero no vieron a nadie.

—¿Todo bien, muchacho? —preguntó Francisco.

—Chicos, acabo de ver a mi primo. Joder, ahora no lo veo… con tanta gente. Voy a decirle que venga a hacer unas cervezas antes de que comience todo. Sofía, vente conmigo, ya verás cómo te cae genial.

Finalmente fueron los cuatro. Dani tenía toda la razón del mundo, pensó Sofía. Su primo, a quien todos llamaban el Pitufo, era pura chispa y desde el primer minuto en que le conoció, ella no dejó de reír. En ocasiones le costaba entender qué era lo que decía, pero aun entonces, aquel hombre de poco más de metro sesenta, resultaba extraordinariamente chistoso. Tomaron unas cuantas cervezas, mientras conversaban y reían por casi cualquier cosa.

—Joder, ¡qué ambiente se respira! Cómo se nota que alguien ha merendado pastelitos esta tarde —dijo el Pitufo con su natural gracia. Los otros cuatro se miraron con una alarmante expresión de susto.

—¡Hostia! ¡Los pasteles! Joder, joder, joder… —fue todo cuanto Dani, ya contento por las tres cervezas que había bebido, pudo decir.

—¡Tranqui, Dani! Por Dios, que estarán donde los hemos dejado. No te apures. Venga, ¡vamos! —dijo Francisco imponiendo su tranquilidad.

—Pero ¿dónde los habéis dejado? —preguntó el primo de Dani.

—¡Qué movida, qué movida! —repetía Dani continuamente—. Pues es que estábamos a punto de comernos los pasteles, cuando de pronto te vi y quisimos venir a saludarte. ¡Joder!, se me pasó recoger los dichosos pasteles.

—Sí, muy bien, pero ¿dónde los dejaste? —preguntó de nuevo el Pitufo.

—Ahí los dejó y ahí están. ¿No veis el táper encima de la mesa? —respondió Francisco señalando el lugar donde estaban los pasteles.

—Menos mal, ¡qué susto, por Dios! Que uno ya no está para estas cosas… —dijo Dani mientras se reía de lo ocurrido.

Llegaron a la mesa y, efectivamente, el recipiente con los pasteles estaba ahí. Sin embargo, todos se quedaron perplejos al comprobar que faltaban, al menos, tres pastelitos. Miraron a su alrededor y no vieron a nadie que pudiera haberlos cogido. ¿Quién podría haber sido? No había nadie cerca de la mesa. Escucharon una voz cantarina que venía de lejos.

—¡Amigos! Pero ¿qué hacéis aquí? Queridos, queridos… No estáis siendo muy profesionales, creo yo. ¡Venga, hombre! ¡Desfilando! Tú, Pitufín, anda, ponme una cerveza.

Era Juan. De todas las personas que podían haberse comido los pasteles, el destino había querido que el afortunado fuera Juan. Los aspavientos que hacía mientras se dirigía a ellos, el efusivo e inusual tono en su voz y, sobre todo, el chocolate que todavía tenía en la comisura de los labios, no dejaban lugar a dudas.

Todos se miraron con una expresión de pánico y sin saber bien qué hacer. El Pitufo les tranquilizó diciendo que aquellos pasteles tenían muy poca cantidad de cannabis. De hecho, si bien ellos sí notaban en Juan un comportamiento extraño, tras un par de minutos de reflexión, todos concluyeron que una persona que no le conociera en profundidad no notaría nada inusual en él. Tan solo parecía un hombre feliz y animado. Teniendo en cuenta que aquello era una fiesta, pensaron que la conducta de Juan pasaría totalmente desapercibida.

—Venga hombre, ¡esto es todo lo que hacen estos inocentes pastelillos! Nada más. Ya habéis visto todo el efecto. Juan está más animado que de costumbre y ya está. Y os digo una cosa, gracias a estos pasteles, dará el discurso con mucho más ímpetu y emoción —dijo el Pitufo—. No seáis gallinas y comeos uno cada uno, ¡no me hagáis el feo!

Finalmente, todos decidieron probar los pasteles. Estaban de acuerdo en que degustar un pequeño trozo no podría hacerles ningún mal, especialmente Francisco, quien al recordar que debía dar un discurso frente a más de quinientas personas, sintió los nervios recorrer su cuerpo. Veinte minutos después, todos ellos, a excepción de Juan, que de pronto había desaparecido del grupo, habían probado su segundo pastelito.

El ambiente se había vuelto aún más risueño y Sofía tuvo la sensación de ser realmente feliz. No había nada que le preocupara, estaba totalmente relajada y tenía la extraña sensación de ser dueña de sí misma. Creía poder dominar por completo su mente y su cuerpo. Era como si las emociones tóxicas le hubieran abandonado, en aquel momento solo podía ser feliz, nada más. Reía, observaba y captaba todo de manera mucho más intensa. Olía. Sofía creía poder percibir todos los olores a su alrededor. Incluso comenzó a creer que podía escuchar cualquier sonido, por lejano que fuera. ¿Acaso tenía superpoderes?, se preguntó mientras barajaba la posibilidad de poder volar.

—Amigos, ¿dónde está Juan? —preguntó Francisco con cierta turbación.

—Joder, ni idea, ha desaparecido —contestó Dani—. ¡Tiiío! —comenzó a gritar mientras Francisco le zarandeaba y le pedía que dejara de vociferar.

—Estaba aquí hace un par de minutos —dijo Mateo claramente afectado por el cannabis. Sofía se abstuvo de participar en la conversación. No solo no estaba preocupada por su tío, sino que en aquel momento toda su atención estaba centrada en saber si podría o no volar. Además, le despistaba mucho que la cabeza de Dani hubiera duplicado su tamaño.

—¡Aquí estoy! —dijo Juan mientras se aproximaba al grupo bailando jovialmente —. ¡Cómo os he echado de menos! Pero ¡qué día tan bonito ha quedado!

Todo cuanto decía o hacía Juan tenía un énfasis fuera de lo normal.

—Joder, tío, que tiene setenta y cinco años, a ver si le va a dar un chungo —le dijo Mateo a Dani con cara de preocupación.

—Pero ¿qué dices? —dijo el Pitufo—. Venga, Mateo, no seas agorero, el hombre

simplemente está contento, como el resto. Una cañita más para despejarnos y verás qué bien.

—Pero ¿podrá dar el discurso? —preguntó Dani.

—Claro que sí, ¡yo no salgo solo a dar el discurso! Que yo también estoy un poco aturdido —contestó Francisco.

Juan, que no había escuchado la conversación, reanudó su baile.

—Me voy a por la alcaldesa, verás tú qué baile nos vamos a pegar —dijo Juan desternillándose de risa.

Mateo y el Pitufo se lo llevaron inmediatamente de ahí mientras le convencían de que bailar con la alcaldesa no era, en aquel momento, lo más apropiado. Le acompañaron al baño a refrescarle un poco, convencidos de que con ello lograrían calmarle y hacerle entrar en razón.

Mientras tanto, Francisco y Dani debatían sobre si debían permitir o no que Juan diera el discurso. Solo quedaban veinte minutos y, a juzgar por su actual estado, parecía imposible que estuviera medianamente presentable para entonces.

—¿Tú qué opinas Sofía? ¿Cómo ves a tu tío? ¿Crees que estará en condiciones para dar el discurso? —preguntó Francisco visiblemente turbado.

—No —contestó Sofía mirando hacia el infinito.

Su tío Juan se unía de nuevo a ellos, pero esta vez el baile lo acompañaba con una graciosa canción que parecía que acababa de inventar.

—¡Canta conmigo, Sofía! —canturreaba Juan mientras se dirigía a su sobrina.

—Joder, no me lo puedo creer… Dani, tú y tus ideas. Yo no puedo salir solo a hacer el discurso. Sabes que me muero de vergüenza. Sal conmigo, tú eres cómico, a ti no te asusta hablar delante de tanta gente… —dijo Francisco medio gimoteando.

—Claro que no me asusta, pero estoy fatal, amigo. Me voy a cargar a mi primo, ¿qué narices le habrá puesto al dichoso pastel? Necesito al menos una hora para recuperarme, en serio, llevo un colocón impresionante…

—No me hagas esto, Dani, yo no puedo salir solo, me está dando un ataque de pánico —dijo Francisco mientras comenzaba a hiperventilar.

—Yo saldré —dijo Sofía.

Los hombres olvidan siempre que la felicidad humana es una disposición de la mente y no una condición de las circunstancias.

JOHN LOCKE

C A P Í T U L O 30

Convénceme

La propuesta de Sofía cogió a Francisco y a Dani por sorpresa, pero a ambos les pareció perfecta dadas las circunstancias. Por algún extraño motivo, ella parecía la menos afectada de todos, así que, ¿por qué no? Lo que ellos no sabían era que en aquel momento Sofía estaba convencida de tener poderes sobrehumanos. Tenía la certeza de poder hacer todo cuanto quisiera. «¿Un discurso delante de quinientas personas? Claro que sí, y delante de mil si fuera necesario», se dijo a sí misma. No había nada que se le pudiera poner por delante. Francisco y Dani no tenían ni idea del verdadero estado de Sofía, de haberlo sabido hubieran rechazado su oferta de inmediato. Francisco le entregó una de las copias del discurso para que pudiera leérsela de nuevo antes de subir al escenario. La leyó en medio minuto y creyó haber memorizado todo el texto.

Caminaron los tres juntos hacia el escenario donde coincidieron con la alcaldesa del pueblo. Le informaron del cambio de planes de última hora y disculparon a Juan diciendo que había tenido una indigestión. La alcaldesa, quien generalmente actuaba con una despreocupación asombrosa, ni se inmutó, se limitó a sonreír y a abrazar a Sofía cuando Francisco se la presentó. Verónica, que así se llamaba, era una mujer que parecía vivir en un continuo estado de felicidad y parsimonia. Sofía se preguntó por qué aquella mujer se habría maquillado la cara de verde.

Quedaban cinco minutos para subir al escenario. El público estaba deseoso de escuchar el discurso de apertura de aquella fiesta que, sin duda alguna, sería recordada durante mucho tiempo. Dado que Sofía parecía tan serena y calmada, Dani propuso que fuera ella quien pronunciara todo el discurso y que Francisco se limitara a quedarse a su lado. Ella estuvo de acuerdo con la propuesta, a la que tampoco prestó mucha atención, pues continuaba vagando por su mundo. Francisco aceptó de buen grado la proposición, abrazó a Sofía y le dio las gracias con una sonora efusividad.

Ya era la hora. La alcaldesa subió por las escaleras y tras ella, Francisco. En

último lugar iba Sofía, quien antes de subir al escenario, se giró hacia Dani y le dio un caluroso abrazo.

—No te asustes por lo que te voy a decir, Dani. La alcaldesa es uno de ellos —le susurró al oído.

—¿Cómo dices? —preguntó él en medio de la confusión y el enorme estruendo de los aplausos.

—La alcaldesa es una alienígena. Tranquilo, yo me encargo —dijo Sofía mientras ya subía por las escaleras.

Pasados dos segundos, ella ya no recordaría sus alocadas e incongruentes palabras.

Dani quedó tan estupefacto que para cuando pudo darse cuenta de cuál era la alarmante situación, Sofía ya estaba en medio del escenario. El pánico se apoderó de él. Quiso detenerla, pero ya era demasiado tarde. ¿Qué podía hacer él? Rezó a todas las vírgenes que pudo recordar.

La alcaldesa pronunció unas bonitas palabras acerca de Faustino y el público entero aplaudió con un armonioso entusiasmo. Verónica cedió la palabra a Sofía. Francisco permanecía inmóvil, al lado de Sofía, tratando de mostrar la más saludable de las apariencias. No lo conseguía, pues los sudores se habían apoderado de él y en aquel momento estaba completamente empapado, ofreciendo un aspecto bastante enfermizo. Trató de tranquilizarse pensando que, al menos, había conseguido librarse de tener que hablar en público. Solo había un problema, Sofía no parecía reaccionar y era en aquel instante cuando debía comenzar a hablar. La alcaldesa le había cedido la palabra pero ella no parecía reaccionar. Francisco se acercó a ella y le suplicó entre sollozos que leyera el discurso. Con una pasmosa tranquilidad, Sofía le dijo que no se preocupara, dio un paso al frente y se colocó frente al micrófono.

Debía haber mucha gente ahí, pensó. Sin embargo, los focos le impedían ver al público. Se giró hacia la alcaldesa y con gran decisión pidió que aflojasen la intensidad de la luz. Verónica, lejos de molestarse, llamó inmediatamente a un técnico para que solucionara el problema. Una vez disminuyeron la potencia de los focos, los giraron de modo que no enfocaran directamente al ponente. Sofía pudo ver al público con claridad.

Había abandonado ya su disertación acerca de si podía volar o no. Ya sabía la respuesta. Efectivamente, ella podía volar. Podía hacer todo cuanto quisiera. Cualquier cosa estaba al alcance de su mano, no había obstáculos ni impedimentos, por la simple razón de que así lo había decidido ella. Le tenía intrigada el hecho de que el rostro de Francisco se hubiera vuelto verde, igual que el de la alcaldesa.

—Queridos amigos…

Sofía dio comienzo al discurso de apertura con voz firme y clara. No tenía ni idea de lo que diría. En aquel momento ni siquiera recordaba que el discurso ya estaba escrito. Simplemente dejaría que la inspiración le guiara, tenía plena confianza en que las palabras adecuadas acudirían a ella en el momento necesario.

Antes de continuar, Sofía se preguntó qué demonios hacía ella ahí. De repente había olvidado por qué debía hablar en público y, sobre todo, qué era lo que aquella gente esperaba de ella. «No hay problema», se dijo. Decidió hablar con el corazón y esperar a que las palabras vinieran a ella.

—La vida merece la pena ser vivida. Es la conclusión que he alcanzado tras un mes de arduas deliberaciones.

A Francisco le estaban entrando unos enfermizos sudores fríos y por un momento temió desfallecer. Se acercó a Sofía para suplicarle que se le limitara a leer el papel que tenía apoyado sobre el púlpito, pero ella ya no escuchaba. Afortunadamente, Sofía recordó en aquel instante por qué estaba ahí: Faustino.

—Sí, amigos. Merece la pena ser vivida precisamente por la existencia de personas como Faustino…

Y llegó el momento en el que Sofía se quedó totalmente en blanco. No sabía qué hacer ni qué decir. Todos sus recientes «superpoderes» se habían esfumado. No sufría lo más mínimo, la situación no le estresaba y no le causaba ninguna angustia, pero era plenamente consciente de la realidad: había olvidado qué debía hacer.

A duras penas podía recordar cómo se llamaba y aquellas caras del público, de un verde cada vez más intenso, le habían acabado por desorientar del todo. Por si eso fuera poco, en aquel instante comenzó a ver extrañas aves sobrevolando el escenario. Sofía se giró dando la espalda al público. Francisco, al borde del colapso, tuvo que sujetarse al brazo de la alcaldesa para no perder el sentido. Sofía se aproximó a Verónica y le susurró al oído.

—Verá usted… sintiéndolo mucho, he de confesarle que no sé qué decir —reconoció Sofía con toda la naturalidad y templanza del mundo.

—Sofía, querida, simplemente, deja que tu corazón sea el que hable —le respondió la alcaldesa con la misma serenidad.

Y así fue. Gracias al cannabis o a lo que quiera que fuera, en aquel momento Sofía no contaba con la lacra del temor al reproche ajeno. No temía las críticas ni las réplicas. De hecho, le era totalmente irrelevante lo que la gente pudiera opinar sobre lo que tenía que decir, pues era algo tan puro que estaba por encima de cualquier crítica.

—Veréis —comenzó diciendo Sofía—, la vida se compone de instantes, muchos de ellos no son aparentemente alentadores. Es más, visto sin mucha perspectiva, ni siquiera nos motivan a continuar viviendo.

El silencio acampó entre el público. Pasados unos segundos en los que Sofía decidió interrumpir momentáneamente sus palabras a la espera de inspiración, la gente comenzó a preguntarse quién sería aquella mujer.

—Aquellos instantes en los que uno no tiene un porqué, no tiene un motivo por el que levantarse cada mañana —Sofía continuó con su discurso—, cuando crees que todo en la vida te va mal, cuando piensas que el mundo se ha confabulado en tu contra y que tu existencia no tiene el más mínimo sentido. Así te puedes pasar años

hasta que, de repente, te sucede algo. —Respiró profundamente pensando en sus próximas palabras—. Y es muy importante que cuando ese algo suceda estéis atentos, con los ojos bien abiertos y dispuestos a abrir la puerta porque no sabéis cuándo va a volver a pasar ese tren. Un tren que muy posiblemente se dirija en una dirección contraria a vuestra desgracia.

El estupor de la gente era mayúsculo. Nadie entendía ni una sola palabra de lo que Sofía trataba de transmitir. Comenzó a escucharse un murmullo entre el público. La gente se preguntaba unos a otros si había alguien que supiera quién era aquella mujer y por qué decía aquellas cosas tan extrañas.

—Y veréis, resulta casi mágico, cuando ya has perdido casi toda esperanza en la vida y en el ser humano, que de pronto tu existencia se ilumine. —Sofía no escuchó el cuchicheo de la gente, pues en aquel momento ella solo tenía oídos para su voz interior—. Cuando crees que tu vida no puede ser más miserable de lo ya es, cuando verdaderamente te preguntas si merece la pena continuar con tu existencia, cuando huyes del ser humano por comprender que es el ser más mísero que existe sobre la faz de la tierra y, sobre todo, cuando pierdes todo el respeto y cariño por ti mismo y de pronto…

Hizo una breve pausa para dar más emoción a sus palabras, permitiendo que el público fuera asimilándolas.

—De pronto, recibes el mejor regalo de toda tu vida: el poder observar por una mirilla cómo puede llegar a ser la vida, en contraste con lo que tú crees que es. Y es entonces cuando tenéis que estar alerta y cazar al vuelo esta nueva oportunidad. Debéis abrir los ojos y daros cuenta de que lo que vosotros hayáis creado en vuestras mentes, lo que vosotros hayáis construido con vuestros pensamientos y bajo el aplastante yugo de la influencia externa, no es la realidad en sí misma.

Un nuevo paréntesis en el discurso de Sofía, mientras ella respiraba profundamente y permitía que la inspiración acudiera a ella. La serenidad gobernaba su ser. La alcaldesa permanecía atenta, intrigada por las sabias palabras que estaba escuchando. Mientras tanto, Francisco ya daba todo por perdido. Era tal su desánimo que apenas tenía fuerzas para impedir el desastre que parecía estar a punto de ocurrir.

—Tenéis que hacer un esfuerzo y superar esa barrera, amigos —continuó Sofía—, porque la vida no tiene por qué ser una falsa y nociva relación sentimental, ni tampoco un trabajo al que dedicas doce o catorce horas diarias y que no solo no te motiva lo más mínimo, sino que te hastía. La vida no tiene que ser un sofá en el que te estiras durante horas y horas mientras sientes el punzante dolor de la nostalgia, al pensar en lo que pudo haber sido y no es. Aceptamos, de un modo pasivo y nocivo a la vez, la esclavitud y el sometimiento a nuestras emociones. ¡Y ni siquiera nos revelamos ante ello! Simplemente lo damos por bueno e incluso lo reafirmamos por el simple hecho de que siempre ha sido así. Pero ¿dónde lo ha sido? En nuestros pensamientos, amigos. ¿Y desde cuándo lo que construimos en nuestras mentes ha de coincidir necesariamente con la realidad? No solo no tiene por qué coincidir, sino que

en muchas ocasiones ni siquiera guardan el más mínimo parecido.

Sofía respiró profundamente una vez más y por primera vez observó con detenimiento al público, que ya parecía tener un aspecto más humano. Observó los atónitos rostros y pensó que su objetivo se limitaría a hacer que su tímida voz interior hablara, sin preocuparse por si la gente comprendía o no lo que pretendía transmitir.

—Como os decía… de repente aparece un tren, una luz, llamadle como queráis. Y ese es el momento de estar muy concentrados, es el momento de cambiar nuestras lentes y permanecer con la mente abierta, pues lo que podéis llegar a entender podría cambiar vuestras vidas. ¿Os imagináis vivir sin la presencia constante del miedo? Esa varita mágica puede cambiar tu vida. Inocente de ti le pondrás forma y nombre a ese tren. Y es que en ese instante aparece un nuevo trabajo que te motiva por encima de todo, un nuevo amigo, un nuevo *hobby*, una nueva ilusión, un hijo, un amante, una persona cuya sola presencia te hace acariciar la felicidad. Pero no os equivoquéis… No, amigos, no será ese nuevo trabajo, ni ese nuevo amante, ni el hijo que traigas a este mundo, lo que os devuelva la luz. La luz siempre ha estado dentro de nosotros, pero nos empeñamos en apagarla.

Francisco trató sin éxito de interrumpir a Sofía. Se aproximó a ella por detrás y entre susurros y gimoteos le suplicó que cesara su improvisado discurso. Aquello le valió una reprimenda de la alcaldesa, quien permanecía atenta a cada una de las palabras que pronunciaba Sofía. Francisco, resignado y consternado, volvió a su sitio.

—El tren sois vosotros, amigos, y la decisión sobre si montaros en él o no, es solo vuestra. De nadie más. La iluminación no viene de otro país, ni de otra persona. No viene de un premio de la lotería, ni de un nuevo trabajo. La luz siempre ha estado en vosotros, manteniéndose encendida pese a vuestro incesante empeño por apagarla. No miréis alrededor vuestro, mirad en vuestro interior. Sentaos con vosotros mismos, hablaos y conoceos. Hay una vida ahí fuera que no tiene por qué coincidir con la miserable existencia que hayamos creado en nuestras mentes. Porque la vida… merece la pena ser vivida.

Sofía hizo una breve interrupción disfrutando de la paz que le envolvía.

—En una ocasión, alguien muy especial me dijo una bonita frase que resumiría a la perfección lo que trataba de compartir con vosotros. Era de un filósofo noruego, o danés, o de algún país de ahí arriba… ahora no recuerdo cuál, ¡dichosos pasteles! La frase decía algo así: «La puerta de la felicidad se abre hacia dentro, hay que retirarse un poco para abrirla: si uno la empuja, la cierra cada vez más».

Los rostros de la gente seguían reflejando cierto desconcierto, pero ahora parecía como si comenzaran a escuchar a Sofía y a reflexionar sobre lo que ella estaba diciendo. Prácticamente la totalidad del público continuaba preguntándose a qué diablos venía aquel extraño discurso, incluso algunos pensaron que la persona que en ese momento hablaba había tomado alguna copa de más. Sin embargo, también hubo quien, por un instante, recapacitó sobre las palabras que estaba escuchando.

Sofía siempre había sido una persona más bien tímida, pero en aquel momento las

palabras brotaban de ella como por arte de magia. No tenía que pensar en lo que iba a decir, era como si simplemente estuviera leyendo. Lo que en aquel momento expresaba estaba escrito en su alma. Siempre había estado allí, no era un conocimiento nuevo. Pero era entonces cuando, por primera vez, ella tomaba conciencia de todo cuanto decía. E iba más allá, Sofía creía firmemente en lo que decía. Era la única verdad, era su verdad y provenía de su interior.

No había necesitado ningún gurú, ningún psicoterapeuta ni ningún libro. No había precisado nada ni nadie para llegar a aquellas conclusiones, puesto que siempre le habían acompañado. Ni siquiera eran obra de Séneca. Tras varios segundos de silencio, Francisco se aproximó a Sofía y en contraste con su anterior súplica, ahora le rogó que continuara hablando. Pero ella ya había dicho todo cuanto tenía que decir. De pronto, recordó por qué estaba ahí, recordó que había un hombre maravilloso a quien todos apreciaban y al que todos estaban entusiasmados por ayudar. Embriagada por la inspiración, Sofía quiso hacer el colofón final hablando de Faustino, un hombre al que solo conocía por referencias.

—No quisiera acabar este discurso sin hablar de la persona que nos ha unido hoy a todos en esta noche tan singular. No les voy a engañar, yo apenas conozco a Faustino.

Se escuchó un murmullo de asombro. Quizá aquellas no habían sido las palabras más apropiadas, pero Sofía no quiso acabar aquel extraordinario ejercicio de sinceridad con una mentira, por mucho que fuera políticamente correcta.

—Pero he de decir que muchos de vosotros me habéis hablado de un ser maravilloso, una persona entusiasmada por ayudar al prójimo sin esperar nada a cambio, un hombre puro cuyo enorme corazón ha logrado reunir aquí a más de quinientas personas. Y son precisamente este tipo de experiencias las que hacen que la vida merezca la pena ser vivida. La experiencia de conocer a una persona como Faustino, el poder participar en un evento como este en el que tanta gente se une con un único objetivo: el ayudar a un ser excepcional.

El público entero se unió en una enorme y asombrosa ovación. Sofía sentía una enorme paz interior. Aquel discurso no se lo había dicho a quinientas personas, se lo había dicho a sí misma. Por primera vez comenzaba a asimilar el verdadero significado de aquellas palabras que antaño le parecían totalmente vacías.

Sintió una mano en el hombro. Era la alcaldesa quien, visiblemente emocionada, le dio un sentido abrazo. Francisco se unió al abrazo de las dos mujeres a las que rodeó con sus enormes brazos. Verónica le pidió a Sofía que diera paso a Faustino para que subiera al escenario a decir unas palabras. La gente no cesaba en su sonoro aplauso.

—Quisiera agradeceros este caluroso aplauso. Me gustaría ahora que recibierais con este mismo entusiasmo y cariño al protagonista de la noche. Demos la bienvenida a… ¿¿Alejandro?? Se hizo un gran silencio y el corazón de Sofía decidió dejar de latir durante un instante. Ahí estaba él, en primera fila, y junto a su prima Laura.

Alejandro sonreía divertido, orgulloso y cautivador. Ella sintió desfallecer, sus piernas no podían permanecer erguidas y a duras penas conservaba el sentido. ¿Sería el efecto de los pasteles? Era más que probable. Hasta hacía unos minutos los rostros del público eran verdes, pensó. Pero parecía tan real. ¿Y si no eran los pasteles? ¿Y si estaba perdiendo la cordura? Definitivamente era el cannabis, se dijo a sí misma. No iba a perder la compostura, no después de la proeza que acababa de hacer.

—Demos la bienvenida a… ¡Faustino!

Los asistentes olvidaron enseguida el extraño lapsus de Sofía y aplaudieron con clamor al hombre por el que estaban ahí. Faustino subió con una asombrosa energía y se dirigió directamente a Sofía. La observó como quien vislumbra una increíble obra de arte, le tomó las manos y con lágrimas en los ojos, le agradeció con sinceridad sus preciosas palabras. El discurso de Faustino fue tan largo como su emocionado estado le permitió. Las pocas frases que logró articular antes de romper a llorar, fueron más que suficientes para que todo el público le ovacionara al unísono. La alcaldesa tomó el micrófono y sin más dilación, decretó el comienzo de aquella ceremonia cargada de energía e ilusión.

La felicidad frecuentemente se cuela por una puerta que no sabías que estaba abierta.

JOHN BARRYMORE

C A P Í T U L O 31

Cuando quiere un mejicano

Sofía descendió por las escaleras con sumo cuidado. Se sentía un poco mareada y caminar con tacones no ayudaba mucho a mantener el equilibrio. Le esperaban Dani, Mateo y su tío Juan, todos gratamente sorprendidos por el discurso que acababa de dar. Cada uno de ellos le abrazó con efusividad y todos le dieron las gracias por compartir aquellas palabras. Dani volvió a pedirle matrimonio una vez más, pero esta vez a Sofía no le pilló tan por sorpresa y aceptó su proposición entre risas. Su tío Juan le dijo que tenían una sorpresa para ella. Antes siquiera de que Sofía pudiera preguntar cuál era, apareció Laura. Las dos primas de abrazaron con fuerza y emoción.

—Eso sí que ha sido un discurso. Nos has dejado con la boca abierta… —dijo Laura verdaderamente sorprendida y emocionada por las palabras que su prima acaba de pronunciar—. Estamos muy orgullosos de ti, cariño.

¿Había dicho «estamos»?, se preguntó Sofía.

—Gracias… lo hice con el corazón —contestó Sofía con simplicidad y candidez.

—Por cierto, estás preciosa con mi vestido, ¡ja, ja, ja! —dijo Laura riendo—. Esto se está convirtiendo en una costumbre.

—No tenía otra cosa que ponerme… —contestó Sofía excusándose.

Se sentía pletórica, su prima estaba ahí y eso significaba que ella no había perdido en absoluto la cordura. Sofía miró a su alrededor con cierta desesperación.

—¿A quién buscas, Sofía? —preguntó Laura con una pícara sonrisa—. ¡Ah, claro! A mi marido, supongo que le verías desde el escenario.

¿Cómo? ¿El marido de su prima estaba ahí? Sofía se giró hacia su izquierda y, efectivamente, ahí estaba Philipp. Estaba tan absorta en sus propias cavilaciones que ni siquiera se había percatado de su presencia. ¿Sería él a quién habría visto desde el escenario?

—A nadie… —contestó Sofía con cierta desilusión mientras le daba un caluroso abrazo a Philipp—. Por cierto, ¿qué hacéis aquí?

—¿Recuerdas cuando mi madre abandonó a mi padre? —preguntó Laura.

—Sí, claro —respondió Sofía sin saber muy bien a qué venía aquella pregunta.

—Mi padre cayó totalmente en desgracia.

Sofía lo recordaba a la perfección. Juan amaba a su mujer con todas sus fuerzas, pero ella no solía mostrar el más mínimo aprecio por él. De hecho, corría el rumor de que le engañaba asiduamente con otros hombres. Era posible que incluso Juan lo supiera, pero estaba tan apegado a ella que era incapaz de ver lo dañina que era para él aquella relación. Él soportaba todo a cambio de que ella permaneciera a su lado. Cuando finalmente ella se marchó, Juan simplemente se abandonó a sí mismo.

Lo perdió casi todo, Sofía, incluido su trabajo —continuó Laura—. Fue Faustino quien le ayudó a salir del pozo. Le ofreció un trabajo en su empresa e incluso estuvimos viviendo en su casa durante una temporada. Faustino y su mujer cuidaron de nosotros con un cariño y una dedicación admirables. Yo apenas me enteraba de nada, debía tener unos cinco años por aquel entonces, pero mi padre estaba destrozado y no tenía a nadie. Ellos dos nos acogieron en su casa como si fuéramos su propia familia. Para Faustino, mi padre siempre fue como un hermano. Y por si eso fuera poco… fue él quien le presentó a Juanita, es su cuñada. Creyeron que haría buena pareja con mi padre y ya ves… ¡la hacen!

Sofía no sabía nada de todo aquello y la historia le pareció conmovedora.

—Pues entiendo perfectamente por qué habéis venido —dijo Sofía sonriendo—. Y me alegro mucho de que estéis aquí. ¿Cuántos días os quedáis?

Poco a poco Sofía sentía retomar su estado normal.

—Unos tres o cuatro. Hemos quedado mañana con los propietarios de un restaurante que nos estamos planteando comprar. —Aquello sí que cogió a Sofía por sorpresa, ni en un millón de años lo hubiera adivinado. «La vida da muchas vueltas», pensó Sofía—. ¿Y tú?, ¿qué planes tienes Sofía?

—Ninguno.

Y era completamente cierto, Sofía no tenía planes. Ya no planificaba todo como antaño, dejaba que la vida fluyera mientras ella le extraía su jugo. Claro que también era cierto que en algún momento debería plantearse ciertas cosas, pensó, como por ejemplo dónde vivir o incluso buscar un empleo. Pero la verdad era que no tenía ninguna intención de volver a acomodarse en una vida como la anterior, si es que a eso se le podía llamar vida. Las experiencias de las últimas semanas le habían resultado tremendamente reveladoras y bajo ningún concepto volvería a vivir como lo hacía antes. La sangre había vuelto a correr por sus venas y así continuaría siendo. Abandonó sus pensamientos.

—Bueno, supongo que debería buscar casa y cuanto antes mejor… pero han pasado tantas cosas las últimas semanas —dijo finalmente Sofía.

—No te preocupes por eso. ¿Tomamos una copa?

—Sí, claro, me encantaría, pero que sea de agua, ¡menuda nochecita!

Caminaron las dos primas junto a Philipp hacia la barra del bar. Detrás de ellos les seguían Juan, Dani y Mateo. Había un grupo de música tocando en el escenario y

el público estaba realmente animado. El ambiente festivo y lúdico se contagiaba entre los asistentes, quienes parecían estar disfrutando de unas segundas Fiestas Mayores.

Sofía ya se sentía totalmente recuperada del efecto de los pasteles. Lo mismo sucedía con Juan y Mateo. Sin embargo, Dani no paraba de hacer el loco, por lo que Sofía no sabía si todavía le duraba el efecto del cannabis o si realmente él era así en su estado normal. Sea como fuere, a ella le pareció muy divertido. Juanita se unió al grupo con una alegría desmesurada, lo que hizo que Sofía se preguntara si quizá también ella habría probado los pasteles del Pitufo. Laura se acercó a Juanita y le comentó algo al oído, ambas sonrieron.

—Sofía, querida, ¿podría pedirte un favor? —preguntó Juanita.

—Claro, Juanita, faltaría más. Tú dirás —contestó Sofía con suma cortesía.

—¡Qué encanto eres! ¿Me harías el favor de traerme la chaqueta? Ahora ya refresca.

—Por supuesto que sí, ¿dónde está?

—La dejé en la sala que hay junto el almacén. Juan tiene ahí también una americana, ya que vas, trámela también, cariño.

Sofía fue a por las prendas de sus tíos. Era cierto que la temperatura había caído pero ella no sentía frío, todo lo contrario. Pensó que quizá se debiera todavía a los efectos del cannabis. Encontró enseguida la sala a la que se refería Juanita, tenía un cartel que decía privado, por lo que llamó antes de entrar. Al no haber respuesta, entró sin más.

—Me alegro de verte, Sofía.

Ahí estaba él. Ahí estaba Alejandro. A Sofía le reconfortó el pensar que el haberle visto no había sido producto de su imaginación. En pleno estado de estupefacción, sintió una suave embestida en las piernas. Miró hacia abajo y vio a Willy. A Sofía le sobrecogió una incontrolable conmoción al ver a su perro. Se agachó y lo cogió en brazos olvidándose por un instante de la presencia de Alejandro, quien observaba la escena apoyado en una mesa al otro lado de la habitación.

Willy estaba tan excitado que tuvo que bajarlo al suelo de nuevo. El perro empezó a correr por toda la habitación y a intentar saltar sobre Sofía, quien estaba maravillada con la sorpresa y asombrada por el hecho de que Willy le reconociera. Se agachó de nuevo para jugar con él y este, con gran entusiasmo, trató de saltar sobre ella una y otra vez. Pasados cinco minutos, el perro se tranquilizó y se tumbó sobre el suelo, boca arriba, reclamando los cariños de Sofía. Llamaron a la puerta. Era Laura.

—Hola, chicos —dijo en un tono divertido—. Vengo a por Willy, seguro que tiene ganas de dar una vuelta.

Laura le ató la correa y se lo llevó. Sofía se debía enfrentar ahora al hecho de que Alejandro estuviera ahí, frente a ella. Hasta aquel instante lo había ignorado por completo. Él la observaba, entretenido con la situación. Sofía le miró de reojo sabiendo que en algún momento debería decir algo, si él no lo hacía antes.

—¿No me vas a saludar? —dijo finalmente Alejandro sin perder la sonrisa.

Sofía se acercó a él sin saber muy bien cómo saludarle. Pensó que quizá un «hola» hubiera bastado y se arrepintió de haber caminado hacia él. A medio metro de él y con la tentación de dar un paso atrás, Alejandro se adelantó y tomándole del brazo, la acercó hacia él.

Temió que su fuerte palpitar fuera perceptible para él, pero Alejandro tenía toda su atención focalizada en los ojos de Sofía, a los que miraba intensamente a la espera de un fugaz encuentro.

—¿Cómo estás? —dijo secamente Sofía dando un paso hacia atrás.

—No tan bien como tú —respondió Alejandro volviendo a sonreír burlonamente —. Un discurso francamente impresionante.

—¿Qué haces aquí?

Sofía permanecía seria, más incluso de lo que hubiera deseado. No se trataba de una venganza ni de una reprimenda, no entendía a aquel hombre ni tampoco comprendía sus juegos. Simplemente estaba tratando de protegerse.

—He venido a verte —dijo él sin perder la sonrisa. Alejandro entrecerró los ojos y observó con detenimiento a Sofía.

—No sé a qué juegas.

Alejandro se incorporó con decisión, tomando a Sofía por la cintura. La atrajo de nuevo hacia él y le besó con tanta pasión que ella sintió desfallecer. Sofía le devolvió el beso mientras sentía acariciar el cielo. Aquel hombre era una auténtica tortura, pero ella pensó que cualquier cosa merecía la pena por un instante como aquel. Sintió un fuerte deseo por quitarle la ropa. Sin saber cómo, aquel deseo se convirtió en realidad y Sofía comenzó a desabrocharle los botones de la camisa. Un instante de sensatez le hizo ver la locura que estaba cometiendo y una vez más de despegó de él.

—¡Lo siento! —dijo Sofía avergonzada al percatarse de que le había desabrochado por completo la camisa.

¿Qué había hecho?, se preguntó mientras intentaba, sin éxito, apartar la mirada del torso desnudo de Alejandro. Hubiera deseado desaparecer sin más. Era consciente de lo que sentía por aquel hombre, pero tenía la certeza de que iniciar algo con él, fuera lo que fuera, no le aportaría nada bueno. Le era imposible practicar el desapego con él.

En aquel momento entró Dani en la habitación sujetando una copa y canturreando una canción de Los Inhumanos. La escena con la que se encontró le cogió por sorpresa y no reprimió lo más mínimo su asombro. Afortunadamente, lo hizo con humor.

—¡No me lo puedo creer! —gritó Dani dejando la copa en la mesa y alzando los brazos. Aquella extraña reacción sorprendió a Sofía, quién sintió cierto enfado con Alejandro por no abrocharse de inmediato la camisa—. ¡Sofía, por Dios! ¿Cómo has podido?

Ella se giró hacia él con estupefacción y cierta indignación. ¿Qué diablos decía aquel loco?

—¿Cómo dices? —dijo Sofía mientras le recriminaba con la mirada el que no se largara de una vez.

—De verdad que no me lo puedo creer… —continuó diciendo Dani sin ni siquiera haber escuchado las palabras de Sofía—. No hace ni tres horas que te he pedido matrimonio y ya estás con otro hombre…

A Sofía le entró la risa, una vez más Dani le estaba tomando el pelo y ella había caído ingenuamente.

—Qué tonto eres… —dijo ella con una sonrisa.

Dani se acercó y le dio un beso en la mejilla. Se aproximó a Alejandro y se puso frente a él con expresión seria y dura.

—Y tú, ¿se puede saber qué te has creído, guapito de cara? ¿Te crees que por ser más guapo que yo puedes venir aquí a robarme a mi futura esposa?

Sofía abrió los ojos sin poder creer lo que estaba escuchando. De pronto Alejandro y Dani rompieron a reír. Ambos se dieron un sentido abrazo. Por enésima vez, Sofía había caído en la broma, estaba claro que aquellos dos hombres se conocían.

—Venga, pendejo, ten la decencia de abrocharte la camisa, hombre, que estás incomodando a la dama —dijo Dani entre risas.

—¿Cómo te va la vida, amigo? —le preguntó Alejandro mientras se abrochaba los botones de la camisa y le dedicaba a Sofía una seductora mirada.

—No me puedo quejar, ahora soy famosete. Salgo por la tele y todo. Joder, tío, ¡cómo te hemos echado de menos por aquí! ¿Cuántos días te quedarás? Y sobre todo, ¿dónde te vas a alojar?

—Eso dependerá de la chiquita —respondió Alejandro mientras dirigía una traviesa mirada a Sofía.

—Y bien, Sofía, ¿cuántos días se quedará Alejandro y dónde se hospedará? —preguntó Dani disfrutando de la graciosa escena e inspirándose para un nuevo monólogo.

—Lo siento, pero… yo no sé de qué va esto —dijo Sofía con cierta tristeza.

No entendía el juego y comenzaba a sentirse estúpida. Dani entendió que la situación no era tan cómica como parecía y decidió marcharse.

—Chicos, os veo fuera, ¿vale? No os perdáis mi monólogo. Sofía, sé dura con él, no sé qué ha hecho pero seguro que se lo merece —dijo mientras marchaba y le guiñaba un ojo.

Una vez a solas, Sofía quiso marcharse de aquella habitación, pero pensó que quizá lo mejor era zanjar aquello de una vez por todas.

—Alejandro, verás… no quiero ser arisca ni maleducada, pero esto no me gusta nada. Tengo la impresión de que juegas conmigo y no creo que eso sea lo que más me conviene ahora.

—¿Por qué crees eso, Sofía?

¿De verdad tenía la poca vergüenza de preguntárselo?, pensó ella.

—A veces eres cariñoso y te muestras cercano conmigo pero… pero de repente y sin ninguna explicación, te vuelves una persona distante y fría, no sé… De pronto parece como si no me conocieras o, lo que es peor, como si te molestara. Es siempre lo mismo contigo, un continuo tira y afloja. Tengo la sensación de que cada vez que me acerco demasiado a ti, sales huyendo. ¿Cómo explicas si no las veces que has desaparecido sin más?

—Trabajo —contestó Alejandro secamente.

—Ya, claro… Pongamos que doy esa respuesta por cierta. Pongamos que creo que cada vez que te has ido casi sin avisar ha sido por tu trabajo… que, por cierto, no estaría de más saber a qué demonios te dedicas, pero ¿y qué pasa cuando estás?

—¿Qué sucede cuando estoy?

Alejandro se lo estaba poniendo muy difícil, pensó ella.

—No sé por dónde cogerte, la verdad. No tengo claro qué sientes por mí, si es que sientes algo —Sofía miró cabizbaja sabiendo que no estaba siendo muy acertada en su exposición—. ¿Por qué te fuiste de Venecia? Algo te pasó… No lo reconozcas si no quieres, pero yo estoy segura de que así es. ¿De verdad te fuiste por trabajo?

—En aquella ocasión no.

—Entonces, ¿por qué fue? —preguntó Sofía visiblemente afectada.

Tenía la sensación de tener que sacarle las palabras a la fuerza.

—No estabas preparada, Sofía —contestó él mientras le tomaba de la mano.

—¿Preparada, para qué?

—Para iniciar una relación sentimental.

Sofía no se esperaba en absoluto una respuesta como aquella. Una respuesta que en cuanto la asimiló, hizo que se desarmara completamente. Seguía sin fiarse de aquel hombre, pero debía reconocer que, en eso, era más que probable que tuviera razón.

—No sé exactamente a qué te refieres… —mintió Sofía.

—Lo sabes perfectamente. Acababas de salir de una larga relación y estabas, por lo que me explicaste, tratando de encontrarte a ti misma. No era el momento de iniciar una aventura. Sencillamente, no estabas preparada.

«¿Una aventura? Vaya —pensó Sofía—, he pasado de relación sentimental a aventura. ¿Qué será lo próximo, un encuentro casual de una sola noche?»

—¿Y ahora sí lo estoy? —preguntó Sofía pensando haber ganado puntos con aquella pregunta.

—Dímelo tú, linda, ¿lo estás? —preguntó encandilando a Sofía con su pícara sonrisa.

Ella tuvo que controlarse para no abalanzarse de nuevo sobre él.

—Quizá lo esté, pero tal vez no quiera iniciar ninguna relación —respondió ella mientras se le escapaba una pequeña risa.

Trató inútilmente de disimular su infantil reacción con un carraspeo. A Alejandro le fascinaban las inusuales reacciones de Sofía y casi siempre le provocaban la risa.

Aquella ocasión no fue distinta.

Sofía se percató de que él todavía le sujetaba la mano. Alejandro lo intentó de nuevo, le agarró el brazo con fuerza y la atrajo hacia sí. Ella no opuso resistencia. Ambos se miraron fija e intensamente a los ojos, pero esta vez él no intentó besarle, se limitó a observarla y finalmente la abrazó.

—¿Estás preparada? —le susurró al oído.

—Creo que sí… —contestó Sofía mientras sentía sus fuerzas flaquear.

—¿Querrías?

—Creo que también.

Alejandro le besó en la mejilla y le tomó de la mano. Comenzó a caminar con ella hacia la puerta.

—Vamos a ver al pesado de Dani, está a punto de comenzar su actuación —le dijo guiñándole un ojo.

Aprendí que no se puede dar marcha atrás, que la esencia de la vida es ir hacia adelante. La vida, en realidad, es una calle de sentido único.

AGATHA CHRISTIE

CAPÍTULO 32

Mañana es para siempre

Un sueño hecho realidad. Así es como Sofía hubiera descrito aquella noche que ya nunca olvidaría. Rodeada de personas a las que apreciaba, arropada por la ilusión de iniciar una nueva relación sentimental y emocionada por volver a estar viva de nuevo. Disfrutó de la noche con el entusiasmo de una niña. Bailó, cantó y hasta contó algún chiste que otro. Totalmente desinhibida, a consecuencia de los restos de cannabis en combinación con alguna que otra copa, Sofía degustó aquella noche como si no hubiera nada más, como si no existiera un mañana. Eso era todo lo que había y tenía, el momento presente, el único momento en el que ella quería concentrarse, el aquí y el ahora.

Ya no volvió a estar a solas con Alejandro, pero tampoco le importó. Sus almas estaban ya unidas, estuvieran donde estuvieran sus cuerpos. No tenía ni idea de cómo le iría con él. De hecho, cuando a Sofía le invadía un mínimo de lucidez, lo cierto era que tampoco albergaba muchas esperanzas en aquella relación, pero había vivido una experiencia que ya nunca le podría ser arrebatada. Había sentido una conexión que iba mucho más allá de lo físico y de lo mental. Era posible que no volviera a sentirlo jamás, pero lo importante era que lo había experimentado. Y aquella experiencia era y sería siempre suya, nadie podría quitárselo, formaba ya parte de su bagaje.

La fiesta terminó alrededor de las dos de la mañana. Dani quiso continuar la fiesta en casa de su primo. Sofía se juró a sí misma que bajo ningún concepto volvería a probar ningún pastel más. Pidieron varios taxis, pues ninguno de ellos estaba ya en condiciones de conducir. Le asombró el que todos conocieran a Alejandro y le trataran como si fuera un gran amigo de toda la vida. Ella tomó un taxi con su prima y Philipp. Ambas se sentaron en los asientos de detrás con Willy.

—¿Qué tal te lo estás pasando? —le preguntó Laura.

—¡Muy bien! —dijo Sofía—. Estoy un poco confundida… pero la verdad es que la noche está siendo de ensueño.

—Eso deben ser los pasteles del Pitufo —dijo Laura con una carcajada.

—Laura… ¿te puedo hacer una pregunta?

—Adelante.

—¿Quién es realmente Alejandro? Y… —Sofía tomó aire—. ¿Qué relación os une? —formuló la pregunta casi susurrando para evitar que Philipp, sentado delante, pudiera escucharla.

—Eso son dos preguntas.

—¡Laura! —protestó Sofía.

—Alejandro es un gran amigo, Sofía —dijo Laura—. Tiene mucho en común con Faustino, la gente le aprecia porque es bueno en esencia, es puro, ayuda a las personas sin exigir nada a cambio. Lo conocí hace muchos años y desde entonces hemos mantenido una bonita amistad. Es por eso que conozco a su hermana y a su cuñado y él conoce a parte de mi familia y amigos.

—¿Salisteis juntos? —preguntó Sofía sin apenas haber procesado previamente sus palabras.

—Sí. —Un sí rotundo y entonado con cierto orgullo—. Durante unos pocos meses. Comenzamos una relación, pero enseguida acabó.

—¿¿Cómo se te ocurrió dejarle marchar??

Aquellas palabras le surgieron a Sofía directamente del alma.

—¡Ja, ja, ja! —La pregunta espontánea de su prima hizo reír a Laura—. No estábamos hechos el uno para el otro, Sofía… Qué se yo. De hecho, fue él quien me dejó. Menudo canalla, ¡ja, ja, ja! Yo lo pasé muy mal, pero él me ayudó y me hizo ver que aquella relación no era lo que ninguno los dos realmente deseaba.

Pues ya lo sabía, se dijo a sí misma. Era algo que siempre había sospechado. Desde el principio intuyó que había habido algo más entre Laura y Alejandro. De hecho, mantenían, a ojos de Sofía, una envidiable relación marcada por la complicidad de a quienes les une algo más que una simple amistad. No fueron los celos los que le hicieron desconfiar, sino la firme convicción de que su prima le estaba ocultando algo.

Cuando llegaron a casa del Pitufo, a Sofía le sorprendió el ver a tanta gente ahí, al menos había unas treinta personas. Todos felicitaron a Dani por su actuación y este agradeció de corazón unas felicitaciones que, viniendo de amigos y gente tan cercana, tenían para él un gran significado. Volvió a pedirle matrimonio a Sofía, mientras todos reían con la escena y ella, ya más relajada y confiada, le seguía la broma mientras miraba de reojo a Alejandro.

La animada e improvisada fiesta se celebraba en la bodega de la casa, un espacio rodeado por barriles de vino y decorado por graciosas esculturas de madera, todas ellas con formas de animales. Al parecer, el primo de Dani estaba haciendo sus pinitos en el mundo de la escultura, aunque por el momento no había tenido el éxito que esperaba. Dani cogió una guitarra de su primo y comenzó a tocar pidiendo a los ahí presentes que le acompañaran cantando las canciones que él inspiradamente iba improvisando.

En torno a las cinco de la mañana, la mayor parte de los invitados habían marchado. Aun así, el ambiente continuaba siendo animado. Con unas cuantas copas de más, Dani comenzó a filosofar sobre la vida en clave de humor. Sofía, sumida en sus propias reflexiones, se agradeció a sí misma el haberse dado la oportunidad de vislumbrar una nueva vida. No sabía qué le deparaba el futuro, no tenía ni idea de dónde viviría, ni en qué trabajaría, ni siquiera sabía si la relación con Alejandro llegaría o no a buen puerto, pero el mañana ya no le importaba. El mañana era hoy, no había un futuro por el que preocuparse, había un bello presente por disfrutar.

—¿Y tú qué esperas de la vida? —le preguntó Dani a Sofía. Al parecer todos habían respondido a aquella pregunta, pero ella, sumergida en sus propios pensamientos, apenas había prestado atención a la conversación. Se arrepintió de ello, pues realmente le hubiera gustado escuchar la respuesta de Alejandro.

—No lo sé, Dani.

Sofía no encontró la respuesta adecuada a aquella pregunta. No se lo había planteado seriamente. La vida era un lapso de tiempo demasiado grande como para esperar algo concreto de ella, pensó. En aquel instante, ella no pensaba más allá. Todo cuanto esperaba se centraba en el momento presente y solo ansiaba continuar como en los últimos días.

—Algo esperarás, ¿no? Una casa, dinero, un marido, trabajo, niños… Por cierto, ¿a qué te dedicas?

—La verdad es que ahora a nada —respondió Sofía con cierto orgullo—. He sido auditora durante muchos años.

—Eso suena bastante aburrido, la verdad —dijo Dani intentando provocarle.

—Durante mucho tiempo no lo fue, pero ahora sí lo sería para mí. De todas formas, hace unas semanas me despidieron del trabajo —contestó ella con una tierna sonrisa.

En cualquier otra ocasión, ella hubiera sentido cierta vergüenza al pronunciar aquellas palabras, pero Sofía ya había comprendido que a ella no le definía su trabajo. De hecho, nada ajeno a ella le definía ya.

—¿Y qué te gustaría hacer ahora? —continuó preguntando Dani interesado en la respuesta.

Sofía dirigió una mirada al resto. Todos estaban pendientes de ella, como quien espera escuchar el final de una interesante historia.

—No me lo he planteado muy seriamente, pero supongo que viajar. Aunque, tampoco me importaría quedarme una temporada en Cádiz —contestó de forma burlona.

—El amigo mexicano viaja mucho —dijo Dani mientras sonreía traviesamente.

Alejandro, quien permanecía impasible observando la escena ligeramente recostado hacia atrás, parecía divertirse con la encerrona de su amigo.

—Está por ver si a él le gustaría viajar acompañado —dijo Sofía, con una sonrisa traviesa y sin mirar a Alejandro, pero muriéndose de ganas por ver su reacción.

—Eso dependerá de la compañía —contestó un incansable Dani. Por un momento, Sofía tuvo la impresión de que aquella conversación no acabaría nunca—. Y bien, Alejandro, ¿no tienes nada que decir? —preguntó Dani girándose hacia su amigo.

—No podría pensar en una mejor compañía que la de Sofía.

Ella sintió enrojecer sus mejillas, especialmente al advertir las miradas de todos los ahí presentes.

—De todas formas, un pajarito me ha chivado que ya no vas a viajar tanto —le dijo Dani a Alejandro sonriendo.

—Así es —dijo él sin más.

Sofía tuvo la impresión de que todos sabían algo que ella desconocía. Afortunadamente, Dani se apiadó de ella y sutilmente cambió de tema, sintiéndose satisfecho con la última Alejandro. Alrededor de las seis de la mañana, Laura y Philipp decidieron poner fin a aquella singular velada. Había sido una noche muy larga y ambos estaban cansados. Dani decidió que también había llegado su hora, pues comenzaba a acusar el cansancio.

Sofía, dándose cuenta de que solo quedaban ella y Alejandro por marcharse, se levantó enseguida y le dijo a su prima que se iría con ellos. Se despidieron todos y propusieron quedar para cenar al cabo de dos días. De pronto cayó en la cuenta de que se había ido sin despedirse de Alejandro, asumiendo que este dormiría en casa del padre de Laura.

—¿Y Alejandro? ¿No duerme en casa de Juan? —le preguntó Sofía a su prima.

—No, él se queda en casa de Dani. Tienen algún asunto que tratar entre ellos. Pero tranquila, que mañana lo verás —contestó Laura entre risas.

Sofía durmió plácidamente acostada sobre una nube. No podía creerse el cambio tan radical que había dado su vida. Comenzó a pensar en Alejandro y temió no estar a la altura. Provenían de mundos muy distintos, pensó. Él era sencillamente perfecto y ella… Todavía no sabía cómo era ella realmente, estaba en proceso de descubrirlo, pero sentía estar a años luz de él.

La vida no había tenido el resultado esperado para Sofía. Su enorme y profundo vacío le había llevado incluso a plantearse si tenía o no sentido el continuar con su existencia. Sin embargo, para Alejandro todo parecía ser fácil y divertido. Él no tenía problemas, ni inseguridades, ni miedos. Ni siquiera parecía tener la más mínima turbación, era como si su vida transitara entre algodones.

Pensó que él debía haber sido agraciado con la suerte de a quien todo le sale bien sin el más mínimo esfuerzo. Ella no sabía si aquella combinación podía tener un buen final. Un hombre extraordinariamente seguro de sí mismo, totalmente orientado y con la felicidad como compañera de viaje, probablemente no quisiera a una persona como Sofía a su lado. La vida de Alejandro debía ser excepcionalmente placentera. Él tenía todo cuanto Sofía ansiaba. Tenía plena confianza en sí mismo y parecía tener un verdadero «porqué», un motivo para vivir, algo que hacía que sus ojos siempre

brillaran con vivacidad. Aquel hombre no parecía haber pasado una mala racha en su vida. Sofía era incapaz de imaginárselo padeciendo, inseguro de sí mismo, con el miedo y la incertidumbre que a menudo le acompañaban a ella.

Ella había recorrido un gran camino, cierto era, pero no se le olvidaba cómo se sentía hacía pocas semanas. Además, aún le quedaba todavía mucho trabajo por hacer. No podía dormir pensando en todo aquello. Tumbada en la cama, Sofía cavilaba sobre si iniciar una relación con Alejandro sería o no una buena decisión cuando, de pronto, su móvil vibró. Sintió cierta emoción al pensar que probablemente era un mensaje de Alejandro. Pero no fue así.

Octava enseñanza: Deja de pensar que todas tus suposiciones son ciertas. Continúas viendo lo que quieres ver y oyendo lo que quieres oír. No hagas más suposiciones y reúne la valentía para preguntar aquello que quieras saber. Séneca

A veces perder es ganar y no encontrar lo que se busca es encontrarse.

ALEJANDRO JODOROWSKY

C A P Í T U L O 33

Por ti aprendí a querer

Sofía se fue a dormir sin apenas pensar en el mensaje de Séneca. «Mañana será otro día», se dijo. Era incapaz de reunir la fuerza suficiente para reflexionar sobre aquella última enseñanza, así que se limitó a dormir. Willy se acurrucó sobre sus piernas y ambos durmieron durante más de ocho horas. Se despertó todavía cansada, no estaba acostumbrada a trasnochar tanto, aunque el agotamiento bien merecía la pena, pues no recordaba una noche tan divertida en toda su vida.

Le sorprendió no ver a nadie por la casa y pensó que todavía estarían durmiendo. Se preparó un café bien cargado que bebió deprisa ante la insistencia de Willy por salir a la calle. Se vistió con unos tejanos y un jersey que hacía años le había regalado Adolfo y salió con Willy a dar una vuelta.

A Sofía le faltaban todavía un par de cafés para pensar con una mínima claridad en el mensaje de Séneca, pero a falta de café, pensó que la brisa marina le despejaría lo suficiente como para poder reflexionar cabalmente. Ella no era consciente de hacer tantas suposiciones pero lo cierto era que conforme más meditaba sobre ello, más imposible le parecía el negarlo. Es más, a medida que fue recapacitando, iba asumiendo que, efectivamente, hacía suposiciones continuamente. Claro que no pensaba que aquello pudiera ser tan dañino.

Sin saber muy bien por qué, comenzó a pensar en Adolfo. Ellos no habían tenido nunca una conversación verdaderamente franca y sincera. Sofía nunca se había atrevido a hablar con él de según qué temas. Suponía que él debía conocerla y adivinar cuanto ella quería y necesitaba, ¿acaso no consistía en eso el amor? Solía disgustarle que él nunca la comprendiera, pero pensándolo fríamente, ella nunca se había hecho comprender. Simplemente había dado por supuesto que si él verdaderamente la quería, sabría cómo contentarla. Ahora veía lo erróneo de su razonamiento y cuántas disputas y frustraciones había provocado al asumir que Adolfo debía saber exactamente cómo se sentía ella. Sofía siempre había supuesto que él no tenía apenas sentimientos, que era emocionalmente insensible, que no tenía más inquietudes que las de estar con ella y llevar una vida mínimamente satisfactoria.

Pero ¿acaso alguna vez le había preguntado sobre ello? Nunca. Sencillamente, había asumido que así era, reforzando aquella suposición una y otra vez.

Sofía siempre había supuesto que la vida de su prima era sencillamente perfecta. Ahora recordaba como en una ocasión y de casualidad, descubrió lo desgraciada que Laura se sentía al no poder tener hijos. Estando de visita en Alemania, escuchó una conversación en la que su prima y Philipp hablaban sobre ello. Ahora pensaba con cierto arrepentimiento en cuan absurdo había sido el suponer que su prima no tenía el más mínimo problema. Quizá si no lo hubiera supuesto, quizá si tan solo le hubiera preguntado, podría haberle sido de gran ayuda.

Llegó el turno de Alejandro. Pensó en él y en todas las absurdas conjeturas que Sofía había comenzado a construir en su mente. Nunca había sido consciente de hacer tantas suposiciones, pero al repasar sus últimos pensamientos sobre Alejandro, le resultó más que evidente que así era. Y ahora veía el veneno emocional de sus presunciones, pues las construía de tal forma que finalmente se convertían en una realidad inquebrantable dentro de su propia mente.

Sofía vio a su prima paseando por la playa y pensó que aquella era una oportunidad perfecta para hablar con Laura de algo que no fuera ella misma.

—Hola, prima, pensaba que estabais todos durmiendo —dijo Sofía en cuanto Laura se acercó a saludarle.

—No, Sofía, hace rato que me levanté. No sé exactamente por qué, pero nunca puedo dormir más de cinco horas seguidas —le dijo Laura mientras continuaban paseando por la playa.

—¿Estás bien?

—Sí, claro, ¿por qué no iba a estarlo?

—Por nada, solo quería saber qué tal estabas. Me preguntaba si quizá te apetecería hablar conmigo… de ti.

—¿De mí? ¿Y sobre qué exactamente?

—No sé, Laura, de lo que a ti te apetezca. Verás, estaba pensando que… bueno, yo siempre he dado por sentado que estabas bien, que tu vida era perfecta y no digo que no lo sea, pero quizá me olvidé de preguntarte si efectivamente lo era.

—Yo no diría que mi vida sea exactamente perfecta, pero tampoco me quejo, Sofía. Simplemente, estoy contenta con mi vida, y más ahora.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Sofía realmente intrigada por aquellas últimas palabras.

—¡Philipp y yo nos venimos a vivir a España!

—¿Qué me dices? ¡Qué alegría me das! —dijo Sofía entusiasmada y con lágrimas en los ojos, no podían haberle dado una noticia mejor.

—Exacto. La semana pasada firmamos la venta del bufete. Con ese dinero queríamos montar un negocio aquí en España y empezar una nueva vida.

—¿Y dónde de España, Laura? —preguntó Sofía con los ojos muy abiertos.

—Dudábamos entre Sitges y Vejer, pero finalmente será Sitges el lugar elegido.

Ya hemos puesto a la venta el apartamento y la semana que viene tenemos varias casas para ver. Aunque la verdad es que creo que el apartamento se venderá mucho antes de que nosotros encontremos algo que nos guste. Ayer me llamaron de la agencia y por lo que me dijeron, prevén que se venda muy rápido.

—Y si vendéis el apartamento antes de encontrar la casa que os guste, ¿dónde viviréis mientras tanto?

—En casa de Alejandro.

—¿De Alejandro? —preguntó Sofía sin disimular su sorpresa.

—Sí, él tiene una casa en Sitges.

—Ah, claro… pero, si él tiene una casa en Sitges, ¿cómo es que se aloja en la tuya? —Sofía no entendía nada.

—Él tenía su casa alquilada. Solo venía a Sitges muy de vez en cuando, una vez cada dos meses o así.

—Ahhhh, ¿y ya no?

—No. Ahora él volverá a vivir ahí, parece que ya no va a viajar tanto. Es una casa grande, hay sitio para todos —respondió Laura sonriendo. Sofía no sabía si ese «todos» le incluía a ella o no.

—Ya… bueno, me alegra muchísimo que vengáis a vivir a España. La verdad es que me extraña un poco, pero ¡me encanta la idea!

—Hay más…

—¿Más qué?

—Estoy embarazada —dijo Laura con los ojos llenos de lágrimas.

Aquella noticia acabó por sembrar de gloria el día de Sofía. El día, la semana y el año incluso. Justo en el momento en el que le iba a preguntar por aquel tema, sin saber todavía cómo abordarlo, su prima le daba aquella noticia despertando en ella un sentimiento de felicidad puro e intenso. Sofía se paró en seco y abrazó a Laura con tanta fuerza que hasta a su prima le sorprendió. Quiso felicitarla pero no le salían las palabras.

—No sabía que te ibas a emocionar tanto —dijo Laura entre risas.

—¿Emocionar, dices? Laura, no encuentro las palabras. No te puedes hacer una idea de lo feliz que me hace que estés embarazada. Sé cuánto lo deseabais, ¿de cuánto estás?

—De tres meses y medio.

—No se te nota nada.

—Mira —dijo Laura mientras se ajustaba el jersey.

—¡Ja, ja, ja! Ahora sí. ¿Es por eso que venís a vivir a España?

—Entre otros motivos.

—¡Cuántas buenas noticias!

—Y tú, ¿cómo estás?

—Bien. Bueno, mejor que bien. La verdad es que estoy bastante bien, sobre todo si lo comparo con cómo estaba hace un mes escaso… Me han pasado tantas cosas,

Laura.

—Me alegro, Sofía, ¿y qué tal con Alejandro?

—Bien, creo. No sé, Laura, no sé muy bien qué decirte. Yo ya había decidido quitármelo de la cabeza y de repente apareció ayer y no sé qué pensar. Él siempre acaba yéndose.

—Bueno, quizá ya no marche más.

—Sí, quizá… pero aun así no sé si es lo que más me conviene.

—¿Te gusta?

—Muchísimo.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—No me lo ha puesto muy fácil, ¿sabes? Hasta ayer no tuve la más mínima certeza de que él sintiera algo por mí. Cada vez que nos veíamos, cada encuentro sucedía lo mismo… en el preciso instante en el que la relación se estrechaba, él salía huyendo.

—Quizá no huía, ¿no lo has pensado?

—No, la verdad es que no —contestó Sofía sin saber a qué podría referirse su prima, ella no veía otro enfoque posible—. Además, me da la impresión de que somos muy distintos. Verás, Laura, hace pocas semanas yo no estaba nada bien… y bueno, me he esforzado mucho por evolucionar como persona, por dejar atrás emociones nocivas que no hacían sino hundirme todavía más. Y no sé si comenzar algo con Alejandro es lo que más me conviene ahora. Realmente me gusta mucho, pero…

—Pero ¿qué?, ¿dónde está el problema, Sofía? ¿No será el miedo a intentarlo? No te equivoques, sea lo que sea lo que hayas aprendido, seguro que la lección que debías sacar no es precisamente el no intentar ser feliz.

—Visto así… pero tú nos conoces, Laura, sabes que somos muy diferentes.

—¡Y dale con eso! Yo os conozco y, precisamente por ello, sé que podríais tener una bonita relación. Y te diré más, no sois tan diferentes como piensas.

—Pero él… él parece ser perfecto. No sé, siempre tan seguro de sí mismo y yo, ya ves, yo soy un desastre en ese sentido. Hace pocas semanas me estaba preguntando si la vida tenía el más mínimo sentido. Todavía me lo pregunto, Laura. Mi felicidad siempre ha ido ligada a lo que los demás pensaran de mí, he sido una persona muy dependiente, buscaba el beneplácito de la gente en todo, lo necesitaba y es posible que todavía lo necesite. Tenía y tengo una gran inseguridad, y miedos… Sí, tengo miedo, miedo a la propia vida. Miedo a intentarlo y a fracasar.

—Como todos, Sofía. Todos tenemos miedos. Lo importante es aprender a conquistarlos. De todas formas, piensa que hay muchas cosas de Alejandro que no sabes.

—Nadie me las ha contado nunca —dijo Sofía con cierto tono de reproche.

—¿Y tú las has preguntado alguna vez?

—No, nunca. ¿Qué tendría que saber?

—Su vida no siempre ha sido tan fácil como tú crees. De hecho, él vivió una experiencia muy negativa, algo que también le hizo replantearse muchas cosas y que, de algún modo, le convirtió en la persona que es actualmente.

—No lo sabía. Asumía que su vida era… ¿cómo decirlo? Perfecta.

—¿Y por qué supusiste eso?

—No sé, es la impresión que me daba. Él parece tan, tan… —Sofía no encontraba las palabras.

—¿Tan, qué?, ¿tan feliz? ¿Tan seguro de sí mismo?

—Sí, exacto. Parece imperturbable, firme, como si tuviera toda la seguridad del mundo. Parece, parece… feliz, contento consigo mismo, él siempre sabe qué decir, cómo actuar.

—Puede ser que así sea, pero ¿por qué asumes que siempre ha sido así?

—Sí, quizá no tenga mucho sentido, lo sé. ¿Puedo saber qué le pasó?

—Te lo explicaré pero, Sofía, con quien deberías hablar, a quién le deberías preguntar todo lo que quieras saber es a él. ¿Sabías que él era médico, verdad?

—No… creo que no. No me suena, la verdad.

—Pues sí, lo era —dijo Laura con cierta tristeza en su tono de voz, como si la historia que estaba a punto de narrar le sumiera en un estado de desánimo—. Él siempre ha sido una persona volcada en los demás, siempre quiso arreglar el mundo, ¿comprendes?

—Sí, entiendo —dijo Sofía asintiendo, a pesar de no saber exactamente a qué se refería. No conocía tanto a Alejandro como para entender qué era lo que su prima quería decir.

—Estudió medicina y, en cuanto tuvo la titulación, comenzó a viajar por distintos países ayudando allí donde hiciera falta.

—¿Tú ya le conocías entonces? —Le interrumpió Sofía.

—Sí, ya le conocía. Creo que él quería hacer del mundo un lugar mejor donde vivir, acabar con el hambre, con la pobreza, con las guerras y dedicó todos sus esfuerzos a ello.

—Es admirable —dijo Sofía sintiendo de corazón aquellas palabras.

—No es tan simple. Cuando tratamos de cambiar el mundo, luchamos por un cambio a nuestra imagen y semejanza, pero ¿quiénes somos nosotros para intentar cambiarlo? Nos centramos en cualquier asunto menos en los nuestros propios.

—No te entiendo, ¿qué hay de malo en intentar cambiar lo que no funciona bien?

—Lo que uno cree que no funciona bien, Sofía —le corrigió su prima—. No necesariamente vemos el mundo como realmente es, sino como nosotros creemos que es y, al tratar de cambiarlo, aplicamos siempre nuestro punto de vista. Si hay algo que he aprendido con el paso del tiempo es que el cambio debe comenzar por uno mismo. Piensa en ello, Sofía, seguramente tú cambiarías el mundo de una manera muy distinta a como lo haría un dictador africano, o a como lo haría un niño abandonado, o a como lo haría un multimillonario… Cada uno tiene su punto de vista, su visión

del mundo. Y creer que el nuestro es el correcto parece muy osado, ¿no crees?

—Puede que lo que digas tenga sentido, pero sigo sin ver qué puede haber de malo en que Alejandro tratara de luchar contra las injusticias.

—No hay nada de malo, Sofía, yo no he dicho eso. De todas formas, piensa que él luchaba contra lo que él creía que eran injusticias, que puede coincidir con tu punto de vista y con el mío, pero no necesariamente el de los demás. Y no me malinterpretes, porque no digo que no lo fueran. De hecho, yo también admiraba mucho todo lo que hacía, su valentía, su arrojo, su energía, su entusiasmo por lograr un mundo mejor. Pero aquella sana ilusión se convirtió enseguida en una enfermiza obsesión y Alejandro acabó abandonándose completamente a sí mismo. Llegó un momento en el que para él, el mundo entero era una enorme injusticia. Una injusticia con la que solo él podía acabar. Ya no hablaba con nadie, no le dirigía la palabra ni a sus propios compañeros, pues él no entendía cómo podían siquiera descansar, cuando el mundo entero se estaba derrumbando frente a ellos.

—Creo que comprendo lo que quieres decir —dijo Sofía mientras su prima sacaba un papel de su bolsillo.

—Lee esta pequeña historia —le dijo Laura mientras le entregaba el papel doblado.

—¿Qué es?

—Un revelador escrito anónimo que aparecía en un libro que leí hace años… Un lugar llamado nada, creo que así se llamaba el libro, de Amy Tan. Esta pequeña historia me impresionó cuando la leí y la anoté en una hoja que llevaba siempre conmigo. Me he encontrado el papel esta mañana mientras rebuscaba entre mis cosas. —Sofía comenzó a leer.

> Un hombre piadoso explicaba a sus seguidores: «Es malo arrebatar vidas y noble, salvarlas. Todos los días me propongo salvar cien vidas. Arrojo mi red al lago y saco un centenar de peces. Los deposito en la orilla, donde saltan y se retuercen. “No temáis”, les digo. “Os estoy salvando de morir ahogados”. Al poco, los peces se calman y se quedan quietos. Pero, triste es decirlo, siempre llego tarde. Los peces mueren. Y puesto que cualquier derroche es malo, llevo los peces al mercado y los vendo a buen precio. Con el dinero que obtengo, compro más redes, para poder salvar más peces».

—Comprendo —dijo Sofía todavía meditando en lo que acababa de leer.

—Vivimos en el mundo que nuestras mentes, a través de los pensamientos, han creado. Y no me gustaría darte la impresión equivocada, porque en absoluto quiero decir que las injusticias contra las que Alejandro luchaba al principio no fueran tales. Lo que quiero decir es que creo que el cambio siempre se ha de iniciar con uno mismo. En muchas ocasiones, interferimos en los asuntos del mundo huyendo de los nuestros propios.

Sofía tuvo la impresión de que aquella frase iba directamente dirigida a ella.

—Entiendo.

—Como te comentaba, terminada la carrera de Medicina y tras viajar por unos cuantos países, Alejandro comenzó a trabajar como voluntario para una ONG, Médicos por la Solidaridad. Esta ONG solo operaba en zonas de guerra, así que él no se lo pensó dos veces y se unió a ellos. Volvía de vez en cuando a España, pero su vida era aquella. Más que su vida, su obsesión. Dejó de mantener el contacto con su familia y amigos. Abandonó por completo su anterior vida y supeditó toda su existencia a lo que él pensaba que era su *leitmotiv*. Cuanto más se adentraba en aquella obsesión, más se sumía en la desesperación, pues las injusticias que él trataba de erradicar no tenían límites. Llevaba más de diez años colaborando con Médicos por la Solidaridad cuando le destinaron a Somalia. Él deseaba un destino como aquel, ansiaba ir a un país tan castigado por la guerra y por la pobreza. Fueron cinco los médicos de la ONG destinados a Somalia junto con Alejandro, quien iba como responsable del grupo, a pesar de no tener muy buena relación con el resto de sus compañeros. Él había decidido que sus labores fueran más allá de curar enfermos. Comenzó a enfrentarse a todo el que, a sus ojos, cometía el más mínimo abuso. Estaba en lucha con el mundo entero con una temeridad tal que incluso sus compañeros quisieron desmarcarse de aquel comportamiento, alejándose cada vez más de él. Pasados unos meses, comenzó a recibir amenazas.

—¿Qué tipo de amenazas? —Le interrumpió Sofía.

—Gente que no quería que ellos estuvieran ahí. Pero a él le daba igual, Alejandro solo pensaba en luchar contra las múltiples injusticias que veía a su alrededor y obviaba deliberadamente cualquier aviso de peligro que recibiera. Le habían advertido que o se iban del país o lo acabarían pagando con sus vidas. No le dio apenas importancia. Al fin y al cabo, ya estaba acostumbrado a no ser siempre bien recibido. No compartió aquella información, no comentó aquel aviso con sus compañeros, pensando que no tenía ningún fundamento. Pero finalmente las amenazas se hicieron realidad… —Sofía parecía estar viendo una película de terror mientras reproducía en su mente todo cuanto su prima le narraba—. Un día llegaron varias personas armadas al campamento y los mataron a todos.

—¿A todos? —preguntó Sofía aterrada ante aquellas palabras.

—A todos menos a Alejandro. Aunque de algún modo, a él también lo mataron. Le dieron la muerte en vida, puesto que aquel episodio le sumió en la peor de las desgracias. Los asesinaron brutalmente a todos, mientras a él lo sujetaban para que pudiera ver toda la escena. ¿Imaginas lo que es eso, Sofía?

Desde luego que no lo imaginaba.

—No… Yo no puedo creer lo que me estás contando —dijo Sofía todavía aturdida y habiéndose contagiado de la tristeza de aquel relato.

—Después de aquello, cayó en una profunda depresión —continuó explicando Laura sin haber escuchado a su prima—. Permaneció en Somalia, jurando venganza y

bebiendo para ahogar sus penas. Nunca encontró a los asesinos y él se fue sumiendo cada vez más en la desdicha. Entró en una vorágine de autodestrucción que hizo que finalmente le quitaran la licencia, entre otros muchos infortunios. Así continuó hasta que él mismo decidió ponerle fin a su desgracia. Recuerdo que cuando nos lo explicaba siempre repetía la misma frase: «No es caer lo que te hace hundirte, es permanecer ahí».

—Qué frase tan profunda —dijo Sofía con cierto orgullo.

—No es suya. Si no recuerdo mal es de Anthony de Mello.

—Ah… vale —contestó Sofía sin saber quién era aquel tal Anthony—. Y sus amigos, ¿no le ayudaron? Quiero decir, ¿no le ayudasteis?

—No contó nada a nadie, él llevaba ya años desconectado de su anterior vida. No mantenía el contacto con ninguno de sus amigos.

—¿Y su familia?

—Tampoco les contó nada, además ese era también un tema complejo, por lo de su padre, ¿sabes?

—No, no sé… —respondió Sofía con cierta torpeza—. ¿Qué pasa con su padre?

—¿No sabes quién es su padre? —preguntó Laura con verdadero asombro.

—No, ¿tendría que saberlo?

—Pensaba que lo sabías, perdona… Su padre es un cantante muy conocido en México. En aquellos años, ambos se habían distanciado mucho.

—Ah… vaya, ya comprendo —dijo Sofía mientras trataba de asimilar toda aquella información acerca de Alejandro, a quien comenzaba a ver con otros ojos.

—¿Y cómo lo consiguió? —preguntó Sofía con sumo interés.

—¿Cómo consiguió el qué?

—Recuperarse de todo aquello.

—Eso se lo tendrás que preguntar a él, yo ya he hablado demasiado. Pero te diré que una de las cosas que más le ayudó fue emprender un gran proyecto. Pasado medio año, recibió una gran suma de dinero, de una herencia… y no se lo pensó dos veces.

—¿Una herencia?, ¿de su padre?

—¡No, no! Juraría que de su tío… Su padre está vivito y coleando, ya lo conocerás algún día.

Fue en ese preciso instante cuando Sofía se percató de que quería a Alejandro. Lo quería con todas las fuerzas con las que ella era capaz de querer. Si hubiera podido, hubiera borrado de su pasado aquella atroz experiencia, aun cuando ello hubiera significado el no volver a verle nunca más.

Con frecuencia, algunos buscan la felicidad como se buscan los lentes cuando se tienen sobre la nariz.

GUSTAVO DROZ

C A P Í T U L O 34

Conocí a tu esposo

Después de la reveladora conversación con Laura, Sofía decidió pasar el día meditando sobre ello. Había reflexionado mucho sobre ella misma durante las últimas semanas, así que un día de descanso, no le vendría nada mal. Dedicó sus pensamientos a Laura y estalló en júbilo al recordar que su prima estaba embarazada. Sabía cuánto lo anhelaban, así que la noticia no podía ser más bienvenida. Felicitó a Philipp, a quien por poco le saltan las lágrimas al hablar sobre ello. Pasó el día en familia acordándose de los buenos momentos vividos en aquella casa, junto a su adorado tío.

No vio a Alejandro en todo el día, pero asombrosamente tampoco le echó de menos. Pensó que les unía algo más allá del plano físico, algo totalmente desconocido e inexplicable para ella, pues la mera existencia de aquel hombre le hacía sentir tremendamente dichosa.

Aquella noche Sofía cenó junto a su familia y se sintió afortunada por ello. Pensó en lo absurdo que había sido el buscar tan insistentemente la felicidad. Siempre había estado allí, siempre había estado en ella. Trató de valorar todo cuanto estaba viviendo y, lo que es más, valoró incluso ciertos aspectos de lo que ya llamaba su «vida pasada».

Al día siguiente Sofía decidió pasar por casa de Dani. Dejó a Willy al cuidado de Laura y se fue caminando. Supuso que estarían levantados, pues ya eran las tres de la tarde, aunque por un momento temió que estuvieran haciendo la siesta. Fue Alejandro quien abrió la puerta.

—¡Sofía! Qué bueno verte por aquí, ¿cómo estás, linda? Pasa, pasa —dijo él mientras le daba un casto beso en la mejilla. El bonito acento mexicano de Alejandro tenía a Sofía totalmente encandilada.

—Bien, ¿y tú cómo estás? Espero no haberos despertado.

—No, ni mucho menos. ¿Quieres algo de beber?

—No, gracias. Yo…

En aquel momento apareció Dani.

—Sofía, ¡qué alegría!, ¿cómo estás?

A Sofía le pareció que ambos se estaban preparando para salir.

—Bien, bien. ¿Y tú? Me da la impresión de… de que os ibais de casa, mejor si vuelvo más tarde, ¿no?

Ninguno de los dos le prestaba mucha atención.

—Sí, perdona. Es que marchábamos ahora a recoger a unos amigos. Viene un equipo de televisión a filmar un especial de «El Club de la Comedia» en Andalucía. Quedé en recogerles, si es que siempre la lían, ¡ja, ja, ja! Vienen como unas siete personas, por eso necesito que me acompañe Alejandro con otro coche.

—Ningún problema. Ya nos veremos por la noche, en la cena.

Sofía buscó a Alejandro con la mirada, casi implorando el contacto.

—¡No, no, no! —exclamó Dani.

—¿No, qué? —preguntó Sofía sin entender a qué venía aquella extraña reacción.

—Tienes que hacerme un favor, te lo suplico. No me acordaba… Se me había olvidado por completo. Soy un auténtico desastre —dijo Dani, medio aturdido y en tono de súplica, dirigiéndose a Sofía.

—Vale, tranquilo, lo haré. Dime, ¿de qué se trata?

—Había quedado a las cuatro y media con los del programa de «Las Tardes de Maria Rosa», ya sabes, el programa de televisión. —Sofía no tenía ni idea de a qué programa se refería, pero asintió—. Yo calculo que a esa hora estaremos de vuelta, pero ¿me harías el favor de quedarte aquí y abrirles en caso de que lleguen y yo no esté? ¡Por favooor!

—Sí, no te preocupes, me quedo y les espero.

—Gracias, ¡eres un tesoro! —exclamó Dani mientras comenzaba a medio bailar preso de la alegría—. ¿Has oído, Alejandro? ¡Sofía es un tesoro! —canturreó Dani.

Aquel hombre estaba como una auténtica regadera pero era un encanto, pensó Sofía.

—Doy fe de ello —dijo Alejandro sonriendo y guiñándole un ojo a Sofía quien, una vez más, se ruborizaba ante sus palabras.

—Dani, ¿y qué hago si llegan y tú no estás?

—Nada, entretenles unos minutos que nosotros llegamos enseguida. Que pasen y vayan instalando todo. Creo que la entrevista estaba programada para las cinco.

Al cabo de cinco minutos Dani y Alejandro ya se habían marchado. Antes, Dani le agradeció con sumo énfasis el favor que le estaba haciendo y prometió devolvérselo.

Una vez sola, ojeó los libros que tenía Dani en la estantería del salón y le sorprendió ver manuales de reflexología, de reiki e incluso de regresiones. Finalmente decidió salir a dar una vuelta por el jardín de la casa, el día soleado invitaba a ello. En un rincón de unos quince metros cuadrados, Dani tenía un huerto con lechugas, tomates y otros vegetales que Sofía no supo adivinar qué eran. Se preguntó quién se lo cuidaría. Teniendo tanta familia y amigos viviendo por ahí cerca,

imaginó que cualquiera podía venir de vez en cuando a regar y cuidar el huerto.

Antes de irse, Dani le había hecho café, pese a que Sofía le había dicho varias veces que no quería nada. Pensó que ya que estaba preparado, no sería mala idea tomarse una taza. Lo cierto era que no tenía hambre, pero sí se sentía bastante cansada, por lo que el café le vendría bien. Hacia las cuatro y cuarto sonó el timbre.

—Buenos días, somos del programa *Las Tardes con Maria Rosa* —dijo una mujer de no más de metro y medio de altura, voz firme y mirada penetrante. Pronunció aquellas palabras con cierta prepotencia.

—Sí, hola, buenos días… pensaba que vendrían a las cuatro y media. —La mujer se miró el reloj y dirigió a Sofía una mirada dura.

—Son las cuatro y cuarto —contestó con tono firme y molesto.

«Las cuatro y cuarto no son las cuatro y media», pensó Sofía.

—Pasen, por favor.

Junto a la mujer y cargando con prácticamente todo el material, había un muchacho de unos veintitantos años.

—Mi nombre es Eva y él es… —Hizo una pausa tratando de recordar el nombre de su ayudante—. ¡Ah, sí! Gustavo.

—Encantada, yo soy Sofía —dijo mientras alargaba la mano para saludar a la mujer, quien deliberadamente obvió su gesto—. Dani llegará enseguida. ¿Quieren tomar algo?

—No.

Sofía nunca se había encontrado una persona tan seca como aquella. No solo eran sus parcas palabras, sino también el tono severo y duro que empleaba. Tuvo la impresión de no caerle nada bien a aquella mujer y se preguntó cuál sería el motivo. Observó cómo preparaban todo el material que precisaban para hacer la entrevista: micrófonos, focos, monitores, etc. Habían decidido que el mejor lugar para filmar sería en el sofá del salón. A las cuatro y treinta y cinco, Dani y Alejandro todavía no habían llegado. Una mirada de reproche de aquella mujer bastó para que Sofía decidiera llamar a Dani.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Dani, soy Sofía, ¿dónde estáis?

—¡Ay, Sofía! No lo vas a creer, ha habido un…

La llamada se cortó. La frase que Dani casi había llegado a pronunciar le dio muy mala espina. Trató de llamarle en un par de ocasiones más, pero no tuvo suerte. Pasados cinco minutos, él le devolvió la llamada. Al parecer, había habido un accidente de tráfico entre dos coches que circulaban justo delante de ellos. Dani y Alejandro no habían podido frenar a tiempo y habían colisionado contra los otros dos vehículos. Por suerte, parecía que no había ningún herido, salvo los conductores de los primeros coches, a quienes una ambulancia ya les estaba atendiendo. Sofía le hizo jurar a Dani que ellos estaban bien, pero los juramentos de este tampoco le tranquilizaron en exceso. Deseaba volver a verles y comprobar por ella misma que

efectivamente ambos estaban sanos y salvos. Sofía le dijo que no se preocupara por el programa de televisión, ella se encargaría de todo. Lo cierto es que no tenía ni idea de qué hacer, pero dadas las circunstancias, no quería que eso supusiera el más mínimo problema para él.

—Lo siento mucho, pero Dani acaba de tener un accidente de tráfico y no podrá llegar a tiempo.

Empleó un tono dulce aun sabiendo que la Señorita Rottenmeier no se tomaría demasiado bien la noticia.

—¡Vaya! Ya empezamos… —Sofía no tenía ni idea de a qué venía aquel comentario que consiguió incomodarla aún más—. Bueno, ¿y Dani está bien?

Parecía que aquella mujer sí tenía sentimientos después de todo.

—Sí, o al menos eso me ha dicho… Lo siento mucho por la entrevista, de verdad.

—A ver qué se me ocurre ahora. —La mujer se quedó mirando al infinito como quien da forma a una gran idea—. Estaba pensando… ¿Por qué no te hacemos a ti la entrevista?

—¿A mí?

Sofía se prometió a sí misma que bajo ningún concepto permitiría que le hicieran una entrevista. Salir por la televisión era, sin duda alguna, lo último que quería y necesitaba. Además, a ella ¿para qué?, ¿qué interés podía tener para nadie una entrevista con ella?

—¿Cuánto tiempo hace que os conocéis Dani y tú?

—Seis meses —mintió Sofía sin saber muy bien por qué, arrepintiéndose en cuanto hubo contestado.

—Perfecto entonces. Te hacemos una pequeña entrevista de cinco minutos y disculpamos a Dani diciendo que ha tenido un pequeño accidente que no le ha permitido estar con nosotros.

—Pero…

No había acabado de completar la frase cuando Eva comenzó a maquillarla y a prepararla para salir en antena. Lo hizo con tal ímpetu que Sofía no se atrevió a llevarle la contraria.

—Tranquila, lo vas a hacer genial —le dijo la mujer con un tono muy poco convincente.

El muchacho parecía estar divirtiéndose mucho con aquel embolado en el que habían metido a Sofía, quien cada minuto que pasaba se ponía más y más nerviosa, acariciando continuamente su amuleto de media luna. Eva le explicó que vería a la presentadora, María Rosa, en un pequeño monitor que habían colocado justo enfrente de ella, a un metro y medio de distancia, y la escucharía por el auricular —pinganillo, como lo llamó Eva— que le había colocado en el oído izquierdo. Sofía se preguntó qué había sucedido desde el momento en el que tranquilamente esperaba a Dani hasta aquel instante, en el que estaba a punto de salir en directo por televisión. Todo había sucedido demasiado rápido.

—Buenas tardes, queridos espectadores —comenzó a escuchar Sofía por el auricular. No prestó especial atención al pequeño televisor que tenía frente a ella, pero le dio la sensación de que el sonido y la imagen no coincidían en el tiempo—. Hoy tenemos un programa cargado de sorpresas, un programa hecho a la medida de lo más preciado de este programa: ustedes, los telespectadores. Lamentablemente no nos va a poder acompañar nuestro invitado estrella del día, con el que teníamos previsto conectar en directo, el gran cómico Dani Sevilla —la presentadora, María Rosa, pronunció el nombre de Dani con especial énfasis—. Nos comunican que acaba de sufrir un accidente de tráfico y no le será posible concedernos la entrevista que habíamos acordado, pero no os preocupéis, queridos amigos porque, según nos han informado, Dani no ha sufrido ningún daño físico. Haremos lo posible por contactar con él durante el día de hoy e informaros de todos los detalles del accidente, pero entre tanto… tenemos a su piiiiiii.

Sofía oyó un gran pitido a través del auricular y dejó de escuchar a María Rosa. Se giró desesperada hacia Eva preguntándole con la mirada qué debía hacer. La mujer comenzó a tocar algunos cables y la conexión con el plató se reestableció.

—Bien, amigos, parece que habíamos perdido momentáneamente la conexión con Sofía, pero gracias al esfuerzo de nuestro gran equipo técnico, ya volvemos a tener a esta bella mujer al otro lado. Sofía, lo primero de todo, ¿cómo está Dani?

—Buenas tardes, bien… está bien —respondió tímidamente y dejando de mirar al monitor, ya que le confundía mucho el que el sonido no coincidiera con la imagen.

Enseguida Eva le hizo aspavientos para que volviera a mirar hacia la pantalla, pues era ahí donde estaba la cámara que le estaba grabando.

—Y cuéntanos, Sofía, ¿hace cuánto tiempo conoces a Dani?

¿Qué podía hacer ella? No quería mentir, pero estaba segura de que decir la verdad no le beneficiaría en absoluto a Dani.

—Seis meses —contestó sin apenas pensar en la respuesta.

—Muy bien, sí que vais rápido ¿no? —Sofía no entendió muy bien a qué venía aquel comentario por lo que se limitó a sonreír y a esperar a que María Rosa formulara la siguiente pregunta—. Me ha dicho un pajarito que Dani te ha pedido matrimonio.

—¡Ja, ja, ja! —Sofía se rio, mucho más relajada al ver que la entrevista se llevaba a cabo con cierto humor. Ni siquiera se preguntó cómo podía aquella mujer saber que Dani le había pedido, en broma, matrimonio—. Sí, sí, de hecho me lo pidió hasta en tres ocasiones, ¡ja, ja, ja!

—Madre mía, mujer, ¿tres veces ha tenido que pedirte matrimonio? Dime al menos que le dijiste que sí.

—Sí, ¡ja, ja, ja! Bueno ya sabéis como es él, ¡menudo es!

—Pues siento comunicarte que hoy será un día triste para más de una espectadora del programa —dijo María Rosa sonriendo.

—La verdad es que si Dani las conociera a ellas, ¡seguro que también les pediría

matrimonio!

Sofía se lo estaba pasando en grande, realmente se sentía cómoda. No pensaba en las miles de personas que le estarían viendo en aquel momento, solo pensaba en ella y en su conversación con María Rosa.

—Ehhh… —La última frase de Sofía había dejado a la presentadora fuera de juego. No entendía a qué podía referirse con aquellas palabras. Como broma, no le pareció que tuviera mucha gracia. Decidió cambiar de tema—. Querida, ¿y para cuándo los… piiiiiii?

Aquel maldito pitido otra vez.

—Sí, sí, claro —respondió Sofía sin haber escuchado la pregunta, ahora ya con ganas de terminar la entrevista, una prueba que parecía estar a punto de superar con éxito.

—Bueno, ya vemos que ese es un tema sobre el que no quieres hablar por el momento, ¡ja, ja, ja! Y lo entiendo, querida. Hasta aquí nuestra entrevista, Sofía, no te molestamos más. Esperamos que el pequeño incidente que hoy ha sufrido Dani, efectivamente no haya sido nada y «Las Tardes con María Rosa» os deseamos lo mejor a Dani y a ti en esta nueva etapa que comenzáis.

—Ehhh… —¿Nueva etapa?, ¿a qué diablos se refería la presentadora?, se preguntó Sofía—. Muchas gracias —dijo finalmente.

—Gracias a ti.

La conexión finalizó y Sofía se sintió aliviada, la entrevista había acabado y ella podía estar satisfecha con el resultado. También Dani. Él le debía una. O varias, pensó, aquel no era un favor que se hiciera todos los días. Mientras Eva le quitaba el pinganillo, Sofía observó el monitor y a Maria Rosa. Se preguntó si ella podría haber sido presentadora de televisión. Un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando escuchó a la presentadora hablar de ella y Dani como de una bonita pareja que iba a contraer matrimonio.

¿Qué había hecho?

—¡Eso es mentira! —exclamó Sofía enfurecida—. ¡Eva! Lo que ha dicho María Rosa no es verdad, ¿de dónde lo ha sacado? Dani y yo no nos vamos a casar.

Sofía pensó en la que había liado y deseó con todas sus fuerzas no haber participado en la entrevista.

—Tú lo has dicho, bonita. Te pidió matrimonio hasta en tres ocasiones, ¡ja, ja, ja! —Rio Eva con cierta maldad, a la par que se alegraba al ver desesperar a Sofía.

—Pero era una broma, ¡por Dios! Nadie se lo ha podido creer… ¿Cómo me has presentado a María Rosa? —preguntó Sofía cada vez más enfadada.

—¿Cómo que cómo te he presentado?

—¿Quién le has dicho que era?

—Sofía, ¿o es que no te llamas así?

—Sabes perfectamente a lo que me refiero, no me tomes el pelo, por favor. ¿Qué relación le has dicho que me unía con Dani?

—Bueno, igual le dije que eras su novia, ¿y qué?, ¿algún problema? —contestó Eva con tono irreverente.

—¿Y quién te ha dicho a ti que yo soy su novia?

—Nadie, lo he supuesto.

—¿Eso es rigor periodístico?

Sofía se imaginó a sí misma tirándole del pelo a aquella mujer y tuvo que hacer un gran esfuerzo para intentar tranquilizarse y no perder los nervios.

—Yo no soy periodista —dijo Eva con cierta indiferencia mientras comenzaba a recoger todo el material.

—No hace falta que lo jures. No eres periodista y tampoco eres profesional, sea cual sea tu profesión.

Sofía no podía creer lo que le acaba de pasar, le habían tendido una trampa y ella no solo había caído, sino que había colaborado con sumo esmero en darle forma a aquella farsa. ¡Qué estúpida se sentía! ¿Cómo podía haber contado que Dani le había pedido matrimonio? Ella había estado poco acertada, era cierto. Pero la culpable, la única culpable había sido Eva. Aquella diabólica mujer era mala persona, había intentado fastidiarle desde el principio, pensó Sofía. Por algún motivo que desconocía, le había cogido manía y el hecho de decirle a la presentadora que ella y Dani eran novios no había sido más que una artimaña destinada a hacerle daño. ¡Menuda arpía!

Pero la afrenta no quedaría ahí, bien podía jurar que no. Aquella bruja había ido a por ella y Sofía no pensaba perdonárselo.

¿Qué pensarían ahora Dani y Alejandro? Dani probablemente no volvería a hablarle, le había pedido un favor y ella lo había fastidiado todo. Seguramente pensaría que se había aprovechado de él para salir en televisión, hacerse famosa y poder vender alguna exclusiva. ¿Y Alejandro? No creía que volviera a querer saber nada más de ella, acababa de dar a entender que estaba comprometida con otro hombre.

Pasados unos instantes de cavilación, Sofía entró en razón y sus pensamientos fatalistas desaparecieron de su mente. Estaba segura de que conseguiría arreglar el enredo. Sin embargo, continuaba sintiéndose herida, no entendía por qué aquella mujer le había hecho semejante jugarreta.

—Oye, mira, guapita, a mí no me hables así, ¿de acuerdo? Dame las gracias por la oportunidad que te he dado. A ti no te conoce nadie y gracias a mí ahora ya eres medio famosa. Si quieres hasta puedes intentar vender una exclusiva y ¡a vivir que son dos días!

—¿Disculpa?

Sofía se sintió desvariar, estaba tan estupefacta que apenas le salían las palabras. La rabia le estaba anulando el habla.

—No te hagas la tonta… a ver ¿tú de qué conoces a Dani? De nada, ¿no? Seguro que eres la asistenta o alguna prima lejana o una vecina cotilla a la que le ha tenido

que dejar las llaves. Nadie sabía de tu existencia y ahora, gracias a mí, ya te puedes meter en el mundo de la farándula. Invéntate que estabais prometidos y que el muy capullo te ha dejado plantada, ¿qué sé yo? Pero a mí déjame en paz. Y te digo una cosa, conmigo no te hagas la víctima porque sé perfectamente el tipo de persona que eres, se te ve a leguas.

—No sé quién te has creído que eres para hablarme así, pero no te consiento que me faltes al respeto. —A Sofía le temblaba hasta la voz—. No tienes ni idea de quién soy, así que hagamos una cosa, dejémoslo aquí, os vais y tema zanjado.

—¡Anda ya! La tía está dándome lecciones. —Eva soltó aquel comentario con el mayor de los desprecios mientras se volvía a su compañero—. Ahora resulta que la señorita ya se cree alguien… Que no sé quién es, dice. ¡Venga, hombre! Lo que me faltaba por oír, ¡será imbécil!

—¡¡Largo de mi casa!! —gritó Sofía con todas sus fuerzas.

Hubiera preferido no haber dicho que era su casa, pero se alegró de la firmeza con la que pronunció aquellas palabras.

Comenzaron a recoger de inmediato. Sofía seguía inmersa en su indignación, temblorosa y acalorada por la rabia, mientras Eva y el muchacho se preparaban para marchar. La mujer se fue altiva y sin molestarse en despedirse de Sofía, quien lo agradeció, pues en aquel momento ella solo pensaba en retorcerle el cuello. En cambio, el chico se acercó a ella y le pidió disculpas en nombre de su compañera. Trató de justificarla explicando que la cadena y, especialmente su programa, pasaban por momentos muy complicados. Le dijo que Eva, como el resto de compañeros, temía que los jefes decidieran prescindir de ella en cualquier momento. La conexión sin Dani al otro lado ya de por si había sido un revés, explicó Gustavo, así que Eva tuvo que echarle imaginación y una pizca de malicia, para idear una alternativa que gustase al espectador. Aquella absurda explicación no solo no convenció a Sofía, sino que incluso la encolerizó aún más. En aquel instante, tenía la mente nublada por la ira y solo deseaba que Eva y Gustavo desaparecieran de su vista.

Cuando se marcharon, Sofía seguía sin noticias de Dani y en aquel momento casi lo prefería. Todavía no sabía qué le diría. Comenzó a pensar de nuevo en todo lo sucedido y se maldijo por no haberse opuesto a grabar la entrevista. De haber sabido lo que acabaría sucediendo, no les habría permitido ni siquiera entrar en casa.

Por mucho que aquella mujer temiera ser despedida, eso no justificaba el juego sucio y las mentiras a traición y, muchísimo menos, el modo en que le había hablado. Eva la había tomado con ella desde el primer instante, estaba claro que le tenía ojeriza. Sofía quiso vengarse. Fue un deseo repentino, espontáneo y carente de sentido. Ella era consciente, pero aun así quiso devolverle la jugada a aquella mujer. Le había insultado y nada más conocerse no había hecho otra cosa que faltarle al respeto. Había insinuado que era una don nadie, prácticamente había dicho que no tenía donde caerse muerta, que era una aprovechada… En definitiva, que era un ser miserable.

Sofía se sentía terriblemente humillada y sació su sed de venganza soltando unos cuantos improperios contra Eva. En aquel instante sonó su móvil, Sofía se apresuró a buscarlo sin saber dónde lo había dejado. No era una llamada sino un mensaje lo que había sonado.

Novena enseñanza: No te tomes las cosas personalmente, abandona tu adicción al sufrimiento. Séneca

La pregunta real no es si la vida existe antes de la muerte.
La pregunta real es si estás vivo antes de la muerte.

OSHO

C A P Í T U L O 35

El último de la fila

Era bastante probable que Séneca tuviera razón. Una vez más. Sofía era consciente de que posiblemente aquella última enseñanza tuviera todo el sentido del mundo y aquellas fueran unas palabras escrupulosamente elegidas para ella. Pero eso no le alivió el malestar, seguía dolida con Eva. Continuaba sin comprender cómo podía haberle atacado de aquella manera. Aun así, quiso reflexionar sobre el mensaje de Séneca.

En aquella casa, por bonita y grande que fuera, Sofía comenzó a sentir cierta sensación de agobio. Teniendo en cuenta que ya no tenía nada que hacer ahí, decidió irse a dar una vuelta. El pasear se estaba convirtiendo en la mejor de las terapias. Mientras caminaba, concentraba su mente en lo que verdaderamente deseaba, no tenía distracciones y era capaz de observarse a sí misma y comprender los misterios de su ser.

Podía estar de acuerdo en que quizá ella tenía cierta tendencia a tomarse las cosas de forma personal. Comenzó a reflexionar sobre ello mientras disfrutaba de su paseo por la playa. El viento soplaba con fuerza aquel día y el mar, en sintonía, mostraba una enérgica braveza. Aquella mujer le había insultado, le había faltado al respeto continuamente y a Sofía le costaba entender cómo podía ella no tomarse semejante afrenta de forma personal. Había ido a por ella, no le cabía duda.

Se preguntó cómo sería Eva con el resto de personas. Recapacitando sobre ello, finalmente tuvo que admitir que no se la imaginaba siendo cordial y amable con el resto de la humanidad. Más bien al contrario, parecía una mujer amargada y enfadada con el mundo. Precisamente por el hecho de haber sido grosera con ella desde el primer instante en que se vieron, Sofía no podía ni debía tomarse su ataque de forma personal. Para que la insultante ofensa de Eva hubiera sido realmente un ataque personal contra ella debería haberse dado una condición: que aquella mujer supiera quién era Sofía.

Pensándolo con detenimiento, aquella reflexión cobraba sentido. Eva no podía tener nada en contra de ella por el simple motivo de que no la conocía de nada.

Distinto hubiera sido si, pasados unos instantes, Eva hubiera cambiado de comportamiento y, habiendo conocido ya un poco más a Sofía, hubiera comenzado a comportarse de forma irrespetuosa. Aquella mujer se había comportado como una bruja desde el primer instante.

Pensó en cómo trataba Eva a Gustavo, el ayudante que le había acompañado. Recordó ciertos aspectos que anteriormente le habían pasado desapercibidos, detalles a los que no les había dado la menor importancia. Eva había llegado con las manos libres, sosteniendo un pequeño y caro bolso mientras detrás de ella, su ayudante cargaba torpemente y con cierta dificultad con todo el material. Cuando Eva le hablaba a Gustavo, no le miraba a los ojos y se dirigía a él con tiranía y despotismo. Al darle órdenes, elevaba la voz de manera que Sofía le pudiera oír y quedara claro quién era ahí el patrón, empleando un tono de dominación. Recordó cómo incluso Eva le había llegado a decir al muchacho, esta vez en un tono más bajo, que no valía para nada. A Sofía comenzaba a quedarle bastante claro que ella no era la diana de Eva. Aquella mujer no tenía como finalidad el ir a por ella, sino que aquella malvada víbora era así con todo el mundo, pensó.

Recapacitó sobre el supuesto de que verdaderamente Eva hubiera ido a por ella, en el caso de que ciertamente quisiera atacarla. Concluyó que aun así, el problema lo seguiría teniendo la mujer. Sofía no pensaba hacer suyas las consecuencias de una carencia de otra persona. Se preguntó si ella solía tomarse las cosas personalmente. La respuesta era sí y, cuanto más lo pensaba, más desatinado lo veía.

¿Acaso le definían a ella las crueles insinuaciones de Eva? ¿Tenían algo que ver con ella las duras palabras pronunciadas por Adolfo en su último encuentro? Por supuesto que no, nada de aquello podía asociarse a Sofía, aquellas eran palabras y creencias propias de Eva y Adolfo, algo totalmente ajeno a ella. Entonces, ¿por qué darle credibilidad a aquellos mensajes? Y lo que era peor, ¿qué sentido tenía concederles la más mínima importancia y sufrir por ello? Ni siquiera sabía si aquellas personas decían la verdad, pero aunque así fuera, estarían diciendo su verdad. Una verdad que como bien sabía Sofía, no tenía por qué coincidir con la realidad.

Lo mejor que podía hacer con aquel tipo de personas era alejarse de ellas. También era imperativo que reforzara la confianza en sí misma, de modo que jamás se planteara siquiera el conceder la más mínima verosimilitud a cualquier insulto sobre su persona. Sofía acordó con ella misma el no sufrir por aquel tipo de ataques, ella no era una adicta al sufrimiento o, al menos, no quería serlo. Si alguien le insultaba o le atacaba, el problema solo sería de ese alguien, ella no estaba dispuesta a hacerlo suyo. ¿Acaso si alguien le decía que ella era una mala persona eso automáticamente la convertía en mala persona? Por supuesto que no. Pero no debía olvidar que las ofensas, por muy falsas que fueran, solían hacerle mella. Eso se iba a acabar. La miseria de quien le insultase o le atacase se quedaría en aquella persona, se dijo a sí misma.

Sonó el móvil. Era Dani, habían llegado a casa. Sofía dio media vuelta, quiso

comprobar por ella misma que ambos estaban bien. Además le debía una explicación y una disculpa a Dani. Y quizá también a Alejandro. Cuando llegó, se alegró de ver que los dos estaban perfectamente. Según le explicó Dani, con todo el humor que le caracterizaba, Alejandro había hecho todo lo posible por atender a todos los heridos e incluso a los que no estaban heridos, añadió soltando una carcajada.

—Dani, tengo que contarte algo —dijo Sofía una vez acabaron el relato sobre el accidente de coche. No sabía por dónde comenzar, ella era consciente de no haber hecho nada malo, o al menos, nada malintencionado, pero temía que a Dani le pudiera perjudicar la entrevista con María Rosa.

—Sofía, dime lo que tú quieras, pero por Dios, cámbiame el tono y la expresión de tu bonito rostro que si no, me asusto. Ya sabes que soy muy sensible.

Sofía llegó a la conclusión de que Dani era un cómico las veinticuatro horas al día. Miró de reojo a Alejandro, quien la estaba observando intrigado.

—Es por la entrevista. Verás, yo, lo siento mucho, hubo un malentendido y…

—¡Ah, sí! La entrevista —Dani le cortó de golpe, algo que Sofía agradeció, puesto que no sabía muy bien cómo continuar—. Te he de dar las gracias, ¡te debo un favor!

—No, Dani, no es lo que tú crees, fue un auténtico desastre. Me tendieron una trampa y yo la hice aún más gorda. Es que…

—Pero ¡qué dices! Escuchamos la entrevista viniendo en el coche y fue fantástica. Por lo visto alguien colgó el vídeo en YouTube y ya tiene miles de visitas. ¡Un éxito, Sofía! Ah, y no te he dicho lo mejor. Me ha llamado mi agente, al parecer hay dos cadenas de televisión y tres revistas interesadas en hacerme una entrevista al respecto. —A Sofía le costaba creer lo que decía Dani, pero se sintió tremendamente aliviada al comprobar que este no estaba molesto con ella—. Solo hay una cosa, Sofía…

—Dime —contestó ella cabizbaja a sabiendas de que en algún momento vendría la parte mala de la historia.

—Seguro que a Alejandro no le habrá hecho mucha gracia el enterarse que estás prometida con otro hombre, ¡ja, ja, ja!

Dani y Alejandro rieron mientras Sofía se preguntaba si aquello significaba que no habría ya una parte mala que esperar.

Los tres tomaron unas cervezas mientras charlaban amistosamente sobre lo acontecido durante aquel día. Cuando quisieron darse cuenta ya eran cerca de las ocho de la noche. Fue en ese instante cuando Sofía cayó en la cuenta de que habían quedado a las nueve para cenar con el resto del grupo, unas diez personas más, que ella recordara.

—¡Mierda, mierda, mierda! —soltó Dani con su habitual tono de humor. Dani se percató de la cara de confusión de Alejandro y Sofía. Ellos no sabían que él se había comprometido a celebrar la cena en su casa—. Joder, chicos, ¡la cena es aquí! Y no tengo nada para comer, ni para beber, ¡soy un desastre!

—¡Ja, ja, ja! —rio Sofía—. Pues sí que eres un desastre, pero no te preocupes, una hora es tiempo más que suficiente para tener todo listo.

Ella se sintió cómoda dominando la situación y ofreciéndole a Dani la seguridad y tranquilidad que en aquel momento necesitaba.

—No estoy yo muy convencido, pero me alegro de que lo veas así, ¿qué hacemos? —preguntó Dani otorgándole a Sofía la estrella de líder.

—Dame papel y boli. Te voy a escribir una lista de comida y bebida. Coge el coche y ve a comprarlo, intenta no tardar más de media hora.

—Vale, ¡buena idea! Alejandro, cojo el tuyo, ¿vale? El mío ha quedado para el arrastre, a ver si consigo que me lo arreglen en los próximos días.

—Sin problema. Bueno, jefecita, ¿y yo, qué hago? —preguntó Alejandro mientras le dirigía a Sofía una sugestiva mirada.

—Te quedas conmigo y me ayudas a organizar las cosas —respondió ella con alegría.

No sabía exactamente por qué pero le había sobrevenido un enorme entusiasmo. Después de un par de jocosas protestas por tener que ser él quien fuera a hacer la compra y no Alejandro, Dani finalmente marchó.

Sofía tuvo la tentación de echarse a los brazos de Alejandro, pero pensándolo con detenimiento, decidió posponer su arrebato. Su mera presencia le era más que suficiente para acariciar la felicidad. Tenía toda la vida por delante para besarle. Aquel pensamiento le sumió en un estado de palpable bienestar. Alejandro, de brazos cruzados y con una media sonrisa, la observaba con enorme curiosidad. Le fascinaba la habilidad que tenía Sofía para desconectar del mundo y dedicarse a vagar por el sendero de sus pensamientos. Cuando ella se dio cuenta, volvió de nuevo a la tierra y le sonrió, consciente de que él le había estado observando una vez más, mientras ella le dedicaba todos sus pensamientos.

Comenzaron a poner la mesa. Después de cuatro recuentos, finalmente llegaron a la conclusión de que serían trece comensales. Les costó encontrar la vajilla. A diferencia del resto de la humanidad, Dani no la guardaba en la cocina ni el salón, sino en un cuarto anexo que no parecía estar destinado a nada en concreto. Ambos pensaron que quizá lo más óptimo hubiera sido que Dani se hubiera quedado en casa con Sofía y hubiera sido Alejandro quien fuera a hacer la compra, pero ninguno dijo nada. Estaban felices por poder pasar un rato a solas, aunque lo dedicaran a los preparativos de la cena y no intimaran lo más mínimo.

Al cabo de unos veinte minutos, Dani regresó a casa con cierta agitación, temiendo no llegar a tiempo. Se tranquilizó al comprobar que todo estaba ya prácticamente listo. Entre los tres acabaron de ultimar todos los preparativos. La cena sería de picoteo, de esa manera no tendrían que cocinar mientras los invitados estuvieran ahí. Sofía se retiró un momento, un agradable pensamiento se había instalado en su cabeza y quiso dedicarle unos instantes. Le resultaba gratamente sorprendente el hecho de que un mes atrás no tuviera a nadie con quien

verdaderamente compartir su vida, mientras que ahora gozaba de la mejor de las compañías. Sonrió al pensar en los vuelcos que puede dar la vida. ¿Qué había hecho ella diferente a cómo lo solía hacer antes cuando la vida no tenía ningún sentido? Le produjo un gran bienestar el concluir que el verdadero secreto residía en algo muy simple. Sencillamente le había abierto la puerta a la vida.

—Sofía, ¿todo bien? —Alejandro interrumpió sus pensamientos.

—Sí, perdona, estaba pensando.

—¿En mí? —preguntó él mientras reía y le acariciaba una mejilla.

Sofía no supo que contestar, intimidada por la proximidad de Alejandro, así que se limitó a sonreír tímidamente. Trató de mirarle a los ojos, pero sintió deslizarse por el mismísimo abismo de la felicidad. Un sentimiento tan intenso que, por bueno que fuera, le asustó. Decidió probar pequeñas dosis de aquella pócima secreta, temiendo desfallecer si abusaba de ella.

—A ver pareja, que los invitados están llegando —dijo Dani interrumpiendo la magia—. Y tú, Alejandro, que te veo, ¡mucho ojo lo que haces con mi prometida!

Sofía supuso que la broma sobre su compromiso con Dani se repetiría en más de una ocasión durante aquella noche, así que se hizo a la idea de ello.

—Pues tu prometida no parece pensar mucho en ti, amigo —contestó Alejandro entre risas.

—Me parece a mí que se está arrepintiendo. Al parecer debe haber por ahí un mexicano que me está haciendo la competencia. ¡Como lo vea!

La diversión estaba servida, pensó Sofía. Los primeros en llegar fueron Laura y Philipp, y al cabo de unos minutos, el resto de invitados. No conocía a la mayoría de ellos, pero eso no fue un impedimento para disfrutar de la velada. A cada instante, Sofía trataba de ser plenamente consciente de cuanto estaba viviendo, dando las gracias por ello. Curiosamente, se daba las gracias a sí misma, al fin y al cabo había sido ella quien había decidido darle una oportunidad a la vida.

—Pues ya estamos todos —dijo Dani sonriendo mientras servía el vino a los invitados, que todavía seguían de pie y hablando entre ellos.

—No —dijo Sofía un tanto confundida—. Yo diría que todavía faltan por llegar dos personas más, ¿no éramos trece personas?

—¿Trece? Qué número tan feo, pues casi mejor que no venga nadie más —bromeó Dani.

—Yo diría que tu prometida tiene razón —dijo Laura. Ya estaban con la broma otra vez, pensó Sofía, más le valía tomárselo con humor—. Faltan dos personas, éramos trece y aquí solo estamos once.

—¡Ajá! Creo que ya han llegado —dijo Dani tras escuchar el timbre—. Sofía, mi amor, ¿podríais ir a abrir?

—Sí, claro —respondió un tanto confundida por tener que ser ella quien fuera a recibir a dos personas a las que no conocía.

Sofía abrió la puerta y a punto estuvo de cerrarla fruto de la confusión que en

aquel momento le envolvió. Se quedó tan petrificada que no pudo reaccionar y permaneció quieta tratando de asimilar lo que veía. Federico y Carla estaban frente a ella.

—Pero, bueno, ¿será posible que nuestra querida Sofía no nos invite a pasar? —le preguntó sonriendo Federico a su mujer mientras de reojo miraba a Sofía y le dirigía una traviesa sonrisa.

—Perdón, yo…

El desconcierto de Sofía saboteaba la alegría que sentía al ver de nuevo a aquel maravilloso matrimonio. Carla dio un paso al frente y abrazó con fuerza a Sofía.

—Querida, estás preciosa, ¿cómo te va todo? —le preguntó Carla una vez dio por finalizado el emotivo abrazo.

—Bien, bien y vosotros, ¿cómo estáis? —preguntó mientras Federico le daba un caluroso abrazo. Sofía se percató que el resto del grupo estaba tras ella, observando atentamente la escena. Aquello la confundió todavía más, pues todos parecían sonreír de felicidad, pero no había el más mínimo atisbo de sorpresa en sus rostros.

Concluyó finalmente que ella era la única que no esperaba ver a Federico y a Carla aquella noche. Tenía la impresión de que todos aguardaban algún tipo de reacción especial por su parte. Consciente de lo aturdida que se sentía Sofía en aquel momento, Alejandro se acercó a ella y dándole un beso de la mejilla, le preguntó si se alegraba de aquella visita sorpresa, a lo que ella contestó con un tímido «mucho». Alejandro abrazó a su hermana y a Federico y tras un escaso minuto charlando con ellos, se retiró para que el resto de amigos pudieran también saludarles. Tomó a Sofía por la cintura y con gran maestría la apartó del grupo. Por nada del mundo quería verla desconcertada y a juzgar por su expresión, ella no parecía estar tan entusiasmada como lo estaba pocos minutos antes. Le tomó de la mano y ella se limitó a seguirle. Salieron un instante al jardín por la puerta de la cocina. Alejandro tomó dos copas de vino y le colocó a Sofía una chaqueta sobre sus hombros.

—¿Qué sucede, linda? —preguntó con dulzura.

—Lo siento, lo siento mucho de verdad. Sé que no era la reacción esperada, pero es que…

Sofía hizo una pausa tratando de encontrar las palabras que mejor describieran cómo se sentía.

—Dime. No lo pienses tanto. Puedes hablar con confianza, no pierdas el tiempo en encontrar las palabras perfectas, simplemente dime cómo te sientes.

—¡Como el protagonista de El *show* de Truman! —exclamó ella sin pensar en lo que estaba diciendo.

Aquellas palabras le hicieron gracia a Alejandro, pero contuvo la risa.

—¿Y cómo es eso, Sofía? Solo era una sorpresa. Hace un par de días me llamaron para decirme que venían a España. Tu prima y yo pensamos que te haría ilusión. Te pido disculpas si no ha sido así.

—¡No! De veras que no, discúlpame tú a mí, no sé qué me ha pasado. La sorpresa

me ha encantado y siento no haber estado a la altura. De verdad, Alejandro, tienes que creerme. —Él sonrió de un modo que sorprendió a Sofía—. ¿Qué? ¿Qué he dicho?

—Mi nombre suena bellísimo en tus labios. —Aquel comentario ruborizó a Sofía —. Te creo, tranquila, no te preocupes por eso.

—Es que son muchas emociones en los últimos días, en las últimas semanas. Todo son sorpresas y estoy un poco confundida. Es como si siempre fuera la última en enterarme de todo, como si estuviera en medio de una película y todos hubieran leído el guion excepto yo. Sé que no tiene mucho sentido lo que digo, pero todo cuanto sucede últimamente me resulta bastante extraño. Tú apareces y desapareces continuamente y de repente, después de varios días sin saber nada de ti, te vuelvo a ver… ¡en Roma! Todavía no sé qué hacías allí, Alejandro, y no creo que fuera casualidad. Vuelves a desaparecer estando en Venecia y al cabo de unos días apareces en Cádiz. Es todo muy raro. ¿Y cómo explicas que en Roma me alojara precisamente en un hotel cuyo director era el marido de tu hermana? No puede ser casualidad. Y ahora además resulta que conoces a mi tío, el padre de Laura, y a todos sus amigos. Todos os conocéis y no sé, pero a mí me parece todo un poco raro.

Alejandro se acercó a ella y le acarició la mejilla. Permaneció a pocos centímetros de ella, mirándole fijamente a los ojos con una pícara y astuta sonrisa. La proximidad era tal que Sofía temió que Alejandro pudiera observar su interior y vislumbrar el caos que en aquel instante reinaba en su ser. Ella estaba tan intimidada que llegó a olvidarse completamente de lo que estaban hablando y solo se preguntaba por qué, estando Alejandro en aquel momento tan cerca de ella, no le besaba. Pero de lo que Sofía no se percataba era de que con el aquel atrevido gesto, Alejandro estaba logrando su objetivo: distraerle de su anterior preocupación.

Se preguntó cuántos minutos podrían permanecer así, tan próximos el uno del otro en un plano que iba más allá de lo físico, mirándose fijamente y sin decir ni una sola palabra. La expresión de Sofía mostraba cierta inquietud mientras que, por el contrario, Alejandro parecía relajado y disfrutando del instante. Una vez más, Dani interrumpió el mágico momento y ambos cayeron de la nube sobre la que estaban posados. Decidieron volver junto al resto, pero antes de entrar en casa Alejandro agarró con fuerza la mano de Sofía y atrajo su cuerpo hacia él, besándole con toda la pasión que habían acumulado instantes antes.

Estando de nuevo con el resto del grupo, ella necesitó más de un cuarto de hora para retornar a la tierra y actuar de un modo normal. Pasados esos minutos, una dicharachera Sofía volvió a interactuar con el resto de los invitados.

Comenzaba a ser consciente de lo que instantes antes había sucedido con Alejandro. Más allá del pasional encuentro, aquel beso había desviado la atención de todo cuanto ella había dicho. Las últimas semanas habían sido de lo más extrañas y las personas que habían entrado a formar parte de su vida parecían haber sido cuidadosamente seleccionadas. Al menos esa era la impresión que ella tenía. Por más

que quisiera engañarse, Sofía no podía creer en la casualidad de todo cuanto acontecía a su alrededor. De pronto supo que por algún motivo, todavía no estaba preparada para escuchar las respuestas a todos sus interrogantes. No tenía ninguna prisa, el momento ya llegaría cuando tuviera que llegar. Entre tanto, ella se limitaría a vivir su vida.

Todos, sin excepción alguna, disfrutaron de la cena. El ambiente era risueño y distendido, había risas y bromas y las personas ahí presentes estaban deseosas de disfrutar. Tal y como se temía, hubieron muchas bromas sobre su reciente compromiso de matrimonio. Llegó un momento en el que, tras varias copas de vino y contagiándose del animado ambiente, la broma le pareció muy graciosa incluso a ella.

Finalizada la cena, Sofía se levantó a recoger los platos, percatándose de que quizá se le había ido la mano con el vino, algo que tampoco le perturbó en absoluto. Alejandro y Dani se levantaron inmediatamente a ayudarla. Ya en la cocina, los tres se dieron cuenta de que se habían olvidado de un pequeño detalle: el postre. Tras medio minuto de pánico, a Dani se le ocurrió que quizá alguno de los invitados habría traído algún postre. No fue así, casualmente todos habían optado por contribuir a la cena con una o dos botellas de vino.

—¡Amigos! —Salió Dani al comedor y enfundándose de nuevo en su uniforme de cómico, alzó los brazos—. Malas noticias… ¡no hay postre! Se nos ha olvidado. Y es normal, Sofía y yo estamos nerviosos con la boda y mi carnal mexicano todavía está traumatizado con que le hayan birlado la novia, ¡ja, ja, ja!

Todos estallaron en una sonora carcajada.

—¡Menudo canalla estás hecho! —dijo Laura mientras se levantaba a preparar café y a ayudar a Sofía a acabar de recoger. Ya en la cocina, ambas primas se sonrieron sin necesidad de hablar, sabiendo que las dos rebosaban felicidad.

—Creo que tu móvil está vibrando —le dijo Laura a su prima—. Está justo detrás de la botella de *whisky* —añadió viendo cómo Sofía buscaba desesperadamente su móvil.

Con cierto nerviosismo, comprobó si había recibido algún mensaje. Ella no lo había oído vibrar. Efectivamente, tenía un mensaje:

> *Décima y última enseñanza: Nadie te podrá arrebatar jamás la más importante de las elecciones: tu actitud mental. Será lo único sobre lo que ejerzas un control absoluto. No podrás cambiar todo cuanto te suceda, pero siempre podrás elegir la actitud con la que afrontes la vida y lo que ella te depare. Séneca*

«¿Y cuándo piensas realizar tu sueño?», le preguntó el Maestro al discípulo. «Cuando tenga la oportunidad de hacerlo», respondió este. El Maestro le contestó: «La oportunidad nunca llega. La oportunidad ya está aquí».

ANTHONY DE MELLO

C A P Í T U L O 36

Guitarras de media noche

La última enseñanza. Sofía no podía quitarse aquellas palabras de la cabeza. De hecho, llegó a pronunciarlas en alto mientras pensaba en ellas. La última enseñanza. La última. No podía parar de repetirlo. No estaba segura si debía sentirse feliz por estar a punto de completar el viaje más importante de su vida o si, por el contrario, debía sentirse apenada porque el mismo estuviera a punto de finalizar.

—¿La última? ¿Qué dices, Sofía? —le preguntó Laura.

—¿Qué última? —preguntó Alejandro que en ese momento entraba en la cocina.

—No sé. Eso ha dicho Sofía, que era la última —contestó Laura mientras su prima permanecía absorta en sus pensamientos.

Alejandro continuaba fascinado e intrigado a la vez con aquella capacidad de alejarse de la realidad que tenía Sofía.

—¿Cómo que la última? De la última ¡nada! La noche es joven, amigos. Aquí nadie se raja todavía ¡eh! —dijo Dani mientras entraba en la cocina y escuchaba la respuesta de Laura.

—¿Quién se va? —preguntó Mateo desde el salón.

—Creo que Sofía —respondió Dani.

Mateo se levantó de la mesa y entró en la cocina que ya comenzaba a parecerse al camarote de los Hermanos Marx. Se acercó a Sofía y le preguntó con cierta preocupación por qué se iba.

—Yo no me voy —contestó Sofía todavía ensimismada en sus pensamientos.

—Pero, entonces, ¿quién demonios se va? —le preguntó Mateo a Dani.

—¡Y yo qué sé! Pregúntaselo a Laura…

Alejandro, percatándose de lo absurdo de la escena, comenzó a reírse y su risa acabó por contagiar al grupo. Una vez confirmaron que nadie abandonaba el barco, la cocina comenzó a vaciarse. Una vez solos, Alejandro quiso comprobar que Sofía estuviera bien.

—¿Te sucede algo, linda?

—Nada —contestó ella sonriendo.

Aquel, obviamente, no era el momento ni el lugar para reflexionar acerca de la última enseñanza de Séneca. En aquel instante, ella no gozaba de mucha lucidez y el momento era tan valioso, que por nada del mundo hubiera desperdiciado ni un solo segundo. Al fin y al cabo, no hacía otra cosa que seguir las indicaciones de su maestro: estaba viviendo la vida. Recordó, con cierta dificultad, las palabras de Séneca: «Cuando sueñes, sueña; cuando te enamores, enamórate; cuando ayudes, ayuda, y cuando lo intentes, de verdad inténtalo.»

Volviendo al salón junto a Alejandro, Sofía comprobó con satisfacción que aquello no era un sueño, sino su propia realidad. Dani, más dicharachero y ocurrente que nunca, estaba explicando unos cuantos chistes que el público de la mesa parecía acoger con entusiasmo.

—Ahora me acabo de acordar de un chiste que leí hace poco, ¡ja, ja, ja! —Dani comenzó a reírse ante la mirada atónita del resto—. Os lo cuento, amigos, porque es buenísimo. Esta es la historia de un hombre que llama a la puerta de la habitación de su hijo y le dice: «Mateo, ¡despierta!». Y Mateo responde: «No quiero levantarme, papá». Su padre le dice: «Venga, Mateo, levántate ahora mismo que debes ir a la escuela», a lo que el hijo responde: «¡No quiero ir a la escuela!». El padre le pregunta a su hijo por qué no quiere ir a la escuela y Mateo le dice: «Por tres motivos, papá. Primero porque es aburrido. En segundo lugar porque los niños se burlan de mí. Y por último, porque ¡odio la escuela!». Y el padre responde: «Hijo mío, voy a darte tres razones por las cuales debes ir a la escuela. En primer lugar, porque es tu deber. En segundo lugar, porque tienes cuarenta y cinco años. Y en último lugar, ¡porque eres el director!». —Todos rompieron a reír mientras Mateo se quejaba de que le hubiera puesto su nombre al protagonista de la historia—. Ya sabéis, amigos, ¡hay que despertar!

A Sofía le pareció que aquella última frase había sido pronunciada especialmente para ella. Al cabo de una media hora, Dani decidió sacar un par de guitarras del armario y amenizar la velada con música en directo. Le dio una a Alejandro y él se quedó la otra.

—¿Qué le apetece tocar al galán? —preguntó Dani dirigiéndose a Alejandro.

—Elige tú, compadre —respondió Alejandro mientras afinaba la guitarra—. O mejor aún, que elija el público, ¡ja, ja, ja!

Varios de los invitados se decantaron por el grupo Revólver, y eligieron la canción de *San Pedro* para dar comienzo al improvisado concierto. Cuando comenzaron a cantar a todos se les puso la piel de gallina. Sofía pensó que habría pocas cosas más bellas que escuchar música en directo, especialmente si el instrumento protagonista era la guitarra y se acompañaba con dos voces tan bellas como las de Dani y Alejandro. «Recordaré que en San Pedro, nos prometimos el mar».

En aquel instante se sentía feliz y, afortunadamente, era plenamente consciente de ello. No solo escuchaba la música sino que la sentía. Había oído hablar de ello antes, pero nunca jamás lo había comprendido. Ahora, por primera vez en su vida y a sus treinta y nueve años, Sofía era capaz de sentir la música más allá de la simple audición. La sintió vibrar en su cuerpo, apreció al detalle como la envolvía y recorría todo su ser, una perfecta combinación de acordes que la arropaban mostrándole la magia de aquella melodía.

En tanto la canción finalizó, el aplauso fue unánime y sonoro. Sofía supuso que el resto habría escuchado a Dani y a Alejandro tocar antes, pero por algún motivo parecía como si aquella fuera una ocasión única. El resto del grupo se animó con sus peticiones y los laureados intérpretes acabaron tocando unas cuantas canciones más de Revólver. Hicieron un pequeño descanso para reponer fuerzas y continuaron con el concierto en el que ya participaba todo el grupo, al menos en cuanto al cante se refería.

Laura les pidió que tocaran una canción de Elton John: *I Guess That's Why They Call It The Blues*. Dani no se sabía del todo la letra, lo cual hacía que su actuación fuera una auténtica comedia, pues se inventaba la mitad de las palabras. Estaba tan entusiasmado que incluso se animó a tocar de pie mientras improvisaba un divertido baile. La siguiente canción, a petición del propio Dani, fue *Maggie Despierta*, de M-Clan. El grupo entero trepidó de emoción, no solo por la pieza en sí, sino por la increíble versión que de la misma hicieron. A Sofía le sorprendió que ni Dani ni Alejandro se dedicaran profesionalmente a la música. Ambos tenían, a su modo de ver, un auténtico don.

El punto álgido del espectáculo llegó cuando Dani tuvo la brillante idea de que Alejandro les deleitara con una conocida canción mexicana: *Cielito lindo*. El resto del grupo prometió acompañarle cantando el estribillo. Sofía cayó en la cuenta de que nunca había sido tan feliz. Parecía como si cada día superara al anterior, pues aquella sensación de felicidad y diversión comenzaba a resultarle familiar. Observaba fascinada a Alejandro mientras cantaba con una maestría asombrosa. En cuanto él le devolvía la mirada, ella sentía desfallecer, máxime cuando coincidía con los momentos en los que sensualmente pronunciaba las palabras que daban título a la canción.

Alrededor de las tres de la mañana, a Sofía le sobrevino el cansancio. Trató con todas sus fuerzas de disimularlo e incluso intentó despejarse tomándose un par de tazas de cafés. Le sorprendía que nadie más acusara el agotamiento, todos parecían muy animados. «La noche es joven», repetía Dani. Incluso Carla y Federico estaban entusiasmados y desbordaban energía, especialmente cuando Federico cogió una de las guitarras y comenzó a tocar una canción que a Sofía le pareció deliciosa: *Era Bella Davvero*.

Alejandro no estaba en la mesa con los demás, sino sentado en una mecedora junto a la chimenea. Se mecía mientras se deleitaba observando el fuego y

acompañando a Federico con la guitarra. Se percató del cansancio más que aparente de Sofía y con un gesto le indicó que fuera a sentarse con él. Ella se levantó con gran esfuerzo y se acercó a Alejandro, quien dejó la guitarra a un lado y tomando a Sofía de la mano, la arrimó para que se sentara sobre él. Dos minutos después, ella dormía plácidamente, escuchando de fondo el embelesador y chispeante sonido del fuego. El hipnotizador movimiento de la mecedora le trasportó a su más tierna infancia cayendo en un sueño profundo del que jamás hubiera deseado despertarse.

El mayor imperio es el imperio de uno mismo.

SÉNECA

C A P Í T U L O 37

Camino al cielo

Con sumo cuidado, Alejandro tomó a Sofía en brazos y la llevó a una habitación. Ella tuvo el impulso de decirle que no hacía falta que la llevara hasta la cama. Sin embargo, aquel pensamiento fue acompañado de otro de mayor importancia. Pensó en lo enormemente gratificante que le resultaba el que él la llevara en brazos, así que la nueva Sofía se permitió aquel pequeño capricho. Se sentía un poco mareada, posiblemente fruto del agotamiento. Escuchó como el resto se despedían, parecía que el cansancio había hecho ya presencia en el grupo. Alejandro bajó a despedirse, habló con Laura y le dijo que tal y como estaba Sofía, lo mejor sería que aquella noche se quedara en casa de Dani. A todos les pareció bien.

A la mañana siguiente Sofía despertó con un gran dolor de cabeza. Se hizo la fugaz e ilusoria promesa de no volver a probar el alcohol. Vagamente recordaba cómo Alejandro le había subido a la habitación y supuso que debió quedarse dormida inmediatamente, pues no se acordaba de nada más. Se asustó cuando se miró al espejo, no solo por su enmarañada y alborotada melena, sino también el ver los restos de la máscara de pestañas alrededor de sus ojos, lo que le confería un aspecto un tanto excéntrico.

De puntillas y tratando de hacer el menor ruido posible, buscó un baño en el que poder adecentarse un poco. Se recogió su larga melena en una bonita cola de caballo y se lavó la cara, retirando cualquier resto de maquillaje. La luz del día le molestaba en los ojos e intensificaba su dolor de cabeza. Buscó en su bolso unas gafas de sol y dio gracias por haberlas traído. Bajó a la cocina con un extraño aspecto, llevaba la misma ropa que el día anterior, un rostro de muerto viviente y gafas de sol.

—Bonito *look*. Muy buenos días, bella durmiente —le saludó Dani desde la cocina.

—Hola, ya sé que debo tener una pinta un tanto rara… Es que me duele mucho la cabeza y la luz me hace daño a la vista.

—¡Qué poco aguantáis los de ciudad! Te voy a preparar algo que hará que te sientas mucho mejor.

—Gracias, pero una simple aspirina sería suficiente.

—Ahora te doy una aspirina pero hazme caso y tómate también lo que te voy a preparar, es una receta de mi abuela, ¡mano de santo!

Sofía, resignada, hizo cuanto le ordenó Dani. No estaba en condiciones de llevarle la contraria, así que se tomaría el brebaje de su abuela sin rechistar. Con cierta timidez atinó a preguntarle por Alejandro, temiendo que una vez más él se hubiera marchado. Para su sorpresa y alegría, resultó que había salido a correr.

Dani tenía un aspecto estupendo y Sofía se preguntó si se debería a la receta de su abuela. Fuera como fuere, era admirable ver la energía y vitalidad que tenía él aquella mañana. Se había ido a dormir más tarde que ella y había bebido el doble de alcohol. ¿De dónde sacaría aquel ímpetu? Lo de Alejandro y el hecho de que estuviera corriendo en aquel momento, lo consideró un auténtico *expediente X*. Ella estaba totalmente destrozada, se sentía muy cansada, como si apenas hubiera dormido y la cabeza le estaba a punto de estallar.

Dani le preparó el mejunje a Sofía junto con la aspirina, un zumo de naranja recién exprimido, un café y un cruasán. Lo último que en aquel momento le hubiera apetecido era comer. Pero tampoco se veía con fuerzas para rechazar lo que tan afectuosamente le había preparado, así que bebió y comió todo cuanto él le ordenó sin oponerse lo más mínimo. Ni siquiera había acabado el cruasán, cuando Sofía se percató de su asombrosa mejoría. Continuaba con la sensación de cansancio aplastante, pero el dolor de cabeza había mitigado considerablemente. Diez minutos después, ya era una persona totalmente renovada, no le dolía apenas nada y casi ni podía recordar su dolor de cabeza, que ya formaba parte del pasado.

Dani accedió amablemente a acompañarla a casa de su tío dando un paseo. Una vez ahí, Sofía saludó a todos, se cambió de ropa y se fue a dar una vuelta con Willy. Se arrepintió de no haber esperado a que Alejandro volviera de correr, pero la de anoche había sido su última enseñanza y tenía que poner todo su empeño en ella. Cogió su móvil y leyó de nuevo el mensaje:

> *Nadie te podrá arrebatar jamás la más importante de las elecciones: tu actitud mental. Será lo único sobre lo que ejerzas un control absoluto. No podrás cambiar todo cuanto te suceda, pero siempre podrás elegir la actitud con la que afrontes la vida y lo que ella te depare.*

Había oído antes hablar sobre la actitud y la importancia que la misma tenía. De hecho, hacía pocos días había abordado ese tema de la mano de Viktor Frankl. No era nada nuevo para ella, pero las palabras de Séneca, cuidadosamente escogidas, una vez más le otorgaban a ella todo el poder sobre sí misma y sobre su propia felicidad. De nuevo le sobrevino aquella sensación de estupor y temor al pensar que ella era dueña de su destino. Hacía ya unas semanas que había abandonado la costumbre de delegar en los demás la responsabilidad de su propia vida. Sin embargo, era algo tan reciente que todavía le costaba trabajo admitir que todo el poder estaba en ella. Y aquella última enseñanza no hacía otra cosa sino reforzar esa nueva visión.

Era consciente de que cualquier empeño por buscar el Santo Grial resultaba inútil, puesto que este ya estaba en ella, adormecido y latente, esperando a que Sofía

encendiera la luz. Un simple gesto, una simple acción. Nada más. Ella lo sabía, pero ¿por qué le resultaba tan difícil el decidirse a hacerlo? ¿Y si no fuera complicado? ¿Y si en realidad era ella la que de alguna manera inventara todos los obstáculos? ¿Acaso no se atrevía a encender la luz y a capitanear su propio barco?

Sofía meditó sobre la actitud, preguntándose cuál era la que ella había escogido a lo largo de su vida. Había pasado por distintas fases, pensó, condicionada por cuanto sucedía a su alrededor. Solía adoptar una actitud positiva cuando las cosas le iban bien y una negativa cuando todo marchaba mal. Reflexionó sobre ello y finalmente concluyó que en realidad ella no había elegido el modo en el que afrontar la vida, simplemente se había dejado arrastrar por la corriente, permitiendo que su estado anímico lo definiera algo externo a ella.

Recordó los malos momentos, aquellos instantes de su vida en los que todo le iba mal. Rememoró el sufrimiento y el vacío de los últimos años. ¿Cuál había sido su actitud frente a aquella desolación? Había adoptado un talante negativo, pensó. Cavilando sobre ello, finalmente Sofía cambió de parecer. Ella no había escogido una actitud, concluyó de nuevo. No había elegido cómo enfrentarse a los problemas, no había sido dueña de sí misma, sino que simplemente se había dejado llevar. Si la vida le sonreía, ella sonreía. Pero si la vida no le era grata, ella se limitaba a confluir con su desgracia, sin adoptar ninguna postura, ni positiva ni negativa. Hasta ahora, ella no había reparado en el poder que tenía, simplemente había escogido una pose de resignación. Si las cosas iban mal era porque así tenía que ser y su estado anímico se empapaba de la cruda realidad, convirtiéndose en un doble de la misma.

Siendo ahora consciente de que nunca antes había decidido apostar por una firme disposición que naciera de sus entrañas, pensó en la importancia que dicha elección tenía. Tenía el poder de elegir una actitud así que, ¿por qué no hacerlo? Parecía más que obvio que, puestos a elegir, sería mucho más beneficioso el optar por una actitud positiva. Era más fácil decirlo que hacerlo, pensó Sofía, pero ¿realmente era tan difícil?

Escoger un estado de ánimo optimista frente a la vida cuando el viento no sopla a tu favor parecía, cuando menos, una difícil tarea. Se cuestionó si dicha dificultad era real o si simplemente aquella no era más que otra de sus múltiples creencias, erróneamente arraigadas desde tiempos inmemorables. De ser así, le costaría trabajo el cambiar de parecer. No era una simple cuestión de pensar en ello, tendría que creérselo. Llevaba toda su vida sin saber que era ella la única que tenía en sus manos el poder de decidir sobre su propia existencia, su felicidad y su destino. Y en cualquier caso, ¿cómo se haría para tener una actitud positiva cuando la vida te daba la espalda? ¿No sería más bien autoengañarse?, se preguntó. Quizá con un ejemplo le sería más fácil razonar sobre ello, pensó. Si alguien a quien la vida le sometía a desgracias mostrase un talante alegre y optimista, visto a los ojos de Sofía, esa persona no haría más que engañarse a sí misma. Tal vez incluso estaría escondiendo la cabeza, dándole la espalda a la realidad. Recordó entonces sus reflexiones acerca

del miedo y vio el paralelismo más que evidente.

Pensó en ella misma y resonaron sus pasajes del terror. Recordó la muerte de su hermano y sintió un fuerte dolor en el corazón. Evocó también aquel triste día en el que sorprendió a su novio acostándose con su mejor amiga. Pensó finalmente en todos los años de hastío y vacío junto a Adolfo viviendo una vida sin sentido. ¿Podría haber tenido entonces una actitud positiva? Pero ¿cómo? ¿Sonriendo, quizá? ¿Pensando que todo saldría bien? A Sofía aquello le pareció estúpido, sonreír frente a las desgracias, pensar que todo se solucionaría cuando estaba sumida en la miseria. No parecía tener ningún sentido. Claro que tampoco lo tenía cuanto había hecho hasta ahora: nada. No se superaban las adversidades sin hacer nada, pensó.

Sentía estar dando un gran paso. Por obvio que ahora le resultara, nunca antes había pensado en ello. ¿Significaba acaso que ella nunca había querido salir del pozo? ¿Le daba miedo o simplemente se había acostumbrado a la desdicha sintiéndose incluso cómoda en ella? Pensó detenidamente en ello. No hacer nada nunca más volvería a ser una opción. Ese fue su primer compromiso del día. Jamás volvería a dejarse arrastrar por la corriente, fuera la que fuera. Ella era quien debía decidir y ya no tenía miedo a hacerlo. Le asustaba el pensar que ella sería la única responsable de cuanto le aconteciera si tomaba las riendas de su vida, pero ella ya no contemplaba ninguna otra opción.

Pensó en los últimos años con Adolfo, años en los que ella se había dedicado a verse morir, permitiendo que su vida se fuera consumiendo poco a poco. Años en los que Sofía se había observado desde la distancia, como el que ve una película, con la diferencia de que ella era la protagonista de aquel filme. Pero ella no escribía su propio guion, de hecho ella no tenía guion, se limitaba a marchitar. Y era ella quien lo permitía. Era ella quien se dejaba morir. Era ella quien cavaba su propia tumba. Siempre ella. Qué estúpida había sido, pensó.

Comenzaba a verlo todo más claro. Una actitud positiva no era una falsa y simulada sonrisa, no era autoengañarse, no era esconder la cabeza ni dar la espalda a la realidad. Tampoco era la cobardía de no querer mirar frente a frente a la desgracia, sino más bien todo lo contrario. Una actitud positiva era mirarle a los ojos a la adversidad y decirle «aquí estoy yo». Significaba abandonar el letargo, tomar fuerzas de la nada e intentar por todos los medios dar lo mejor de uno mismo. Una actitud positiva frente a una relación tóxica como la que había mantenido con Adolfo, hubiera supuesto el no prolongar una mentira durante siete años, teniendo la valentía suficiente como para tomar la decisión de acabar con una farsa que poco a poco la estaba destruyendo.

Sofía empezaba a ver la luz, comenzaba a comprender el sentido de la última enseñanza. Una disposición firme y entusiasta frente a su trabajo no significaba el entrar en la oficina sonriendo cada mañana, tampoco el reírle las gracias a su odiado jefe o tomar café con compañeros a los que detestaba. Todo lo contrario. Hubiera implicado el tener el arrojo suficiente como para poner fin a aquel calvario. Habría

supuesto el disponer de la voluntad y valentía necesarias como para emprender la búsqueda de otro trabajo que le llenara más.

No sabía qué le deparaba el futuro, ella no podía controlar lo que en la vida le acontecería, pero, como decía Séneca, sí que podía escoger cómo reaccionar frente a ello. Si de verdad quería dejar atrás la desdicha, una actitud negativa o la ausencia de ella no harían más que alejarle de su objetivo. ¿Y qué más daba si con una buena actitud tampoco tenía garantía alguna de alcanzar el éxito? Tenía claro que con la resignación o con el pesimismo no tenía ninguna opción, por tanto, parecía incuestionable que la mejor alternativa sería siempre el intentar caminar hacia la luz, con fuerza y firmeza. Y aquel fue su segundo compromiso del día. Sofía se encaminaría en la dirección que ella quisiera, no permitiría que nada ni nadie escribiera el guion de su vida, y lo haría con tesón y coraje. Al fin y al cabo, incluso la adversidad podría tener un sentido: el aprendizaje. De nada le había servido el autocompadecerse, lamentarse y resignarse a una vida marchita. Aquel sendero no le había llevado más que a las profundidades del abismo. No podía cuestionar la existencia del dolor, pero sí podía elegir cómo evaluarlo.

Definir una cómo enfrentarse a la vida era un compromiso con uno mismo y ello no debía venir determinado por agentes externos. La actitud que ella y solo ella definiera de ahora en adelante no debería verse afectada por cuanto acaeciera a su alrededor. Era humana y, por tanto, cometería errores y viviría momentos de flaqueza y debilidad, pero el punto de partida debía ser definir una clara, inquebrantable e invariable actitud.

Se preguntó cuál había sido su actitud durante las últimas semanas en las que, por arte de magia, la vida parecía querer sonreírle.

¿Había sido positiva? No lo tenía claro. Ella era más feliz, de eso no cabía duda. Pero ¿había elegido el modo de afrontar la vida o una vez más se había limitado a dejarse llevar por los acontecimientos? Pensó que, como mucho, había intentado tímidamente adoptar una actitud pero, en definitiva, no había hecho más que mimetizarse con el entorno. Ahora navegaba con el viento a su favor. Sin embargo, tenía la impresión de continuar a la deriva. No era ella quien capitaneaba su barco, no era ella quien navegaba. Perdía el tiempo si pretendía alcanzar la felicidad sin cambiar su disposición.

Meditando sobre ello pensó que quizá estuviera siendo demasiado dura consigo misma, pues de alguna manera sí que había adoptado una actitud de entrega total durante las últimas semanas. Tal vez no la había acompañado de la fuerza y el entusiasmo que siempre le habían caracterizado, pero considerando el largo letargo del que estaba despertando, pensó que probablemente no lo estaba haciendo tan mal.

Volvió a casa cavilando sobre todo lo reflexionado durante el paseo, definiendo su firme compromiso y con una fuerza arrolladora. En aquel instante, le vino a la cabeza un pensamiento revelador: aquel no era el final del viaje, sino todo lo contrario. El viaje no había hecho más que comenzar.

Quien quiera enseñarnos la verdad que no nos la diga. Que nos sitúe de tal modo que la podamos descubrir nosotros mismos.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

C A P Í T U L O 38

A mi manera

Los siguientes tres días transcurrieron de manera tranquila y sosegada. No hubo cenas entre amigos, ni fiestas hasta las tantas, ni más excesos con el alcohol, algo que Sofía, de alguna manera, también agradeció. Aprovechó para reencontrarse con la meditación y con los buenos hábitos que recientemente había tratado de adquirir. Pasó largas horas en compañía de sí misma, conociéndose un poco más y reflexionando sobre lo vivido durante las últimas semanas.

Los encuentros con Alejandro fueron muy esporádicos, en parte por decisión de este, pues Sofía deseaba enormemente pasar todo su tiempo con él. La diferencia era que ahora ella ya no necesitaba estar con él para sentirse bien. Al parecer, Alejandro tenía asuntos que atender, asuntos sobre los que Sofía no le preguntó, no por falta de interés sino porque no vio la ocasión de hacerlo.

Aquel último mes había sido frenético, así que unos días de tranquilidad en los que no sucedieran los extraños acontecimientos tan presentes en su nueva vida, era más que un regalo para Sofía. Aquello significaba silencio. Significaba paz y serenidad. Significaba la oportunidad de asimilar todo cuanto estaba sucediendo. Séneca había sido su guía, pero era ella quien había emprendido el camino, era ella quien había mostrado el arrojo y valentía necesarios para lanzarse al vacío. Así fue como se sintió en un primer instante, como quien se precipita a un abismo. Su vida anterior, carente de sentido alguno, le ofrecía un confort y una seguridad que, por muy dañinos que fueran, habían sido una verdadera droga para Sofía. Pero ahora ella era capaz de caminar sola, a su manera, bajo su criterio y sin saber qué le deparaba la vida. Por primera vez, la incertidumbre no le asustaba. Ella ya había tomado la decisión de abrir las puertas de par en par y eso implicaba el dar la bienvenida a lo que la vida le deparara.

Se acostumbró a dar largos paseos por la playa, su lugar de retiro espiritual, como ya lo había bautizado. Fue consciente de que no había ninguna necesidad de viajar al otro lado del mundo para encontrarse a sí misma. Durante uno de los muchos paseos

que dio, le vino a la cabeza una pregunta de un famoso maestro espiritual indio cuyo nombre no lograba recordar: «¿Es necesario que te muestren el camino en el interior de tu propia casa?». Recordó haberla leído en un libro de Laura tres semanas atrás. Aquellas palabras no habían tenido ningún sentido para ella cuando las había leído por primera vez. Sin embargo, ahora no solo era capaz de comprender la pregunta sino también de responderla. La luz siempre había estado en su interior, esperando a que ella simplemente la encendiera. Tan fácil como darle a un interruptor, pensó.

Nunca sería demasiado tarde para ser la persona que quisiera ser. Tenía claro que la primera de las condiciones para ser feliz era la voluntad de ser feliz. Pensó en el sinsentido de haber buscado la felicidad fuera de ella misma. Meditando sobre ello, pasaron dos placenteras horas de paseo junto a Willy. Aquel frío viernes de diciembre, Sofía tuvo la certeza de haber avanzado por el sendero correcto. Volvió a casa con la satisfacción de haber pasado un agradable rato consigo misma, sintiéndose complacida por el camino recorrido. No solo no le asustaba la soledad, sino que disfrutaba de ella. Comenzaba a aceptarse a sí misma y el enorme progreso que había alcanzado le resultaba gratificante.

Cuando Sofía llegó a casa, Laura y Philipp estaban preparando las maletas, al parecer partían aquella misma tarde hacia Barcelona, lo cual le sorprendió bastante, pues no recordaba que lo hubieran comentado antes.

—¿Cómo es eso? —preguntó Sofía pensando en que tal vez ella también debería contemplar la idea de regresar a casa.

En aquel momento recordó que ella no tenía casa.

—Bueno, no podemos quedarnos aquí para siempre, ¿no? —contestó Laura riendo mientras le daba un sentido beso a su padre.

—¿Cómo? ¿No lo sabe? —le preguntó Philipp a Laura—. ¿Ella no viene?

—¿Qué es lo que no sé? —preguntó Sofía sorprendida.

—Sí que lo sabe, o al menos debería… Pero a saber dónde tiene ahora la cabeza ¡ja, ja, ja! —respondió Laura a su marido.

—Pero ¿se puede saber qué es lo que no sé? —insistió Sofía.

—Pues si va a venir, más le vale sacar los billetes ya —le contestó Philipp a su mujer, ignorando por completo la pregunta de Sofía.

—Ya, lo sé, pero seguro que no hay problema en reservarlos por internet. Total, nosotros lo hicimos hace dos días, tampoco creo que ahora tenga problema para encontrar vuelos —dijo Laura, quien también hacía caso omiso a las palabras de su prima.

—Pero ¿alguien me quiere decir qué es lo que no sé y a dónde demonios vais? —insistió de nuevo Sofía.

—Vamos a una fiesta en Sitges. Lo comenté anoche durante la cena, pero veo que no me hiciste ni caso —le recriminó Laura con una sonrisa. Sofía hizo memoria pero no recordaba que su prima le hubiera comentado nada al respecto—. Una fiesta en casa de Richard.

—¿Richard?

Lo cierto es que en aquel instante ella no imaginaba de qué podía estar hablando Laura. De hecho, no creía conocer a ningún Richard.

—Bristol.

—¿El abuelo de Ibiza? —preguntó Sofía.

—El mismo.

Richard Bristol era un hombre que su prima y ella habían conocido en su viaje a Ibiza. Por aquel entonces, él debía tener cerca de los sesenta años, así que ahora tendría cerca de los ochenta. El día en que le conocieron, Richard no hacía más que repetir que quería ser abuelo, de ahí el apodo que Sofía y su prima, con sumo cariño, le había otorgado. Poco después, supieron que aquel día él había fumado más cannabis de la cuenta. Ambas entablaron una amistad con aquel hombre, entrañable y cariñoso. Con el paso del tiempo, Sofía había ido perdiendo el contacto con él. Al parecer, no había sucedido lo mismo entre su prima y Richard.

—¿Y qué hace Richard en Sitges? —preguntó Sofía extrañada, pensando que tal vez sí era posible que su prima hubiera comentado algo la noche anterior.

—Se acaba de mudar a vivir ahí y da una fiesta para sus amigos, algunos de ellos vienen incluso de Ibiza. ¡Qué ganas tengo!

—¿Y el bar? —preguntó Sofía.

Richard era el propietario de un bonito bar en una solitaria cala de Ibiza. El chiringuito era muy popular entre los isleños que querían tomar algo en un lugar tranquilo y alejado de los alocados turistas.

—Lo vendió hace cinco años. Se quiere retirar en Sitges. Por cierto, ¿sabes que se casó? Con lo golfo que era, ¡ja, ja, ja!

—No, no sabía nada.

—Bueno, ¿vienes o no?

—¡Sí! ¡Claro que sí! ¡Por supuestísimo que sí! —contestó Sofía con un entusiasmo que incluso a ella le sorprendió.

Trató de modular ligeramente aquella exaltación que, lejos de ser simulada, no hacía sino responder a una súbita energía que de pronto se había apoderado de ella. Laura, Philipp y Juan se giraron con sorpresa hacia ella, asombrados por semejante arrebato. Reformuló de nuevo su respuesta, mostrándose más calmada.

—Me apetecería mucho —añadió con un tono más calmado.

—Me alegro mucho. Pues ya estás comprando los billetes por internet, que salimos en nada —dijo su prima, contenta por el entusiasmo de Sofía.

Laura adoraba el volver a ver aquel espíritu apasionado tan propio de su prima.

—No será necesario. Aquí tienes tu billete, linda —dijo Alejandro sorprendiendo a todos con su presencia. Besó a Sofía en la mejilla y se acercó a Philipp, a quien le comentó algo que ella no alcanzó a escuchar.

—¿Y qué pasa con Willy? —preguntó Sofía preocupada.

—Yo lo llevo mañana —dijo Dani. Sofía no daba crédito, ¿Dani también estaba

por ahí?—. No te vas a librar tan fácilmente de mí —dijo Dani riendo—. Pasado mañana actúo en Barcelona. Y por cierto, espero que me vengáis a ver todos.

—¡Cuenta con ello! —dijo Laura.

—¿Y vienes en coche? —preguntó Sofía.

—No, en caravana. Voy con unos amigos que van a pasar unos días a Barcelona.

A Sofía le pareció una buena solución. Comenzó a preparar la maleta con cierta premura, pues debían ir al aeropuerto en apenas una hora. Lo cierto es que no solo comenzaba a acostumbrarse a no conocer de antemano lo que el día le depararía, sino que empezaba a deleitarse con aquella sensación de incertidumbre. En tiempos, sus días solían ser siempre iguales, milimétricamente planificados, idénticos los unos a los otros. Sin embargo, en esta nueva etapa de su vida, Sofía comenzaba el día sin tener la más mínima idea de cómo acabaría. Y eso le gustaba. Había salido de su zona de confort y nada malo le había sucedido. Más bien todo lo contrario, pensó. El haberse atrevido a abrir la puerta a lo desconocido le había traído el mejor de los regalos: la vida.

Sofía se despidió de Willy y a punto estuvo de derramar unas lágrimas. Su prima trató de consolarla mientras se le escapaba una pequeña risa, diciéndole que en unas horas volvería a verle. Ya en el avión Sofía se sentó al lado de Alejandro. Le inquietaba el estar cerca de él durante tanto tiempo. Sus encuentros solían ser fugaces, bien porque los interrumpían otras personas o bien porque él acababa desapareciendo.

—Me han dicho que habrá una sorpresa en la fiesta de esta noche, ¿tú sabes cuál es? —preguntó Sofía con cierta timidez tratando de romper el hielo con toda la naturalidad que le fue posible.

El avión comenzó a despegar.

—Sí. Sé cuál es.

—Bueno, ¿y cuál es? —Parecía que Alejandro se iba a hacer de rogar, pensó ella.

—Si te lo dijera, dejaría de ser una sorpresa, ¿no crees? —contestó él con una pícara sonrisa mientras le abrochaba el cinturón a Sofía.

—Pero todos sabéis qué es menos yo —protestó ella, agradeciendo internamente el bonito detalle de abrocharle el cinturón—. Al final resultará que solo es una sorpresa para mí.

—Eso parece.

Le dio la impresión de que Alejandro no tenía ganas de conversar, por lo que cesó en su intento de entablar una conversación con él. Se limitó a mirar el bonito atardecer a través de la ventana. Pasados unos minutos, él se levantó y se acercó a hablar con Laura y Philipp. Sofía estaba enamorada de él, no le cabía la menor duda y tampoco pretendía a esas alturas, esconder tal sentimiento. Sin embargo, seguía habiendo algo en él que le hacía desconfiar. En los pies de su asiento, Alejandro se había dejado una mochila entreabierta llena de papeles. Sofía tuvo la tentación de abrirla. Finalmente no lo hizo, no porque consiguiera vencer la tentación, sino porque

él regresó a su asiento.

—Sofía —comenzó a decir con un tono de voz suave y embaucador—. Ahora que tu prima y Philipp están en Sitges, había pensado que quizá podrías venir a pasar unos días a mi casa.

Un enérgico resorte le hizo girarse hacia él y mirarle con los ojos totalmente abiertos en señal de sorpresa. No podía creer lo que acababa de oír, ¿le estaba pidiendo que viviera con él? Todavía atónita por la propuesta de Alejandro, Sofía recapacitó y pensó que quizá estaba magnificando un ofrecimiento intrascendental.

—A juzgar por tu reacción, no te parece tan buena idea como a mí —añadió él entre risas.

—No… Sí, quiero decir, sí, sí, claro. Solo es que no, no…

Si quería mostrarse segura de sí misma, estaba claro que no iba en absoluto bien encaminada. Mientras Sofía trataba sin éxito de escoger las palabras más apropiadas, Alejandro se divertía viéndola titubear.

—Tres síes y tres noes. No me queda claro cuál es tu decisión final, linda. ¡Ándale, chiquita, vente conmigo a casa! Tengo habitaciones de sobra, para el caso de que no quieras compartirla conmigo, ¡ja, ja, ja!

A Alejandro le fascinaba ver a Sofía vacilar de aquella manera, había algo en su confusión que le resultaba tremendamente seductor.

—Quería decir que sí… Si no te parece mal a ti.

¿Por qué decía tantas tonterías?, se preguntó. Sofía se martirizaba por no ser capaz de dar una respuesta mínimamente cuerda.

—Soy yo quien te lo ha pedido, así que ¿por qué me iba a parecer mal?

—Visto así…

Visto así y de cualquier forma. Pensó que quizá lo más apropiado era dejarlo ahí. Le miró de reojo y vio que él continuaba sonriendo, pero esta vez su sonrisa era de triunfo. Alejandro posó su mano sobre la de ella y le acarició con ternura.

—A cada capillita le llega su fiestecita —le susurró él al oído. Ella no tenía ni la más remota idea de lo que podía significar aquella frase—. Tarde o temprano, a todos nos llega una oportunidad en la vida, Sofía.

Mantén positivos tus pensamientos porque tus pensamientos se convierten en palabras. Mantén tus palabras positivas porque tus palabras se convierten en tus actos. Mantén tus actos positivos porque tus actos se convierten en hábitos. Mantén tus hábitos positivos porque tus hábitos se convierten en valores. Mantén tus valores positivos porque tus valores se convierten en tu destino.

MAHATMA GANDHI

C A P Í T U L O 39

Volver, volver

Llegaron a Barcelona con el tiempo justo para ir a casa, cambiarse de ropa e ir a la fiesta de Richard. Tomaron un taxi desde el aeropuerto y se dirigieron a casa de Laura. Alejandro continuó en el taxi, pues debía pasar antes por su casa. Quedó en recogerles en una hora. Laura le tenía preparado a Sofía un bonito y elegante vestido negro. Tenía un sensual escote en V y unos refinados tirantes decorados con fina pedrería. La espalda era totalmente escotada, algo con lo que inicialmente no se sintió nada cómoda. Se lo probó entusiasmada, como una niña a la que le acabasen de regalar el más preciado de los juguetes. Una vez se vio con los elegantes zapatos de tacón de aguja y las joyas que su prima le había preparado, Sofía se olvidó del llamativo escote y se sintió como una auténtica princesa.

Nunca se había sentido tan hermosa y lo mejor de todo era que el vestido y las joyas no eran lo que la embellecían. Se miró al espejo y vio sus ojos brillar. Volvía a estar ilusionada con la vida, volvía a sonreír. Lo estaba consiguiendo. Se sintió tremendamente orgullosa de sí misma.

Laura se vistió con un precioso vestido color burdeos. Cuando entró en la habitación, a Sofía le pareció ver un ángel. Su prima estaba muy bella aquella noche. Philipp se quedó boquiabierto en el momento en el que la vio, tanto que ni siquiera reparó en Sofía ni en su provocador escote.

Hubo un cambio de planes y Alejandro no acudió finalmente a recogerles. En su lugar tomaron un taxi que tuvo que recorrer apenas medio kilómetro. Alrededor de las nueve llegaron a casa de Richard. Sofía se asombró al ver la villa en la que vivía. Por nada del mundo hubiera imaginado que la casa del Abuelo de Ibiza sería una de las mansiones del paseo de Sitges.

—¿De dónde ha sacado Richard el dinero para comprar este palacio? —preguntó

Sofía sin poder reprimir su curiosidad.

—¡Ja, ja, ja! Le ha ido bien al Abuelo ¿eh? Por lo visto le dieron mucho dinero por el bar. Pero la casa es heredada, creo que era de su tía abuela.

Entraron en la impresionante casa colonial de altos y deslumbrantes techos. Sofía buscó con la mirada a Alejandro, temiendo que este finalmente no apareciera. Le abrumó la cantidad de camareros que había en la casa, pendientes en todo momento de los invitados. Aquella magnífica villa debía rondar los mil metros cuadrados de vivienda, pensó Sofía. Los jardines, bellamente iluminados rememoraban a los cuentos de hadas. Un amable camarero le ofreció una copa de champán que ella aceptó encantada. La fiesta se celebraba en dos salones conectados entre sí. Calculó que en aquel momento debía haber unos cien invitados y al menos, treinta camareros circulando por toda la vivienda.

Richard se acercó a ellos efusivamente y sin mediar palabra, les abrazó con un gran ímpetu. Tenía un aspecto asombrosamente jovial, el tiempo le había tratado con mucho cariño. Sofía se alegró mucho de verle pero no tanto como él, quien parecía estar reencontrándose con sus dos hijas. Enseguida les presentó a su mujer, de la que se mostraba muy orgulloso. Sofía seguía buscando a Alejandro con la mirada, no había ni rastro de él. ¿Habría desaparecido una vez más? Ella llevaba ya un gran trayecto recorrido como para permitir que aquello le amargara la noche. Deseaba con todas sus fuerzas que Alejandro estuviera en la fiesta, quería volver a verle, esperaba pasar unos días —o la vida entera— con él. Pero por encima de todo, quería y debía disfrutar de aquella noche, así que, con cierta dificultad, Sofía trató de ahuyentar los pensamientos en torno a él.

De pronto se percató de que se había quedado sola, sus acompañantes se habían esfumado. Richard y su mujer también parecían haberse marchado. Le extrañó que nadie le hubiera dicho nada, pero no le dio mayor importancia. Fue a dar una vuelta por la casa y de paso decidió probar alguno de los suculentos aperitivos que continuamente ofrecían los camareros. Ya había aprendido la lección de beber alcohol con el estómago vacío. Al final de la sala en la que se encontraba en aquel momento, había un gran escenario con instrumentos preparados para dar un concierto. Aquello le hizo mucha ilusión, pues ella adoraba la música en directo. De fondo se oía una suave melodía que a Sofía le resultó familiar.

—¡Dios mío! Estás preciosa —dijo alguien a sus espaldas. Sofía se giró y el estupor hizo que la copa de champán se deslizara de sus manos. No podía creerlo, ¿qué hacía Adolfo ahí?—. ¿No me vas a dar un beso? —preguntó él mientras se aproximaba a ella con intención de besarle.

Instintivamente giró la cara, pero no pudo evitar que él le besara en la mejilla. Un camarero se acercó de inmediato a recoger los restos de la copa. Sofía, todavía aturdida, le pidió disculpas al camarero. La presencia de Adolfo sería la primera de las cuatro impactantes sorpresas de la noche. Las dos primeras serían desagradables para Sofía. La tercera sorpresa compensaría las dos primeras. La cuarta, sería toda

una revelación.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella con cierta irritación.

—A decir verdad no lo sé muy bien, Sofía. Un amigo del trabajo y yo recibimos una invitación para esta fiesta, pero si te soy sincero no sé muy bien por qué. No conozco al tal Richard ni a su mujer. Pero ¿qué más da? Aquí estoy, aquí estamos, quizá sea el destino, ¿no crees?

—No, Adolfo, no lo creo —contestó pensando en cómo librarse de él y haciendo un gran esfuerzo por evitar que la presencia de su exnovio causara mella en su hasta ahora eufórico estado de ánimo.

—Bueno, cariño, ¿por qué no nos dejamos ya de tonterías? —Adolfo empleó un tono más bravucón que a Sofía le trajo viejos y desagradables recuerdos.

—¿Perdona? —preguntó ella estupefacta.

Comenzó a acariciar con nerviosismo su amuleto de media luna. Sabía que eso no solucionaría nada, era plenamente consciente de que su talismán no haría desaparecer a Adolfo pero, por increíble que pareciera, a ella le hacía sentir mejor. Ya no tenía doce años, ya no necesitaba depositar en aquel amuleto toda su fuerza interior. Ya no, se dijo. Practicaría el desapego con su media luna en otra ocasión, concluyó finalmente. Aquel no era ni de lejos, el momento apropiado.

—Sé que has sido tú quien me ha enviado la invitación, ¿quién sino?

Poco a poco, él se iba aproximando a ella hasta llegar a una distancia que comenzaba a resultarle verdaderamente incómoda a Sofía.

—No, Adolfo, no te equivoques, yo no te he invitado a nada —dijo visiblemente enfadada.

—Bueno, tranquila, no te pongas así, ¿qué más da quien me haya invitado? Lo importante es que nos hemos vuelto a encontrar y tú, tú… estás fantástica, estás preciosa. Hay algo distinto en ti, no sé qué es, pero te veo ¡vibrante!

—Gracias, Adolfo, perdóname pero tengo que irme.

Y se marchó sin más, dejándole con la palabra en la boca, pues él aún continuaba hablando. No quería estar cerca de él, así que simplemente se fue.

Qué pena, pensó. ¿Por qué tendría que haber aparecido Adolfo? ¿Acaso era una prueba más para superar? Fuera como fuere, no permitiría que ello le estropeara la noche. Le había costado muchísimo esfuerzo llegar hasta donde estaba, no lo iba a echar a perder por la simple presencia de un detestable recuerdo del pasado. Un recuerdo que, desgraciadamente, se había presentado frente a ella en cuerpo y alma.

La casa estaba ya repleta de gente, al menos debía haber ya unos doscientos invitados. Ahora sí que le costaría esfuerzo localizar a Laura y a Philipp, pensó. Aquello le resultó familiar a Sofía, quien sentía estar reviviendo la misma escena que en el Castello della Castelluccia.

Casi le da un vuelco el corazón al ver a Lorenzo al otro lado de la sala. Su corazón se aceleró y sintió como el nerviosismo le provocaba un repentino mareo. ¿Qué era todo aquello?, se preguntó. ¿Una broma de mal gusto? No podía ser

casualidad. De ninguna manera. Podía llegar a aceptar que la presencia de Adolfo fuera fortuita, pero encontrarse también ahí a Lorenzo no era en absoluto fruto del azar. Pensó en marcharse, pensó en esconderse, pensó, pensó y pensó hasta que finalmente tomó la sabia decisión de ignorar a aquellos dos personajes que nada tenían que ver con su nueva vida. Ambos pertenecían al pasado y ambos permanecerían ahí. Mientras Sofía deambulaba entre sus pensamientos, Lorenzo la divisó y apresuradamente se acercó a ella. Aquella era, sin duda, la segunda sorpresa de la noche.

—¡Sofía! Qué alegría verte por aquí. No sabía que fueras a venir a esta fiesta.

—Hola —dijo sin más, con una brusquedad que incluso a ella le sorprendió—. Tú tampoco conoces a Richard, ¿no? También has recibido una extraña invitación, ¿no es cierto?

—¿Cómo dices? —preguntó Lorenzo sin entender muy bien a qué venía aquel comentario. Al ver que ella no reaccionaba, él continuó hablando—. Nada de eso, querida. Richard es mi cuñado —contestó él con una pedante sonrisa.

Ella no salía de su asombro, ¿Lorenzo y Richard eran cuñados? Aquello parecía una auténtica pesadilla.

—Mierda —fue todo cuanto a Sofía se le ocurrió decir.

Deseó haber gozado de un vocabulario más extenso en aquel momento, pero no hubo ninguna otra palabra que sus labios quisieran pronunciar. No podía creer lo que había dicho, aunque lo que pensara aquel hombre le traía sin cuidado.

—¿Cómo dices? —preguntó Lorenzo totalmente perplejo ante la reacción de Sofía.

No había acabado de formular su pregunta cuando ella ya se había marchado. Era una cuestión de actitud, pensó Sofía. No renunciaría a su derecho a elegir cómo enfrentarse a la vida y a sus adversidades. ¿Y qué si Adolfo y Lorenzo estaban ahí? ¿Qué más le daba a ella? Había tomado la firme decisión de mantener una actitud positiva, fuera cual fuera la realidad a la que tuviera que enfrentarse. La sala entera comenzó a aplaudir. «¿Y ahora, qué?», se preguntó Sofía. Todas las miradas de los invitados se dirigían al escenario. Ella, rodeada de gente, apenas pudo divisar nada. Trató de buscar un lugar en el que gozara de mejores vistas. Comenzó a sonar una bonita ranchera cuando por fin Sofía logró una mejor ubicación. Vio en el escenario a un apuesto cantante, elegantemente trajeado, quien comenzó a deleitar al público con la conocida canción *Volver, Volver*. Su voz grave, profunda y arrolladora entusiasmó a un público que no cesaba de aplaudir. El hombre, de unos setenta y largos años, resultaba tremendamente atractivo enfundado en aquella ropa de gala, con su media sonrisa y sus gestos de gran conquistador. Cantaba con una voz sensual y poderosa. El espectáculo era tan impresionante que, por un instante, Sofía se olvidó de la sospechosa aparición de sus ex parejas.

Y llegó la tercera sorpresa de la noche. De pronto, apareció un segundo cantante en el escenario que recibió el caluroso aplauso del público. Comenzó a cantar con un

tono suave y vigoroso a la vez. La voz de este segundo cantante, al que Sofía todavía no había podido ver, le resultó familiar. Cuando por fin logró distinguirle, tuvo que agarrarse al hombre que estaba al lado suyo para no caerse del asombro. Era Alejandro quien estaba en el escenario. Su majestuosa voz envolvió la sala entera que palpitó en sintonía con la melodía.

Estaba fascinada con aquel hombre. Sentía como poco a poco caía en sus redes, embaucada por todas sus virtudes. Subido en el escenario, notó en él un aire gamberro y desenfadado que, en combinación con su traviesa mirada, embaucaba a todo el público. Llevaba el pelo engominado, peinado hacia atrás y recogido en una coleta. Hechizada por la magia de su voz, Sofía olvidó por completo la presencia de Adolfo y Lorenzo. ¡Cómo llegó a admirar a Alejandro en aquel instante! Su voz, su arrojo, su temple y sus ganas de vivir. Quiso parecerse a él. Quiso contagiarse de su magia.

—No te compares con los demás, compárate con quien tú eras ayer —le susurró al oído el hombre que tenía al lado y al que un minuto antes se había agarrado para evitar desfallecer.

Sofía se giró hacia él, atónita y sin entender por qué aquel hombre al que no conocía de nada, le decía aquellas palabras.

—Gracias, lo tendré en cuenta —contestó ella, pensando que, de algún modo, se trataba de un sabio consejo.

Continuó disfrutando de la actuación. La tercera sorpresa de la noche le había iluminado el corazón. El público se estaba animando de manera excesivamente efusiva, pensó Sofía. Una vez acabó la canción, le siguieron otras tantas. Baladas, boleros y rancheras que el público parecía conocer al detalle. Alejandro vestía con un elegante chaqué clásico que le otorgaba un mayor poderío en el escenario. De pronto, Sofía sintió un incontrolable deseo de estar junto a él.

Pasada una media hora y unas ocho hermosas canciones, los laureados cantantes se tomaron un descanso. Ella no podía quitarle los ojos de encima a Alejandro, le siguió con la mirada hasta que descendió del escenario, justo en el momento en el que le perdió de vista. Sofía le buscó con cierta desesperación hasta que alguien le rozó la espalda con dulzura. Pensó en Adolfo y Lorenzo y se giró dispuesta a abofetear a cualquiera de los dos.

—¡Dale, rancherita! Pero ¿qué te sucede? —dijo Alejandro riendo al ver la extraña y enojada reacción de Sofía.

—¡Uy, perdón! Pensaba que eras otra persona —se disculpó torpemente Sofía.

—Y dime, ¿hay muchos por aquí que te acaricien la espalda? —preguntó él sin dejar de sonreír. Ella le devolvió la sonrisa.

—Ha sido realmente impresionante… A la actuación, me refiero.

—Entonces ¿ya acabé por conquistarte del todo? —preguntó él, acompañando sus palabras con una sensual sonrisa.

En aquel instante reaparecieron Laura y Philipp. Ambos felicitaron

afectuosamente a Alejandro, a quien adularon con todo tipo de galanterías. Dos personas más se unieron al grupo: Carla y Federico. El asombro inicial de Sofía se convirtió repentinamente en una sincera alegría por verles. Comenzaba a acostumbrarse a que sucedieran aquel tipo de extraños sucesos a su alrededor.

En medio de todo el gentío, sintió la mano de Alejandro acariciándole de nuevo la espalda y se alegró de que el vestido que aquella noche lucía fuera tan provocativamente escotado. Carla y Federico estaban especialmente cariñosos con Sofía, a quien parecían haber adoptado como un miembro más de la familia. Se unió al grupo el apuesto hombre que había cantado junto a Alejandro. Todos le conocían, a excepción de Sofía. Su nombre era Vicente y también era mexicano. Sofía no supo cuál era la relación que le unía a Alejandro, pero ambos parecían tener un inmenso cariño el uno por el otro, además de una envidiable conexión.

Pasada media hora, Richard, subido en el escenario y con micrófono en mano, reclamó la presencia de los dos cantantes. Sofía tuvo la inaudita tentación de agarrar a Alejandro y no dejarle marchar. Él se despidió besándole la mano mientras hacía una galante reverencia.

Comenzaron a cantar *Que seas muy feliz*, una canción que una vez más todo el público parecía conocer. Sofía miró a su alrededor. Laura, Philipp, Carla y Federico seguían a su lado. Estaría mucho más atenta, pues no tenía ganas de volver a quedarse sola. Seguro que rodeada de sus amigos, ni Adolfo ni Lorenzo se acercarían a ella. Disfrutó del concierto con especial entusiasmo admirando cada una de las canciones que Alejandro y Vicente regalaban a los oídos de los ahí presentes. Como broche de oro, finalizaron su recital con la sublime balada *Contigo aprendí*. Sofía tuvo la agradable sensación de que Alejandro le dedicaba la canción a ella. Fuera o no así, ella se sentía pletórica al saber que en unos instantes podría disfrutar de la compañía de aquel hombre. El público ovacionó a los cantantes, quienes parecían sentirse inmensamente felices por la impresionante recepción.

Los camareros aparecieron de nuevo con múltiples aperitivos y canapés que a Sofía le parecieron irresistibles. Ya no servían champán sino unos deliciosos vinos del Penedés. Dos minutos pendiente de la comida, bastaron para que Sofía se despistara de nuevo y perdiera de vista a sus acompañantes. Aquello se estaba convirtiendo en una costumbre un tanto extraña, pensó. A decir verdad, tampoco alcanzaba a comprender cómo era posible que se marcharan sin decirle nada. Adolfo apareció de nuevo. No parecía darse por vencido. Una nueva prueba, pensó ella.

—Bonita actuación, ¿no crees? —dijo él con una simulada amabilidad.

—Preciosa —contestó ella sin ni siquiera mirarle.

No quería ser desagradable, pero deseaba con todas sus fuerzas que Adolfo se marchara de su lado. «Actitud», se dijo, «todo es una cuestión de actitud».

—No tanto como tú. —Se estaba pasando, pensó Sofía.

«Actitud», se repitió.

—Adolfo, por favor, no tengo ganas de conversar contigo. Te agradecería que te

marcharas de mi lado.

—No sabes lo que dices Sofía. Te estoy dando una segunda oportunidad. ¿Qué te crees que te depara la vida si no estás conmigo? Yo te lo diré. Soledad. No tendrás a nadie a tu lado.

Sofía inspiró y espiró. Trató de relajarse. De nada serviría perder los nervios o, lo que era peor, sulfurarse por culpa de alguien que estaba ya fuera de su mundo.

—Te lo estoy pidiendo por favor, Adolfo. No quiero discutir.

—No encontrarás a nadie, Sofía. Te crees muy especial, pero no lo eres. —Adolfo continuó hablando sin haber escuchado las palabras de Sofía. Le daba lo mismo, estaba totalmente absorto en su furia interna—. ¿Quién te va a querer a ti, Sofía? ¡Dime! ¿Quién?

—Comenzó a elevar el tono de voz.

Sofía no temió perder los nervios. Tampoco temió encolerizar. Sin embargo, sí que había una emoción que verdaderamente le asustaba. Sofía temió entristecer. Las palabras de Adolfo eran duras, injustas y extremadamente dañinas. Él la conocía muy bien y sabía cómo hacerle daño de verdad. «Actitud», se repitió por tercera vez. ¿Qué sacaba ella atormentándose por aquellas palabras? ¿De verdad le iba a conceder ese poder a Adolfo?

No eran las palabras lo que realmente le herían, sino el hacerlas suyas, el abrirles la puerta, el dejar que entraran en ella. Ya había pasado por esto antes y creía haber aprendido la lección. Las ofensas de Adolfo serían tan dañinas como Sofía decidiera. Ella era la dueña de sus emociones, nadie más. ¿Por qué entregarle a él ese control? Se serenó y con una digna sobriedad, cerró la puerta a los insultos, a la humillación y a los desprecios de Adolfo. La cerró con llave.

—¡Hombre! Pero si has venido con el imbécil de tu ex.

Era Lorenzo. Se había acercado como un tiburón que huele la sangre, sigiloso y con intención de devorar a su presa.

—No he venido con él —dijo Sofía con toda la calma que le fue posible.

En aquel momento comenzó una agitada discusión entre Adolfo y Lorenzo. Sofía se distanció de aquella tóxica escena. Su cuerpo permanecía junto a ellos pero su mente había echado a volar. Pasados cinco o diez minutos —había perdido la noción del tiempo—, regresó de nuevo junto a ellos al oír la insistente llamada de Lorenzo.

—Decide Sofía, él o yo —gritó enfurecido.

Aquel era sin duda uno de los momentos más absurdos que había vivido jamás. «Venga Sofía, actitud», se repitió una vez más. Sofía, ni lo dudes, ¿dónde vas a ir con este tipejo? —continuó diciendo Lorenzo—. ¿Cuánto dinero tiene en la cuenta corriente? Conmigo nunca te faltará de nada, ya me conoces, soy de lo mejorcito que hay en el mercado. ¡Fíjate bien! Soy apuesto, soy inteligente, tengo dinero… Lo tengo todo, ¡hasta un Porsche! ¿Qué tiene este muerto de hambre?

—La hago feliz en la cama, ¡imbécil! Tú no podrías ni queriendo.

Fue en ese preciso instante cuando a Sofía le entró la risa. Trató de controlarla,

pero con ello lo empeoró aún más. Al intentar evitarlo, soltó pequeños gemidos que tanto a Adolfo como a Lorenzo les resultaron un tanto confusos. Finalmente no pudo aguantarlo más y rompió a reír. En algún momento, la situación había pasado de ser molesta e incluso hiriente a convertirse en una escena totalmente cómica. No había sido decisión suya, ¿o quizá sí? A Sofía le pareció estar visualizando una hilarante obra de teatro. Fue tan sencillo como tomar distancia de cuanto ahí sucedía. Todo era ajeno a ella pues ya había cerrado la puerta. De aquel modo, con la perspectiva de quien observa algo desde la distancia, fue capaz de ver la parte jocosa y extravagante de aquel circo.

—¿Todavía no se lo has dicho, chiquita?

Un nuevo actor hacía acto de presencia en la obra de teatro: Alejandro. Se acercó a Sofía y le besó la mejilla. Adolfo y Lorenzo, atónitos, no entendían quién era aquel tipo y de qué diablos hablaba. Sofía tampoco. Aun así y confiando plenamente en Alejandro, decidió seguirle el juego.

—No… No había tenido oportunidad —respondió confusa pero plenamente convencida de que fuera lo que fuera lo que él maquinara, sería una buena idea.

—¿De qué demonios habla, Sofía? —le preguntó Adolfo visiblemente irritado y empleando un tono de agresividad que ponía de manifiesto su cobardía, pues a pesar de dirigir su enfado únicamente a Sofía, lo que realmente deseaba era partirle la cara a aquel tipo que acababa de besarla.

—Verás… —comenzó a decir Sofía mientras dirigía una mirada desesperada a Alejandro suplicándole que interviniera, ya que ella no tenía ni idea de qué diablos debía decir.

—Señores, la dama y yo estamos comprometidos, así que pierden ustedes el tiempo. No se decidirá por ninguno de ustedes, porque ella ya se decidió.

¿Comprometidos? Sofía se giró frenéticamente hacia Alejandro mirándole con verdadera estupefacción. En un intento de disimular la indiscreta reacción de Sofía, él la cogió por la cintura y le dio un ardiente beso, haciendo que los otros dos chispearan de furia.

—Bueno amigos —continuó Alejandro—, habiéndoles ya comunicado oficialmente la buena noticia, les agradecería que no molestaran más a Sofía.

—Pero ¡oiga! Usted… Usted, ¡no sabe quién soy yo! —gritó con cierto nerviosismo Lorenzo.

—Señor Granados, estoy seguro de que usted querrá que esto acabe bien para todos nosotros, ¿me equivoco?

Quizá fue el tono de voz que Alejandro empleó, tal vez fue la combinación de palabras y la aplastante sobriedad con que las pronunció o, sencillamente el hecho de haberse dirigido a él por su apellido. Fuera lo que fuera, Lorenzo retrocedió, se disculpó y, con la cabeza gacha, simplemente se fue. Bastó una sola mirada, con la seguridad y fuerza abrumadoras que desprendía Alejandro, para que Adolfo se marchara a toda prisa.

Todo continuaba desarrollándose como en una obra de teatro para Sofía, solo que el desenlace parecía ahora más agradable que antes. Miró a Alejandro sonriendo como una chiquilla a quien le hubieran concedido el más preciado de sus deseos.

La felicidad es como una mariposa. Cuanto más la persigues, más huye. Pero si vuelves la atención hacia otras cosas, ella viene y suavemente se posa en tu hombro. La felicidad no es una posada en el camino, sino una forma de caminar por la vida.

VIKTOR FRANKL

C A P Í T U L O 40

La mitad que me faltaba

A Sofía le resultaba imposible dejar de sonreír. El motivo de su incontrolable sonrisa no se debía a su repentino e ilusorio compromiso con Alejandro. Ella sabía que aquello no había sido más que una artimaña para librarse de Adolfo y Lorenzo. Sonreía porque sin haberlo buscado, había encontrado un verdadero «porqué». Un «porqué» lo suficientemente importante como para poder soportar casi cualquier «cómo». Alejandro.

—Vamos, Sofía. Vayamos a un lugar más tranquilo. Creo que ha llegado la hora de hablar.

Aquel comentario y, especialmente, la seriedad con la que Alejandro se había dirigido a ella, le inquietaron perturbando su placentera sensación de júbilo. La cuarta sorpresa de la noche estaba a punto de comenzar.

Él la tomó de la mano y ella se limitó a seguirle. Sofía miró a su alrededor. Laura, Philipp, Carla, Federico e incluso el propio Richard les miraban expectantes. Entraron en una pequeña habitación y él cerró la puerta. Ella confiaba ciegamente en él, pero aquella inesperada y desconcertante reacción le turbaba hasta tal punto de no sentirse cómoda junto a él. No acababa de acostumbrarse a aquellos vaivenes a los que continuamente le sometía aquel hombre.

—Pregúntame todo lo que quieras saber, ahora es el momento —dijo Alejandro con semblante serio.

—No… Yo no quiero preguntarte nada —mintió Sofía.

—Debes hacerlo.

—Pero… No entiendo nada, Alejandro… Me estás asustando, ¿qué debería preguntarte?

—No te me asustes, linda. No sucede nada malo. Si verdaderamente no hay nada que quieras saber, podemos dejarlo para otro momento.

Ella tenía miles interrogantes por esclarecer, pero no esperaba ni deseaba

aclararlos en aquel momento. Sintió que no estaba preparada, pero al mismo tiempo no quiso desaprovechar la oportunidad.

—Verás, hay muchas cosas que no entiendo, pero no sé por dónde empezar.

—Por la primera, Sofía.

—¿Quién eres? —preguntó finalmente.

—Tu mayor admirador —respondió él con una seductora sonrisa.

—Así no me ayudas —dijo ella confundida, pues aquella respuesta no parecía querer aclarar nada.

—Cierto, bella, muy cierto. Pero lo soy. Te admiro y mucho.

—¿A mí?, ¿por qué? No sé si hay mucho que admirar —dijo Sofía dudando de cuan ciertas podían ser las palabras de Alejandro.

—En una ocasión leí un proverbio holandés muy revelador: «No puede impedirse el viento. Pero pueden construirse molinos».

—Sí, muy revelador… Pero ¿qué tiene qué ver conmigo? —preguntó ella extrañada.

—Tú has aprendido a construir molinos.

A ella le hizo gracia el comentario y no pudo evitar sonreír al escucharlo.

—Alejandro, verás… —comenzó a decir Sofía aventurándose a iniciar su interrogatorio—. No sé quién eres, no sé a qué te dedicas, no sé qué haces en tu vida y todo cuanto te rodea me resulta tremendamente extraño. Ya te lo dije en Cádiz… Apareces y desapareces continuamente y suceden cosas inexplicables. Cosas que no puedo creer que sean simples casualidades.

—No lo son.

—Me contó Laura que… bueno, tú… Me dijo que tú pasaste por un momento muy trágico en tu vida —continuó diciendo Sofía, ignorando deliberadamente las últimas palabras de Alejandro, pues todavía no quería desvelar aquel misterio, no sin antes preguntarle por él.

—Así es.

—Me gustaría saber cómo lo superaste, qué hiciste para salir de todo aquello.

—Reflexioné, Sofía. Reflexioné mucho.

—No sé si esto ha sido buena idea… —dijo ella con decepción, pensaba que iba a tener respuestas, pero todo cuanto decía Alejandro le continuaba pareciendo muy esquivo.

—Pasé muchos meses sumido en la desgracia, demasiados meses… Hasta que llegó un día en el descubrí mi «porqué».

¿Había dicho «mi porqué»? A Sofía le extrañó que empleara aquella expresión, pero su sorpresa se vio disipada por la desilusión de no ser ella su «porqué».

—Uno puede tener varios «porqués» en la vida, linda —continuó Alejandro adivinando los pensamientos de Sofía.

—Lo sé, lo sé —contestó ella ligeramente ruborizada y sin entender cómo habría podido él saber lo que estaba pensando—. Bueno y dime, ¿cuál era? Me tienes en

ascuas.

—Un proyecto, Sofía. Un proyecto de vida. Un proyecto que no pude comenzar hasta que no me hube enderezado a mí mismo.

—Pero ¿de qué proyecto se trataba? —preguntó ella con cierta desesperación por saber la respuesta.

—Creé una ONG.

—¿Una ONG? —repitió Sofía sin salir de asombro—. Vaya, no… no lo hubiera adivinado nunca. Yo…, espera un momento.

Un fugaz y repentino pensamiento le vino a la cabeza, algo que bloqueó su mente y le imposibilitó continuar hablando.

—Sofía, ¿estás bien? —preguntó Alejandro con cierta preocupación al ver que los minutos pasaban mientras Sofía continuaba inmersa en sus cavilaciones.

—¿Cómo se llama la ONG? —preguntó Sofía con brusquedad.

—FDM.

—Yo he oído ese nombre antes… —dijo ella con la mirada perdida en el infinito y tratando de recordar dónde había escuchado aquellas siglas—. ¡Ajá! ¡Ya lo tengo! ¡En la ceremonia del Castello della Castelluccia!

—¡Bravo! —exclamó Alejandro mientras sonreía con orgullo.

—¿Y a qué se dedica la ONG?

—Ayudamos a la gente a despertar.

—¿A despertar de qué? —preguntó con cierta inquietud, pues las últimas palabras de Alejandro le habían desorientado por completo.

—Del letargo, linda.

—¿Y cómo lo hacéis exactamente?

Sofía se sentía cada vez más intranquila, como quien prevé un trágico final.

—Enseñando a pescar —contestó Alejandro con una sincera sonrisa.

—¿Cómo dices? —preguntó con desconcierto.

—Si das pescado a un hombre hambriento, le nutres durante una jornada. Si le enseñas a pescar, le nutrirás toda su vida. Lao-Tse.

—Tiene sentido —dijo Sofía todavía un tanto confundida—. Alejandro…

—¿Sí, Sofía?

—¿Qué significan las siglas FDM? —preguntó con la respiración entrecortada y cada vez más temerosa de la realidad que estaba a punto de descubrir.

—FDM son las siglas de… Filósofos del Mundo.

El corazón de Sofía comenzó a palpitar. De pronto cayó en la cuenta de lo que estaba a punto de suceder. Algo que hasta aquel instante había obviado. Algo que, en el fondo, ella ya sabía.

—Verás —continuó Alejandro—, al principio todo empezó casi como un juego, pero poco a poco el proyecto comenzó a tomar forma y muchas personas se unieron a él, incluida tu prima.

Alejandro carraspeó sintiéndose un poco incómodo con aquella confesión.

—¿Mi prima? Claro, ¡qué tonta he sido! Ahora lo entiendo todo —dijo Sofía visiblemente enojada.

La cabeza le daba vueltas pero de pronto todo cobraba sentido.

—Sofía, escucha…

Pero ella ya no escuchaba.

—Mi prima y… Y Philipp, ¿no? Quizá también Mauricio, Giancarlo y Mónica —continuó diciendo sin poder controlar la irritación que se estaba apoderando de ella.

Comenzaba a vislumbrar la respuesta a todas sus incógnitas y lo que anticipaba no le gustaba lo más mínimo.

—Deja que te explique, por favor.

—¿Y qué me dices de Carla y Federico? ¡Claro! Seguro que también forman parte de vuestra ONG, ¿me equivoco?

—Sofía, cariño…

—¿Y qué hay de Alfredo y Francisca? ¿Y Fernando y María Antonia?

—Todos ellos son miembros de la ONG —contestó él con cierto pesar, como quien revela un secreto desconcertante.

A Sofía no le brotaban las palabras. Un torbellino de emociones se apoderó de ella, mientras las lágrimas comenzaban a recorrer sus mejillas. Un angustioso escalofrío le atravesó el cuerpo.

—¿Y la mendiga que me entregó a Willy? —preguntó ella conociendo la respuesta.

—También.

—Entonces, vosotros…

La cabeza le daba vueltas mientras trataba de atar cabos. No podía creer lo que estaba sucediendo, había sido víctima de un enorme engaño.

—Tranquilízate, por favor.

—¿Sois vosotros los que estáis detrás de todo lo que me ha sucedido últimamente?

La rabia le hacía hablar con voz temblorosa.

—De gran parte sí —respondió él con serenidad.

—¿Y Dani, Francisco y Mateo también forman parte de FDM? —preguntó Sofía encolerizada.

—No, ellos no.

—¿Cómo que no?

La respuesta de Alejandro no parecía ser lo que Sofía esperaba escuchar.

—No, linda, el viaje a Cádiz no estaba dentro de los planes… Lo decidiste tú, ¿recuerdas?

¿Había dicho «planes»? No podía creer lo que estaba escuchando.

—Pero tú, tú…

—¿Yo qué, Sofía? —preguntó él con toda la dulzura de que fue capaz.

—Tú les conocías… A Dani, a Francisco, a Mateo…

—Sí, claro. Los conozco desde hace mucho tiempo y los considero mis amigos, pero no forman parte de FDM, aunque sí saben de su existencia —dijo Alejandro, aun a pesar de que Sofía ya vagaba entre sus pensamientos.

—¿Y no participaron en nada que tuviera que ver conmigo? —preguntó titubeando y con la mirada perdida.

—Ellos colaboran con nosotros siempre que se lo pedimos —contestó él de un modo esquivo.

—Todo ha sido una gran mentira —dijo Sofía entre sollozos ante lo que era más que evidente.

Su aventura no había sido más que un circo, pensó.

—Sofía, cálmate por favor —le susurró Alejandro tratando de reconducir la situación.

—Entonces, ¿no salí en el programa de María Rosa? —preguntó de pronto Sofía, ligeramente aliviada al pensar que la entrevista habría formado también parte del engaño.

Al menos, aquello significaría que no habría hecho el ridículo frente a toda España.

—Me temo que sí, pero fue una intervención exquisita, Sofía.

Alejandro sonreía en aquel instante. Parecía como si de algún modo estuviera disfrutando de la situación, lo que exasperó aún más a Sofía. Comenzó a buscar su amuleto con cierto nerviosismo y desesperó momentáneamente al no encontrar su media luna, que había quedado camuflada entre el resto de las pulseras que llevaba aquel día.

—Hay más.

—Continúa, por favor. Pregunta todo cuanto quieras saber.

—Y lo de drogarme con pasteles de cannabis, ¿qué tienes que decir a eso?

Su enfado era ya mayúsculo.

—No, mi amor, eso fue cosecha tuya y del loco de Dani. Nosotros no tuvimos nada que ver, pero he de decir que nunca jamás había oído a alguien hacer un discurso con tanta cordura.

Alejandro rio al recordar el discurso de Sofía.

—Ya, claro —dijo Sofía en tono de protesta—. Y vosotros os dedicáis a enviar notitas a la gente, ¿es así como funcionáis? —preguntó tratando de controlar las lágrimas.

Se sentía dolorosamente traicionada.

—No, Sofía. Quiero decir… cada caso es muy singular. No es algo que solemos hacer.

—¿Eras tú quien me enviaba todos aquellos mensajes? —preguntó rompiendo a llorar y sintiendo como si la realidad le abofeteara todo su ser.

Qué estúpida se sentía en aquel instante.

—Creo que ya sabes la respuesta —volvió a tomar la mano de Sofía.

—¿Por qué? —preguntó ella consternada—. ¿Por qué yo?

—Porque lo necesitabas. Porque lo suplicabas con el alma. Mira hasta dónde has llegado. Hazte un favor y no mires atrás, Sofía. Pase lo que pase, no deshagas el camino recorrido.

—No ha sido más que un gran engaño desde el principio. Todos lo sabíais. Todos erais cómplices, ¿es eso lo que me intentas decir? No hacíais más que actuar. Nada era real. Seguro que hasta el muchacho italiano de las drogas no era más que otra de vuestras actuaciones…

—¿Qué drogas?

—¿Cómo que qué drogas? En Italia, ¡Alejandro! Lo que me sucedió en Roma. —Las palabras se amontonaban en sus labios y la exaltación le impedía hablar con serenidad—. Pero claro…, tú ya lo debes saber. Aquel chico que me recogió en coche y al que le detuvo la policía por tráfico de drogas. ¡Me apuntaron con una pistola! Por Dios, ¡pasé dos horas en comisaría! ¿Acaso es esa la forma en la que hacéis despertar a la gente? —preguntó finalmente sin poder contener su enojo.

—Mmmm, no sé de qué me hablas… Eso no creo que fuera cosa nuestra, linda.

—Ah… —respondió torpemente Sofía mientras se alegraba de que al menos aquella experiencia hubiera sido real.

—¿Y qué dices que te sucedió? ¿De verdad te apuntaron con un arma?

—¡Sí! Y no solo eso, quiero decir, que el chófer que me recogió en el aeropuerto resulta que era un narcotraficante y…

Se dibujó una traviesa sonrisa en el rostro de Alejandro y Sofía supo que una vez más, él se estaba burlando de ella, lo que le irritó considerablemente.

—Sofía, escucha —comenzó a decir Alejandro con ternura—. Has aprendido mucho durante estas semanas, no lo eches por tierra, por favor. Deja el orgullo de lado y piensa en lo grandioso de la experiencia que has vivido…

¿El orgullo? ¿Había dicho orgullo? ¿De verdad tenía la poca vergüenza de hablarle ahora de su orgullo? ¿Poca vergüenza o… gran acierto?, se preguntó Sofía. Quizá Alejandro estaba en lo cierto, tal y como lo estaba siempre Séneca. Y parecía obvio, teniendo en cuenta que ambos eran la misma persona.

—¿Todo era una farsa, Alejandro?

—Todo era real, Sofía. Todo.

Ella no entendió la respuesta. Quiso decirle que aquello no era más que otra mentira, pero se contuvo.

—¿Y ahora qué? Ahora que ya he culminado el viaje, ¿qué pasa ahora?

—No has culminado ningún viaje. El viaje no ha hecho más que comenzar.

Aquellas palabras reconfortaron a Sofía. Alejandro se acercó a ella y le besó con tanto sentimiento que disipó cualquier duda sobre cuán sincero había sido acerca de sus sentimientos. Se quitó la americana y comenzó a desabrocharse la camisa. Sofía, atónita por lo que estaba viendo, pensó que aquel no era en absoluto el momento adecuado, pero comenzó a sentir el cosquilleo del deseo. Él solo se desabrochó tres

botones de la camisa, miró a Sofía fijamente a los ojos y le mostró una bonita cadena de plata que llevaba alrededor del cuello. Ella no entendía lo que estaba sucediendo. Alejandro le tomó de la mano y le acarició la muñeca en la que Sofía llevaba su pulsera amuleto. Fue entonces cuando ella lo vio. Al final de aquella cadena de plata colgaba una media luna. La mitad que le faltaba. El mundo se paró en aquel instante.

Sonaba una dulce melodía cuyas notas parecían bailar alrededor de ambos. Aún presa de la confusión, comenzó a sentir un gran destello que le iluminaba y le envolvía placenteramente. Todavía deseando que Alejandro se hubiera desabrochado un cuarto botón, Sofía valoró cuanto le había sucedido. Continuaba dolida por el engaño sufrido. Sin embargo, al pensar en la valía de todo lo que había aprendido, comenzó a apreciar lo que aquellas personas habían hecho por ella: mostrarle el sendero de la vida.

—¿Bailas? —le preguntó Alejandro con un suave y tierno susurro mientras se acercaba de nuevo a ella, distrayéndola de sus pensamientos.

—No sé bailar —contestó ella todavía temblando.

—Ya sabes lo que dicen —le dijo Alejandro con una enorme sonrisa.

—No… No lo sé.

—Nunca es tarde para aprender a bailar.



ALMA SAMPEDRO. (Zaragoza, España) es licenciada en economía por la Universidad de Barcelona y cursó un máster sobre ciencias de la economía aplicada en Bélgica. Vive en Barcelona y trabaja desde hace más de diez años como asesora en una gran multinacional.

Ha publicado varias novelas con éxito a través de Amazon: *Nunca es tarde para aprender a bailar*, uno de los libros más vendidos en la categoría de motivación y desarrollo personal y *El acertijo que me resuelve*, un libro de misterio y suspense donde la magia se da cita con el enredo más disparatado. En 2017, publicó su tercer libro, *El peón del Rey*, una novela que ha conseguido remover conciencias sobre las injusticias del sector bancario, sirviéndose de un humor satírico y rompedor.